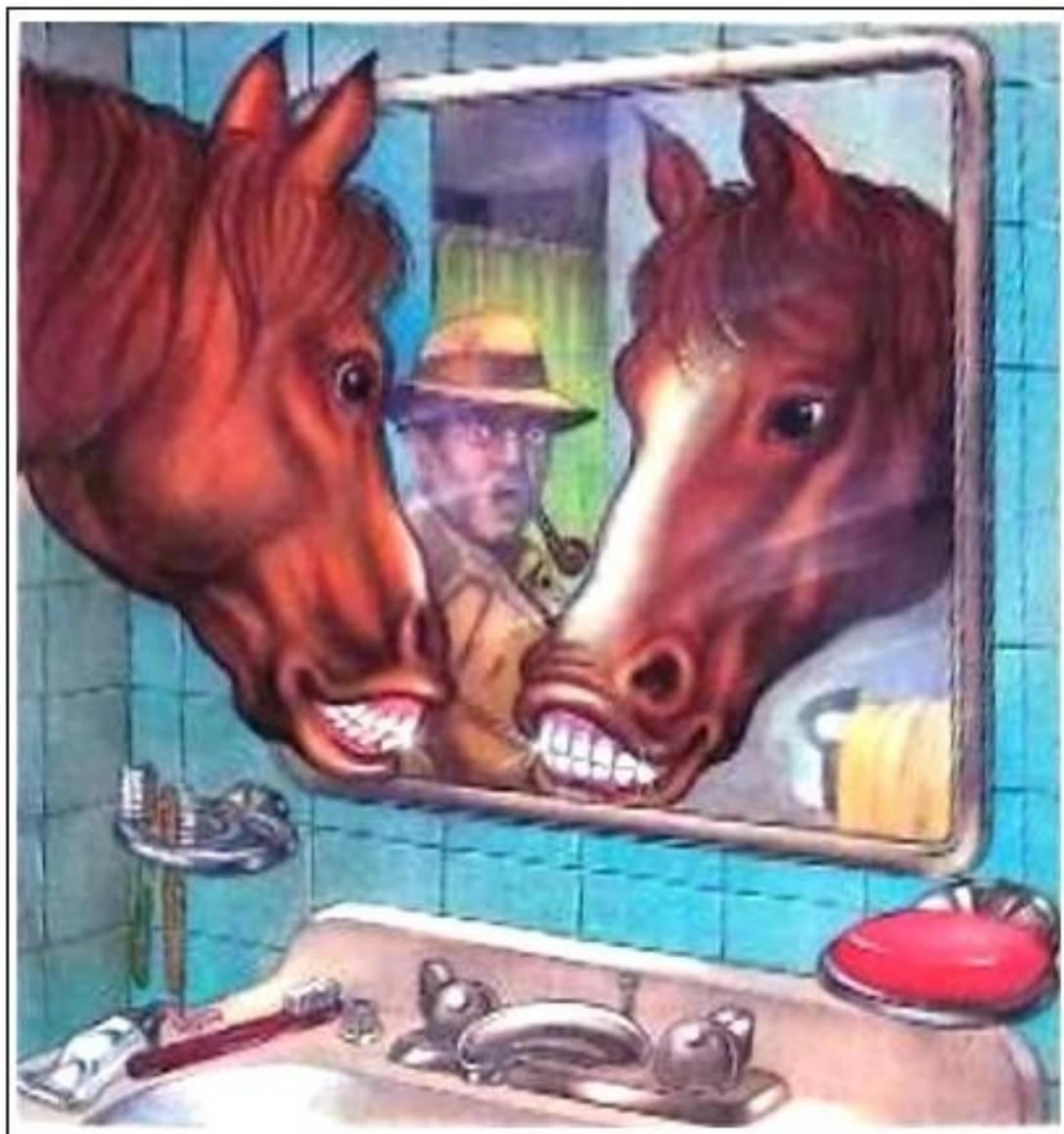


DOUGLAS ADAMS

Dirk Gently

*Agencia de
investigaciones holísticas*



C O N T R A S E Ñ A S

Lectulandia

Dirk Gently es un detective muy peculiar. Sherlock Holmes afirmaba que, cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda —sea lo que sea— es la verdad. Dirk Gently, sin embargo, jamás elimina nada, y menos que nada, lo imposible. Y para resolver sus casos prefiere recurrir a la física cuántica antes que a las huellas dactilares. Así pues, cuando le encargan la búsqueda de un gato perdido —un misterio por lo general muy fácil de desentrañar—, Dirk acaba encontrando dos fantasmas y un Monje Eléctrico venido de otra dimensión, y descubre un terrible secreto que puede acarrear la destrucción de la humanidad. También averigua la imposible, improbable, increíble y aterradora razón por la que un experto en ordenadores tuvo un sofá atascado en la escalera de su casa durante tres semanas. Pero ¿qué sucedió con el gato? El gato, infortunadamente, murió.

Lectulandia

Douglas Adams

**Dirk Gently, agencia de
investigaciones holísticas**

Dirk Gently - 01

ePub r1.1
diegoan 23.11.14

Título original: *Dirk Gently's Holistic Detective Agency*
Douglas Adams, 1987
Traducción: Benito Gómez Ibáñez
Diseño/Retoque de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: diegoan
Corrección de erratas y ayudante de edición: sjuan76
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

a mi madre, a quien le gustó lo del caballo.

NOTA DEL AUTOR

Cuando tienen carácter específico, las descripciones de Saint Cedd's College que aparecen en este libro se deben en parte a mis recuerdos de Saint John's College, Cambridge, aunque también los he mezclado con los de otros centros universitarios. En la vida real, Samuel Taylor Coleridge fue al Jesús College, y Sir Isaac Newton al Trinity.

El caso es que Saint Cedd's es un montaje enteramente ficticio, y no existe correspondencia alguna entre las instituciones y los personajes de este libro con centros de enseñanza reales y personas, vivas, muertas o errabundas en forma de fantasmas nocturnos y atormentados.

Este libro se escribió e imprimió en un ordenador Apple Macintosh Plus y en una impresora Láser Writer Plus, mediante el programa de tratamiento de textos Láser Author.

El material completo se transfirió a una impresora Linotron 100 de The Graphics Factory, Londres SW3, con el resultado final de un texto con caracteres de alta resolución. Agradezco a Mike Glover, de IconTechnology, la ayuda que me ha prestado en todo el proceso.

Por último, agradezco especialmente a Sue Freestone su indispensable colaboración en la creación de este libro.

DOUGLAS ADAMS Londres, 1987

Esta vez no habría testigos.

Esta vez sólo había la tierra muerta, un trueno y el inicio de la suave y monótona llovizna del nordeste que parecía acompañar tantos acontecimientos importantes del mundo.

Habían cedido las tormentas de la víspera y del día anterior, al igual que las inundaciones de la semana precedente. El cielo aún seguía henchido de lluvia, pero todo lo que caía ahora era una especie de chubasco monótono.

El viento barría la llanura en penumbra, vagaba por las bajas colinas y soplabla por un estrecho valle en el que una estructura, una especie de torre solitaria, se erguía en una pesadilla de fango e inclinación.

Era el muñón renegrido de una torre. Parecía una efusión de magma surgida de uno de los más pestilentes pozos del averno, y se inclinaba formando un ángulo extraño, como presionada por algo mucho más tremendo que su enorme peso. Era como algo muerto, fenecido siglos atrás.

El único movimiento era el de un río de lodo que discurría perezosamente por el fondo del valle junto a la torre. Un kilómetro más allá, el río caía por un barranco y desaparecía bajo tierra.

Pero a medida que las sombras del atardecer se espesaban, resultó que la torre no carecía por entero de vida. Una mortecina luz roja brillaba en sus recintos más recónditos.

La luz apenas se distinguía; claro que no había nadie para verla, pero de todos modos era una luz. Cada pocos minutos crecía y brillaba algo más, para luego debilitarse gradualmente hasta casi desaparecer. El viento traía al mismo tiempo un sonido bajo y agudo que, lastimero, llegaba a un punto culminante para luego desvanecerse.

Pasó el tiempo y luego apareció otra luz más tenue, que se movía. Surgió de la parte baja y ascendió a sacudidas por el fuste de la torre, haciendo alguna pausa en el camino. Después, la luz y la vaga silueta que, según pudo observarse, la portaba, desaparecieron de nuevo en el interior de la torre.

Transcurrió una hora y, al cabo, la oscuridad fue completa. El mundo parecía muerto, la noche era un vacío.

Y el resplandor surgió de nuevo en lo alto de la torre, esta vez aumentando decididamente su intensidad. Rápidamente llegó al punto de fulgor que había alcanzado antes y siguió aumentando sin parar. El sonido agudo que la acompañaba subió de tono hasta convertirse en un grito de queja. El chillido continuó sin pausa antes de transformarse en un ruido cegador y la luz en un resplandor ensordecedor.

Y entonces, bruscamente, ambos cesaron.

Durante una milésima de segundo reinó una silenciosa oscuridad.

Otra luz, pálida y sorprendente surgió ondulante de las profundidades del fango,

al pie de la torre. El cielo se encogió, tembló una montaña de barro, tierra y cielo intercambiaron gritos, apareció un horrible color rosado, un verde súbito, un prolongado naranja que manchó las nubes y, entonces, la luz desapareció y la noche quedó por fin envuelta en una profunda, espantosa oscuridad. No se oía más que un suave tintineo de agua.

Pero por la mañana el sol salió con un inusual brillo en un día que era, o se anunciaba, si hubiera habido alguien para anunciarlo, más cálido, claro y radiante: un día mucho más alegre que todos los que se habían conocido hasta entonces. Un río de cristalinas aguas corría por los destrozados restos del valle. Y el tiempo empezó a transcurrir en serio.

En lo alto de un promontorio rocoso se erguía el Monje Eléctrico a lomos de un caballo aburrido. Bajo la capucha de áspera estameña, el Monje tenía la vista fija en otro valle, el cual le planteaba un problema.

Hacía calor. En un cielo vacío y neblinoso, el sol se desplomaba sobre las rocas grises y sobre el césped escaso y reseco. Nada se movía, ni siquiera el Monje. El caballo agitaba el rabo azotando levemente el aire con ánimo de moverlo un poco, pero eso era todo. Nada más se movía.

El Monje Eléctrico era una máquina para eliminar electrodomésticos, como un lavaplatos o un vídeo. Los lavaplatos limpian aburridos platos, ahorrando las molestias de lavarlos uno mismo; los vídeos ven aburridos programas de televisión, evitándole a uno la tarea cada vez más tediosa de creerse todo lo que el mundo espera que uno se crea.

Lamentablemente, aquel Monje Eléctrico tenía un defecto: había empezado a creerse toda clase de cosas, más o menos al azar. Incluso empezaba a creerse cosas que resultaban difícilmente creíbles en Salt Lake City. Por supuesto, nunca había oído hablar de Salt Lake City. Tampoco había oído hablar del quinguiguillón, que es aproximadamente el número de kilómetros que separaban aquel valle del Gran Lago Salado de Utah.

Este era el problema que planteaba el valle. En aquel momento, el Monje creía que el valle y todo lo que había en él y en sus alrededores, incluidos el propio Monje y su caballo, tenían un uniforme tono rosa pálido. Esto explicaba cierta dificultad para distinguir una cosa de otra y, por consiguiente, impedía que hiciera algo o que se marchara a parte alguna, o al menos hacía difícil y peligrosa cualquier actividad. De ahí la inmovilidad del Monje y el aburrimiento del caballo, a quien le había tocado aguantar un montón de tonterías en su época pero que en secreto mantenía la opinión de que aquella era la más absurda de todas.

¿Desde cuándo creía el Monje tales cosas? Pues, por lo que se refería al Monje, desde siempre. La fe que mueve montañas, o que al menos hace creer contra toda evidencia que son de color rosado, era una fe sólida y permanente, una inmensa roca contra la cual ya podía el mundo lanzar lo que fuese, que no se conmoviera. El caballo sabía que, en la práctica, la fe del Monje solía durar veinticuatro horas.

Pero ¿qué pasaba con ese caballo, que podía tener opiniones y se mostraba escéptico acerca de ciertas cosas? Extraño comportamiento para un cuadrúpedo, ¿verdad? ¿Acaso era un caballo raro?

No. Aunque era un bello y armonioso ejemplar de su especie, no por ello dejaba de ser un caballo completamente normal, un producto convergente de la evolución que se encuentra en muchos lugares donde hay vida. Los caballos siempre se enteran de muchas más cosas de lo que dan a entender. Resulta difícil que otra criatura los monte durante toda la jornada, cada día, sin que se forme una opinión de ella.

Por otro lado, es perfectamente posible montar toda la jornada, día tras día, sobre otra criatura y no pensar en ella ni un momento.

Cuando se construyeron los primeros modelos de aquellos monjes, se consideró importante que se reconocieran a primera vista como objetos artificiales. No hubiese habido peligro alguno en que tuvieran el aspecto de personas de carne y hueso. Pero uno no querría que su vídeo estuviera todo el día tirado en el sofá, viendo la televisión. No sería deseable que se hurgara en la nariz, bebiera cerveza o mandase a alguien a buscar *pizzas*.

De manera que al construir los monjes se pensó en algo original y que en la práctica fuese capaz de cabalgar. Esto era importante. Las personas, y también las cosas, parecen más honradas a caballo. Así, se consideró que dos piernas eran más convenientes y más baratas que diecisiete, diecinueve o veintitrés, los números primos más normales; se dio a los monjes una piel rosácea en vez de púrpura, lisa y suave en lugar de granulosa. Asimismo, se les limitó a una sola boca y a una nariz, pero en cambio se les confirió otro ojo, con lo que sumaron dos en total. Una criatura verdaderamente extraña, pero magnífica para creerse las cosas más ridículas.

Aquel monje empezó a ir mal cuando le dieron demasiada información para creer en un solo día. Por error, lo habían conectado con un vídeo que veía once canales de televisión a la vez y eso le propulsó a un banco de circuitos ilógicos. Claro que el vídeo sólo tenía que verlos. No debía creérselos también. Por eso son tan importantes los manuales de instrucciones.

Así que, tras una febril semana de creer que la guerra era paz, que lo bueno era malo, que la luna era queso azul y que Dios necesitaba que le enviaran un montón de dinero a determinado apartado de correos, el Monje empezó a creer que el treinta y cinco por ciento de todas las mesas eran hermafroditas y luego se hundió en una depresión. El empleado de la tienda de monjes aseguró que le hacía falta otro panel matriz, pero luego indicó que los nuevos modelos mejorados Monk Plus tenían el doble de potencia; unas características multifuncionales de capacidad negativa que les permitían retener simultáneamente hasta dieciséis ideas enteramente diferentes y contradictorias en la memoria, sin que se produjeran molestos errores de sistema; eran el doble de rápidos y al menos el triple de locuaces; y podía adquirirse uno completamente nuevo por menos de lo que costaba sustituir el panel matriz del modelo antiguo.

Ya estaba. Hecho.

El Monje defectuoso fue desterrado al desierto, donde podía creer lo que quisiera, incluida la idea de que no lo hablan tratado bien. Se le permitió quedarse con el caballo, pues esos animales eran de fabricación bastante barata.

Durante muchos días y noches, que indistintamente calculaba en tres, cuarenta y tres y quinientas noventa y ocho mil setecientas tres, vagó por el desierto, depositando su sencilla fe en rocas, pájaros, nubes y en una especie de inexistente mezcla de elefante y espárrago hasta llegar a la elevada peña que, pese al hondo

fervor del creyente Monje, no era de color rosado. Ni siquiera un poquito.
Pasó el tiempo.

Pasó el tiempo.
Susan esperaba.

Y cuanto más esperaba, más tiempo pasaba sin que sonara el timbre de la puerta. Ni el teléfono. Miró el reloj. Ya tenía un motivo justificado para enfadarse. Claro que ya la habían puesto de mal humor, pero había sido en su tiempo libre, por decirlo así. Ahora se encontraban verdaderamente en el tiempo de él, e incluso considerando el tráfico, algún contratiempo y una imprecisión y tardanza generales, ya había pasado más de media hora del momento en que, según insistió él, empezaría a hacerse tarde para salir, así que era mejor estar preparada.

Trató de inquietarse pensando que le había sucedido alguna tragedia, pero ni por un instante lo creyó. Jamás le ocurrían cosas horribles, aunque empezaba a pensar que ya sería hora de que algo así le pasase. Si no le ocurría algo malo, tal vez se encargaría ella de que sucediese. Bueno, no era una mala idea.

Se tumbó de través en el sillón y vio el telediario. Las noticias la pusieron de mal humor. Con el mando a distancia cambió de canal y vio otra cosa durante un rato. No sabía de qué se trataba, pero también se sintió molesta.

Quizá debía telefonar. ¡Nada de eso! Si llamaba, a lo mejor él trataría de hablar con ella y su teléfono estaría comunicando.

Se negó a admitir siquiera que se le había ocurrido semejante idea.

¡Maldita sea! ¿Dónde se habría metido? ¿Y a quién le importaba dónde estuviera, a fin de cuentas? A ella no, desde luego.

Volvió a cambiar de canal. Más noticias. Todas malas. Ya estaba bien. Era demasiado. Era la tercera vez que se lo hacía. Era el colmo. Y pensar que hasta se habría ido a vivir con él si no se hubiese entrometido aquel estúpido sofá.

Furiosa, volvió a cambiar de canal. Había un programa sobre ordenadores que hablaba de algunas innovaciones interesantes en el ámbito de la música por ordenador.

Ya estaba bien. Se acabó. Era consciente de que sólo unos momentos antes se había dicho que ya estaba bien, pero ahora iba en serio, era definitivo.

Se puso en pie de un salto y se dirigió al teléfono. Cogió una agenda, la hojeó con rapidez y marcó un número.

—¿Oiga? ¿Michael? Sí, soy Susan. Susan Way. Dijiste que te llamara si estaba libre esta tarde y yo te contesté que preferiría estar muerta y enterrada, ¿recuerdas? Bueno, pues acabo de darme cuenta de que estoy libre, entera, absoluta y totalmente libre, y de que no hay una tumba en kilómetros a la redonda. Te aconsejo que espables y aproveches la oportunidad. Estaré en el Tangiers Club dentro de media hora.

Se puso los zapatos y el abrigo, hizo una pausa al recordar que era jueves y que debía poner una cinta nueva de larga duración en el contestador automático, y dos

minutos después salía por la puerta principal. Cuando por fin sonó el teléfono, el contestador dijo con voz dulce que Susan Way no podía ponerse al teléfono en aquel momento, pero que si el que llamaba quería dejar un recado, ella estaría de vuelta lo más pronto posible para atender el asunto. Quizá.

Era una tarde fría de noviembre, de las de antes. La luna estaba pálida y descolorida, como si no debiera haber salido en una noche así. Subía con desgana y parecía un espectro enfermo. Recortándose contra ella, sombrías y brumosas entre la humedad que emanaba de los insalubres pantanos, se alzaban las torres y torretas de St. Cedd's, en Cambridge, una fantasmal profusión de edificios de diferentes estilos construidos a lo largo de los siglos: medievales junto a Victorianos, Odeón al lado de Tudor. Sólo al levantarse la niebla ofrecían una remota coherencia.

Entre ellas se atisbaban siluetas que se apresuraban de una tenue zona de luz a otra, tiritando, dejando rastros de aliento que se fundían en la fría noche.

Eran las siete. Muchas de las siluetas se dirigían al comedor de la facultad que separaba el primer patio del segundo; de allí procedía una luz cálida que se abría paso a duras penas. Dos de las figuras parecían armonizar particularmente mal. Una de ellas, un joven alto, delgado y anguloso, embozado en un gran abrigo negro, caminaba como una garza ultrajada.

El otro era bajo, rechoncho, y se movía con desgarbada inquietud, como un conjunto de ardillas que trataran de escapar de un saco. Era de edad absolutamente indeterminada, tirando a viejo. Si se elegía una cifra al azar, él probablemente fuese un poco mayor, pero, bueno, resultaba imposible decirlo. Desde luego, tenía la cara llena de arrugas, y los pocos cabellos que sobresalían de su gorro de esquiar, de lana roja, eran escasos, blancos, y tenían una idea muy particular de cómo querían peinarse. También iba embozado en un abrigo grande, pero encima llevaba una ondulante bata con un emblema de desvaído color púrpura, la insignia de su único y peculiar cargo académico.

Sin dejar de andar, el hombre de más edad llevaba toda la conversación. Señalaba detalles de interés por el camino, pese a que estaba demasiado oscuro para distinguir alguno. El joven decía; «¿Ah, sí?», «¿De veras? ¡Qué interesante!», y «¡Vaya, vaya! ¡Santo cielo!», haciendo breves y serios movimientos de cabeza.

No entraron por la puerta principal que conducía al vestíbulo, sino por una puerta pequeña que se abría a un costado del patio y por la que se llegaba a la sala de profesores y a una antecámara de paneles oscuros donde se reunían los miembros del claustro de la facultad para palmearse las manos y emitir sonidos del tipo de «brrrrrr» antes de pasar a la mesa presidencial por su entrada particular.

Llegaban tarde y se quitaron aprisa los abrigos. Fue una operación complicada, porque el hombre de más edad a la fuerza tenía que quitarse primero la bata de profesor para luego volvérsela a poner una vez despojado del abrigo; después debía guardar el gorro en el bolsillo, pensar dónde podría dejar la bufanda antes de darse cuenta de que no la había traído, buscar el pañuelo en un bolsillo y luego hurgar en el otro para ver si estaban allí sus gafas encontrándolas de pronto envueltas en la

bufanda que, después de todo, resultaba que sí habla traído pero no la llevaba a pesar de la humedad y del viento que soplaban desde el otro lado de los pantanos, tan desagradable como el aliento de una bruja.

Apresuró al joven para que pasara al vestíbulo delante de él y ambos se sentaron a la mesa presidencial en las dos últimas sillas que quedaban libres, afrontando una conmoción de ceños fruncidos y cejas enarcadas por haber interrumpido los latines de la bendición.

El comedor estaba repleto aquella noche. En los meses más fríos siempre había mayor afluencia de estudiantes. Sólo rarísimas veces, en ocasiones muy especiales, estaba iluminado con velas. Ahora lo estaba. Había dos largas mesas atestadas en la tenue penumbra. Al resplandor de las velas, los rostros parecían más animados, más alegre el rumor de las apagadas voces y el tintineo de cubiertos y vasos, y en los oscuros rincones del enorme comedor parecía sentirse la presencia de todos los siglos que alumbraron su existencia. Colocada en un extremo, como el travesaño de una cruz, la mesa presidencial se elevaba unos treinta centímetros sobre el suelo. Como era la noche de los invitados, había cubiertos a ambos lados de la mesa para acomodarlos a todos, y por lo tanto muchos comensales se sentaban de espaldas al resto del comedor.

—Vaya, el joven MacDuff —dijo el profesor, ya sentado y desplegando la servilleta—, me alegro de volverte a ver, querido amigo. Estoy contento de que hayas podido venir. No tengo idea de a qué viene todo esto —añadió, lanzando una mirada de consternación en torno al comedor—. Todo eso de las velas y los cubiertos de plata. Normalmente significa una cena especial en honor a alguien o a algo que todo el mundo desconoce, pero también quiere decir una noche en la que comemos mejor.

Hizo una pausa, meditó un momento y prosiguió:

—Resulta curioso que la calidad de la comida sea inversamente proporcional a la intensidad de la iluminación, ¿no te parece? Le hace a uno pensar en las cumbres culinarias que el personal de la cocina podría alcanzar si se le confinara a la oscuridad perpetua. Merecería la pena probarlo, creo yo. En la facultad hay algunas criptas que podrían destinarse a este fin. Me parece que te las enseñé una vez, ¿no? Espléndida obra de albañilería.

Todo aquello produjo cierto alivio al invitado. Era la primera señal que daba su anfitrión de recordar ligeramente quién era. El profesor Urban Chronotis, Regio Catedrático de Cronología, o «Reg» según insistía en que le llamasen, recordaba que uno de sus colegas lo había comparado con la reina Alexandra Birdwing Butterfly, en el sentido de que era pintoresco, revoloteaba de acá para allá y, lamentablemente, ya estaba casi completamente acabado.

Cuando pocos días atrás le había llamado para invitarlo, parecía sumamente deseoso de ver a su antiguo alumno, y aquella tarde, cuando Richard llegó, con un poco de retraso, había que admitirlo, el profesor le abrió la puerta con muestras de enfado, se sorprendió al verle, preguntó si tenía problemas emocionales, mostró

cierto fastidio cuando él le recordó que hacía diez años que había dejado de ser su tutor, y por fin recordó que lo había invitado a la cena, para iniciar seguidamente un rápido y detallado discurso sobre la historia arquitectónica de la facultad, indicio seguro de que tenía la cabeza en otra parte.

En realidad, Reg nunca había dado clases a Richard, sólo había sido su tutor, lo que en resumen significaba que debía ocuparse de su bienestar general, decirle cuándo tenía los exámenes, que no tomara drogas y esas cosas. En efecto, no estaba del todo claro si Reg había impartido clases algunas vez y de qué, en caso de que las hubiera dado. Los orígenes de su cátedra eran oscuros, por no decir algo peor, y como entre sus tareas didácticas se contaba la sencilla y antigua técnica de presentar a todos sus pupilos una lista de libros agotados, según él sabía perfectamente, desde hacía treinta años, para luego llevarse un berrinche si no los encontraban, nadie había descubierto cuál era la naturaleza exacta de su asignatura. Por supuesto, desde mucho tiempo atrás había tomado la precaución de retirar de las bibliotecas universitarias los ejemplares que quedaban de los libros de la lista, a consecuencia de lo cual tenía mucho tiempo para dedicarse..., bueno, a lo que se dedicara.

Como Richard siempre se las había arreglado para llevarse razonablemente bien con el viejo loco, un día se armó de valor para preguntarle qué era exactamente la Regia Cátedra de Cronología. Fue en uno de esos luminosos días de verano en que el mundo parece a punto de reventar de placer por el mero hecho de existir, y Reg estaba de un humor raramente afable mientras cruzaban el puente por donde el río Cam separa la parte más antigua de la facultad de la más moderna.

—Una sinecura, mi querido amigo, una completa sinecura —contestó rebosante de alegría—. Una pequeña suma de dinero por una cantidad muy pequeña, o inexistente deberíamos decir, de trabajo. Lo que me otorga una permanente ventaja y me proporciona una cómoda situación, aunque sobria, para pasar la vida. La recomiendo.

Se inclinó sobre el pretil del puente y señaló un ladrillo concreto que le parecía interesante.

—Pero ¿qué asignatura se supone que es? —insistió Richard—. ¿Historia, física, filosofía? ¿Qué?

—Pues —contestó Reg, despacio—, ya que muestras interés, la cátedra fue creada en un principio por el rey Jorge III que, como sabes, albergaba una serie de ideas divertidas, entre ellas la creencia de que uno de los árboles del gran parque de Windsor era en realidad Federico el Grande. La instituyó él, de ahí lo de «Regia». También fue idea suya, lo que resulta un poco más insólito.

El sol se reflejaba en las aguas del río Cam. La gente que paseaba en barca se mandaba alegremente a tomar por culo. Delgados biólogos que habían pasado meses encerrados en el laboratorio volviéndose cada vez más pálidos y adquiriendo aspecto de peces, salían a la luz parpadeando. Las parejas que paseaban por la orilla se excitaban tanto por todas aquellas maravillas que tenían que irse a casa por una hora.

—Qué inquieto era el pobrecillo —prosiguió Reg—. Me refiero a Jorge III que, como sabes, estaba obsesionado por el tiempo. Llenó el palacio de relojes y continuamente les daba cuerda. A veces se levantaba en plena noche y vagaba en camisón por el palacio, para darles cuerda. Le preocupaba mucho que el tiempo prosiguiera su marcha, ¿sabes? Le habían pasado tantas cosas horribles en la vida que le aterrorizaba el hecho de que volviera a ocurrirle alguna de ellas si dejaba retroceder el tiempo siquiera por un instante. Un miedo muy comprensible, sobre todo si uno está loco de atar como indudablemente lo estaba él, dicho sea con el mayor de los respetos hacia el pobrecillo. Me nombró, o más bien debería decir que designó mi cargo, la cátedra, ¿entiendes?, el puesto que tengo el honor de ocupar..., ¿dónde estaba? Ah, sí. Creó esta, humm, cátedra de cronología para ver si existía alguna razón especial por la cual las cosas ocurrían una detrás de otra, y si había algún medio de interrumpir la sucesión. Como a estas preguntas podía responderse, según tuve la inmediata certeza, con sí, no y tal vez, comprendí que podía pasarme de vacaciones el resto de mi carrera.

—¿Y sus predecesores?

—Pues fueron más o menos de la misma opinión.

—Pero ¿quiénes fueron?

—¿Qué quiénes fueron? Pues unos tipos estupendos, desde luego. Recuérdame que te hable de ellos algún día. ¿Ves ese ladrillo? Wordsworth vomitó ahí una vez. Un gran hombre.

Todo aquello había tenido lugar diez años antes.

Richard echó una mirada por el enorme comedor para ver si había sufrido cambios con el tiempo y, por supuesto, comprobó que no había variado en lo más mínimo. En las sombras de las alturas, que apenas se veían a la temblorosa luz de las velas, colgaban los fantasmales retratos de los primeros ministros, arzobispos, poetas y reformistas políticos, cualquiera de los cuales, en su día, podía haber vomitado sobre el mismo ladrillo.

—Bueno —dijo Reg en un sonoro murmullo confidencial, como si tratara el tema de la perforación de pezones en un convento de monjas—, me he enterado de que al fin te has colocado muy bien, ¿eh?

—Pues, bueno, en realidad sí —contestó Richard que, como a todo el mundo, le había sorprendido mucho—, sí, claro.

Varios comensales, clavaron la mirada en él.

—Ordenadores —oyó musitar despectivamente a alguien sentado un poco más allá. Las miradas perdieron su fijeza y se volvieron hacia otro lado.

—Espléndido —repuso Reg—. Me alegro mucho por ti. Me alegro mucho.

—Dime —prosiguió, y pasó un momento antes de que Richard comprendiera que ya no estaba hablando con él, sino que se dirigía a su otro vecino—, ¿a qué viene todo esto? —preguntó con un gesto ceremonioso, señalando las velas y los cubiertos de plata.

Su vecino, un marchito personaje de avanzada edad, se volvió muy despacio y le miró como si le molestara mucho que le volvieran a la vida de aquel modo.

—Coleridge —dijo en tono áspero—. Es la Cena Coleridge, viejo estúpido.

Se volvió despacio otra vez hasta quedar de nuevo de cara a la sala. Se llamaba Cawley, era catedrático de arqueología y antropología y, a sus espaldas, solía decirse que no consideraba su asignatura importante desde el punto de vista académico, sino sólo como una oportunidad de recordar su infancia.

—Ah, sí, es verdad —murmuró Reg, con aire de estar bien informado y dirigiéndose de nuevo a Richard—. Es la Cena Coleridge. Coleridge era miembro de la facultad, ¿sabes? —añadió al cabo de poco—. Coleridge. Samuel Taylor. Poeta. Espero que hayas oído hablar de él. Esta es su cena. Bueno, no en sentido literal, claro está. Ya estaría fría. —Silencio—. Toma la sal.

—Pues, gracias, pero me parece que voy a esperar —repuso Richard, confuso. Aún no habían servido ningún plato.

—Vamos, cógela —insistió el profesor, ofreciéndole el pesado salero de plata.

Richard pestañeó de sorpresa y alargó la mano. Pero en el instante en que abrió y cerró los ojos, el salero desapareció como por ensalmo.

—Muy bueno, ¿eh? —dijo Reg mientras recuperaba el desaparecido salero de detrás de la oreja de su fantasmal vecino de la derecha, lo que provocó una risita sorprendentemente femenina en alguna parte de la mesa.

—Sé que es una costumbre muy irritante —dijo Reg, sonriendo pícaramente—. La tengo en la lista de cosas que debo dejar de hacer, después de fumar y de ponerme sanguijuelas.

Bueno, eso tampoco había cambiado. Unos se hurgan la nariz, a otros les gusta golpear a ancianas por la calle. El vicio de Reg era inofensivo, aunque extraño: una infantil adicción a los juegos de manos. Richard recordó la primera vez que fue a ver a Reg para consultarle un problema; sólo se trataba de la angustia normal que periódicamente se apodera de los estudiantes, sobre todo cuando tienen que redactar trabajos, pero entonces parecía una carga siniestra y brutal. Reg escuchó sus quejas con aire de intensa atención y al fin, tras reflexionar con expresión grave, se frotó la barbilla un buen rato, se inclinó hacia adelante y le miró fijamente.

—Sospecho —dijo— que tu problema consiste en que te has metido muchos clips por la nariz.

Richard lo miró fijamente.

—Permíteme que te lo demuestre —dijo Reg.

Se inclinó sobre el escritorio y extrajo de la nariz de Richard una cadena de clips junto con una pequeña goma de borrar en forma de cisne.

—¡Ah! El verdadero culpable —anunció, manteniendo en alto la goma—. Vienen en los paquetes de cereales y dan un sinfín de problemas, ¿sabes? Bueno, me alegro de que hayamos tenido esta pequeña charla, querido amigo. Si tienes más problemas de este estilo, no tengas reparo en volverme a molestar, por favor.

No es preciso decir que Richard no volvió a consultarle.

Richard miró en torno a la mesa para ver si reconocía a alguien de sus tiempos de estudiante.

A la izquierda, dos sillas más allá, estaba su catedrático de inglés, que no daba muestras de reconocerle. No le sorprendía en absoluto, ya que Richard había pasado tres años tratando de evitarlo asiduamente, hasta el punto de dejarse barba y hacerse pasar por otro.

A su lado había alguien a quien nunca había logrado identificar. En realidad, nadie lo había conseguido. Era delgado, tenía aspecto de rata de río y una nariz larga y huesuda de lo más extraordinario; verdaderamente era larguísima y muy huesuda. En realidad, se parecía mucho a la polémica quilla que ayudó a los australianos a ganar la Copa de las Américas en 1983, y tal semejanza había sido muy comentada en la época, aunque no delante de él, claro está. Nadie le había dicho nada directamente. Nadie. Nunca. El que le veía por primera vez se quedaba demasiado pasmado y desconcertado como para hacer algún comentario, y el segundo encuentro era peor debido a que había habido un primero, y así sucesivamente. Ya habían pasado los años, diecisiete en total. En todo ese tiempo le habían hecho tácitamente el vacío. Entre los camareros del comedor se había establecido desde tiempo atrás la costumbre de colocar un juego de sal, pimienta y mostaza a su derecha y otro a su izquierda, porque nadie podía pedirle que se lo pasase, y pedirselo a quien se sentara frente a él no sólo resultaba grosero, sino completamente imposible dado que su nariz se interponía.

Tenía otra rareza, una serie de gestos que repetía continuamente todas las noches. Consistían en darse golpecitos en cada uno de los dedos de la mano izquierda y, después, en uno de la mano derecha. En algún momento se golpeaba otra parte del cuerpo, un nudillo, el codo o la rodilla. Siempre que se veía obligado a interrumpir su actividad por las exigencias de la comida, se ponía a guiñar los ojos y, de cuando en cuando, asentía con la cabeza. Desde luego, nadie se había atrevido nunca a preguntarle por qué lo hacía, aunque a todos les consumía la curiosidad.

Richard no alcanzaba a ver quién estaba sentado al otro lado de ese personaje.

En la otra dirección, más allá del fantasmal vecino de Reg, estaba Watkin, el catedrático de clásicas, un hombre muy raro, tremendamente seco. Sus pesadas gafas sin montura eran cubos de vidrio casi macizos dentro de los cuales sus ojos parecían llevar una existencia independiente, como peces de colores. La nariz era bastante recta y corriente, pero llevaba la barba al estilo Clint Eastwood. Sus ojos parecían nadar en torno a la mesa mientras elegía a su interlocutor de la noche. Había proyectado que su presa fuera uno de los invitados, el recién nombrado director de Radio Tres, que se sentaba frente a él, pero lamentablemente ya lo habían atrapado el profesor de música y un catedrático de filosofía. Ambos se afanaban en explicar a la acosada víctima que la expresión «demasiado Mozart», fuera cual fuese la explicación lógica que se le diera, constituía un modismo contradictorio en sí mismo

y que, por lo tanto, cualquier frase que lo contuviera carecería de sentido y, en consecuencia, no podía esgrimirse como argumento en favor de ninguna estrategia de programación. El pobre invitado comenzaba a apretar con demasiada fuerza sus cubiertos. Escudriñó rápidamente en busca de alguien que le rescatara y cometió la torpeza de iluminar la mirada cuando se encontró con los ojos de Watkin.

—Buenas noches —saludó Watkin con una sonrisa encantadora, asintiendo con la cabeza en un gesto de lo más amistoso y posando finalmente la vidriosa mirada en el tazón de sopa que le acababan de servir, postura de la cual no pensaba apartarse. De momento.

Que sufriera un poco aquel tipo. Quería que su rescate le valiese unos honorarios de al menos media docena de charlas radiofónicas.

De pronto, al otro lado de Watkin, Richard descubrió el origen de la risita femenina que había celebrado el juego de manos de Reg. Por sorprendente que pareciese, era una niña. Tenía unos ocho años, pelo rubio y aspecto triste. De cuando en cuando, daba displicentes patadas a la mesa.

—¿Quién es esa? —preguntó Richard a Reg, sorprendido—. ¿Quién es quién?

Richard señaló disimuladamente con el dedo en aquella dirección.

—La niña —musitó—. Aquella niña. ¿Es la nueva catedrática de matemáticas, o algo así?

Reg la miró detenidamente.

—No tengo la menor idea, ¿sabes? —dijo asombrado—. Nunca he visto nada parecido. Qué cosa más rara.

En aquel momento, el director de la BBC resolvió la incógnita al liberarse de la seminelson lógica en que lo tenían atrapado cuando le dijo a la niña que dejara de dar patadas a la mesa. La niña obedeció y, en vez de dar a la mesa, se puso a patalear al aire con redoblado vigor. El de la radio le dijo que tratara de divertirse, de manera que la niña le asestó un puntapié. Aquello introdujo un breve destello de placer en la triste velada, pero no duró mucho. Su padre explicó con detalle lo que pensaba de los canguros que dejaban plantada a la gente, pero nadie se sintió capaz de profundizar en el tema.

—Una temporada principalmente dedicada a Buxtehude —prosiguió el profesor de música— es algo que se espera desde hace mucho. Estoy seguro de que estará deseando remediar esa situación a la primera oportunidad.

—Pues..., sí, claro —repuso el padre de la niña, derramando la sopa—. Es decir, hummm. Ese no es Gluck, ¿verdad?

La niña volvió a dar otra patada a la mesa. Cuando su padre le lanzó una mirada severa, le formuló una pregunta con los labios.

—Ahora no —insistió el padre, con voz tan queda como pudo.

—Entonces, ¿cuándo?

—Luego. A lo mejor. Más tarde, ya veremos.

Malhumorada, volvió a acurrucarse en la silla.

—Siempre dices que más tarde —le dijo mohína.

—Pobrecita —murmuró Reg—, en esta mesa no hay un solo catedrático que no se comporte así de puertas adentro. ¡Ah!, muchas gracias.

Llegó la sopa, distrayendo su atención y la de Richard.

—Bueno, explícame a qué te dedicas —continuó Reg después de que ambos tomaran un par de cucharadas y llegaran cada uno por su cuenta a la misma conclusión, es decir, que no se había producido una explosión del sentido del gusto—. He oído decir que tiene algo que ver con los ordenadores y la música. Pensaba que habías hecho inglés mientras estuviste aquí, aunque sólo, según comprendo ahora, en tu tiempo libre.

Lanzó a Richard una mirada significativa por encima de su cuchara.

—Espera —prosiguió antes de que Richard tuviese siquiera oportunidad de contestar—, recuerdo vagamente que tenías una especie de ordenador cuando estuviste aquí. ¿Cuándo fue? ¿En 1977?

—Bueno, lo que en 1977 llamábamos ordenador era una especie de ábaco eléctrico, pero...

—Vamos, vamos, no le quites valor al ábaco —repuso Reg—. En manos experimentadas es una máquina de calcular muy refinada. Además, no necesita energía, puede construirse con cualquier material que se tenga a mano y nunca se estropea en medio de un trabajo importante.

—De modo que uno eléctrico sería especialmente inútil —repuso Richard.

—Exacto —concedió Reg.

—En realidad, esa máquina no hacía mucho más de lo que uno puede hacer por su cuenta en la mitad de tiempo y con menos esfuerzo —prosiguió Richard—; pero por otro lado, el aparato era muy bueno como alumno lento y de corta inteligencia.

Reg lo miró sin comprender.

—No tenía idea de que escasearan tanto. Daría con una docena sólo con tirar un panecillo sin moverme del asiento.

—No lo dudo. Pero mírelo así: ¿qué sentido tiene tratar de enseñar algo a alguien?

Esa pregunta pareció suscitar un murmullo de simpática aprobación a todo lo largo de la mesa.

—Lo que quiero decir es que si de verdad se quiere entender algo —continuó Richard—, lo mejor es tratar de explicárselo a otro. Eso obliga a ordenar las ideas. Y cuanto más lento y torpe sea el alumno, más se tendrá que reducir el tema a ideas cada vez más simples. Y ese es el verdadero fundamento de la programación. Cuando una idea se estructura paso a paso de tal modo que hasta una estúpida máquina llega a comprenderla, uno ya ha aprendido algo de la misma. El profesor siempre aprende más que el alumno, ¿no es cierto?

—Sería difícil aprender mucho menos que mis alumnos —dijo alguien con un murmullo lento en alguna parte de la mesa—, a menos que me sometieran a una

lobotomía prefrontal.

—Así que me pasaba los días tratando de hacer en aquella máquina de 16 K los trabajos que podía terminar en un par de horas con una máquina de escribir, pero lo que me fascinaba era el proceso de explicar a la máquina lo que yo quería que hiciese. Prácticamente escribí mi propio tratamiento de textos en BASIC. Una simple operación de búsqueda y sustitución me llevaba unas tres horas.

—Se me olvidaba, ¿lograste terminar algún trabajo?

—Pues, bueno, no. Trabajos propiamente dichos, no. Pero los motivos de por qué no los terminaba eran absolutamente fascinantes. Por ejemplo, descubrí que...

Se interrumpió, riéndose de sí mismo.

—También tocaba los teclados en un grupo de rock, claro —añadió—. Eso no me ayudaba mucho.

—Vaya, eso no lo sabía —observó Reg—. En tu pasado hay cosas más oscuras de lo que imaginaba. Virtud, añadiría yo, que esta sopa comparte.

Con mucho cuidado, se limpió los labios con la servilleta.

—Algún día tengo que ir a decir unas palabras al jefe de cocina. Me gustaría asegurarme de que se quedan con los restos adecuados y tiran los que no valen. Bueno. Así que un grupo de rock. Vaya, vaya, vaya. ¡Santo cielo!

—Sí —dijo Richard—. Nos llamábamos «La banda medianamente buena», pero en realidad no lo éramos. Pretendíamos llegar a ser los Beatles de la década de los ochenta, pero contábamos con un asesoramiento financiero y jurídico mucho mejor del que los Beatles tuvieron jamás y que fundamentalmente consistía en «no os preocupéis», así que no nos preocupábamos. Salí de Cambridge y pasé tres años muriéndome de hambre.

—Pero ¿no me encontré contigo en aquella época y me dijiste que te iba muy bien? —preguntó Reg.

—Como barrendero, sí. En las carreteras había muchísimo que hacer, más que suficiente para toda una vida profesional, o eso creía. Sin embargo, me despidieron por quitar la porquería de un lado y echarla en la zona de otro barrendero.

Reg meneó la cabeza.

—Esa carrera no es para ti, estoy seguro. Hay muchas profesiones donde ese comportamiento conllevaría una rápida promoción.

—Probé con unas cuantas, aunque ninguna de gran importancia. No seguí mucho tiempo con ninguna porque siempre estaba demasiado cansado para hacer las cosas bien. Me encontraban dormido encima de comederos de pollos o de archivadores, según cuál fuese el trabajo. Mire, estar toda la noche delante del ordenador para enseñarle a tocar «Tres ratones ciegos» era una meta importante para mí.

—Estoy seguro —convino Reg—. Gracias —dijo al camarero que le retiraba el plato de sopa a medio terminar—, muchísimas gracias. Así que «Tres ratones ciegos», ¿eh? Bien, bien. De modo que al final lo conseguiste, claro, y eso es lo que explica tu distinguida situación actual, ¿no?

—Bueno, hay alguna cosita más.

—Me lo temía. Aunque es una lástima que no lo hayas traído. Habría animado a la pobre señorita que se ve obligada a soportar nuestra aburrida y grosera compañía. Un súbito estallido de «Tres ratones ciegos» seguramente la pondría de buen humor.

Se inclinó hacia adelante para mirar a la niña que, dos sillas más allá, seguía removiéndose en su asiento.

—Hola —la saludó. La niña lo miró sorprendida, bajó los ojos tímidamente y continuó balanceando las piernas—. ¿Qué te parece peor —le preguntó Reg—, la sopa o la compañía? La niña rio sin ganas, débilmente, se encogió de hombros y siguió con la cabeza baja.

—Considero que eres prudente al no comprometerte a estas alturas —prosiguió Reg—. En cuanto a mí, espero a ver las zanahorias antes de emitir juicio alguno. Las llevan cocinando desde el fin de semana, pero me temo que no será suficiente. Lo único que podría ser peor que las zanahorias es Watkin. Es el señor con esas gafas tan absurdas que está sentado entre tú y yo. A propósito, me llamo Reg. Cuando tengas un momento, acércate y dame una patada.

La niña emitió una risita entrecortada y miró a Watkin, que se puso rígido e hizo un intento pasmosamente infructuoso por sonreír de buen grado.

—Bueno, niñita —le dijo torpemente, y la niña hizo un esfuerzo desesperado por no soltar una carcajada ante la vista de sus gafas.

Por lo tanto, después de eso no hubo mucha conversación, pero la niña tenía un aliado y empezó a divertirse un poquito. Su padre le dirigió una sonrisa de alivio.

Reg se volvió hacia Richard, que le preguntó de pronto:

—¿Tiene usted familia?

—Pues..., no —repuso Reg, despacio—. Pero dime, ¿qué vino después de «Tres ratones ciegos»?

—Pues, para abreviar, Reg, acabé trabajando para Tecnologías WayForward...

—¡Ah, sí! El famoso mister Way. Dime, ¿qué tal es?

A Richard siempre le molestaba un poco esa pregunta, quizá porque se la hacían a menudo.

—Mejor y peor de como le presentan en la prensa. En realidad, me cae muy simpático. A veces puede resultar un poco cargante, como todo hombre de negocios, pero lo conozco desde los primeros tiempos de la compañía, cuando ni su nombre ni el mío valía un céntimo. Es un buen tipo. Aunque lo mejor es no darle tu número de teléfono, a menos que tengas un contestador automático de tipo industrial.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Bueno, es una de esas personas que sólo pueden pensar cuando hablan. Cuando se le ocurre una idea, tiene que contársela a quien sea. Pero si no tiene a nadie a mano, los contestadores automáticos le sirven igual. Llama y les habla. Tiene una secretaria exclusivamente dedicada a recoger cintas de gente a quien él ha llamado; las transcribe, hace una selección y, al día siguiente, le entrega el texto resultante en

una carpeta azul.

—Azul, ¿eh?

—No me pregunte por qué no utiliza simplemente una grabadora —agregó Richard, encogiéndose de hombros.

—Supongo que no utiliza grabadora —dijo Reg, tras considerarlo un poco— porque no le gusta hablar solo. En cierto modo es lógico.

Tomó un bocado de su recién servido *porc au poivre* y lo rumió un rato antes de dejar con suavidad cuchillo y tenedor por un momento.

—¿Y cuál es el cometido del joven MacDuff en todo esto? —preguntó al fin.

—Pues Gordon me encargó que escribiera un programa importante para Apple Macintosh. Hoja de cálculo, contabilidad, esas cosas, que fuese eficaz y fácil de manejar, con muchos gráficos. Le pregunté qué quería exactamente y se limitó a contestar: «Todo. Para esa máquina quiero el mejor programa de contabilidad, el que mejor cante los números, el que mejor los baile». Y como es de natural un poco antojadizo, lo tomé al pie de la letra.

—Con una combinación de números se puede representar lo que se quiera, utilizarla para describir una superficie, modular cualquier proceso dinámico, etcétera. Y en el fondo, la contabilidad de empresas no es más que eso, una combinación de números. Así que me senté a escribir un programa que representara los números como a uno le diese la gana. Si se querían en forma de gráfico musical, la máquina lo organizaba así; si se los quería agrupar en figuras grandes o pequeñas, el ordenador las proporcionaba. Si se deseaba que de los cuadros grandes saliesen bailarinas para distraer la atención de las cifras que componían las figuras, el programa también lo hacía. O podían transformar las figuras que formaban los cuadros en, por ejemplo, una bandada de gaviotas, y su formación de vuelo y el modo en que cada gaviota movía las alas venía determinado por los resultados de cada departamento de la empresa. Estupendo para crear logotipos animados de la compañía con verdadero significado.

—Pero lo más absurdo de todo era que, si querías representar la contabilidad de la empresa como una partitura musical, también se podía hacer. Bueno, yo pensé que era absurdo. El mundo empresarial se volvió loco con ello.

Reg lo miró con gravedad por encima de un trozo de zanahoria que mantenía con delicadeza en el tenedor delante de él, pero no lo interrumpió.

—Cada aspecto de la melodía puede expresarse mediante una secuencia o combinación de números, ¿comprende? —prosiguió Richard, entusiasmado—. Las cifras pueden representar el tono y la duración de las notas, secuencias de tono y duración...

—¿Quieres decir armonías? —preguntó Reg.

La zanahoria seguía sin moverse.

Richard sonrió.

—Armonías es un término muy adecuado. Debo recordarlo.

—Te ayudaría a expresarte mejor —repuso Reg, que devolvió la zanahoria al plato, sin probarla; preguntó—: Entonces, ¿el programa funcionó bien?

—Aquí, no mucho. La contabilidad anual de la mayoría de las empresas británicas terminaron sonando como la Marcha de la Muerte de Saúl, pero en Japón se lanzaron tras él como una manada de ratas. Produjo montones de alegres himnos de empresas que empezaban bien, pero desde un criterio musical, cabría decir que al final resultan un poco chillones. En los Estados Unidos tuvo unas ventas espectaculares, lo que desde el punto de vista comercial era lo principal. Aunque lo que más me interesa ahora es lo que ocurrirá si se prescinde de la contabilidad. Transformar directamente en música los números que representa el movimiento de las alas de una golondrina. ¿Qué se oiría? No el sonido de las cajas registradoras, según asegura Gordon.

—Fascinante, enteramente fascinante —comentó Reg, llevándose al fin la zanahoria a los labios. Se volvió, inclinándose para hablar con su nueva amiga.

—Watkin pierde —sentenció—. Las zanahorias han logrado un nuevo récord de todos los tiempos. Lo siento Watkin, pero por detestable que seas, me temo que las zanahorias son las campeonas del mundo.

La niña rio con mayor soltura que la última vez y dedicó una sonrisa a Reg. Watkin trató de tomárselo con buen humor pero, mientras sus ojos nadaban en dirección a Reg, resultaba evidente que estaba más acostumbrado a desconcertar que a que lo desconcertasen.

—Por favor, papá, ¿puedo ya?

Además de la nueva, aunque ligera, confianza, la niña había encontrado la voz.

—Más tarde, —insistió el padre.

—Ya es más tarde. Lo he calculado.

—Bueno... —repuso el padre, que se interrumpió desconcertado.

—Hemos estado en Grecia —anunció la niña con voz débil pero llena de respeto.

—¿Ah, sí? —repuso Watkin, con un leve movimiento de la cabeza—. ¿En algún sitio en particular, o sólo en Grecia en general?

—En Patmos —contestó la niña con decisión—. Es precioso. Creo que Patmos es el sitio más bonito del mundo. Sólo que el *ferry* nunca llega a su hora. Nunca, jamás. Lo comprobé. Perdimos el avión, pero no me importó.

—¡Ah, Patmos! Ya veo —repuso Watkin, claramente animado por la noticia—. Bueno, jovencita, lo que debes entender es que los griegos, no satisfechos con ser la cultura predominante del mundo clásico, también son los autores de la mayor, algunos dirían la única, verdadera obra de imaginación creadora que se ha producido en este siglo. Me refiero, claro está, al horario de los transbordadores griegos. Una obra de la más sublime ficción. Todo aquel que haya viajado por el Egeo se lo confirmará. Hmmm, sí. Ya lo creo.

La niña lo miró con el ceño fruncido.

—Me encontré una cráter —anunció.

—Probablemente no lo sea —se apresuró a interrumpir su padre—. Todos los que van a Grecia por primera vez creen que han encontrado una crátera, ¿no es cierto? Ja, ja.

Hubo un asentimiento general. Era verdad. Molesto, pero cierto,

—La encontré en el puerto —insistió la niña—. En el agua. Mientras esperábamos el puñetero transbordador.

—¡Sarah! Te he dicho...

—Así es como lo llamaste tú. Y algo peor. Dijiste palabras que no creía que conocieras. De todos modos, he pensado que si todas las personas aquí presentes eran tan listas, alguien podría decirme si se trataba verdaderamente de una antigüedad griega o no. Yo creo que es muy antigua. Por favor, papá, ¿me dejas que se la enseñe?

Su padre, rendido, se encogió de hombros y empezó a buscar algo bajo la silla.

—¿Sabía usted, señorita —preguntó Watkin—, que el libro del Apocalipsis se escribió en Patmos? Pues sí. Lo escribió san Juan el Divino, como bien sabe usted. En mi opinión, ello demuestra claramente que escribió dicho libro mientras esperaba un transbordador. Ah, sí, ya lo creo. Empieza con esa especie de ensoñación que uno tiene cuando está aburrido y trata de matar el tiempo, ¿no es verdad?, inventando cosas que poco a poco van creciendo hasta llegar a una especie de desesperación alucinatoria. Eso me parece muy sugestivo. Tal vez debería usted escribir un ensayo sobre eso.

La niña lo miró como si estuviera loco.

—Bueno, aquí está —dijo el padre, arrojando el objeto sobre la mesa—. Como verán, no es más que un jarrón. Sólo tiene seis años —añadió con una sonrisa triste—, ¿no es verdad, cariño?

—Siete —contestó Sarah.

La vasija era muy pequeña, de unos veinte centímetros de alto por quince en su punto más ancho. De volumen casi esférico, tenía un cuello muy estrecho que ascendía unos dos centímetros sobre el cuerpo. El cuello y casi la mitad de la superficie estaban llenos de barro endurecido, pero las partes descubiertas poseían una textura áspera, de color rojizo.

Sarah la cogió y la puso en las manos del decano, que se sentaba a su derecha.

—Tú pareces listo —afirmó—, dime qué te parece.

El decano cogió el recipiente y le dio la vuelta con aire desdeñoso.

—Estoy seguro —observó ingeniosamente— de que si raspamos el barro del fondo, probablemente se leerá: Hecho en Birmingham.

—¿Tan antiguo? —dijo el padre de Sarah con una risa forzada—. Hace mucho tiempo que no se fabrica nada allí.

—De todos modos —anunció el decano—, no es mi especialidad; yo soy biólogo molecular. ¿Alguien quiere echarle un vistazo?

La pregunta no fue recibida con salvajes alaridos de entusiasmo, pero la vasija fue pasando de mano en mano hasta el otro extremo de la mesa de manera un tanto vaga.

Fue observada a través de lentes de cristal de roca, atisbada a través de gafas con montura de carey, mirada fijamente por encima de monturas de media luna, y de soslayo por alguien que mucho se temía haber dejado las gafas en un traje que había enviado al tinte. El rostro de la niña empezó a recobrar de nuevo una expresión abatida.

—Qué gente más rancia —dijo Reg a Richard, volviendo a coger el salero de plata y manteniéndolo en alto.

—Jovencita —dijo a la niña, inclinándose para hablar con ella.

—¡Oh, no, viejo estúpido! Otra vez, no —murmuró Cawley, el viejo arqueólogo, echándose hacia atrás en el asiento y ocultándose las orejas con las manos.

—Jovencita —repitió Reg—. Observa este sencillo salero de plata. Fíjate en este simple sombrero.

—Tú no llevas sombrero —repuso la niña, malhumorada.

—¡Ah!, un momento, por favor —dijo Reg, que fue a buscar su gorro de lana roja.

—Mira este sencillo salero de plata —repitió—. Observa este simple gorro de lana. Pongo el salero en el gorro, así, y te paso el sombrero a ti. La siguiente parte del truco, querida señorita, es cosa tuya.

Le tendió el sombrero pasándolo por delante de Cawley y Watkin, que estaban entre los dos. La niña lo cogió y miró dentro.

—¿Dónde está? —preguntó, mirando fijamente al interior del gorro.

—Donde lo hayas puesto tú —contestó Reg.

—Ah, ya entiendo —dijo Sarah—. Pues..., no es muy bueno.

—Un truco modesto —repuso Reg, encogiéndose de hombros—, pero me gusta hacerlo.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —preguntó a Richard.

Richard lo miró con una ligera sensación de pasmo. Sabía que el profesor siempre había tenido tendencia a cambiar de humor súbitamente, pero fue como si de pronto se hubiese quedado sin vitalidad.

Ahora ostentaba la misma expresión de despiste que Richard había observado en su rostro la noche en que llamó a su puerta de manera, al parecer, completamente inesperada. Reg pareció notar entonces que Richard estaba desconcertado y, rápidamente, esbozó una sonrisa.

—¡Mi querido amigo! —exclamó—. ¡Mi querido amigo! ¡Mi muy querido amigo! ¿Qué estaba diciendo?

—Pues, estaba diciendo: «Mi querido amigo».

—Sí, pero estoy seguro de que era el prelude de algo. Una especie de breve tocata sobre el tema de qué tipo tan estupendo que eres, antes de abordar el tema principal de mi discurso, cuya naturaleza suelo olvidar. ¿No tienes idea de lo que estaba a punto de decir?

—No.

—Vaya. Bueno, supongo que debería estar contento. Si todo el mundo supiera exactamente lo que voy a decir, entonces no tendría sentido que lo dijera, ¿verdad? Bueno, ¿cómo va la vasija de nuestra joven invitada?

En realidad había llegado a Watkin, que no se declaró un experto en los recipientes que los antiguos habían fabricado para beber, sino sólo en lo que habían escrito como consecuencia. Afirmó que Cawley era una persona ante cuyos conocimientos y experiencia todos debían inclinarse y trató de darle la vasija.

—He dicho —repitió— que tú poseías los conocimientos y la experiencia ante los cuales deberíamos inclinarnos. Venga, por amor de Dios, quítate las manos de los oídos y echa una mirada a esto.

Con suavidad, pero firmemente, le apartó la mano derecha de la oreja, volvió a explicarle la situación y le tendió la vasija. Cawley la examinó superficialmente pero con mirada de experto.

—Sí —dictaminó—, diría que es un jarrón de unos doscientos años de antigüedad. Muy tosco. Un ejemplo muy basto en su especie. Por supuesto, carece absolutamente de valor.

Lo depositó sobre la mesa con aire imperioso y miró hacia la antigua galería de los juglares, que, por algún motivo, parecían mirarle con reprobación.

El dictamen surtió un efecto inmediato en Sarah. Si ya estaba desanimada, aquello la deprimió por completo. Se mordió el labio y se echó hacia atrás en la silla, sintiéndose de nuevo enteramente infantil y desplazada. Su padre le dirigió una mirada de advertencia sobre su mal comportamiento y luego volvió a pedir disculpas en su nombre.

—Bueno, Buxtehude —se apresuró a añadir—. Sí, el bueno de Buxtehude. Veremos qué podemos hacer. Dígame...

—Señorita —interrumpió con asombro una voz ronca—, es usted una hechicera, una maga de poderes extraordinarios.

Todas las miradas se volvieron hacia Reg, el viejo farolero. Tenía la vasija entre las manos y la miraba con enloquecida fascinación. Se volvió hacia la niña, como evaluando por primera vez el poder de un adversario temido.

—Me inclino ante usted —musitó—. Aunque indigno de hablar en presencia de tales poderes, permítame felicitarla por una de las proezas más delicadas en el arte del malabarismo que he tenido privilegio de presenciar.

Sarah lo miró con ojos como platos.

—¿Puedo mostrar a estas personas el objeto que ha traído usted? —preguntó con seriedad.

La niña asintió sin convicción, y Reg asió la vasija, antes preciosa pero ya tristemente desacreditada, dándole un golpe seco contra la mesa.

Se rompió en dos pedazos regulares, y la capa de arcilla que la recubría se disgregó en puntiagudas escamas sobre la mesa.

Sarah miró con expresión aturdida el deslucido y manchado, aunque claramente

reconocible, salero de plata, que había surgido entre los restos del jarrón.

—¡Viejo estúpido! —masculló Cawley.

Tras el menosprecio y la condena general suscitados por aquel truco barato, que no llegaron a eclipsar la admiración de Sarah, Reg se volvió hacia Richard y, como si no le diera importancia, preguntó:

—¿Cómo se llamaba aquel amigo que tenías cuando estabas aquí, le has vuelto a ver? Un individuo con un extraño nombre de la Europa del Este. Svlad no sé qué. Svlad Cjelli. ¿Lo recuerdas?

Richard lo miró perplejo durante un momento.

—¿Svlad? —repitió—. ¡Ah!, te refieres a Dirk. Dirk Cjelli. No, no hemos mantenido la amistad. Pero me lo encontré un par de veces por la calle. Eso es todo. Creo que cambia de nombre de cuando en cuando. ¿Por qué lo pregunta?

En lo alto del promontorio rocoso, el Monje Eléctrico seguía a lomos de un caballo que, poco a poco, sin quejarse, empezaba a estar de más. Bajo la capucha de áspera estameña, el Monje miraba sin parpadear al valle, que le planteaba un problema nuevo y espantoso, porque se trataba de la Duda. No la sufría a menudo, pero cuando le atacaba, le carcomía los fundamentos mismos de su ser.

Hacía calor, el sol recorría un cielo vacío y brumoso, cayendo a plomo sobre las rocas grises y la escasa y agostada hierba. Nada se movía, ni siquiera el Monje. Pero extrañas cosas empezaban a bullir en su mente, como alguna vez sucedía cuando los datos no estaban bien dirigidos y le pasaban por el buffer de entrada.

Pero entonces el Monje empezó a creer algo, esporádica y nerviosamente al principio, luego con una ardiente llamarada blanca de fe que eliminó todas las creencias anteriores, incluida la estúpida idea de que el valle era rosa; muy pronto, en alguna parte del valle, a unos mil quinientos metros de donde él se encontraba, se abriría una puerta misteriosa que daba a un mundo extraño y remoto, una puerta que podría franquear. Pasmosa idea.

Pero por asombroso que pareciese, aquella vez tenía toda la razón.

El caballo notó que pasaba algo. Irguió las orejas y meneó la cabeza con suavidad. Al mirar durante tanto rato el mismo montón de rocas, había caído en una especie de trance, y estaba a punto de imaginar también que eran de color rosa. Sacudió la cabeza con un poco más de energía.

Con un leve movimiento de riñones y un talonazo del Monje, se pusieron en marcha bajando con cuidado por la rocosa pendiente. El camino era difícil. En su mayor parte se componía de placas sueltas de pizarra marrones y grises, interrumpidas aquí y allá por plantas verdes que se aferraban a ellas para preservar su precaria existencia. El Monje observó aquello con turbación. Ahora era un Monje más viejo y más sabio, y había dejado atrás los infantilismos. Valles de color rosa, mesas hermafroditas: etapas naturales por las que había que pasar en el camino hacia el verdadero conocimiento.

El sol caía a plomo. El Monje se limpió la cara de sudor y polvo e hizo una pausa, inclinándose sobre el cuello del caballo. Atisbo entre la trémula neblina que el calor levantaba y distinguió un montón de rocas en pleno lecho del valle. Allí, tras las rocas, era donde el Monje pensaba o, mejor dicho, creía apasionadamente desde lo más hondo de su ser, que surgiría la puerta. Trató de ajustar mejor la imagen, pero los detalles se difuminaban confusamente en los remolinos de aire caliente.

Montado en la silla y a punto de agujonear al caballo, de pronto notó algo muy curioso.

En la lisa pared de una roca que había cerca, tan cerca, en realidad, que se sorprendió de no haberla visto antes; había una gran pintura. Torpemente ejecutada, aunque no desprovista de elegancia en los trazos, parecía muy antigua,

probablemente muy, pero que muy antigua. Oscurecida, agrietada y desigual, resultaba difícil distinguir con claridad lo que representaba. Se acercó más. Parecía una primitiva escena de caza.

Evidentemente, el grupo de criaturas de múltiples miembros y color morado eran cazadores primitivos. Portaban toscas lanzas y perseguían ferozmente a un animal armado de largos cuernos que ya parecía herido. En realidad, lo único que se apreciaba claramente eran los blancos dientes de los cazadores, que parecían brillar con una blancura cuyo fulgor no había palidecido con el paso de los muchos milenios transcurridos. De hecho, el Monje hasta se avergonzó de sus propios dientes, aunque acababa de lavárselos por la mañana.

El Monje ya había visto pinturas parecidas, pero sólo en cuadros o en la televisión, nunca en la vida real. Solían hallarse en cavernas al abrigo de los elementos, de lo contrario no habrían sobrevivido. El Monje observó con más detenimiento los aledaños de la roca y observó que, si bien no se encontraba en una caverna, la pared estaba protegida del viento y de la lluvia por una amplia repisa. Sin embargo, era extraño que hubiese aguantado tanto tiempo. Y más raro aún era que, según parecía, no la hubieran descubierto todavía. Todas las pinturas rupestres eran famosas y le resultaban familiares, pero aquella no la había visto nunca.

A lo mejor se trataba de un hallazgo histórico espectacular. Tal vez si volviera a la ciudad para anunciarlo sería bien recibido, al fin le pondrían un nuevo panel matriz, y le permitirían creer..., ¿creer en qué? Hizo una pausa, parpadeó y agitó la cabeza para deshacer un momentáneo error de sistema.

Se repuso.

Creía en una puerta. Debía encontrarla. Era el camino hacia..., hacia...

La Puerta era el Camino.

Bien.

Las letras mayúsculas siempre constituían la mejor manera de tratar las cosas para las que se carecía de una respuesta adecuada.

Bruscamente, hizo que el caballo volviese la cabeza y le instó a proseguir la marcha ascendente. Al cabo de unos minutos de difíciles maniobras, llegó al fondo del valle y quedó momentáneamente desconcertado al descubrir que la fina capa de polvo que se había aposentado sobre la agrietada tierra rojiza era de un color rosáceo muy pálido, sobre todo en las orillas del lento reguero de barro que, en la estación cálida, constituía los últimos restos del río que discurría por el valle en la época de las lluvias. Desmontó y se inclinó para tocar el polvo rosado, dejándolo correr entre los dedos. Era suave y muy fino, y le produjo una sensación agradable al contactar con su piel. Era casi del mismo color, quizá algo más clara.

El caballo le estaba mirando. El Monje comprendió, tal vez con cierto retraso, que debía de tener mucha sed. Él también estaba sediento, pero trataba de no pensar en ello. Desató la cantimplora de la silla. La sintió patéticamente ligera. Desenroscó el tapón y dio un solo trago. Luego vertió un poco en el hueco de la mano y se lo

ofreció al caballo, que lo sorbió con ansia de golpe.

El caballo volvió a mirarle.

El Monje meneó la cabeza con tristeza, volvió a tapar la cantimplora y la guardó en su sitio. En la pequeña parte de su mente donde almacenaba información lógica y fáctica, era consciente de que no duraría mucho y que, sin ella, ellos tampoco aguantarían. Sólo su Fe le impulsaba a seguir adelante; su Fe, que ahora se centraba en la Puerta.

Se sacudió el polvo rosado del áspero hábito y miró al amasijo de rocas, a sólo unos cien metros de distancia. Lo observó no sin un tenue ligerísimo temblor. Aunque la parte más importante de su mente se mantenía firme en la eterna e incommovible Fe en que la Puerta estaría tras las rocas y que la Puerta sería el Camino, la porción más pequeña de su cerebro que comprendía lo de la cantimplora no podía dejar de recordar pasadas decepciones y emitía una nota muy baja, pero estridente, de advertencia.

Si decidía no acercarse a ver la Puerta por sí mismo, seguiría creyendo en ella para siempre. Se convertiría en la meta de su vida..., de lo poco de vida que le quedaba, dijo la parte de su mente que comprendía lo de la cantimplora.

Por otro lado, si se dirigía a presentar sus respetos a la Puerta y resultaba que no existía..., entonces, ¿qué?

El caballo relinchó impaciente.

Desde luego, la respuesta era muy sencilla. Disponía de todo un tablero de circuitos para abordar precisamente este problema; en realidad, constituía el verdadero meollo de su función. Seguiría creyendo en ello, fuera lo que fuese lo que los hechos revelasen. ¿Qué otra cosa significaba la Fe? La Puerta seguiría estando allí, aunque no existiese. Se dominó. La Puerta estaba allí y debía ir hacia ella, porque la Puerta era el Camino.

En vez de volver a montar, llevó el caballo de la brida. El Camino no estaba lejos, iría con humildad al encuentro de la Puerta.

Valeroso y erguido, avanzó con solemne lentitud. Se fue aproximando al grupo de rocas. Llegó. Lo rodeó. Miró.

Allí estaba la Puerta.

Hay que señalar que el caballo se llevó una buena sorpresa.

El Monje cayó de rodillas, lleno de asombro y respeto. Tan preparado estaba para llevarse una decepción, que era lo que solía llevarse aunque nunca lo admitía, que le pilló completamente desprevenido. Observó la Puerta con un rotundo y absoluto error de sistema.

Era una puerta como nunca había visto antes. Todas las puertas que conocía eran enormes objetos de acero reforzado, debido a los vídeos y lavaplatos que había tras ellas, aparte, claro está, de todos los costosos monjes eléctricos que se necesitaban para creer en todo ello. Aquella era sencilla, de madera, pequeña, más o menos de su mismo tamaño. Una puerta a la medida de un monje, pintada de blanco, con un pomo

de bronce un poco abollado a un lado, a media altura. Estaba empotrada en la cara de la roca, y no había explicación alguna de su origen ni de su finalidad.

Sin saber cómo se atrevía, el pobre Monje asustado se tambaleó y, llevando el caballo de la brida, avanzó nervioso hacia ella. Al llegar, la tocó. Se sorprendió tanto al no oír alarma alguna, que retrocedió de un salto. La volvió a tocar, esta vez con más firmeza.

Despacio, bajó la mano hacia el pomo; tampoco entonces sonó la alarma. Notó que se accionaba un mecanismo. Contuvo el aliento. Nada. Empujó la Puerta, que cedió suavemente. Miró al interior, pero estaba tan oscuro en contraste con el desértico sol del exterior, que no vio nada. Al fin, casi muerto ante tanta maravilla, entró llevando al caballo tras él.

Pocos minutos después, un hombre que había estado sentado fuera del alcance de la vista junto al siguiente grupo de rocas terminó de quitarse el polvo de la cara, se levantó, estiró las piernas y regresó hacia la puerta mientras se palmeaba la ropa.

«En Xanadú construyó Kubla Khan una lujosa mansión de recreo».

Era evidente que el lector pertenecía a la escuela de pensamiento cuya teoría mantiene que la seriedad o grandeza de un poema se comunicaba mejor leyéndolo con voz de estúpido. Subía y bajaba de tono hasta que las palabras parecían ocultarse y salir corriendo a buscar refugio.

*«Donde corría el sagrado río Alf
entre cavernas sin humana medida
hasta un mar sin sol».*

Richard volvió a apoyarse en el respaldo de la silla. Las palabras le resultaban muy familiares, tal como correspondía a un licenciado en inglés de la Facultad de Saint Cedd's, y se acomodaban fácilmente en su mente. La relación que la universidad mantenía con Coleridge se consideraba muy seria pese a la afición del famoso autor a determinados productos farmacéuticos que recrean el espíritu y bajo cuya influencia compuso su obra más importante, en un sueño.

El manuscrito se guardaba en la caja fuerte de la biblioteca de la facultad y, en la Cena Coleridge el poema siempre se leía directamente del manuscrito.

*«Y así dos veces ocho kilómetros de tierra feroz
circundada de torres y murallas;
y manantiales sinuosos que brillaban en jardines
de múltiples árboles de esencias;
y había bosques tan antiguos como las colinas,
que albergaban soleados claros de verdura».*

Richard se preguntó cuánto duraría. Miró a un lado, a su antiguo jefe de estudios, y le molestó la firme determinación de la postura que adoptaba para leer. La cantarina voz le irritó al principio, pero al rato empezó a adormecerle y se puso a contemplar un reguero de cera que se escurría por el borde de una vela, ya casi consumida, que ahora arrojaba una luz mortecina sobre los restos de la cena.

*«Pero ¡ah! ¡Aquel hondo y embrujado abismo
que se abría por la verde colina a través del refugio de cedros!
¡Primitivo paisaje! ¡Más santo y encantado
que nunca bajo la luna menguante cuando el femenino
fantasma gemía por su demoníaco amante!».*

Las pequeñas cantidades de clarete que se había permitido durante la comida corrían cálidamente por sus venas y, dejando vagar la mente, recordó la pregunta que Reg le había formulado durante la cena y sintió curiosidad por lo que habría hecho últimamente su amigo... ¿Era esa la palabra, amigo? Más que una persona, parecía una sucesión de acontecimientos extraordinarios. La idea de que Dirk tuviese amigos, más parecía remitirse a una serie de conceptos mal encadenados, como pensar que la crisis de Suez iba a estallar de nuevo por un panecillo.

Svlad Cjelli. Popularmente conocido como Dirk, aunque la palabra ¿popular?, otra vez, no parecía adecuada. Famoso, desde luego; solicitado, interminablemente comentado, cierto. Pero ¿popular? Sólo en el sentido en que puede serlo un grave accidente en la autopista: todo el mundo aminora la velocidad para verlo bien, pero nadie se acerca demasiado a las llamas. Infame era más conveniente. Svlad Cjelli, infamemente conocido como Dirk.

Era más rollizo que el resto de los estudiantes y tenía más sombreros. Es decir, sólo tenía el que llevaba normalmente, pero lo lucía con una pasión que resultaba extraña en alguien tan joven. El sombrero era redondo, de color rojo oscuro y con alas rectas, y parecía moverse como suspendido en un soporte cardánico que en cualquier ocasión le aseguraba una posición perfectamente horizontal por mucho que su propietario sacudiese la cabeza... Como sombrero resultaba notable, aunque como ornamento personal no acababa de convencer. Habría sido una prenda fina y elegante, bien proporcionada y favorecedora, si el dueño hubiese sido una lamparilla de mesilla de noche, pero no otra cosa.

La gente gravitaba a su alrededor atraída por las historias que se negaba a contar de sí mismo, aun cuando nunca estuvo claro que el origen de tales historias no fuese su postura de negarse a contarlas.

Las historias estaban relacionadas con poderes psíquicos que supuestamente había heredado por parte de madre, cuya familia, según aseguraba, había vivido en la parte más elegante de Transilvania. Es decir, él no lo aseguraba en absoluto, llegando a afirmar que se trataba de una tontería sin sentido. Negaba enérgicamente que hubiese murciélagos de ninguna clase en su familia y amenazaba con querrellarse con cualquiera que lanzase aquellos maliciosos infundios, pero hacía gala de llevar un amplio abrigo de piel de grandes faldones, y en su habitación tenía uno de esos aparatos que se supone curan los dolores de espalda cuando uno se cuelga boca abajo de ellos. Dejaba que la gente le sorprendiera colgado de esa manera del aparato a las horas más raras del día y, sobre todo, por la noche, para afirmar enérgicamente que aquello carecía de implicación alguna.

Mediante una ingeniosa serie de negativas estratégicamente desplegadas sobre las cosas más exóticas y emocionantes, logró crear el mito de que era profeta, místico, telépata, visionario, clarividente y vampiro psicopástico.

¿Qué quería decir «psicopástico»?

Era un término de su cosecha, y enérgicamente negaba que tuviese significación

alguna.

*«Y de aquel abismo, bullendo en incesante torbellino,
como si la tierra respirase a raudos y grandes borbotones,
una fuente brotaba vigorosa;
entre sus rápidos chorros, casi discontinuos,
enormes fragmentos se arqueaban...».*

Dirk también había estado siempre sin un céntimo. En eso hubo cambios.

Los inició un compañero de habitación, un crédulo individuo llamado Mander que probablemente, si se llegara a conocer la verdad, fue escogido por Dirk debido a su credulidad.

Steve Mander observó que cuando Dirk se acostaba borracho, hablaba en sueños. Y no sólo eso, sino que, dormido, decía cosas del tipo: «La apertura de rutas comerciales hacia el parloteo mascullante constituyó el momento crucial para la expansión del imperio en la estúpida cháchara de ronquidos. Comentario».

*«Como granizo al rebotar,
o el brozoso grano bajo el mayal».*

La primera vez, Steve Mander se incorporó en la cama con un sobresalto. Fue poco antes de los exámenes trimestrales de segundo curso, y lo que Dirk acaba de decir, o de murmurar sensatamente, se parecía mucho a una pregunta de la asignatura de Historia de la Economía. Mander se levantó despacio, se acercó a la cama de Dirk y se esforzó por escuchar, pero aparte de unos murmullos enteramente inconexos sobre Schleswig-Holstein y la guerra francoprusiana, que Dirk dirigía sin tregua a la almohada, no se enteró de nada más.

Sin embargo, la noticia se extendió con calma y discreción, como un reguero de pólvora.

*«Y entre las rocas danzantes, súbitamente precipitado
caía imponente el río sagrado».*

Durante el mes siguiente, Dirk recibió continuas invitaciones a beber y a comer con la esperanza de que se durmiera profundamente y soñara en voz alta con preguntas del examen. Lo raro fue que, cuanto mejor era la comida y más refinada la cosecha del vino a que le invitaban, menos tendencia mostraba a dormir con la cara sobre la almohada.

Pero su plan consistía en explotar sus pretendidos poderes sin admitir formalmente que los poseía. En realidad, a las historias sobre sus supuestas aptitudes

solía reaccionar con franca incredulidad, y aun con cierta hostilidad.

*«Serpenteando ocho kilómetros entre bosques y valles,
con intrincado movimiento, el río sagrado va,
entre cavernas sin humana medida,
se hunde fragoroso en un mar sin vida;
¡y en medio del tumulto, Kubla oye de lejos
ancestrales voces que gritan guerreras profecías!».*

Dirk también era, aunque lo negaba, clariaudiente. A veces, en sueños, tarareaba melodías que dos semanas después se convertían en números uno. Lo que en realidad no resultaba muy difícil de organizar.

De hecho, siempre llevaba a cabo el mínimo de investigaciones posibles para apoyar tales mitos. Era perezoso y, en el fondo, lo que hacía era fomentar el crédulo entusiasmo de la gente para que le hiciesen trabajos. La desidia era fundamental; si sus supuestas proezas paranormales se hubiesen explicado de manera detallada y precisa, la gente habría sospechado y buscado otros razonamientos. Por otro lado, cuanto más imprecisas y ambiguas eran sus «predicciones», más firme se hacía la credulidad de la gente. Dirk nunca dio mucha importancia a tal situación; al menos, no parecía dársela. En realidad, el provecho que como estudiante sacaba de las continuas invitaciones de otra gente a beber y comer era más considerable de lo que nadie podía imaginar, a menos que se dedicase a hacer cuentas.

Y por supuesto jamás afirmó —en realidad, lo negaba enérgicamente— que nada de aquello fuese verdad ni en lo más remoto.

Por lo tanto, se hallaba en buena situación para realizar un espléndido y sabroso negocio cuando llegaran los exámenes finales.

*«La sombra de la mansión de recreo
flotaba en medio de las olas;
allí se oía la combinada medida
de las grutas y la fuente.
Era un milagro de raro artificio,
¡una soleada mansión de recreo en cavernas de hielo!».*

—¡Santo cielo...!

Reg pareció despertar de pronto con un sobresalto de la leve modorra en que había caído bajo el influjo del vino y la lectura, y miró a su alrededor con absoluta sorpresa, pero nada había cambiado. Los versos de Coleridge resonaban en el silencio cálido y satisfecho que se había apoderado del enorme comedor. Tras fruncir de nuevo el ceño con rápido gesto, Reg inició otra siestecita, pero permaneció un poco

más atento esta vez.

*«Una doncella con una dulzaina
en una visión contemplé una vez;
era una virgen abisinia,
y con su dulzaina tocaba
y cantaba al Monte Abora».*

Sometido a hipnosis, Dirk permitió que lo convencieran para hacer una firme predicción sobre las preguntas que iban a caer en el examen final de aquel curso. Sugirió la idea explicando exactamente lo que jamás estaría dispuesto a hacer, aunque en muchos aspectos, comentó, le hubiese gustado hacerlo sólo para tener la posibilidad de refutar sus supuestas habilidades tan enérgicamente negadas.

Y tras preparar cuidadosamente el terreno de ese modo, al fin aceptó, sólo para acabar de una vez por todas con aquella cuestión, tan enormemente absurda y aburrida. Formularía sus predicciones con el método de la escritura automática bajo un control adecuado; el resultado se guardaría en un sobre lacrado y se depositaría en el banco hasta después de los exámenes.

Luego lo abrirían para comprobar su exactitud una vez realizados los exámenes.

No es de extrañar que una buena cantidad de gente le ofreciera fuertes sumas para que le dejara ver las predicciones escritas, pero él se escandalizó ante tal idea que, según afirmó, sería deshonesta...

*«Si pudiera revivir en mí
su armonía y su canción,
hasta inundarme de un gozo tal,
que con música fuerte y alta
construyera esa mansión en el aire,
¡esa mansión soleada!
¡esas cavernas de hielo!».*

Luego, poco tiempo después, Dirk se dejó ver por la ciudad con una especie de expresión grave y humillada. Al principio no hizo caso de las preguntas sobre lo que le preocupaba, pero después dio a entender que iban a someter a su madre a una operación dental sumamente cara que, por razones que se negó a comentar, debía hacerse en una clínica privada, sólo que no disponía del dinero.

Desde entonces, la tendencia para aceptar donativos destinados a los supuestos gastos médicos de su madre a cambio de rápidas ojeadas a sus predicciones escritas sobre los exámenes demostró ser lo bastante suave y fácil como para seguirla con la mínima dificultad posible.

Luego resultó que el único dentista que podía realizar la misteriosa operación era un cirujano de la Europa del Este que ahora vivía en Malibú y, por lo tanto, fue necesario incrementar el nivel de los donativos de manera bastante brusca.

Por supuesto, seguía negando que sus dotes fuesen lo que se suponía que eran, y llegó a afirmar su inexistencia insistiendo en que no se habría embarcado en el asunto si no fuese para refutarlas; y aparte de eso, como la gente parecía tener en sus capacidades una fe de la que él mismo carecía, pues allá ellos, estaba satisfecho de complacerlos hasta el punto de permitirles que pagasen la operación de su santa madre.

Aquella situación sólo podría reportarle beneficios.

O eso creía.

*«Y todos los que oyeran los verían allí,
y todos gritarían, ¡cuidado! ¡Cuidado!
¡sus ojos destellantes, sus cabellos al viento!».*

Las preguntas que Dirk escribió sometido a hipnosis mediante la escritura automática, las había recopilado limitándose a efectuar la mínima cantidad de investigación que cualquier estudiante habría llevado a cabo mediante el análisis de exámenes anteriores para comprobar si había series repetidas y deducir, a través de hipótesis inteligentes, lo que podrían preguntar. Como cualquiera en su caso, estaba bastante seguro de lograr un índice de aciertos lo bastante elevado como para contentar a los crédulos y lo suficientemente bajo como para que todo el asunto pareciese inocente por completo.

Y así fue.

Lo que provocó su caída, causando un frenesí que terminó con su expulsión de Cambridge en el asiento trasero de un coche celular, fue que todos los exámenes que vendió resultaron ser exactamente los mismos que pusieron.

Iguales. Palabra por palabra. Hasta la última coma.

*«Traza tres círculos a su alrededor
y cierra los ojos en santo temor,
porque él ha probado la ambrosía
y bebido la leche del Paraíso...».*

Y aparte de una lluvia de artículos aparecidos en periódicos sensacionalistas donde le denunciaban por farsante, eso fue lo que proclamó a bombo y platillo su autenticidad, así que ya podían denunciarlo de nuevo como farsante para después volver a proclamar su autenticidad hasta que se aburrieran y encontrasen algún sabroso jugador de billar con quien meterse.

Desde entonces Richard se había encontrado varias veces con Dirk, que le saludaba con la sonrisita recelosa del que desea saber si debe dinero antes de adoptar una expresión de simpatía que revela la esperanza de dar un sablazo. A Richard, los continuos cambios de nombre de Dirk le sugerían que no era el único a quien dispensaba ese trato.

Sintió una punzada de tristeza al pensar que alguien que irradiaba tanta brillantez en los estrechos confines de una colectividad universitaria se hubiese diluido de tal manera en la vida corriente. Y se extrañó de que Reg le preguntara por él, de buenas a primeras, de una manera que parecía tan casual e indiferente.

Volvió a mirar a su alrededor, a Reg, que roncaba suavemente a su lado; a la pequeña Sarah, absorta en silenciosa concentración; el enorme comedor, bañado por una macilenta y temblorosa luz; los retratos de antiguos primeros ministros y poetas colgados de lo alto de las sombrías paredes, con algún destello de las velas reflejándose en sus dientes; al jefe de estudios de inglés que, en pie, leía con voz de recitar poesía; el libro de «Kubla Khan», que tenía en las manos; y por último, subrepticamente, el reloj. Volvió a retreparse en la silla.

La voz proseguía con la lectura de la segunda parte del poema, enteramente desconocida.

Era la víspera del último día de su vida, Gordon Way se preguntaba si la lluvia aguantaría hasta el fin de semana. El informe meteorológico anunciaba un cambio: niebla por la noche y un viernes y sábado con sol y frío, tal vez acompañados por algunos chubascos dispersos en la tarde del domingo, cuando todo el mundo regresara a la ciudad.

Es decir, todo el mundo menos Gordon Way.

El informe del tiempo no lo mencionaba, claro está, no era cosa suya, pero su horóscopo se había equivocado bastante. Se había referido a una desusada actividad planetaria en su signo, instándole a distinguir entre sus deseos y necesidades, por lo que le sugería que abordase los problemas emocionales o laborales con decisión y absoluta honradez; pero, inexplicablemente, no mencionaba que estaría muerto antes de que acabase el día.

Cerca de Cambridge salió de la autopista y se detuvo en una pequeña estación de servicio para echar gasolina.

—Muy bien, te llamaré mañana —dijo—, o esta noche. O llámame tú. Dentro de media hora estaré en la casa de campo. Sí, sé lo importante que es el proyecto para ti. Muy bien, sé lo que significa para ti, punto y aparte. Tú lo quieres y yo también. Claro que sí. Y no digo que no vayamos a seguir apoyándolo. Lo único que digo es que es muy costoso y que deberíamos considerar el asunto con decisión y absoluta honradez. Escucha, ¿por qué no vienes a la casa de campo y lo discutimos? De acuerdo, sí, vale, lo sé. Comprendo. Ya pensaremos en ello, Kate. Después hablaremos. Hasta luego.

Colgó y siguió sentado en el coche durante un rato.

Era un coche grande, un Mercedes plateado de los que salen en los anuncios, y no sólo en los de los Mercedes. Gordon Way, hermano de Susan y jefe de Richard MacDuff, era un hombre acaudalado, fundador y propietario de Tecnologías WayForward II. Por supuesto, la empresa había quebrado por las razones acostumbradas arrastrando consigo su primera fortuna.

Afortunadamente, ya había labrado otra.

Las «razones acostumbradas» eran que se había metido en el negocio de los ordenadores justo cuando todos los doceañeros del país súbitamente se habían hartado de trastos que se estropeaban. En cambio, su segunda fortuna la había hecho en el campo de los programas informáticos. Como resultado de dos programas importantes, uno de los cuales era Anthem (el otro, más útil, no se había comercializado), Tecnologías WayForward II se había convertido en la única compañía británica de microinformática que solía citarse junto a empresas norteamericanas tan serias como Microsoft o Lotus. Esa cita diría probablemente algo así: «A diferencia de las grandes empresas estadounidenses, como Microsoft y Lotus, Tecnologías WayForward...» pero no era más que un comienzo. WayForward estaba

ahí. Y le pertenecía.

Metió una cinta en la ranura de la cadena estéreo. El aparato la aceptó con un decoroso ruidito metálico y unos momentos después el Bolero de Ravel fluyó por ocho altavoces perfectamente ajustados y tapizados con una fina rejilla en negro mate. El estéreo era tan suave y espacioso, que casi se percibía la pista de hielo. Golpeó levemente con los dedos en el almohadillado borde del volante. Miró al salpicadero. Vio unas cifras graciosamente iluminadas, lucecitas tenues e inmaculadas. Al cabo de un rato recordó que se encontraba en una gasolinera y que tenía que bajar para llenar el depósito.

Tardó un par de minutos. Hasta que dejó la pistola del surtidor no paró de dar patadas al suelo para combatir el frío aire de la noche, y luego se dirigió a la mugrienta caseta, pagó la gasolina, recordó que debía comprar unos mapas de la región y se quedó unos minutos hablando animadamente con el cajero sobre las orientaciones que la industria de la microinformática adoptaría al año siguiente. Sugirió que el tratamiento paralelo sería la clave de una producción verdaderamente intuitiva de programas, pero mostró serias dudas de que la investigación sobre la inteligencia artificial per se y, en particular, la que se basaba en el lenguaje ProLog, lograra producir cualquier artículo serio y comercialmente viable en un futuro próximo, al menos en lo que se refería a la burótica^[1], tema que no fascinaba en absoluto al cajero.

—A ese hombre le gustaba hablar —diría más tarde a la policía—. ¡Vaya que sí! Si me hubiese ido a los servicios durante diez minutos, se lo habría explicado todo a la caja. Y si hubiese tardado quince minutos, la caja también se habría ido. Sí, estoy seguro de que es él —añadiría a la vista de una fotografía de Gordon Way—. Al principio no estaba seguro porque aquí tiene la boca cerrada.

—¿Y puede asegurar que no observó nada sospechoso? —insistió el policía—. ¿Nada que le pareciese raro?

—No. Como le he dicho, no era más que un cliente como cualquier otro en una noche como las demás. El policía lo miraba perplejo.

—Sólo una pregunta más. Si yo hiciera de pronto esto... —prosiguió, poniéndose bizco, sacando la lengua por la comisura de los labios, agitándose de un lado a otro y metiéndose los dedos en las orejas, ¿le parecería raro?

—Bueno..., pues, sí —contestó el cajero, retrocediendo asustado—. Creería que se ha vuelto loco de atar.

—Bien —dijo el policía, guardándose el cuaderno—, es que a veces hay personas que tienen una idea peculiar de lo que significa «raro», ¿comprende usted, caballero? Si la de ayer fue una noche como las demás, exactamente igual que cualquier otra, entonces yo soy un grano en el culo de la tía de la Marquesa de Queensbury. Más tarde le necesitaremos para que haga una declaración, señor. Gracias por dedicarnos su tiempo.

Pero aún no había pasado nada.

Aquella noche, Gordon se guardó los mapas en el bolsillo y volvió al coche. Bajo las luces, el relente lo había cubierto con una fina capa de húmedas perlas de color mate y parecía, bueno, parecía un Mercedes Benz sumamente caro. Por una décima de segundo Gordon se sorprendió deseando poseer algo semejante, pero ya estaba bastante acostumbrado a desechar ese tipo de pensamientos que sólo conducían a un círculo vicioso y le dejaban confuso y deprimido. Le dio unas palmaditas como correspondía a su calidad de propietario y, al dar la vuelta, vio que el maletero no estaba bien cerrado y empujó la tapa de un golpe hasta que quedó encajada con un sólido chasquido. Bueno, esa solidez demostraba algo, ¿no? Los anticuados valores de la calidad y el buen hacer. Pensó en una docena de cosas que tenía que decir a Susan y subió al coche, conectando el código automático del teléfono en cuanto enfiló hacia la carretera.

—«... así que si quiere dejar un recado, estaré con usted en cuanto sea posible. Tal vez». Bip.

—Hola, Susan, soy Gordon —dijo, poniéndose el teléfono en difícil equilibrio sobre el hombro—. Voy de camino a la casa de campo. Es, humm, el jueves por la noche y son las, humm, ocho cuarenta y siete. Hay un poco de niebla en la carretera. Escucha, este fin de semana viene esa gente de los Estados Unidos para discutir a fondo la distribución del Anthem versión 2.00, llevar la campaña publicitaria y todo eso, y oye, ya sabes que no me gusta pedirte este tipo de cosas, pero también sabes que siempre lo hago de todos modos, así que ahí va. Sencillamente necesito saber si Richard se ocupa del asunto. Quiero decir que si está en ello de verdad. Podría preguntárselo a él, pero me diría que sí, que todo va bien, pero la mayoría de las veces..., ¡coño con ese camión, qué luces tan fuertes lleva!, ningún camionero cabrón las baja, es un milagro si no acabo muerto en la cuneta. Sería algo extraordinario, ¿verdad?, dejar tus últimas palabras en un contestador automático. No veo razón para que los camiones no tengan interruptores automáticos para bajar los faros. Escucha, hazme el favor de escribir una nota a Susan, no me refiero a ti, claro, sino a Susan, la secretaria de la oficina, y pedirle que envíe una carta de mi parte a ese individuo de la Secretaría de Medio Ambiente y le asegure que podemos aportar la tecnología si él aporta el asesoramiento legal. Es por el bien público y de todos modos me debe un favor y, además, ¿qué sentido tiene poseer un CBE^[2] si no se puede dar una patadita en el culo de alguien? Puedes decirle que llevo toda la semana hablando con los norteamericanos. Por Dios, eso me recuerda..., espero haberme acordado de traer las escopetas de caza. ¿Qué les pasa a esos norteamericanos, que se vuelven locos por matar mis conejos? Les he comprado unos mapas para ver si puedo convencerlos de que den largos y saludables paseos y quitarles de la cabeza lo de disparar a los conejos. Me dan muchísima pena los animalitos. Me parece que cuando vengán los norteamericanos voy a poner uno de esos letreros en el césped, ya sabes, como los que ellos tienen en Beverly Hills, que diga «Respuesta armada». Haz el favor de enviarle una nota a Susan para que encargue un letrero que diga «Respuesta armada»

con un pincho afilado en la parte de abajo, a la altura adecuada para que lo vean los conejos. Me refiero a Susan, la secretaria de la oficina, no a ti, claro.

—¿Dónde estaba?

—Ah, sí. Richard y Anthem 2.00. Susan, eso tiene que estar en prueba beta dentro de dos semanas. Richard me dice que va muy bien. Pero cada vez que le veo, en la pantalla del ordenador tiene un sofá dando vueltas en el vacío. Asegura que es un concepto importante, pero yo lo único que distingo es un mueble. La gente que quiere que la contabilidad de su empresa les cante una canción, no quiere comprar un sofá giratorio. Y a estas alturas, tampoco creo que deba convertir las pautas de erosión del Himalaya en un quinteto de flauta. Y en cuanto a lo que esté tramando Kate, Susan, pues no puedo ocultar que estoy inquieto por los salarios y el tiempo de ordenador que eso consume. Podría significar una importante investigación y un proceso a largo plazo, pero también existe la posibilidad, sólo una posibilidad, digo, pero una posibilidad a pesar de todo, de que nos debamos por entero a nosotros mismos para evaluar y explorar, y ahí está el intrínquis. Qué raro, oigo un ruido en el maletero, creí que lo había cerrado bien.

—De todos modos, lo principal es Richard. Y el caso es que sólo hay una persona que esté verdaderamente en posición de saber si está llevando adelante el trabajo importante, o si no hace más que soñar, y me temo que esa persona es Susan. Me refiero a ti, claro está, no a Susan, la secretaria de la oficina. No me gusta pedírtelo, de verdad que no, pero ¿podrías tomar cartas en el asunto? ¿Hacerle comprender lo importante que es? Sólo tienes que asegurarte de que comprende que Tecnologías WayForward está destinada a ser una empresa comercial en expansión, y no un terreno de juego para chalados. Ese es el problema con los chalados: se les ocurre una gran idea que funciona de verdad y luego esperan que les financies durante años mientras ellos se dedican a estudiar la topografía de su ombligo. Lo siento, tengo que parar y arreglar el maletero, me parece que no lo he cerrado bien. Vuelvo en seguida.

Dejó el teléfono en el asiento de al lado, paró en la hierba de la cuneta y bajó del coche. Al acercarse a la parte trasera, el maletero se abrió y apareció un hombre que le disparó en el pecho los dos cañones de una escopeta de caza y luego se dedicó a sus asuntos.

La sorpresa de Gordon Way al ver que lo mataban a tiros no fue nada comparada con lo que sucedió después.

—Pasa, querido amigo, pasa.

Las habitaciones de Reg en la facultad estaban en lo alto de unas escaleras barridas por el viento en la esquina del segundo patio, y no tenían buena iluminación o, mejor dicho, estaban perfectamente bien iluminadas cuando funcionaba la luz, que no era el caso en aquel momento, por lo que la puerta se hallaba en penumbra y además cerrada. A Reg no le resultaba fácil encontrar la llave entre una serie de objetos con los que un ninja en buena forma podría atravesar el tronco de un árbol.

En las partes más antiguas de la Facultad, las habitaciones tenían puertas dobles, como esclusas neumáticas, y como las esclusas neumáticas, eran difíciles de abrir. La puerta exterior era una robusta plancha de roble pintada de gris, sin otras características que un estrecho buzón y una cerradura cuya llave al fin encontró Reg.

Tras utilizarla, abrió la primera puerta de un tirón. La otra era una puerta corriente de color blanco con un pomo de bronce.

—Pasa, pasa —repitió Reg, abriendo la segunda puerta y buscando a tientas el interruptor de la luz.

Por un momento sólo las ascuas agonizantes de la chimenea de piedra arrojaron unas sombras rojas que brincaron como fantasmas por la habitación, pero en seguida brotó la luz eléctrica extinguiendo aquella magia. Reg vaciló un momento en el umbral, extrañamente tenso, como si quisiera asegurarse de algo antes de entrar, y luego se apresuró a dar al menos la impresión de estar de buen humor.

Era una habitación amplia, adornada con paneles, a la que una serie de muebles mansamente raídos lograba dar un aspecto bastante acogedor. Contra la pared del fondo había una antigua mesa de caoba, grande y maltratada, de patas gruesas y feas, cargada de libros, ficheros, carpetas y tambaleantes montones de papeles. Richard observó divertido que, en un lugar destacado, había un ábaco viejo y deteriorado. Y más allá, un pequeño escritorio de estilo Regencia parecía bastante valioso, y lo habría sido de no tener tantos golpes. La habitación también contenía un par de elegantes sillones georgianos, una portentosa librería victoriana y cosas por el estilo. En resumen, era la vivienda de un catedrático. En las paredes había mapas académicos y fotografías enmarcadas; en el suelo, una alfombra raída de colores deslucidos. Parecía como si la casa apenas hubiese cambiado en decenios, y tal vez fuese así porque en ella vivía un profesor.

A cada lado de la pared de enfrente se abrían dos puertas y, por anteriores visitas, Richard sabía que una daba al estudio, que tenía el aspecto de ser una versión más reducida y recargada que la habitación donde se encontraba: mayores montones de libros, pilas de papeles que corrían un peligro más inminente de derrumbarse y muebles que, por antiguos y valiosos que fuesen, ostentaban la marca de miles de tazas calientes de té o café, en muchos de cuyos círculos probablemente seguían asentándose las tazas causantes de ellos. La otra puerta daba a una pequeña cocina

equipada con lo imprescindible, y a una escalera de caracol en cuya cima se hallaban el dormitorio y el cuarto de baño del catedrático.

—Intenta ponerte cómodo en el sofá —invitó Reg, inquieto como buen anfitrión—. No sé si lo lograrás. Siempre me da la impresión de que está relleno con hojas de repollo y cubiertos.

Escudriñó a Richard con aire grave.

—¿Tú tienes un buen sofá? —inquirió.

—Pues sí —contestó Richard, riendo alegremente ante lo absurdo de la pregunta.

—Pues, entonces —repuso Reg en tono solemne—, me gustaría que me dijeras dónde lo has conseguido. Los sofás me han causado continuos problemas, interminables. No he encontrado uno cómodo en toda mi vida. ¿Cómo encuentras el tuyo?

Con una leve expresión de sorpresa tropezó con un pequeño cenicero de plata que había dejado junto a una botella de oporto y tres vasos.

—Pues es curioso que me pregunte eso —dijo Richard—, nunca he llegado a sentarme en él.

—Muy sensato —Reg insistió con seriedad—, pero que muy sensato.

Soltó una perorata parecida a la que anteriormente había dedicado al abrigo y al gorro.

—No es que no quiera hacerlo —explicó Richard—, pero está encajado a mitad de un largo tramo de escaleras que conducen a mi piso. Los de la casa de muebles lo subieron hasta que no pudieron seguir, lo volvieron en todas las direcciones posibles, se quedaron atascados y, por curioso que parezca, comprobaron que tampoco podían volver a bajarlo. A estas alturas, resulta imposible.

—Qué raro —convino Reg—. Desde luego, nunca me he encontrado con un irresoluble problema matemático relacionado con los sofás. Podría ser un nuevo campo. ¿Has hablado con algún geómetra espacial?

—He hecho algo mejor que eso. Visité al hijo de un vecino que resolvía el cubo de Rubik en diecisiete segundos. Se sentó en un escalón y lo miró durante una hora antes de sentenciar que no había manera de sacarlo de ahí. Hay que reconocer que ya tiene unos años más y ha descubierto las chicas, pero su opinión me dejó perplejo.

—Cuenta, cuenta, mi querido amigo, estoy muy interesado, pero primero dime si quieres que te sirva algo. ¿Oporto, quizá? ¿O coñac? Creo que el oporto es lo mejor, conservado en las bodegas de la facultad desde 1934, una de las mejores cosechas que pueden encontrarse y, por otra parte, no tengo coñac. ¿O café? ¿Otro poco de vino, tal vez? Tengo un excelente Margaux y he estado buscando una excusa para abrirlo, aunque naturalmente debería dejarse abierto una hora o dos, lo que no quiere decir que no se pueda..., no —se apresuró a añadir—, probablemente lo mejor será no abrir el Margaux esta noche.

—Lo que más me apetecería es una taza de té —dijo Richard—, si tiene.

—¿Estás seguro? —inquirió Reg con las cejas levantadas.

—Tengo que conducir.

—Claro. Voy a la cocina y en seguida vuelvo. Por favor, prosigue, desde allí también te oigo. Continúa hablándome de tu sofá y, mientras tanto, siéntate en el mío si quieres. ¿Y está atascado desde hace mucho?

—Bueno, sólo tres o cuatro semanas —contestó Richard, sentándose—. ^Podría aserrarlo y tirarlo, pero me niego a creer que no existe una respuesta lógica. Y también me hizo pensar que, antes de comprar un mueble, sería muy útil saber si cabe por la vuelta de las escaleras. Así que he planteado el problema en tres dimensiones, en el ordenador; y hasta ahora, me dice que no hay manera.

—¿Que dice qué? —gritó Reg por encima del ruido que hacía al llenar la tetera.

—Que es imposible. Le di instrucciones para que calculara las maniobras necesarias para desatascar el sofá, y me contestó que no hay solución. Luego, y esto es lo verdaderamente misterioso, le pedí que trazara los movimientos que dejaron encajado el sofá en su actual posición, y me contestó que es imposible que haya quedado así. A menos que se efectuase una reestructuración básica de los muros. De modo que, o bien hay algún error en la estructura básica de los muros, o bien —añadió con un suspiro— hay algún error en el programa. ¿Qué diría usted?

—¿Y estás casado? —gritó Reg.

—¿Cómo? Ah, ya veo a lo que se refiere. Un sofá atascado en las escaleras durante un mes. Pues no, lo que se dice casado, no, pero sí, hay una chica en concreto con la que no estoy casado.

—¿Qué aspecto tiene? ¿A qué se dedica?

—Es violonchelista profesional. Tengo que reconocer que el sofá ha sido motivo de alguna discusión. A decir verdad, se ha mudado de nuevo a su piso hasta que lo solucione. Ella, bueno...

De pronto le acometió la tristeza, se levantó y paseó por la habitación sin rumbo fijo hasta acabar delante del moribundo fuego. Lo atizó un poco y echó otros dos troncos para protegerse del frío que reinaba en la estancia.

—En realidad es la hermana de Gordon —explicó al fin—. Pero son muy diferentes. No estoy seguro de que le gusten los ordenadores. Y no le parece bien la actitud de su hermano hacia el dinero. Me parece que no se lo reprocho del todo, y eso que ella no sabe ni la mitad.

—¿Cuál es esa mitad que no conoce?

Richard suspiró.

—Pues está relacionada con el proyecto que hizo rentable la dedicación de la empresa a los programas de informática. Se llamaba Razón y, a su modo, era sensacional.

—¿De qué se trataba?

—Pues era una especie de programa que funcionaba al revés. Es curioso la cantidad de ideas geniales que nacen de un viejo proyecto al que se le da la vuelta. Mire, ya se han escrito varios programas que ayudan a tomar decisiones ordenando

todos los hechos significativos de manera adecuada y analizándolos de modo que apunten lógicamente hacia la decisión óptima. El inconveniente es que la decisión hacia la que apuntan todos los hechos adecuadamente organizados y analizados no coincide necesariamente con la que uno quiere.

—Siiii —dijo Reg desde la cocina.

—Bueno, pues Gordon tuvo la gran intuición de concebir un programa que permitía especificar de antemano a qué decisión se deseaba llegar, y sólo después se le suministraban los datos. La función del programa, que podía realizarse con suma facilidad, consistía sencillamente en elaborar una serie plausible de pasos con sentido lógico para relacionar las premisas con el objetivo a lograr.

—He de decir que funcionaba de maravilla. Gordon pudo comprarse un Porsche casi de inmediato, pese a estar completamente arruinado y ser un pésimo conductor. Ni su banquero fue capaz de encontrar un solo fallo en su razonamiento. Ni siquiera cuando lo dejó hecho chatarra tres semanas después.

—¡Santo cielo! ¿Y se vendió bien el programa?

—No. No llegó a venderse un solo ejemplar.

—Me sorprendes. Daba la impresión de ser un éxito seguro. —Y así era— aseguró Richard, en tono vacilante. —El proyecto lo compró el Pentágono, que a continuación lo puso a buen recaudo. La operación proporcionó a WayForward una base financiera muy sólida. Por otro lado, su fundamento moral no es algo sobre lo que yo me apoyaría. Hace poco he estado analizando los argumentos esgrimidos en favor del proyecto de la Guerra de las Galaxias, y si uno sabe lo que está buscando, la configuración de los algoritmos resulta muy clara.

—Tan clara, en realidad, que examinando la política del Pentágono de los dos últimos años, creo estar bastante seguro de que la Marina de los Estados Unidos está utilizando la versión 2.00 del programa, mientras que, por el motivo que sea, la Fuerza Aérea sólo posee la versión 1.5 probada en beta. Es muy raro. —¿Tienes una copia?

—Desde luego que no —contestó Richard—. No me gustaría tener nada que ver con ello. De todos modos, cuando el Pentágono lo adquirió, lo compró todo. Hasta el último vestigio de código, cada disco, cada folio de notas. Me alegré de ver el final del asunto. Y no sé si lo logramos. Yo estoy muy ocupado con mis propios proyectos. Volvió a atizar el fuego y se preguntó qué hacía allí con todo el trabajo que tenía pendiente. Gordon estaba continuamente incitándole a que terminase la nueva y más potente versión del Anthem para aprovechar el nuevo Macintosh II, y estaba muy atrasado. Y en cuanto al módulo propuesto para convertir en tiempo real la información de llegada del índice Dow Jones en datos MIDI, él lo interpretó como una broma, pero Gordon, lógicamente, se entusiasmó con la idea e insistió en su puesta en práctica. Eso también debía estar acabado, pero no lo estaba. De pronto se le ocurrió por qué estaba precisamente allí.

Bueno, había sido una velada agradable, aunque no comprendía por qué Reg

había mostrado tanto interés en verle. Cogió un par de libros de la mesa que, evidentemente, también se utilizaba para comer, porque si bien los libros llevaban semanas allí, la ausencia de polvo a su alrededor revelaba, que los habían desplazado no hacía mucho. Quizá, pensó, la necesidad de charlar amistosamente con alguien distinto era tan imperiosa como cualquier otra cuando se vivía en una comunidad tan cerrada como la de una facultad de Cambridge, incluso hoy en día. Era un viejo simpático, pero en la cena resultó claro que muchos de sus colegas consideraban sus excentricidades como una dieta demasiado fuerte y monótona. Sobre todo cuando tenían que enfrentarse a las suyas propias. Pensó en Susan y sintió irritación, pero ya estaba acostumbrado a eso. Hojeó los libros que había cogido.

Uno de ellos, antiguo, relatava las apariciones de Borley Rectory, la mansión más llena de fantasmas de Inglaterra. Tenía el lomo hecho jirones, y las fotografías estaban tan descoloridas y borrosas que eran prácticamente indescifrables. Contempló una instantánea que le pareció una toma muy acertada (o falsa) de un fantasma, pero cuando leyó el epígrafe comprobó que se trataba de una fotografía del autor. El otro libro era más reciente y, por casualidad, era una guía de las islas griegas. Empezó a hojearlo al azar y entonces cayó un trozo de papel.

—¿Earl Grey o Lapsang Souchong? —preguntó Reg, gritando—. ¿O Darjeeling? ¿O PG Tips? De todos modos, me temo que sólo tengo bolsitas. Y ninguna de ellas es muy fresca.

—Darjeeling está muy bien —contestó Richard, agachándose a recoger el papel.

—¿Leche?

—Sí, por favor.

—¿Un terrón o dos?

—Uno, por favor.

Richard volvió a guardar el papel en el libro, observando que había una nota escrita con caracteres apresurados. Por extraño que pareciese, la nota decía: «Mira este sencillo salero de plata. Observa este simple gorro».

—¿Azúcar?

—¡Eh! ¿Cómo? —preguntó Richard, sorprendido. Se apresuró a colocar el libro en su pila correspondiente.

—Sólo una bromita de las mías —explicó Reg, jovial—, para ver si me escucha la gente.

Salió sonriente de la cocina, sostenía una pequeña bandeja con dos tazas que arrojó de pronto al suelo. El té se derramó por la alfombra. Una taza se rompió y la otra fue a parar bajo la mesa. Reg se inclinó sobre el marco de la puerta, pálido y con los ojos desencajados.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Richard, sin saber qué hacer—. ¿Quiere que llame a un médico?

Reg le hizo gestos tranquilizadores.

—Estoy bien —contestó—. Me encuentro perfectamente. Me pareció oír, bueno,

un ruido que me sobresaltó. Pero no era nada. Sólo estoy un poco mareado por los vapores del té, supongo. Deja que recupere el aliento. Creo que un poco de, hmm, de oporto me sentará bien. Lo siento mucho, no pretendía asustarle.

Hizo un gesto hacia la botella de oporto. Richard se apresuró a llenar una copita y se la ofreció.

—¿Qué clase de ruido? —inquirió, preguntándose por qué demonios se habría descompuesto de aquel modo.

En aquel momento se oyó ruido en el piso de arriba y luego un rumor como de una respiración sumamente agitada.

—Esto... —musitó Reg.

La copa de oporto yacía hecha añicos a sus pies. Arriba, al parecer alguien pataleaba.

—¿Lo oyes?

—Pues, sí...

Esa respuesta pareció animar al anciano.

Richard miró nervioso al techo.

—¿Hay alguien arriba? —inquirió, sintiendo que era una pregunta tonta pero que tenía que hacerla de todos modos.

—No... —contestó Reg con un susurro cuyo tono aterrorizado sorprendió a Richard—, nadie. Ahí no debería haber nadie...

—Entonces...

Reg luchaba tembloroso por ponerse en pie. De pronto adoptó un aire de firme resolución.

—Tengo que subir —anunció despacio—. Debo hacerlo. Espérame aquí, por favor.

—Oiga, ¿qué ocurre? —preguntó Richard, interponiéndose entre Reg y la puerta—. ¿Es un ladrón? Mire, ya iré yo. Estoy seguro de que no es nada, el viento o algo así.

Richard no sabía por qué decía aquello. Era evidente que no se trataba del viento ni nada parecido, porque si es posible que el viento haga ruidos semejantes a una respiración agitada, rara vez pataleaba de aquel modo.

—No —repuso el anciano, apartándole con un gesto cortés pero firme—, tengo que hacerlo yo.

Impotente, Richard le siguió al pasillo que daba a la pequeña cocina. De allí arrancaban unos oscuros peldaños de madera que parecían deteriorados y arañados.

Reg pulsó un interruptor. Se encendió una bombilla de luz macilenta que colgaba desnuda en lo alto de la escalera, y la miró con torva aprensión.

—Espera aquí —dijo.

Subió dos escalones, se volvió y miró a Richard con aire muy serio.

—Siento que te hayas visto envuelto en... lo que representa el aspecto más difícil de mi existencia. Pero ya estás metido en ello y, por lamentable que pueda ser, debo

pedirte algo. No sé exactamente lo que me espera allá arriba. Ignoro si es algo que me he buscado tontamente con mis... mis aficiones, o si sólo soy una víctima inocente. Si se trata de lo primero, el único culpable sería yo, porque soy como un médico que no puede dejar de fumar o, quizá peor aún, como un ecologista que no puede prescindir del coche. Si se trata de lo segundo, entonces espero que no te pase a ti también.

—Lo que debo pedirte es lo siguiente. Cuando vuelva a bajar las escaleras, en el supuesto de que así sea, claro está, si mi comportamiento te parece un poco raro, si no parezco yo mismo, debes saltar sobre mí y arrojarme al suelo. ¿Comprendes? Debes evitar que llegue a hacer cualquier cosa.

—Pero ¿cómo lo sabré? —preguntó Richard, incrédulo—. Lo siento, no quería expresarlo así, pero es que no sé de qué...

—Lo sabrás —afirmó Reg—. Ahora espérame en la sala de estar, por favor. Y cierra la puerta.

Moviendo la cabeza con expresión de asombro, Richard dio media vuelta e hizo lo que le habían dicho. Desde la amplia y desordenada habitación oyó el ruido que hacía el profesor al subir la escalera, peldaño a peldaño. Subía con grave deliberación, como el lento tictac de un gran reloj. Richard le oyó llegar al rellano. Reinó el silencio. Pasaron los segundos; cinco, quizá diez, veinte. Luego se oyó el movimiento y la agitada respiración del principio, que tanto había perturbado al profesor.

Richard se acercó deprisa a la puerta, pero no la abrió. El frío de la estancia le oprimía e inquietaba. Sacudió la cabeza para librarse de la sensación y luego contuvo el aliento: de nuevo se oían pasos que cruzaban despacio los dos metros del rellano para detenerse otra vez.

Sólo segundos después oyó Richard el largo y lento chirrido de la puerta que se abría centímetro a centímetro, cautelosamente, hasta que al fin debió de quedar abierta de par en par. Durante mucho, mucho rato no pasó nada más.

Luego la puerta volvió a cerrarse, despacio.

Los pasos cruzaron el rellano y cesaron de nuevo. Richard retrocedió sin apartar la mirada de la puerta. Los pasos iniciaron otra vez el descenso por la escalera, despacio, pausadamente, silenciosos, hasta llegar abajo. Luego, al cabo de unos segundos más, el pomo de la puerta empezó a girar. Se abrió la puerta y Reg entró tranquilamente.

—Todo va bien, no es más que un caballo en el cuarto de baño —dijo con voz queda.

Richard saltó sobre él y lo arrojó al suelo con una llave de lucha libre.

—No —jadeó Reg—, no, quita, déjame, ¡estoy perfectamente bien, maldita sea!

No sin gran dificultad, se desprendió de Richard y se incorporó jadeando, resoplando y pasándose las manos por los escasos cabellos. Richard, de pie frente a él, mantenía una actitud cautelosa aunque cada vez se sentía más perplejo. Retrocedió

y dejó que Reg se sentara en un sillón.

—Sólo un caballo —repitió—. Pero, humm, gracias por haberme hecho caso al pie de la letra.

Se sacudió el polvo.

—Un caballo —dijo Richard.

—Sí.

Richard salió de la estancia, miró por las escaleras y volvió.

—¿Un caballo? —repitió.

—Sí, eso es —confirmó el profesor, haciendo un gesto a Richard, que se disponía a salir de nuevo para investigar—. Espera, «déjalo, no durará mucho^[3]».

Richard lo miró fijamente, incrédulo.

—¿Dice que hay un caballo en su cuarto de baño y lo único que se le ocurre es citar canciones de Los Beatles?

El profesor le miró desconcertado.

—Escucha —dijo—, si te he... alarmado antes, lo siento, sólo fue un ligero sobresalto. Estas cosas pasan, mi querido amigo, no te preocupes por ello. ¡Santo cielo, en mis tiempos vi cosas más raras! Muchas. Bastante más raras. Sólo es una yegua, por amor de Dios. Luego subiré y la dejaré salir. No te preocupes, por favor. Recobremos el ánimo con un poco de oporto.

—Pero... ¿cómo se ha metido ahí?

—Bueno, pues la ventana del baño estaba abierta. Espero que salga por el mismo sitio.

No era la primera vez, aunque no iba a ser la última, que Richard se quedaba mirándole con ojos empuñados por la sorpresa.

—Lo está haciendo a propósito, ¿no?

—¿Haciendo qué, mi querido amigo?

—No creo que haya caballo alguno en su cuarto de baño —afirmó Richard de pronto—. No sé lo que habrá, no sé lo que pretende, ignoro qué clase de velada es esta, pero no me creo que haya un caballo en su cuarto de baño.

Y desechando las protestas de Reg, subió a investigar.

No era un baño grande.

Las paredes estaban cubiertas de antiguos paneles de roble que, dadas la edad y las características del edificio, probablemente tenían un valor incalculable, pero por lo demás el mobiliario era austero e institucional. Había un suelo de deteriorado linóleo a cuadros blancos y negros, una bañera pequeña, bien limpia pero con manchas muy viejas y rasguños en el esmalte, y un lavabo también pequeño con un cepillo y pasta de dientes en un vaso de Duralux cerca de los grifos. Atornillado en el posiblemente inestimable panel de encima del lavabo, había un armarito metálico con un espejo en la parte frontal. Parecía haber sido repintado muchas veces, y el espejo estaba picado en las esquinas. La taza estaba equipada con una cisterna de hierro forjado que se accionaba tirando de una cadena. En un rincón había un armario de

madera pintado de color crema con una silla vieja al lado sobre la cual se amontonaban unas toallas pulcramente dobladas pero pequeñas y deshilachadas. En el cuarto de baño, ocupando la mayor parte del espacio, también había un caballo.

Richard lo miró con los ojos en blanco, el cuadrúpedo se fijó en él con una especie de expresión apreciativa. Richard se tambaleó un poco. El caballo permaneció absolutamente quieto. Al cabo de un momento, se puso a mirar el armario. Parecía si no contento, al menos enteramente resignado a estar allí hasta que lo trasladaran a otra parte. También parecía... ¿qué era aquello?

Le bañaba el resplandor de la luna que entraba por la ventana que, abierta pero pequeña y situada además en el segundo piso, sugería que la teoría de que el caballo hubiera entrado por ella era absolutamente fantástica. El caballo tenía algo raro, pero Richard no acertaba a decir qué. Bueno, desde luego, había una cosa muy rara: el hecho de que estuviera en un cuarto de baño universitario. A lo mejor eso era todo.

Con cierta cautela, extendió la mano para darle unas palmaditas en el cuello. Tenía un tacto normal, firme y lustroso, indicativo de buena salud. El efecto de la luz de la luna sobre su pelo resultaba un tanto desconcertante, pero todo parece un poco raro bajo el resplandor lunar. El caballo sacudió la crin cuando le tocó, pero no pareció importarle mucho.

Tras el éxito de las palmaditas, Richard lo acarició repetidas veces y le rascó suavemente la quijada. Luego vio que el baño tenía otra puerta al otro extremo. Avanzó con cautela en torno al caballo y se acercó a la otra entrada. Se apoyó contra ella y la entornó. Daba al dormitorio del profesor, un cuarto pequeño atestado de libros y zapatos con una cama estrecha. La habitación tenía otra puerta, que comunicaba con el rellano.

Richard observó que en el suelo del descansillo habla rasguños y arañazos recientes, como en las escaleras, y las marcas confirmaban la idea de que, como fuese, habían empujado al caballo escaleras arriba. No le hubiese gustado ocuparse de la tarea, y menos aún que el caballo hubiera hecho lo mismo con él, pero no dejaba de ser posible.

Pero ¿por qué?

Lanzó una última mirada al caballo, que se la devolvió y bajó las escaleras.

—Hay un caballo en el cuarto de baño —anunció— y, después de todo, tomaré un poco de oportó.

Se sirvió una copa y otra para Reg, que contemplaba tranquilamente el fuego y tenía la suya vacía.

—Afortunadamente saqué tres copas —comentó Reg en tono despreocupado—. Antes no sabía por qué, pero ahora recuerdo. Preguntaste si podías traer una amiga, pero al parecer no lo has hecho. Por culpa del sofá, claro. No importa, esas cosas pasan. Basta, no tanto, vas a derramarlo.

Richard se olvidó de pronto de todas las preguntas relacionadas con el caballo.

—¿Ah, sí?

—Sí, ahora me acuerdo. Volviste a llamar para preguntarme si no había inconveniente, según recuerdo. Te contesté que me encantaría y que esperaba que la trajeras. Si estuviera en tu lugar, me ocuparía del sofá. No sacrificaría mi felicidad por un sofá. O quizá ella pensó que una velada con tu viejo tutor sería enormemente aburrida y se decidió por la alternativa más placentera de lavarse la cabeza. ¡Válgame Dios!, yo hubiese hecho lo mismo en su lugar. Sólo la falta de pelo es lo que me obliga estos días a frecuentar una compañía tan excitante.

Ahora le tocaba a Richard estar pálido y con los ojos desorbitados. Sí, había supuesto que Susan no querría venir. Sí, le había dicho que sería tremendamente aburrido. Pero ella insistió en que quería ir porque sería la única manera de verle durante unos minutos sin la cara bañada por la luz del monitor de un ordenador, así que él consintió y aceptó traerla.

Sólo que lo había olvidado. No había ido a recogerla.

—¿Puedo llamar por teléfono? —preguntó.

Gordon Way yacía en el suelo sin saber qué hacer. Estaba muerto. No parecía haber muchas dudas al respecto. Tenía un horrendo agujero en el pecho, aunque los borbotones de sangre que de él manaban se habían convertido en un lento goteo. Aparte de eso, no se observaba ningún movimiento en su pecho ni, en realidad, en ninguna otra parte de su cuerpo.

Miró hacia arriba y a los lados y comprobó que fuera cual fuera la parte de él que se estaba moviendo, no era ninguna parte de su cuerpo. La niebla le envolvía suavemente y no le explicaba nada. A unos pasos vio la escopeta, humeando levemente en la hierba.

Continuó allí tendido, como el que se despierta a las cuatro de la mañana, incapaz de relajarse pero sin saber qué hacer con sus pensamientos. Comprendió que se encontraba un tanto conmocionado, lo cual explicaría su incapacidad de pensar claramente pero no justificaba en absoluto el hecho de que no pudiera pensar.

En la gran polémica que ha hecho furor durante siglos sobre lo que ocurre, si es que sucede algo, después de la muerte, ya sea cielo, infierno, purgatorio o extinción, jamás se puso en duda un aspecto: que al morir se conocería la respuesta.

Gordon Way estaba muerto, pero no tenía la menor idea de cómo actuar al respecto. Era una situación de la que carecía de experiencia.

Se incorporó. El cuerpo que se sentó le pareció tan real como el que seguía en tierra, enfriándose lentamente, rindiendo el calor de la sangre en estelas de vapor que se mezclaban con la niebla en el aire frío de la noche.

Siguió con el experimento, tratando de levantarse despacio, perplejo y tambaleante. Parecía que el suelo le daba apoyo, lo sostenía. Pero entonces resultó que carecía de peso que pudiera sustentarse en parte alguna. Al inclinarse a tocar el suelo, no sintió nada aparte de una remota resistencia elástica, como la que se percibe al recoger algo con el brazo dormido. Tenía el brazo dormido. Y las piernas, y el otro brazo, el pecho y la cabeza.

Tenía el cuerpo dormido. No sabía por qué, no tenía la mente dormida.

Se quedó de pie, inmerso en un terror paralizante, insomne, mientras la niebla se enroscaba despacio en su interior.

Volvió a mirar el cuerpo, el cosificado cuerpo con expresión pasmada que yacía quieto y desfigurado en el suelo, y su carne deseó sentir un hormigueo. O mejor dicho, deseó carne que pudiera sentir hormigueos. Quería carne. Quería cuerpo. No tenía ni una ni otro. Un súbito alarido de terror se le escapó de los labios, pero no se oyó nada. Se estremeció y no sintió nada.

Del coche surgía música y un chorro de luz. Intentó caminar con firmeza, pero sus pasos eran débiles y apagados, inseguros y, en fin, incorpóreos. El suelo parecía endeble bajo sus pies.

La puerta del conductor seguía abierta, como la había dejado al bajar para

ocuparse del maletero, pensando que sólo tardaría un momento. Ya habían transcurrido dos minutos desde que estaba vivo. Desde que era una persona. Desde que pensó que volvería a subir en seguida al coche y seguir su camino. Hacía dos minutos y toda una vida.

Aquello era un disparate, ¿verdad?, pensó de pronto. Paseó alrededor del coche y se inclinó a mirar en el retrovisor exterior. Era él exactamente, aunque parecía haber recibido un tremendo susto, que era lo que podía esperarse, pero era él, estaba normal. Debían ser imaginaciones suyas, una horrenda pesadilla. Soñaba despierto. Se le ocurrió la idea y echó el aliento en el retrovisor.

Nada. No se empañó ni pizca. Eso dejaría satisfecho a un médico, como siempre pasaba en la televisión: si no se empañaba el espejo, no había aliento. A lo mejor, pensó inquieto, tal vez se debía a la calefacción de los retrovisores. ¿No tenían calefacción los retrovisores exteriores de su coche? ¿No le había insistido el vendedor en que esto tenía calefacción, aquello dispositivo eléctrico y lo otro dirección asistida? Eso era. Digital, con calefacción, dirección asistida, controlado por ordenador, retrovisores resistentes al aliento...

Comprendió que no se le ocurrían más que tonterías. Despacio, se dio la vuelta y volvió a mirar temeroso el cuerpo tendido en el suelo con medio pecho desgarrado. Desde luego, eso dejaría satisfecho a un médico. El espectáculo sería insoportable si se tratase de otro, pero siendo su propio cadáver...

Estaba muerto. Muerto..., muerto... Intentó que la palabra resonase dramáticamente en su mente, pero no lo logró. No era la banda sonora de una película, estaba muerto.

Mirando su cadáver con pasmada fascinación, le angustió la expresión de suprema estupidez que reflejaba su rostro. Claro que era perfectamente comprensible. Era pura y simplemente la expresión que puede esperarse en una persona a la que, con su propia escopeta, alguien escondido en el maletero de su coche acaba de disparar. De todos modos, le desagradaba la idea de que lo encontraran con ese aspecto. Se arrodilló junto al cadáver con la esperanza de dar a sus facciones una apariencia de dignidad o, cuando menos, de inteligencia normal.

Resultó ser una tarea difícil, casi imposible. Trató de estirar la piel, desagradablemente familiar, pero no podía tocarla ni hacer nada con los dedos. Era como modelar algo con plastilina con las manos dormidas, aunque la mano no resbalaba por el material, sino que lo atravesaba. En este caso, la mano atravesaba su cara. El horror y la rabia lo atenazaron ante su maldita impotencia, y de pronto se sorprendió estrangulando y sacudiendo su propio cuerpo en una sólida y furiosa tenaza. Dio un paso atrás, estupefacto. Sólo logró añadir una mirada bizca y un labio torcido a la expresión de absurda sorpresa del cadáver. Y unos cardenales que empezaban a florecer en el cuello.

Se puso a llorar y esta vez pareció surgir ruido, un extraño lamento que procedía de lo más hondo de lo que fuese aquella cosa en que se había convertido. Con las

manos sobre la cara, retrocedió tambaleándose y volvió al coche. Se derrumbó en el asiento del conductor, que lo recibió con aire distante y relajado, como una tía que desaprueba la vida que uno ha llevado durante los últimos quince años y te ofrece la obligada copa de jerez pero se niega a mirarte a los ojos.

¿Podría ir al médico?

Para evitar enfrentarse con lo absurdo de la ocurrencia, se agarró furiosamente al volante, pero sus manos pasaron a través de él. Trató de accionar el mando de transmisión automática y acabó golpeándolo con rabia, aunque sin lograr asirlo o pulsarlo.

El estéreo seguía tocando música ambiental en el teléfono, que durante todo ese tiempo había estado escuchando pacientemente en el asiento del pasajero. Lo miró y, lleno de una creciente excitación, comprendió que seguía en línea con el contestador automático de Susan. Era de los que no se detienen hasta que uno no cuelga. Aún seguía en comunicación con el mundo.

Trató desesperadamente de coger el aparato, se le escapó, lo dejó y al final se vio obligado a agacharse y ponerse junto al auricular.

—¡Susan! —gritó, y su voz era un lamento áspero y remoto, perdido en el viento—. ¡Socorro, Susan! ¡Ayúdame, por amor de Dios! Estoy muerto, Susan... Estoy muerto..., y no sé qué hacer.

Volvió a derrumbarse, sollozando de desesperación. Trató de aferrarse al teléfono como un niño a la manta, en busca de consuelo.

—¡Ayúdame, Susan! —gritó de nuevo.

—«Bip» —dijo el teléfono.

Miró de nuevo el aparato. Esta vez había logrado accionar algo. Había conseguido apretar el botón que desconectaba la llamada. Febrilmente, intentó agarrarlo otra vez, pero continuamente la mano lo atravesaba y al final se quedó inmóvil sobre el asiento. No podía tocarlo. Era incapaz de apretar los botones. Furioso, lo arrojó contra la ventanilla. Y también tuvo respuesta para eso. Rebotó en el cristal, atravesó su cuerpo, brincó en el asiento y fue a parar a la transmisión, indiferente a sus nuevas tentativas de atraparlo. Se quedó quieto durante varios minutos, moviendo despacio la cabeza a medida que el terror daba paso a la más completa desolación.

Pasaron un par de coches, pero no observaron nada extraño, sólo un vehículo parado en la cuneta. En su rápida travesía nocturna sus faros tal vez no enfocaron el cadáver tendido en la hierba, detrás del coche. Y desde luego, no habían observado el fantasma que lloraba quedamente en el interior del Mercedes.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba allí. Apenas era consciente del paso del tiempo, sólo sabía que transcurría lento. Había pocos estímulos externos que lo marcaran. No sentía frío. En realidad, casi no recordaba la sensación de frío, sólo sabía que en aquel momento debería tenerla.

Al fin abandonó su patética inmovilidad. Tendría que hacer algo, aunque no sabía

qué. Tal vez, si intentase llegar a su casa de campo... Pero si lo lograba, ¿qué haría allí? Simplemente necesitaba hacer algo. Tenía que pasar la noche en algún sitio.

Dominándose, salió del coche, pasando fácilmente el pie y la rodilla a través del marco de la puerta. Se dirigió hacia el cadáver, para darle otro vistazo. Pero no estaba.

Como si la noche no le hubiera dado ya bastantes sobresaltos. Pasmado, se fijó en la húmeda huella formada en la hierba.

Su cuerpo había desaparecido.

Richard se marchó con tanta precipitación como la buena educación permitía. Dijo que muchas gracias, que había pasado una espléndida velada y que cuando Reg pasara por Londres no dejase de comunicárselo y, ¿podía ayudar en algo con lo del caballo? ¿No? Bueno, pues entonces muy bien, y muchísimas gracias otra vez.

Cuando la puerta se cerró tras él, se quedó quieto unos momentos, considerando la situación.

Durante los escasos minutos en que la luz del dormitorio de Reg iluminó el rellano de la escalera, no había observado marcas en el entarimado. Parecía raro que el caballo sólo hubiese arañado el suelo en la alcoba.

Bueno, todo era muy raro, por supuesto, pero había otra cosa extraña que añadir a la serie. Se suponía que había sido una velada tranquila, lejos del trabajo.

En un impulso, llamó a casa del vecino de Reg. Tardaron tanto tiempo en abrir, que Richard ya había desistido y dado media vuelta cuando al fin oyó el chirrido de la puerta.

Sufrió una leve conmoción al ver que, mirándole con severidad como si fuese un pájaro insignificante y sospechoso, estaba el catedrático de la nariz puntiaguda como la quilla de un yate.

—Hum, disculpe —dijo bruscamente Richard—, pero ¿ha visto u oído a un caballo subir las escaleras esta noche?

El profesor dejó de tirarse obsesivamente de los dedos. Ladeó un poco la cabeza y luego pareció emprender un largo viaje hacia su interior para encontrar la voz, que resultó ser suave y tenue.

—Esto es lo primero que alguien me ha dicho en diecisiete años, tres meses, dos días, cinco horas, diecinueve minutos y veinte segundos. Lo he contado.

Cerró la puerta con suavidad.

Richard cruzó casi corriendo el segundo patio.

Cuando llegó al primer patio, se tranquilizó y frenó hasta avanzar como si paseara.

El frío aire de la noche le dolía en los pulmones, y no había razón alguna para ir corriendo. No había logrado hablar con Susan porque Reg tenía el teléfono estropeado, y este era otro punto sobre el que se mostraba misteriosamente reservado. Pero, al fin y al cabo, podía tener su explicación lógica. Seguramente no había pagado la factura.

Estaba a punto de salir a la calle, pero en cambio decidió hacer una visita a la casita del portero, oculta bajo el gran arco de la entrada a la facultad. Era un cobertizo estrecho, lleno de llaves, recados y un calentador eléctrico. Al fondo, una radio parloteaba para sí misma.

—Disculpe —dijo al hombre alto vestido de negro que estaba detrás del

mostrador con los brazos cruzados—, me...

—Sí, míster MacDuff, ¿en qué puedo servirle?

En su actual estado de ánimo, Richard se habría visto en apuros para recordar su propio nombre, y se sorprendió un poco. Sin embargo, los porteros universitarios son famosos por su capacidad para realizar tales proezas memorísticas y por su tendencia a demostrarla a la menor provocación.

—¿Sabe si hay un caballo en alguna parte de la facultad? —preguntó Richard—. Quiero decir que si en el recinto universitario había algún caballo.

El portero no pestañeó.

—No, señor, y sí, señor. ¿Puedo servirle en algo más, míster MacDuff?

—Pues, no —contestó Richard, tamborileando los dedos en el mostrador—. No, gracias. Muchísimas gracias por su ayuda. Me alegro de volver a verle, hmm..., Bob —aventuró—. Bueno, entonces, buenas noches.

Se marchó.

El portero siguió inmóvil con los brazos cruzados, aunque meneando la cabeza muy, muy poquito.

—Aquí tienes otro poco de café, Bill —dijo otro portero, fuerte y de corta estatura, saliendo de un cuarto interior—. ¿No hace un poco más de frío esta noche?

—Creo que sí, Fred, gracias —repuso Bill, cogiendo la taza.

Bebió un sorbo.

—Digan lo que digan, a las personas no se les quitan las rarezas. Aquel tipo acaba de preguntarme si había un caballo en la facultad.

—¿Ah, sí? —Fred dio un sorbo a su café, dejando que el humo le escociera en los ojos—. Antes me vino un individuo, una especie de monje extranjero. Al principio no entendí nada de lo que me decía. Pero pareció contentarse con quedarse junto al fuego y escuchar las noticias por la radio.

—Extranjero, ¿eh?

—Al final le dije que se largara. Quedarse junto al fuego de ese modo... Entonces me preguntó que si ese era su cometido, largarse, y yo le dije en mi mejor tono de Bogart: «Más vale que lo creas, amigo».

—¿De veras? A mí me suena más a Jimmy Cagney.

—No, esa es mi voz de Bogart. Mi voz de Jimmy Cagney es esta: «Más vale que lo creas, amigo».

Bill lo miró, ceñudo.

—¿Esa es tu voz de Jimmy Cagney? Siempre creí que era tu voz de Kenneth McKellar.

—No escuchas bien, Billy, no tienes oído. Este es Kenneth McKellar: «Bueno, tu coges la carretera principal y yo la secundaria...».

—Ah, ya entiendo. Yo pensaba en el Kenneth McKellar escocés. ¿Y qué te dijo entonces el monje, Fred?

—Pues me miró a los ojos, Bill, y me dijo en su rara especie de...

—Olvídate del acento, Fred, sólo cuéntame lo que te dijo, si es que vale la pena.

—Sólo me dijo que me creía.

—Ya. Entonces no es una historia muy interesante, Fred.

—Bueno, a lo mejor no. Sólo te lo cuento porque añadió que había dejado el caballo en un lavabo y que me ocupase de que siguiera bien.

Gordon Way flotaba miserablemente por la oscura carretera o, mejor dicho, intentaba flotar. Creía que, como fantasma —que, según tuvo que reconocer, en eso se había convertido—, podría flotar. Sabía bastante poco acerca de fantasmas, pero pensó que el serlo debería implicar ciertas ventajas para compensar la carencia de cuerpo físico y que, entre ellas, seguramente se contaría la capacidad de flotar. Pero no, parecía que tendría que andar paso a paso todo el camino. Su objetivo era llegar a su casa de campo. No sabía qué haría una vez allí, pero hasta los fantasmas deben pasar la noche en alguna parte, y pensó que el encontrarse en un ambiente familiar le serviría de ayuda. ¿De ayuda para qué? Lo ignoraba. El viaje le proporcionaba al menos un objetivo y, cuando llegara, ya se le ocurriría algo.

Avanzaba trabajosamente, desanimado, deteniéndose junto a cada farola para contemplar pedacitos de sí mismo.

Sin duda alguna, iba adquiriendo aspecto de fantasma.

A veces se difuminaba hasta casi desaparecer, y parecía poco más que una sombra jugando en la niebla, un sueño de sí mismo que podía evaporarse hacia la nada. Y otras veces casi recuperaba un aspecto sólido y real. En un par de ocasiones trató de apoyarse en una farola y, de no haber ido con cuidado, habría caído a través de ella.

Al fin, con enorme desgana, empezó a pensar en lo sucedido. Qué extraña aquella desgana. En realidad no quería pensar en ello. Los psicólogos afirman que la mente suele suprimir de la memoria los acontecimientos traumáticos y, probablemente, esa era la respuesta. Al fin y al cabo, si el hecho de que un desconocido salga del maletero de tu coche y te mate de un tiro no es una experiencia traumática, que venga Dios y lo vea.

Siguió su camino, penosamente.

Trató de recordar a aquel individuo, pero fue como hurgarse una muela picada y se puso a pensar en otra cosa. Como, por ejemplo, en si tenía el testamento al día. No se acordaba, y mentalmente se anotó que debía llamar a su abogado por la mañana; y luego se anotó también que tenía que dejar de tomar notas mentalmente.

¿Cómo sobreviviría la empresa sin él? Las posibles respuestas no le dejaron muy satisfecho.

¿Y cómo sería su esquela? La idea le caló hasta los huesos, dondequiera que estuviesen. ¿Podría conseguir una? ¿Qué diría? Más les valdría poner algún comentario elogioso. Ahí estaban sus logros. Por sí solo había salvado la industria británica de la microinformática; gran volumen de importaciones, contribuciones para obras de caridad, becas de investigación, travesía del Atlántico en un submarino de energía solar (fallida, pero valió la pena), toda clase de cosas. Sería mejor que el Pentágono no desenterrara aquel material; si no, les enviaría a su abogado. Anotó mentalmente que debía llamarle por la ma... No. De todos modos, ¿puede un muerto entablar una demanda por difamación? Su abogado debía de saberlo, pero no iba a

poder llamarlo por la mañana. Con una sensación de espanto cada vez mayor, comprendió que de todas las cosas que había dejado en el mundo de los vivos, el teléfono era lo que más iba a echar de menos, y luego resolvió ponerse a pensar en lo que no quería pensar.

Aquel individuo.

Le pareció como la misma representación de la muerte ¿o es que su imaginación le estaba gastando una mala pasada? ¿Había soñado que llevaba una capucha? ¿Qué hacía un encapuchado metido en el maletero de su coche?

En aquel momento, un coche pasó como una bala y desapareció en la oscuridad, arrastrando consigo su oasis de luz. Pensó con añoranza en las comodidades de su Mercedes, con asientos de cuero y ambiente climatizado, abandonado en la carretera, y de pronto se le ocurrió una idea extraordinaria. Haría autoestop. Pero ¿podía verle alguien? Y en caso afirmativo, ¿qué reacción suscitaría? Bueno, pues sólo había un medio de averiguarlo.

Oyó que a sus espaldas se acercaba otro coche y se volvió en aquella dirección. Los faros se aproximaban entre la niebla, Gordon apretó los fantasmales dientes y le hizo una señal con el pulgar.

El coche pasó por su lado como si nada. Con rabia alzó dos dedos en una señal poco clara de victoria y, al ver que su mirada le traspasaba el brazo alzado, comprendió que en aquel momento no se encontraba en su aspecto más visible. ¿Podría hacerse más visible de forma voluntaria? Cerró fuertemente los ojos para concentrarse y luego comprendió que necesitaba tenerlos abiertos para considerar los resultados. Volvió a intentarlo, esforzándose lo más posible, pero no consiguió un resultado satisfactorio. Aunque pareció cobrar una consistencia más perceptible, no pudo mantenerla y, pese a la presión mental que acumuló, se esfumó casi inmediatamente. Tenía que calcularlo con mucho cuidado si quería hacer notar su presencia o, al menos, que le vieran.

Otro coche se aproximaba velozmente a sus espaldas. Se dio otra vez la vuelta, alargó el pulgar y esperó el momento adecuado para hacerse visible de forma voluntaria.

El coche se desvió un poco y luego siguió su camino, aunque más despacio. Bueno, ya era algo. ¿Qué más podía hacer? Para empezar, se pondría al pie de una farola y empezaría a practicar. Sin duda alguna, cazaría el próximo coche.

—«... **A** sí que si desea dejar algún recado, me pondré en contacto con usted lo antes posible. Tal vez». Bip. —¡Coño! ¡Maldita sea! Espera un momento. ¡Mierda! Escucha..., humm...

Clic.

Richard colgó el teléfono y dio marcha atrás, retrocediendo veinte metros para echar otra mirada a la señal del cruce que acababa de pasar entre la niebla. Había dejado la vía de sentido único de Cambridge mediante el método habitual, que consistía en dar vueltas cada vez más rápidas hasta lograr una especie de velocidad de escape y cortar por una tangente al azar, y ahora trataba de comprobar si se había metido en la dirección adecuada.

Al llegar de nuevo al cruce trató de relacionar la información de la señal con la del mapa. Pero le resultó imposible. Enteramente a propósito, el cruce se encontraba en un pliegue del mapa, y la señal del tráfico se movía maliciosamente en el viento. El instinto le indicó que iba en dirección equivocada, pero no quería desandar el camino por miedo a quedar atrapado de nuevo en el remolino gravitatorio del tráfico de Cambridge. Por lo tanto, giró a la izquierda con la esperanza de tener más suerte en aquella dirección, pero al cabo de poco se sintió inseguro y torció a la derecha a ver qué pasaba, para luego correr el albur de la izquierda y, tras otras cuantas maniobras por el estilo, se perdió por completo.

Blasfemó para sus adentros y conectó la calefacción del coche. Pensó que si se hubiese concentrado en el camino que debía seguir en vez de conducir y telefonar al mismo tiempo, al menos sabría dónde se encontraba ahora. En realidad, no le gustaba tener teléfono en el coche, le parecía una molesta intrusión. Pero Gordon había insistido y, además, lo había pagado.

Lanzó un suspiro de irritación, dio marcha atrás al Saab negro y volvió a girar. Al torcer casi chocó con alguien que arrastraba un cuerpo hacia un descampado. Al menos eso le pareció en su sobreexcitada imaginación, pero probablemente sólo se trataba de un campesino de los alrededores con un saco de materia nutritiva, aunque cualquiera adivinaba lo que hacía con ello en una noche así. Cuando los faros volvieron a describir otro semicírculo, iluminaron un momento la silueta que daba traspies por el campo con el saco a la espalda. «Mejor él que yo», pensó Richard sombríamente, siguiendo su camino.

Al cabo de unos minutos llegó a un cruce que tenía más aspecto de carretera principal; estuvo a punto de girar a la derecha, pero en cambio torció a la izquierda. No había señalizaciones. Volvió a pulsar los botones del teléfono.

—«... me pondré en contacto con usted lo antes posible. Tal vez». Bip.

—Susan, soy Richard. ¿Por dónde empiezo? Vaya lío. Mira, lo lamento, lo siento muchísimo. Me he enredado tremendamente y la culpa es sólo mía. Oye, prometo solemnemente hacer lo que sea para arreglarlo...

Tuvo la ligera impresión de que el tono que empleaba no era el más adecuado para un contestador automático, pero siguió adelante. —De verdad, podemos tomarnos unos días de vacaciones o, si lo prefieres, sólo un fin de semana. Sí, el próximo fin de semana. Podemos ir a algún sitio donde haga sol. Por mucho que Gordon trate de presionarme, y ya sabes de lo que es capaz en ese sentido, después de todo es tu hermano, yo no..., hum, en realidad tendría que ser el siguiente fin de semana. ¡Maldita, maldita sea! Es que había prometido tenerlo..., no, mira, no importa. Nos iremos igual. Me da igual no terminar el Anthem para Comdex. No es el fin del mundo. Nos iremos de todos modos. Gordon sólo tendrá que adelantarse a... ¡Aaaahhhhhh!

Richard dio un golpe de volante para evitar el espectro de Gordon Way, que súbitamente había aparecido delante de los faros tomando carrerilla hacia él. Pisó el freno, derrapó, intentó recordar lo que debía hacerse cuando se derrapa, lo había visto en un programa de televisión hacía mucho tiempo, ¿qué programa era? ¡Santo cielo!, ni siquiera se acordaba del título del programa, y mucho menos... ¡Ah, sí!, no se debía pisar el freno de golpe. Ya estaba hecho. El mundo giró desagradablemente a su alrededor con una fuerza lenta y pasmosa, y el coche se deslizó por la carretera, se revolvió, chocó contra la cuneta, giró de nuevo y se detuvo en seco en dirección contraria. Richard se derrumbó sobre el volante, jadeando.

Cogió el teléfono, que había dejado caer.

—Te volveré a llamar, Susan —anunció, casi sin respiración.

Colgó y alzó la vista.

De pie, en pleno resplandor de los faros, estaba el fantasma de Gordon Way, que le miraba frente al parabrisas con un terror espectral en los ojos, levantando despacio la mano y haciendo señas con el dedo.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. La aparición se había esfumado en unos segundos, pero Richard se quedó temblando, quizá no más de un minuto, hasta que un súbito chirrido de frenos y un resplandor de luces le despabiló.

Sacudió la cabeza. Vio que había parado en dirección contraria. El vehículo que había frenado casi rozando con su parachoques era un coche de policía. Respiró fuerte un par de veces y luego, envarado y tembloroso, salió a encararse con el agente, que avanzaba despacio a su encuentro, recortado a la luz de los faros del coche patrulla.

El agente lo miró de arriba abajo.

—Humm, lo siento, agente —dijo Richard con toda la calma que le fue posible transmitir a la voz—. He derrapado. Las carreteras están resbaladizas y..., humm, derrapé. El coche giró. Como ve, estoy en dirección contraria.

Señaló el coche para indicar la dirección en que se encontraba.

—Entonces, ¿quiere usted decirme por qué ha derrapado exactamente? —inquirió el policía, mirándole con fijeza a los ojos y sacando un cuaderno de notas.

—Pues, como le he dicho, las carreteras están resbaladizas a causa de la niebla y,

francamente —explicó Richard, que de golpe era consciente de lo que decía, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo—, iba conduciendo con toda tranquilidad y de pronto creí, bueno, vi que mi jefe se arrojaba contra mi coche.

El policía lo observaba con mirada penetrante.

—Complejo de culpabilidad, agente —añadió Richard con una sonrisa crispada—, ya sabe lo que pasa. Estaba pensando en tomarme el fin de semana libre.

El policía pareció dudar, al filo de la sospecha y de la simpatía. Entornó un poco los ojos, pero no titubeó.

—¿Ha bebido?

—Sí —confeso Richard con un breve suspiro—, pero muy poco. Dos copas de vino, todo lo más. Humm..., y una copita de oporto. En total. No ha sido más que un pequeño despiste. Ya estoy bien.

—¿Nombre?

Richard le dio su nombre y dirección. El policía lo anotó con pulcritud en su cuaderno y, tras mirar el número de matrícula del coche, también lo anotó.

—Y entonces, ¿quién es su jefe, señor?

—Se llama Way. Gordon Way.

—Ya —dijo el policía, levantando las cejas—, el caballero de los ordenadores.

—Pues sí, eso es. Yo hago programas para la empresa. Tecnología WayForward II.

—En la comisaría tenemos uno de sus ordenadores —anunció el policía—. Que me aspen si sé cómo funciona.

—¡Ah! —dijo débilmente Richard—. ¿Qué modelo es?

—Creo que se llama Quark II.

—Pues, bueno, es muy sencillo —explicó Richard, aliviado—. No funciona. Jamás ha funcionado. Es un montón de chatarra.

—Qué curioso, señor, eso es lo que yo he dicho siempre. Otros compañeros no están de acuerdo.

—Pues tiene usted toda la razón, agente. No tiene remedio. Es el motivo principal por el que quebró la primera compañía. Le sugiero que lo utilicen como un pisapapeles grande.

—Bueno, no me gustaría seguir su consejo, señor —dijo el policía—. El aire seguiría abriendo la puerta.

—¿Qué quiere decir, agente? —preguntó Richard—. Lo usaba para mantener la puerta cerrada. En esta época del año hay unas desagradables corrientes en la comisaría. Claro que, en el verano, lo empleamos para atizarles en la cabeza a los sospechosos.

Cerró el cuaderno de notas y se lo guardó en el bolsillo. —Le recomiendo, señor, que circule despacio y tranquilo. Deje el coche y coja una buena trompa este fin de semana. Creo que es la única manera. Y ahora tenga cuidado.

Volvió al coche patrulla, bajó la ventanilla y observó la maniobra que hacía

Richard para dar la vuelta antes de arrancar y perderse en la noche.

Richard respiró fuerte, volvió despacio a Londres, subió tranquilamente a su casa, se tumbó con toda calma en el sofá, se incorporó, se sirvió una buena copa de coñac y empezó a temblar en serio.

Tres cosas le provocaban los temblores.

La simple conmoción física del accidente que estuvo a punto de sufrir, que es una de esas cosas que le deja a uno más nervioso de lo que se piensa. El cuerpo se llena de adrenalina, que luego se pone agria de tanto dar vueltas por el organismo.

Luego, lo que le hizo derrapar, la extraordinaria aparición de Gordon arrojándose delante del coche. ¡Válgame Dios! Tomó un sorbo de coñac y se puso a hacer gárgaras. Dejó la copa. Era un hecho consabido que Gordon representaba una de las reservas naturales más ricas del mundo en complejos de culpabilidad para el prójimo, y era capaz de descargar una tonelada ante la puerta de uno todas las mañanas, pero Richard no se había dado cuenta de que le hubiera afectado hasta aquellos lamentables extremos.

Volvió a coger la copa, subió al primer piso y entró en su despacho, para lo cual tuvo que empujar la puerta y apartar un montón de revistas BYTE que se había caído por dentro. Luego las retiró con el pie y se dirigió al extremo de la amplia habitación. Los grandes ventanales ofrecían una buena vista del norte de Londres, por donde estaba disipando la niebla. La catedral de Saint Paul resplandecía a lo lejos; la contempló durante unos momentos, pero no le causó ninguna impresión especial. Tras los acontecimientos de la noche, lo consideró como una sorpresa agradable.

Al otro extremo de la habitación había dos mesas grandes cubiertas, según el último balance, con seis ordenadores Apple Macintosh. En medio había la nueva máquina 68020, en cuya pantalla se veía el sofá de líneas rojas dando perezosas vueltas en el interior de una imagen azul de las estrechas escaleras, a las que no faltaba el detalle de la barandilla, de la caja de la calefacción y de los fusibles ni, desde luego, la embarazosa vuelta a mitad de camino. El sofá empezaba a girar en una dirección, topaba con un obstáculo, se revolvía en otro sentido, chocaba con otra barrera e iniciaba otro radio hasta detenerse de nuevo para describir el mismo ciclo en diferente orden. No había que mirar mucho la secuencia para verla repetida. Sin duda alguna, el sofá estaba atascado.

Había otros tres Mac conectados mediante un amasijo de cables a una desordenada aglomeración de sintetizadores: un Simulator II + Programador HD, un rimero de módulos TX, un Prophet VS, un Roland JX10, un Korg DW8000, un Octapad, un controlador de guitarra Synth-Axe MIDI para zurdos y hasta una vieja máquina de percusión musical, todo ello amontonado en un rincón y almacenando polvo. También había un pequeño cassette poco usado, ya que toda la música estaba grabada en archivos de secuencias en los ordenadores.

Se dejó caer en una silla frente a uno de los Mac para ver si había alguna novedad. Mostraba un balance Untitled Excel y se preguntó por qué. Lo grabó y miró

a ver si había dejado alguna nota, descubriendo que el balance contenía algunos datos que previamente había introducido para buscar información sobre las golondrinas en las bases de datos en línea World Reporter y Knowledge.

Ahora tenía cifras que detallaban sus hábitos migratorios, la forma de las alas, el perfil aerodinámico y las características de turbulencia, así como datos generales sobre las formaciones que una bandada adopta en vuelo, pero hasta el momento sólo tenía una mínima idea de cómo iba a sintetizarlo todo. Aunque esta noche se encontraba demasiado cansado para pensar de manera constructiva, hizo una selección al azar y copió toda una hilera de cifras del balance, las pasó al programa de conversión, que las clasificó, filtró y manipuló con arreglo a sus propios guarismos experimentales, cargó el fichero así convertido en el Performer, un potente programa registrador de secuencias, y a través de los canales MIDI transfirió los resultados a los sintetizadores que estuviesen conectados en aquel momento.

El resultado fue un súbito estallido de la más horrenda cacofonía. Lo paró.

Volvió a lanzar el programa de conversión, dando instrucciones para que esta vez pasara los valores de tono a sol menor. Era una función que al final estaba dispuesto a anular, porque la consideraba poco fiable. Si su firme creencia de que los ritmos y armonías musicales que nos parecen más satisfactorias podían encontrarse o, al menos, derivarse de los ritmos y armonías de los fenómenos que se producen en la naturaleza, las formas satisfactorias de modalidad y tono también tendrían que surgir de manera natural en vez de producirlas a la fuerza. De momento, forzó el proceso.

El resultado fue un súbito estallido de la más horrenda cacofonía en sol menor.

Eso bastaba en cuanto a la búsqueda de atajos al azar.

La primera tarea era relativamente sencilla. Consistía en describir la onda formada por el extremo de las alas de una golondrina en vuelo para luego sintetizar dicha onda. De ese modo conseguiría una sola nota, lo que no estaría mal para empezar, y la operación sólo le llevaría el fin de semana. Pero claro, no tenía disponible el fin de semana porque tenía que terminar la Versión 2 del Anthem para el año próximo, o «el mes», como lo denominaba Gordon.

Lo que de manera inexorable condujo a Richard a la tercera causa de sus temblores.

No había manera alguna de tomarse libre este fin de semana o el siguiente para cumplir la promesa que había hecho al contestador automático de Susan. Y eso terminaría definitivamente con todo, si el desastre de aquella noche no lo había conseguido.

Pero no había remedio. Ya estaba hecho. No se puede rectificar un recado grabado en el contestador automático de otra persona; sólo dejar que los acontecimientos sigan su curso. No había nada que hacer. Era algo irrevocable.

De pronto se le ocurrió una idea extraña. Le pilló verdaderamente de sorpresa, pero no veía qué tenía de malo.

Curiosos, sin objetivo fijo, los prismáticos escudriñaban el cielo nocturno de Londres. Una miradita por aquí, otra por allá, sólo para ver lo que pasaba, cualquier cosa útil o interesante.

Se detuvieron en la parte trasera de una casa, atraídos por un leve movimiento. Era una de esas amplias casonas victorianas, en la actualidad probablemente convertidas en apartamentos. Montones de cañerías de hierro negro. Cubos de basura de plástico verde. Pero oscura. Nada.

Los prismáticos van ascendiendo cuando otro movimiento recibe la luz de la luna. Se ajustan un poco, tratando de encontrar un detalle, una arista, un débil contraste en la oscuridad. La niebla se ha levantado, y entre las sombras brillan destellos. Los gemelos se ajustan un poquito más.

Ya está. Por fin hay algo. Sólo que esta vez está un poco más arriba, treinta centímetros o así, quizá un metro. Los gemelos se centran y permanecen inmóviles, buscando la arista, el detalle. Ahí... Ya han encontrado su objetivo, situado entre el antepecho de una ventana y un canalón.

Es una silueta oscura, aplastada contra el muro, que mira hacia abajo en busca de apoyo para el pie, y hacia arriba, tratando de encontrar un saliente. Los prismáticos atisban con atención.

Es un hombre alto y delgado. Lleva ropa adecuada para la tarea: pantalones y jersey negros. Pero sus movimientos son torpes, desmañados. Qué interesante. Los prismáticos esperan y observan, juzgan. No es más que un vulgar aficionado.

Mira cómo titubea. Qué inepto. Sus pies resbalan en el canalón, sus manos no llegan al saliente. Casi se cae. Espera a recobrar el aliento. Empieza a descender, pero eso parece más difícil todavía.

Salta otra vez hacia el saliente, aferrándose a él. Cambia de posición el pie para sujetarse bien y casi no alcanza el canalón. Podía haber sido muy desagradable. Pero el camino ya es más fácil y pueden hacerse más progresos. Avanza hacia otro canalón, llega a una ventana del tercer piso, coquetea brevemente con la muerte mientras se iza con esfuerzo y comete el error fundamental de dirigir la mirada hacia abajo. Se tambalea un poco. Se pone la mano en la frente y mira para ver si la habitación está a oscuras. Trata de abrir la ventana.

Una de las cosas que distingue al aficionado del profesional consiste en que, llegado a este punto, el aficionado cree que sería buena idea tener algo con que forzar la ventana. Afortunadamente para este aficionado, el inquilino también es un aficionado, y la ventana se sube a regañadientes. El escalador, con cierto alivio, entra arrastrándose.

Debería estar encerrado por su propia seguridad, piensan los prismáticos. Una mano se mueve hacia el teléfono. En la ventana, se vuelve un rostro y la luna lo ilumina un momento; luego vuelve de nuevo a sus asuntos. La mano queda

suspendida sobre el teléfono durante unos instantes, mientras los prismáticos esperan y observan, consideran y juzgan. La mano, en cambio, coge una guía de Londres.

Hay una larga pausa, los gemelos centran más su atención, la mano coge el teléfono y marca un número.

No era aquella observación lo que le puso en tensión, claro, ya lo había pensado muchas veces. Siempre que había estado en su casa, en realidad. Siempre le había chocado, normalmente porque venía de su piso, que era cuatro veces mayor y estaba atestado. Esta vez venía de su piso, sólo que por un camino un tanto excéntrico, y por eso la observación le puso nervioso de manera poco corriente.

Volvió a mirar por la ventana, se volvió y cruzó de puntillas la habitación hacia la mesita donde estaban el teléfono y el contestador automático.

Pensó que ir de puntillas no tenía sentido. Susan no estaba. En realidad, le hubiese interesado mucho saber dónde estaba, del mismo modo que a ella también le habría interesado mucho saber dónde había estado él a primeras horas de la noche.

Se dio cuenta de que seguía de puntillas. Se dio un golpe en la pierna para dejar de hacerlo, pero siguió andando así de todos modos.

Escalar el muro había sido terrible. Se limpió la frente con la manga de su jersey más viejo y grasiento. Había tenido un momento desagradable cuando su vida pasó como un relámpago ante sus ojos, pero había estado demasiado preocupado por si se caía y se había perdido lo mejor. Lo mejor, según había comprendido, se refería a Susan. O a los ordenadores. Nunca a Susan y a los ordenadores; en general, eso había sido lo peor. Y por eso estaba allí, pensó. Parecía falta de convencimiento, y se lo volvió a repetir para sí.

Miró el reloj. Las doce menos cuarto. Se le ocurrió que, antes de tocar nada, sería mejor que fuese a lavarse las manos, que tenía húmedas y sucias. No era la policía lo que le preocupaba, sino la aterradora asistente de Susan, que se darla cuenta.

Fue al baño, dio la luz, limpió el interruptor, y luego contempló su sorprendido rostro en el espejo brillantemente iluminado por un tubo fluorescente. Abrió el grifo y puso las manos bajo el agua. Por un momento recordó la cálida y cambiante luz de las velas de la Cena Coleridge, y las imágenes se perdieron en el oscuro y remoto pasado de las primeras horas de la noche, cuando la vida parecía fácil y sin preocupaciones; el vino y la conversación, simples juegos malabares. Imaginó el rostro pálido y ovalado de Sarah, maravillada y con los ojos fuera de las órbitas. Se lavó la cara.

Pensó:

*«... ¡Cuidado! ¡Cuidado!
¡Sus ojos destellantes! ¡Los cabellos al viento!».*

Se peinó. También recordó los cuadros colgados entre las sombras, sobre sus cabezas. Se lavó los dientes. El débil zumbido del tubo fluorescente le devolvió al presente y de pronto, pasmado, recordó que estaba allí en calidad de ladrón.

Algo le llevó a mirarse a los ojos en el espejo. Sacudió la cabeza, tratando de

poner sus ideas en claro.

¿Cuándo volvería Susan? Eso dependería, naturalmente, de lo que estuviera haciendo. Se secó las manos con rapidez y volvió al contestador automático. Accionó los botones y le remordió la conciencia. Le pareció que la cinta tardaba una eternidad en rebobinarse y, con un estremecimiento, comprendió que tal vez fuese porque Gordon había llamado cuando aún estaba entre los mortales.

No había pensado en que habría otros recados grabados aparte del suyo, y escuchar los mensajes de otras personas equivalía a abrirles el correo. Volvió a explicarse para sus adentros que sólo trataba de corregir un error que había cometido para no causar un daño irrevocable. Sólo escucharía lo mínimo posible hasta que encontrara su propia voz. Eso no estaría mal, ni siquiera atendería a lo que dijeran. Gruñó para sus adentros, apretó los dientes y pulsó el botón de Play con tanta fuerza que no acertó, dando, en cambio, a la tecla del *Eject* y sacando la cassette por error. Volvió a introducirla y, con más cuidado, dio al Play.

Bip.

—Hola, Susan, soy Gordon —dijo el contestador automático. Richard hizo correr la cinta durante unos segundos—. Voy de camino a la casa de campo..., necesito saber si Richard se ocupa del asunto. Quiero decir que si está en ello de verdad...

Richard adoptó una mueca sombría y volvió a rebobinar la cinta hacia adelante. Le sentó muy mal que Gordon tratase de presionarle a través de Susan, cosa que su jefe siempre negaba. Richard no podía culpar a Susan si se enfadaba al verse mezclada de esta forma en su trabajo.

Clic.

—«... Respuesta Armada. Por favor, haz una nota para que Susan mande hacer un letrero con un pincho afilado en la parte de abajo, a la altura adecuada para que lo vean los conejos».

¿Cómo?, murmuró Richard para sus adentros, dudando un momento en seguir rebobinando la cinta hacia adelante. Le daba la impresión de que Gordon quería parecerse desesperadamente a Howard Hughes y, aunque jamás podría aspirar a ser tan rico como él, al menos intentaba ser el doble de excéntrico. Un hecho. Una realidad tangible.

—«Me refiero a Susan, la secretaria de la oficina, no a ti, claro está» —prosiguió la voz de Gordon en el contestador automático—. «¿Dónde estaba? Ah, sí. Richard y Anthem 2.00. Susan, eso tiene que estar en prueba beta dentro de dos...».

Con los labios apretados, Richard continuó pasando la cinta hacia adelante.

—«... el caso es que sólo hay una persona que esté verdaderamente en posición de saber si está sacando adelante el trabajo o si no hace más que soñar, y esa persona...».

Volvió a dar con rabia al botón del rebobinado. Se había prometido que no escucharía, y ahora se enfadaba por lo que oía. Tenía que ponerle remedio. Bueno, otro intento más.

Entonces sólo escuchó una música. Qué raro. Dio otra vez hacia adelante, y lo mismo: música. ¿Por qué llamaba para grabar música en el contestador automático?

Sonó el teléfono. Paró el contestador y cogió el teléfono pero, al darse cuenta de lo que hacía, casi lo soltó, como si fuese una anguila eléctrica.

—Regla número uno del robo con escalo —dijo una voz—. No contestar el teléfono cuando se está en pleno trabajo. Por amor de Dios, ¿quién es usted?

Richard se quedó paralizado. Tardó unos instantes en recobrar la voz antes de preguntar:

—¿Quién llama?

—Regla número dos —prosiguió la voz—. Preparación. Llevar las herramientas adecuadas. Guantes. Tener una mínima idea de lo que uno se trae entre manos antes de colgarse de las ventanas en plena noche.

—Regla número tres. No olvidar nunca la Regla número dos.

—¿Quién es? —exclamó Richard.

—Vigilancia vecinal —prosiguió la voz, imperturbable—. Si mira por la ventana de la parte de atrás, verá...

Arrastrando el teléfono, Richard se apresuró a la ventana y miró al exterior. Un destello lejano le sobresaltó.

—Regla número cuatro. No ponerse donde puedan sacarle una fotografía.

—Regla número cinco..., ¿me estás escuchando, MacDuff?

—¿Cómo? Sí... —contestó Richard, pasmado—. ¿Es que me conoce?

—Regla número cinco. No admitir nunca la propia identidad.

Richard permaneció en silencio, respirando fuerte.

—Si te interesa —continuó la voz—, te daré un cursillo...

Richard no respondió.

—Aprendes despacio —comentó la voz—, pero aprendes. Claro que si aprendieras de prisa, ya habrías colgado. Pero eres curioso e incompetente, y por eso no lo haces. Da la casualidad de que, por tentadora que sea la idea, no doy cursillos a aprendices de ladrón. Estoy seguro de que concederían becas. Si no queda más remedio que admitirlos, al menos que tengan cierta formación.

—No obstante, si diese un cursillo así, dejaría que te matricularas gratis, porque yo también soy muy curioso. Tengo curiosidad por saber por qué míster MacDuff que, según tengo entendido, es ahora un joven próspero en el campo de la industria de ordenadores, tiene de pronto la necesidad de recurrir a un robo con escalo. —¿Quién...?

—Así que hago ciertas indagaciones, llamo a la Telefónica y descubro que el piso que están robando es el de una tal señorita S. Way. Sé que el jefe de Richard MacDuff es el famoso míster Way, y me pregunto si por casualidad son parientes. —¿Quién...?

—Estás hablando con Svlad, corrientemente conocido como «Dirk» Cjelli, que en la actualidad utiliza el nombre de Gently por motivos que sería ocioso explicar en estos momentos. Te doy las buenas noches. Si quieres saber más, estaré en el Pizza

Express de Upper Street dentro de diez minutos. Lleva algo de dinero.

—¿Dirk? —exclamó Richard—. ¿Estás tratando de chantajearme? —No, idiota, para las *pizzas*.

Se oyó un ruidito metálico y Dirk Gently colgó. Richard quedó inmóvil unos momentos, volvió a enjugarse la frente y colgó el teléfono con suavidad, como si fuese un hámster herido. Tenía en la cabeza un ligero zumbido, y empezó a chuparse el dedo pulgar. En las profundidades de su corteza cerebral, montones de sinapsis se cogieron de la mano y se pusieron a bailar en corro cantando antiguas canciones de cuna. Sacudió la cabeza con intención de detenerlas y volvió a sentarse rápidamente junto al contestador automático.

Luchó con la idea de volver a pulsar el botón de Play, pero lo activó de todos modos antes de decidirse. Apenas había pasado unos cuatro segundos de relajante música ligera cuando se oyó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta. Lleno de pánico, Richard pulsó con el pulgar el botón de Eject, sacó la cinta, se la guardó precipitadamente en el bolsillo de los vaqueros y la sustituyó por la primera de una hilera que se amontonaba junto al vídeo. Al lado del suyo, en su casa, tenía una pila parecida. Se las daba Susan, la de la oficina, la pobre y sufrida Susan de la oficina. Debía acordarse de sentir simpatía por ella al día siguiente, cuando tuviese tiempo y pudiera concentrarse.

De pronto, sin siquiera darse cuenta de lo que hacía, cambió de idea. En un abrir y cerrar de ojos volvió a sacar del aparato la cinta que acababa de meter, la sustituyó por la que se había guardado, accionó el mando del rebobinado y, de un salto, se colocó en el sofá, donde trató de adoptar una postura indolente con aires de triunfador. En un impulso, se puso la mano izquierda a la espalda, donde podía serle útil.

Estaba intentando ordenar sus facciones en una expresión compuesta a partes iguales de arrepentimiento, jovialidad y atracción sexual, cuando se abrió la puerta y apareció Michael Wenton-Weakes. Todo se paró.

Fuera, el viento cesó. Las lechuzas se detuvieron en pleno vuelo. Bueno, quizá sí, quizá no, pero lo cierto es que la calefacción central se cortó en aquel preciso momento, tal vez incapaz de arreglárselas con el sobrenatural escalofrío que barrió súbitamente la habitación. —¿Qué haces aquí, Wednesday?— inquirió Richard, levantándose del sofá como levitado por la ira.

Michael Wenton-Weakes era un hombre robusto de cara triste, habitualmente conocido como Michael Wednesday-Week porque solía prometer que terminaría las cosas para el miércoles de la semana siguiente. Llevaba un traje que había tenido un corte soberbio cuarenta años antes, cuando lo compró su padre.

Michael Wenton-Weakes ocupaba un lugar muy destacado en la pequeña pero selecta lista de personas a las que Richard aborrecía por completo. Le desagradaba porque le parecía odiosa la idea de que un privilegiado se compadeciera de sí mismo porque pensaba que el mundo no entendía verdaderamente los problemas de la gente

privilegiada. Por otra parte, él tampoco caía simpático a Michael por la sencilla razón de que Richard le detestaba y no trataba de ocultarlo.

Michael se volvió y lanzó una mirada lúgubre al pasillo mientras entraba Susan, que se detuvo al ver a Richard. Dejó el bolso, se quitó la bufanda, se desabrochó el abrigo, se lo quitó, se lo tendió a Michael, se dirigió hacia Richard y le dio una bofetada.

—Eso es lo que he estado esperando toda la noche —anunció, furiosa—. Y no finjas que lo que ocultas a la espalda es un ramo de flores que has olvidado traerme. Ya intentaste ese truco la última vez.

Se volvió y echó a andar con aire majestuoso. —Esta vez he olvidado una caja de bombones— dijo tristemente Richard, extendiendo la mano vacía hacia Susan, que ya le daba la espalda. —He escalado sin ella. Cuando entré, me sentí como un idiota.

—Eso no tiene gracia —aseguró Susan.

Se metió en la cocina y pareció que se ponía a moler café sólo con las manos. Para alguien que siempre tenía un aspecto tan pulcro, dulce y delicado, tenía un genio de cuidado.

—Es verdad —dijo Richard, ignorando por completo a Michael—. Casi me mato.

—No me siento con fuerzas para eso —repuso Susan desde la cocina—, pero si quieres que te lance un objeto grande y afilado, ¿por qué no vienes aquí y me cuentas algo divertido?

—Supongo que, a estas alturas, no tendrá sentido decirte que lo siento —dijo Richard, gritando.

—¡Y que lo digas! —convino Susan, saliendo precipitadamente de la cocina.

Lo miró con ojos que echaban chispas y llegó a dar unas patadas en el suelo.

—Vamos, Richard, supongo que vas a decirme que se te ha vuelto a olvidar. ¿Cómo puedes tener la cara dura de estar ahí, con brazos, piernas y cabeza, como si fueses un ser humano? Tu conducta avergonzaría a un bacilo de la diarrea. Apuesto a que incluso el más ínfimo microbio de la disentería hace acto de presencia para llevar de vez en cuando a su novia a dar una vueltecita por las paredes del intestino. Bueno, espero que hayas pasado una horrible velada.

—Pues sí —confirmó Richard—. No te habría gustado. Había un caballo en el cuarto de baño, y ya sé cómo te disgustan esas cosas. —Bueno, Michael— dijo bruscamente Susan, —no te quedes ahí parado como un pasmarote. Muchas gracias por la cena y el concierto, has estado encantador y he disfrutado escuchando tus problemas toda la noche porque suponía un agradable cambio con respecto a los míos. Pero creo que sería mejor que encontrase tu libro y te echara a la calle. Tengo que despotricar y pelearme en serio, y me doy cuenta de cuánto molestan esas cosas a tu delicada sensibilidad.

Ella volvió a cogerle su abrigo y lo colgó. Antes, cuando lo sostenía, parecía enteramente absorto en la labor, al margen de todo lo demás. Sin él pareció desnudo y un poco perdido. Se vio obligado a volver a la vida. Dirigió a Richard la opresiva

mirada de sus grandes ojos.

—Richard —dijo—, humm, he leído tu artículo en Fathom. Sobre música y, hum...

—Paisajes fractales —terminó secamente Richard. No quería hablar con Michael y, desde luego, no quería verse envuelto en una conversación sobre su lamentable revista. O mejor dicho, sobre la revista que fue de Michael. Ese era un aspecto concreto de la conversación en que Richard no quería verse envuelto.

—Pues sí. Muy interesante, desde luego —afirmó Michael con su voz suave y engolada—. Formas de montañas y árboles, toda clase de cosas. Algas recicladas.

—Algoritmos recurrentes.

—Sí, claro. Muy interesante. Pero qué equivocación, qué tremendo error. Para la revista, quiero decir. Al fin y al cabo, es una revista de arte. Desde luego, yo no habría permitido una cosa así. Ross la ha destrozado totalmente. Por completo. Tendrá que marcharse. Tiene que irse. Carece de sensibilidad y es un ladrón.

—No es un ladrón, Wednesday, eso es completamente absurdo —soltó Richard que, pese a su firme intención de no hacerlo, se vio envuelto en la discusión—. El no tiene nada que ver con el hecho de que te despidieran. La culpa fue sólo tuya, y tú...

Tomó aliento bruscamente.

—Richard —advirtió Michael en su tono más suave y tranquilo, discutir con él era como enredarse en la seda de un paracaídas—, creo que no entiendes lo importante que...

—Michael —le interrumpió Susan en tono suave pero firme, abriendo la puerta.

Michael Wenton-Weakes asintió débilmente y pareció desinflarse.

—Tu libro —añadió Susan, tendiéndole un volumen pequeño y antiguo sobre la arquitectura eclesiástica de Kent.

Lo cogió, murmuró unas breves palabras de agradecimiento, miró un momento alrededor como si de pronto notara algo raro, luego se dominó, se despidió con un movimiento de cabeza y se marchó.

Richard no se dio cuenta de lo tenso que estaba hasta que Michael se marchó; entonces, de pronto, logró relajarse. Siempre le había molestado la indulgente condescendencia que Susan mostraba hacia Michael, aun cuando intentase disimularla con un trato tremendamente descortés. Precisamente por eso, quizá.

—¿Qué puedo decirte, Susan...? —inquirió sin convicción—. Para empezar, podrías decir «uf». Ni siquiera me has dado esa satisfacción cuando te he abofeteado, y pensé que te había dado un buen sopapo. ¡Santo Dios!, qué frío hace aquí. ¿Qué hace esa ventana abierta de par en par? Fue a cerrarla.

—Ya te lo he dicho. He entrado por ahí —dijo Richard con el tono indicado para que ella lo mirase sorprendida—. De verdad, como en los anuncios de bombones, sólo me he olvidado la caja. Se encogió tímidamente de hombros. Susan lo miró, pasmada.

—¿Qué bicho te ha picado para hacer una cosa así? —preguntó. Asomó la cabeza

por la ventana y miró hacia abajo—. Podrías haberte matado —dijo, volviéndose hacia él.

—Pues sí, bueno... Pero me pareció la única manera de... —Se dominó—. Hiciste que te devolviera la llave, ¿recuerdas?

—Sí. Me cansé de que vinieras a saquearme la despensa cuando no querías molestarme en hacer la compra. ¿De verdad has escalado la fachada, Richard?

—Pues, es que quería estar aquí cuando entraras. Susan sacudió la cabeza, perpleja.

—Habría sido muchísimo mejor que hubieses estado aquí a la hora que convinimos. ¿Por eso llevas esa ropa tan sucia y tan vieja? —Sí. ¿No pensarás que he ido a cenar así a Saint Cedd's?—. Bueno, ya no sé qué entiendes por un comportamiento racional. —Suspiró, buscó algo en un cajón, tendió a Richard un llavero con dos llaves y añadió—: Si van a salvarte la vida, tómalas. Estoy demasiado cansada para seguir enfadada. El salir con Michael me ha quitado las ganas.

—Nunca he entendido por qué lo aguantas —dijo Richard, yendo a por el café.

—Sé que no te cae simpático, pero es muy amable y resulta encantador dentro de su melancólica manera de ser. Normalmente, resulta muy tranquilizador estar con alguien tan retraído, porque no te exige nada. Pero le obsesiona la idea de que yo pueda hacer algo por su revista. Y no puedo, claro. La vida no es así. Pero lo siento por él.

—Yo no. Todo le ha resultado demasiado fácil en la vida. Y sigue teniéndolo facilísimo. Sólo que le han quitado el juguete, eso es todo. No parece injusto, ¿verdad?

—No se trata de si es justo o no. Me da pena porque no es feliz.

—Pues claro que no es feliz. Al Ross ha convertido Fathom en una revista muy aguda e inteligente que, de pronto, todo el mundo quiere leer. Antes no era más que un montón de tonterías. Su única función real consistía en que Michael comiese y adulara a quien le apetecía con el pretexto de que a lo mejor escribía un articulito. Apenas llegó a sacar un verdadero número. Todo fue una farsa. Le servía para adular su ego. Y yo no encuentro eso ni bonito ni interesante. Me he enrollado con eso y no tenía intención de hacerlo.

Susan se encogió de hombros, molesta.

—Creo que exageras —dijo—, aunque me parece que si continúa insistiendo en que haga algo que desde luego no puedo hacer, tendré que dejarlo correr. Es demasiado pesado. De todos modos, escucha, me alegro de que te hayas aburrido esta noche. Quiero que hablemos de lo que vamos a hacer este fin de semana.

—Bueno —dijo Richard—, pues...

—Pero antes será mejor que eche un vistazo a los recados.

Pasó por delante de él y se dirigió al contestador automático. Escuchó los primeros segundos del mensaje de Gordon y luego sacó bruscamente la cassette.

—No puedo entretenerme con esto —declaró, entregándosela.

—¿Podrías dársela directamente a Susan mañana, en la oficina? Evítale un viaje. Si hay algo importante, me llamará.

—Bueno, sí —contestó Richard, que parpadeó y se guardó la cinta en el bolsillo estremeciéndose de sorpresa por el alivio momentáneo.

—De todos modos, el fin de semana... —prosiguió Susan, sentándose en el sofá.

—Susan, yo... —le interrumpió Richard, pasándose la mano por la frente.

—Me parece que tendré que trabajar. Nicola está enferma y tengo que sustituirla el viernes de la semana que viene en el Wigmore. Es Vivaldi y Mozart, no sé qué más, lo que significa que tendré que ensayar mucho este fin de semana. Lo siento.

—Bueno —dijo Richard—, en realidad yo también tengo que trabajar.

Se sentó a su lado.

—Lo sé. Gordon insiste en que te sermonee. Ojalá no lo hiciera. No es de mi incumbencia y me pone en una situación denigrante. Estoy harta de que la gente me presione, Richard. Al menos, tú no lo haces. —Tomó un sorbo de café y añadió—: Pero estoy segura de que existe una especie de zona intermedia entre la presión y el olvido absoluto que me gustaría mucho explorar. Dame un abrazo. La abrazó, sintiendo que era monstruosa e inmerecidamente afortunado. Una hora después se marchó y descubrió que el Pizza Express estaba cerrado.

Entretanto, Michael Wenton-Weakes volvía a su casa en Chelsea. Sentado en el asiento trasero del taxi contemplaba las calles con mirada inexpresiva y repiqueteaba suavemente con los dedos en la ventanilla en un ritmo meditabundo. Rap tap tapa rapatap tap tap.

Era una de esas personas blandas, entre vaca y calamar, que no son peligrosas siempre que consigan lo que quieren. Y como siempre había tenido lo que quería y parecía gratamente satisfecho por ello, a nadie se le había ocurrido nunca que fuera otra cosa que una persona blanda, entre vaca y calamar. Habría que palpar mucho calamar para encontrar un trozo que no se hundiera al apretarlo. Esa era la parte que protegían los demás trozos blandos de calamar. Michael Wenton-Weakes era el hijo menor del difunto Lord Magna, editor, propietario de periódicos y padre indulgente donde los haya, bajo cuyo protector paraguas había disfrutado Michael dirigiendo su propia revistilla con pérdidas magníficas. Lord Magna había presidido la gradual pero digna decadencia del imperio editorial originalmente fundado por su padre, el primer Lord Magna. Michael siguió golpeando suavemente los nudillos contra la ventanilla. Rapatap tap tap. Recordó el pasmoso, terrible día en que su padre se electrocutó cuando cambiaba un enchufe y en el cual su madre se hizo cargo del negocio. No sólo tomó las riendas, sino que empezó a dirigirlo con un entusiasmo y una determinación enteramente inesperados. Examinó la empresa y su funcionamiento, o su andadura, según decía ella, con aguda perspicacia y hasta llegó a investigar las cuentas de la revista de Michael. Rap tap tap.

Michael sabía lo suficiente de negocios como para reconocer lo que significaban los números, y había asegurado a su padre que los números significaban realmente lo

que decían.

—No puedo permitir que este trabajo sea simplemente una sinecura, eso debes entenderlo, muchacho, tendrás que pagar tu parte, de otro modo, ¿qué parecería esto, qué sería? —le decía su padre. Y Michael asentía gravemente, empezando a calcular los números del mes siguiente o a buscar una salida a la situación.

Michael solía referirse a su madre como una vieja hacha de guerra, pero para que la comparación fuese fidedigna, habría que decir que se trataba de un hacha de guerra de exquisita factura, espléndidamente equilibrada, con un mínimo de elegantes grabados que se interrumpían justo al borde de su cortante y refulgente filo. Un mandoble de tal instrumento y uno no sabría qué le había pasado hasta que tratara de mirar la hora un poco después y descubriese que le había desaparecido el brazo.

Entre bastidores, había pasado los días esperando pacientemente, o cuando menos aparentando paciencia, en su papel de devota esposa, de cariñosa pero estricta madre. Ahora alguien la había sacado —para cambiar por un momento de metáfora— de su vaina, y todo el mundo corría para ponerse a cubierto.

Incluido Michael.

Ella creía a pies juntillas que Michael, a quien adoraba en silencio, estaba muy mimado en el pleno y peor sentido de la palabra y, aunque ya tarde, decidió poner remedio a tal situación.

No tardó más de cinco minutos en descubrir que falsificaba las cuentas todos los meses, y que la revista era para Michael un juego que representaba una sangría monetaria con sus continuas y exageradas cuentas de restaurante, recibos de taxi y gastos de personal que alegremente consignaba como impuestos inexistentes. Y todo el asunto se perdía entre la gigantesca contabilidad de Magna House.

Entonces llamó a Michael a su presencia. Rap tap tap rapatap.

—¿Cómo quieres que te trate —le preguntó—, como hijo mío o como director de una de mis revistas? A mí me da lo mismo.

—¿Tus revistas? Pues, soy tu hijo, pero no entiendo...

—Muy bien, Michael. Quiero que mires estas cifras —le interrumpió bruscamente, tendiéndole una hoja impresa en ordenador—. Las de la izquierda expresan los ingresos y gastos verdaderos de Fathom, las de la derecha son las tuyas. ¿Notas algo raro en ellas? —Madre, puedo explicártelo, yo...

—Bien —dijo con dulzura *Lady Magna*—. Me alegro mucho de eso.

Volvió a coger la hoja de papel.

—Vale. ¿Se te ocurre alguna idea de cómo dirigir la revista de manera óptima en el futuro?

—Sí, desde luego. Algunas muy sólidas. Yo...

—Bien —aprobó *Lady Magna* con una animada sonrisa—. Bueno, eso me resulta enteramente satisfactorio, entonces.

—No quieres escuchar...

—No, eso es todo, cariño. Me alegro de saber que tienes que decir algo al

respecto, para aclararlo. Estoy segura de que el nuevo director de Fathom se alegrará de oírlo, sea lo que sea.

—¡Cómo! —exclamó Michael, perplejo—. ¿Quieres decir que vas a vender Fathom?

—No. Quiero decir que ya la he vendido. Me temo que no han dado mucho por ella. Una libra, con la promesa de que seguirás siendo director durante los tres próximos números, y después el asunto quedará a la decisión del nuevo propietario.

Michael la miró con ojos desorbitados.

—Venga, vamos —le dijo su madre en tono razonable—, no podíamos seguir en las mismas circunstancias que hasta ahora, ¿verdad? Siempre has estado de acuerdo con tu padre en que este trabajo no debería ser una sinecura para ti. Y como a mí me resultaría muy difícil creerme tus historias o resistirme a ellas, pensé pasar el problema a alguien con quien tuvieras unas relaciones más objetivas. Y ahora, Michael, tengo otra entrevista.

—Bueno, pero... ¿a quién se la has vendido? —balbuceó Michael.

—A Gordon Way.

—¡A Gordon Way! Pero, madre, por amor de Dios, si ese...

—Tiene mucho interés en que le consideren protector de las artes. Y creo que digo bien. Estoy segura de que te irá espléndidamente, cariño. Y ahora, si no te importa.

Michel se mantuvo firme.

—¡Jamás he oído nada tan ultrajante! Yo...

—¿Sabes que eso es exactamente lo mismo que dijo míster Way cuando le mostré esas cifras? Y luego me pidió que siguieras de director durante tres números.

Michael bufó y resopló, se puso encarnado y agitó el dedo en señal de reprobación, pero no se le ocurrió nada más que decir, salvo:

—¿Qué diferencia habría habido si te hubiese pedido que me trataras como director de una de tus revistas?

—Pues que, naturalmente, cariño, te habría llamado míster Wenton-Weakes, hijito —respondió con su sonrisa más dulce *Lady* Magna quien, haciendo un pequeño gesto por debajo de su barbilla, añadió—: Y ahora no te diría que te ajustaras el nudo de la corbata.

Rap tap tap rapatap.

—¿Era el número diecisiete, jefe?

—¿Qué? ¿Cómo? —dijo Michael, sacudiendo la cabeza.

—Dijo el diecisiete, ¿no? —repitió el taxista—. Porque ya estamos.

—¡Ah! Ah, sí; gracias.

Bajó y hurgó en el bolsillo buscando dinero.

—Con que rap tap tap, ¿eh?

—¿Cómo? —inquirió Michael, pagándole la carrera.

—Rap tap tap —repitió el taxista—, todo el puñetero viaje. Algo le preocupa,

¿eh, amigo?

—Métase en sus propios asquerosos asuntos —soltó bruscamente Michael.

—Lo que usted diga, amigo. Sólo que pensé que se iba a volver majareta o algo así —repuso el taxista, alejándose.

Michael entró en su casa y pasó por el frío vestíbulo al comedor, encendió la luz del techo y se sirvió un coñac. Se quitó el abrigo, lo echó por encima de la gran mesa de caoba y acercó una silla a la ventana, donde se sentó con la copa a rumiar sus penas. Rap tap tap, prosiguió en la ventana.

De mal humor, había seguido de director de los siguientes números, tal como se había estipulado, y a continuación se le despidió con pocos miramientos. Se nombró a un nuevo director, un tal A. J. Ross, joven ambicioso que pronto convirtió la revista en un éxito rotundo. Entretanto, Michael se sintió perdido y desnudo. No le quedaba nada.

Volvió a repiquetear en la ventana y, como hacía con frecuencia, contempló la lamparita colocada en el alféizar. Era una lámpara corriente, bastante fea, y lo único que siempre le llamaba la atención era que se trataba de la que había electrocutado a su padre; en aquel mismo sitio.

El viejo era un idiota que no tenía conocimientos técnicos de ninguna clase. Michael le recordaba, concentrado, con los ojos entornados tras las gafas de media luna y chupándose el bigote mientras trataba de desentrañar las arcanas complejidades de un enchufe de trece amperios. Parecía que lo había vuelto a conectar a la pared sin colocar de nuevo la cubierta de protección y que después se puso a cambiar el fusible in Mu. Así recibió la descarga que detuvo su ya debilitado corazón.

Un error tan simple, pensó Richard, tan evidente, que cualquiera podía cometer, pero de consecuencias catastróficas. Completamente catastróficas. La muerte de su padre, sus propias pérdidas, la ascensión del desagradable Ross y el desastroso éxito de su revista, y...

Rap tap tap.

Miró su reflejo en la ventana y las sombras de los arbustos al otro lado. Volvió a mirar la lámpara. Ese era el objeto, aquel el lugar adecuado, y el error muy simple. Sencillo de cometer, fácil de evitar. Lo único que le separaba de aquel simple momento era la invisible barrera de los meses que habían transcurrido. Una extraña y súbita calma se apoderó de él como si algo se hubiese resuelto en su interior.

Rap tap tap.

Fathom era suya. Iba a ser un éxito, era su vida. Le habían quitado la vida y eso requería una respuesta.

Rap tap tap, ¡crac!

Se sorprendió al ver que de pronto había dado un puñetazo a la ventana, rompiendo el cristal y haciéndose una gran herida.

Algunos de los aspectos menos agradables de estar muerto empezaron a asaltar a Gordon delante de su casa de campo.

En realidad, bajo cualquier criterio se trataba de una casa bastante grande, pero siempre había querido tener una casa en el campo y por eso, cuando al fin le llegó el momento de comprarse una y descubrió que tenía mucho más dinero del que nunca pudo seriamente soñar que tendría, adquirió una antigua y amplia rectoría a la que llamó casa de campo a pesar de sus siete habitaciones y casi dos hectáreas de húmedo terreno de Cambridgeshire. Lo que no contribuyó a que cayese simpático a las personas que sólo tenían casas de campo, pero si Gordon Way hubiese permitido que sus actos se rigieran por la simpatía que pudiera causar a la gente, no habría sido Gordon Way.

Claro que no lo era. Ya no era Gordon Way. Sino su fantasma.

En el bolsillo tenía los fantasmas de las llaves de Gordon Way.

Al darse cuenta de ello se detuvo allí mismo, invisible. Francamente, la idea de atravesar los muros le repugnaba. Era algo que durante toda la noche había tratado penosamente de evitar. En cambio, se había dedicado a la caza de todos los objetos que tocaba con ánimo de someterlos y, de paso, sentir cierta solidez existencial. Entrar en casa, en su casa, de un modo que no fuese por la puerta y con aires de propietario, le llenaba de una dolorosa sensación de pérdida.

Al mirarla deseó que no fuese un ejemplo tan típico de gótico Victoriano, y que la luz de la luna no se reflejase, tan fría, en los gabletes de sus angostas ventanas y en sus ominosas torres. Cuando la compró, hizo el estúpido chiste de que parecía encantada, sin pensar que algún día lo estaría. ¿Y de quién sería el fantasma?

Un escalofrío le recorrió el espíritu al subir silencioso por el camino de entrada, cercado por las vagas sombras de tejos mucho más antiguos que la propia rectoría. Le inquietaba la idea de que alguien pudiese sentir miedo al subir por el camino aquella noche por temor a encontrarse con algo como él.

A su izquierda, tras una pantalla de tejos, se erguía el sombrío contorno de la vieja iglesia, ya ruinoso, únicamente utilizada en alternancia con otros pueblos vecinos y dirigida por un vicario siempre sin aliento de pedalear hasta allá y desanimado por los pocos fieles que lo esperaban al llegar. Tras el campanario de la iglesia se cernía el frío ojo de la luna.

De pronto pareció vislumbrar un movimiento, como si algo se hubiese deslizado entre los arbustos próximos a la casa, pero pensó que sólo era su imaginación, agotada por la tensión de estar muerto. ¿Precisamente allí iba a tener miedo?

Doblando la esquina de la rectoría siguió hacia la puerta de entrada, al fondo del oscuro porche recubierto de hiedra. Tuvo un súbito sobresalto al ver luz dentro de la casa. Luz eléctrica, y también el débil resplandor de lumbre del hogar. Momentos después comprendió que lo esperaban aquella noche, aunque no en su forma actual.

La señora Bennett, la vieja ama de llaves, habría ido a hacerle la cama, encender la chimenea y dejarle una cena ligera. La televisión también estaría encendida, sobre todo para que pudiera apagarla con impaciencia nada más entrar.

Al acercarse, sus pasos no resonaron sobre la grava. Aunque consciente de que fracasaría en la puerta, no pudo evitar ir allí primero, para tratar de abrirla, y sólo después, oculto entre las sombras del porche, cerraría los ojos y consentiría en deslizarse vergonzosamente a través de ella. Se aproximó a la puerta y se detuvo.

Estaba abierta.

Sólo un centímetro, pero estaba abierta. Su espíritu revoloteó de miedo y sorpresa. ¿Cómo podía estar abierta? La señora Bennett siempre era muy escrupulosa con esas cosas. Quedó perplejo durante un momento y luego, con dificultad, se apoyó en la puerta. Con el pequeño empujón que pudo darle, se abrió despacio y a regañadientes, con un gruñido de protesta de los goznes. Entró y avanzó flotando por el vestíbulo de baldosas de piedra. Una ancha escalera ascendía hacia la oscuridad, pero todas las puertas que daban al vestíbulo estaban cerradas.

La que tenía más cerca comunicaba con la sala de estar, donde había fuego en la chimenea y desde donde se podían oír las apagadas persecuciones de coches de la película de la noche. Durante un par de minutos forcejeó inútilmente con el pomo de cobre, pero terminó reconociendo la humillante derrota y en un impulso de rabia se arrojó contra la puerta y pasó a través de ella.

La habitación daba una agradable sensación de bienestar doméstico. Entró bruscamente, dando tumbos, flotando a través de una mesita donde había gruesos bocadillos y un termo de café caliente, atravesando una espaciosa butaca demasiado voluminosa, la chimenea, la espesa y cálida pared de ladrillo, hasta ir a parar al oscuro y frío comedor del otro cuarto.

La puerta que daba a la sala de estar también estaba cerrada. Gordon la manipuló con dedos entumecidos y luego, rindiéndose a la evidencia, se armó de valor y la atravesó con calma y suavidad, observando por primera vez la exquisita textura interna de la madera.

La comodidad de la habitación fue casi demasiado para Gordon, que la recorrió con aire distraído, incapaz de aposentarse en ella pero dejándose penetrar por la viva sensación de calor que se desprendía de la chimenea. A él no podía calentarlo.

¿Qué harían los fantasmas durante toda la noche?, se preguntó. Inquieto, se sentó a ver la televisión. Pero pronto fueron acabándose las persecuciones de coches y sólo quedó nieve gris y ruido blanco, que no pudo desconectar. Descubrió que se había hundido demasiado en el asiento y, al levantarse de golpe, se vio confundido con partes de la butaca. Intentó divertirse poniéndose de pie encima de la mesa, pero no llegó a aliviar un estado de ánimo que inexorablemente se deslizaba del abatimiento a algo peor. A lo mejor podía dormir. Tal vez. No sentía cansancio ni tenía sueño, sólo un ansia mortal de olvidar. Volvió a atravesar la puerta cerrada y salió al sombrío vestíbulo, de donde arrancaban las sólidas escaleras que conducían a las oscuras

habitaciones del piso de arriba. Subió por ellas, incorpóreo. Sabía que no tenía sentido. Si uno no puede abrir la puerta de la habitación, tampoco podrá dormir en la cama. Atravesó la puerta y, flotando, se echó sobre la colcha, que adivinaba fría aunque no podía sentirla. Parecía que la luna no iba a dejarle en paz mientras estaba ahí tumbado, con los ojos bien abiertos y vacíos, ya incapaz de recordar lo que era el sueño o cómo se dormía. El terror del vacío se apoderó de él, el horror de estar tumbado sin pausa y para siempre despierto a las cuatro de la mañana. No había ningún sitio adonde ir, nada que hacer y nadie a quien ir a despertar que no se aterrorizase ante su vista.

El peor momento fue cuando vio a Richard en la carretera, su rostro pálido y paralizado en el parabrisas. Volvió a observar su rostro y el de la pálida criatura que estaba a su lado.

Eso había sido lo que había estremecido el último resto de calor que le quedaba en lo más recóndito de la mente y que le había indicado que aquello sólo era un problema pasajero. Por la noche parecía horroroso, pero estaría bien por la mañana, cuando viese gente y solventara el asunto. Guardó en la mente el recuerdo de aquel instante y no quiso dejarlo escapar.

Había visto a Richard. Y Richard, de eso estaba seguro, le había visto a él.

Las cosas no iban a marchar bien.

Cuando se sentía tan mal por la noche, solía bajar a ver lo que había en la nevera; así que ahora bajó. Sería más agradable que la habitación iluminada por la luna. Andaría a oscuras por la cocina, tropezando con todo.

Se deslizó por la barandilla, atravesándola parcialmente, flotó a través de la puerta de la cocina con decisión, y durante cinco minutos dedicó toda su energía y concentración a encender la luz. Aquello le proporcionó una sensación de triunfo y decidió celebrarlo con una cerveza. Se dio por vencido al cabo de un par de minutos, tras hacer juegos malabares y dejar caer la lata de Fosters. No tenía la menor idea de cómo tirar de la anilla de apertura y, además, había agitado mucho la cerveza: ¿qué iba a hacer con ella si llegaba a abrirla? No tenía cuerpo para retenerla. Arrojó la lata, que rodó bajo un armario.

Empezó a notar algo. Parecía que, al igual que su visibilidad, su capacidad de sujetar los objetos crecía y disminuía a ritmo lento. Pero era un ritmo irregular, o quizá sus efectos eran unas veces más pronunciados que otras. Eso también parecía fluctuar con arreglo a un ritmo más lento. Sólo que en aquel momento le pareció que aumentaba.

En una súbita fiebre de actividad, trató de averiguar cuántas cosas de la cocina podía mover, utilizar o poner en funcionamiento. Abrió armarios y sacó cajones, espaciando cubiertos por el suelo. Logró arrancar un ronroneo a la batidora, dejó caer el molinillo de café sin haberlo puesto en marcha, abrió el gas de la cocina pero fue incapaz de encenderlo, hizo estragos en una hogaza de pan con un cuchillo de trinchar. Trató de meterse trozos de pan en la boca, los cuales cayeron de allí al suelo.

Apareció un ratón que, con la piel electrificada de terror, se escabulló en seguida.

Al fin se detuvo y se sentó a la mesa de la cocina, emocionalmente agotado y físicamente exhausto. ¿Cómo reaccionaría la gente ante su muerte?, se preguntó. ¿Quién sentiría más su desaparición? Al principio se sorprenderían, luego sentirían tristeza, después se acostumbrarían y, a medida que siguieran su vida, él se convertiría en un borroso recuerdo que reflejaría el destino común de todos los mortales. Eso fue lo que más terror le infundió: no había desaparecido. Continuaba allí.

Estaba frente a un armario que aún no había podido abrir porque el picaporte estaba muy duro, y se irritó. Torpemente, cogió un bote de tomate, volvió a acercarse al amplio armario y golpeó el picaporte con el bote. La puerta se abrió de par en par y su cuerpo invisible y manchado de sangre se precipitó hacia atrás.

Hasta entonces Gordon no sabía que un fantasma podía perder el sentido. De pronto lo supo y se desmayó. Un par de horas después le despertó la explosión de la cocina de gas.

A la mañana siguiente, Richard se despertó dos veces.

Bajó a prepararse el desayuno que, caprichoso e indeciso, no salió nada bien. Dejó que se quemara la tostada, derramó el café y comprobó que, pese a que el día anterior había tenido la intención de comprar mermelada, no lo había hecho. Al ver su poco decidido intento de alimentarse, pensó que a lo mejor podía sacar tiempo por la noche para invitar a Susan a una buena cena y compensarla por la noche pasada. Había un restaurante que había entusiasmado a Gordon y que no dejaba de recomendarles. Gordon no se equivocaba con los restaurantes; desde luego parecía pasar bastante tiempo en ellos. Se dio golpecitos en los dientes con un lápiz y al cabo de un par de minutos se levantó, fue a su habitación y sacó una guía de teléfono de debajo de un montón de revistas de informática.

L'Esprit de l'escalier.

Telefonó y trató de reservar mesa, pero al indicar para cuándo la quería fue como si les contara un chiste.

—Ah, no, *monsieur* —dijo el *maître*—. Lo lamento, pero es imposible. En estos momentos es preciso hacer la reserva al menos con tres semanas de anticipación. Perdón, *monsieur*.

A Richard le maravilló la idea de que alguien supiera realmente qué quería hacer con tres semanas de adelanto. Dio las gracias al *maître* y colgó. Bueno, pues otra vez *pizza*. Eso le recordó la cita de anoche, a la que no acudió y, al cabo de un momento, le picó la curiosidad y volvió a coger la guía. *Gentleman*. *Gentles*... *Gentry*.

No había *Gently*. Ni uno. Consultó otra guía a la que faltaba el tomo de la S a la Z, que su asistenta tiraba una y otra vez a la basura por motivos que él jamás lograba imaginar. Desde luego no figuraba *Cjelli* ni nada parecido. No *Jently*, ni *Dgently*, ni *Dzently* ni nada remotamente semejante. Pensó si vendría por *Tjently*, *Tsentli* o *Tzentli* y llamó a Información, pero no le contestaron. Se dio golpecitos en los dientes con el lápiz y contempló las vueltas que daba el sillón en la pantalla del ordenador.

Qué curioso que Reg le hubiese preguntado por Dirk sólo unas horas antes con tanta urgencia. ¿Qué se hacía cuando uno quería localizar a alguien, qué pasos se seguían?

Llamó a la policía, pero tampoco le contestaron. No podía hacer más. De momento había hecho todo lo posible, salvo contratar a un detective privado, y había mejores formas de perder el tiempo y el dinero. Volvería a encontrarse con Dirk, como solía pasar cada pocos años.

De todos modos, le resultaba difícil creer que existiesen detectives privados. ¿Qué tipo de personas eran? ¿Qué aspecto tenían, dónde trabajaban? ¿Qué corbata llevarían? Probablemente tendrían que ser corbatas distintas de lo que la gente esperaba en los detectives privados. Figúrate, pensar en ese problema nada más

levantarse. Aunque sólo fuese por curiosidad, y porque era lo único que podía hacer en vez de ponerse a trabajar en el Anthem, se dedicó a hojear las páginas amarillas.

Detectives privados — véase Agencias de investigación.

Esas palabras casi parecían raras en un contexto tan sólido y práctico. Prosiguió la consulta de la guía. Academias de enseñanza, Acuarios, Administradores de fincas, Agencias de investigación...

En aquel momento sonó el teléfono y contestó con cierta sequedad. No le gustaba que le interrumpieran.

—¿Pasa algo, Richard?

—¡Ah, hola, Kate! No, lo siento. Es que estaba pensando en otra cosa.

Kate Anselm era otra de las principales programadoras de Tecnologías de WayForward. Trabajaba en un proyecto a largo plazo de inteligencia artificial, la clase de cosas que parecían una idea absurda hasta que la oías hablar sobre ello. Gordon necesitaba que le explicase el tema con bastante frecuencia, en parte porque el dinero que costaba le ponía nervioso, y en parte porque, bueno, no cabía duda de que le gustaba oírle hablar de lo que fuese.

—No quería molestarte —anunció ella—, pero es que no puedo localizar a Gordon. No contesta ni en Londres ni en la casa de campo, ni tampoco en el coche. Y resulta raro para alguien que tiene tal obsesión por el teléfono. ¿Sabes que se ha instalado uno en la sauna? Como lo oyes.

—No he hablado con él desde ayer —repuso Richard.

De pronto recordó la cinta que se había llevado del contestador automático de Susan, y esperó con toda su alma que no se tratase de algo más importante que las quejas de Gordon sobre los conejos.

—Sé que iba a la casa de campo. No sé dónde debe de estar. ¿Has probado...? —sugirió, pero fue incapaz de pensar en otro sitio—. ¡Santo cielo!

—¿Richard?

—Qué raro.

—¿Qué ocurre, Richard?

—Nada, Kate. Que acabo de leer algo de lo más asombroso.

—¿Sí? ¿Qué estás leyendo?

—Bueno, la guía de teléfonos...

—¿De verdad? Tengo que ir corriendo a comprar una. ¿Han caducado los derechos cinematográficos?

—Mira, Kate, lo siento. ¿Puedo llamarte más tarde? No sé dónde estará Gordon en este momento y...

—No te preocupes. Ya sé cómo te pones cuando estás ansioso por pasar la página. Siempre está uno con el alma en vilo hasta el final, ¿verdad? El culpable debe ser Zbigniew. Que pases un buen fin de semana.

Colgó.

Richard también colgó y se quedó mirando el recuadro publicitario de las páginas

amarillas que tenía delante.

DIRK GENTLY AGENCIA DE INVESTIGACIONES HOLÍSTICAS

Resolvemos los crímenes por completo.

Encontramos por completo a las personas.

Llame hoy para la solución completa de su problema

(Especialidad en gatos perdidos y divorcios engorrosos).

33a Peckender St., Londres NI 01-359 9112

Peckender Street sólo estaba a unos minutos andando. Escribió la dirección, se puso el abrigo y trotó escaleras abajo, deteniéndose a efectuar otra rápida inspección del sofá. Pensó que seguramente había algo que se le escapaba. El sillón estaba encajado en un pequeño recodo de la larga y estrecha escalera. En aquel punto, que correspondía al primer piso, justo debajo del de Richard, las escaleras se interrumpían para dar lugar a un descansillo de unos dos metros. Sin embargo, la inspección no reveló nada nuevo y, tras saltar por encima del sillón, salió por el portal.

En Islington apenas se puede arrojar un ladrillo sin dar a una tienda de antigüedades, una agencia inmobiliaria o una librería. Y en caso de no hacer blanco en ellas, sin duda se les desconectaría la alarma antirrobo, que no se pondría de nuevo en marcha hasta pasado el fin de semana. Un coche patrulla realizaba su habitual juego de regates hasta adelantarle y frenar con un chirrido. Richard cruzó la calle por detrás de él.

El día era frío y luminoso, le resultaba agradable. Atravesó la parte alta de Islington Green, donde sacudían a los borrachos, pasó por el solar del antiguo Collins Music Hall, que había ardidido hasta los cimientos, y recorrió el Camden Passage, donde timaban a los turistas norteamericanos. Curioseó entre las antigüedades y se fijó en unos pendientes que, según le pareció, le gustarían a Susan, pero no se decidió. No estaba seguro de que fuesen de su estilo, así que lo dejó. Miró en una librería y, en un impulso, compró una antología de poemas de Coleridge sólo porque estaba allí. Luego pasó por callejas tortuosas, cruzó el canal, por las propiedades municipales que lo bordeaban, por una serie de plazuelas cada vez más pequeñas hasta dar al fin con Peckender Street, que resultó estar mucho más lejos de lo que había pensado.

Era una calle por la que los agentes inmobiliarios suelen pasear salivando en sus Jaguar. Había innumerables tiendas a punto de cerrar, de una arquitectura industrial victoriana, junto a deterioradas casas en promontorios de tardío estilo georgiano que ardían en deseos de que las demoliciesen para que en su lugar surgieran robustos y jóvenes cubos de cemento. Los agentes inmobiliarios correteaban por la calle en hambrientos rebaños, observándose con mutuo recelo y a punto de escribir algo en los cuadernos.

El número 33, que al fin encontró entre el 37 y el 45, se encontraba en un estado

penoso, pero no peor que el de las demás casas. La planta baja era una agencia de viajes con el escaparate roto y con unos carteles de la BOAC^[4] que actualmente debían de ser bastante valiosos. El portal contiguo estaba pintado de rojo vivo, no muy bien, pero al menos recientemente. Junto a la puerta había un timbre con un letrero bien escrito que rezaba: «Dominique, Clases de Francés, Tercer piso». Pero lo que más llamaba la atención era la audaz y reluciente placa de cobre justo en medio de la puerta con una leyenda que decía: «Dirk Gently, Agencia de investigaciones holísticas». Nada más. Parecía completamente nueva, incluso los tornillos que la sujetaban todavía estaban relucientes.

Richard abrió la puerta de un empujón y miró al interior. Vio un pasillo angosto y húmedo en el que no había nada aparte del arranque de unas escaleras. Al fondo había una puerta con muestras de no haber sido abierta durante los últimos años y unas estanterías de metal; apoyada contra ella había una pecera y los restos de una bicicleta. Todo lo demás, paredes, suelo, escaleras y lo que se distinguía de la puerta del fondo estaba pintado de gris con idea de adecentarlo sin mucho gasto, aunque ahora presentaba muchos arañazos y había una mancha de humedad cerca del techo de la que sobresalía un grupo de hongos en forma de taza.

Oyó ruido como de voces airadas y al empezar a subir las escaleras distinguió el rumor de dos discusiones distintas, pero acaloradas, que se desarrollaban en el piso de arriba.

Una, o al menos su mitad, acabó bruscamente, con la aparición de un hombre de excesiva corpulencia que bajaba con gran estruendo ajustándose el cuello de la gabardina. La otra mitad de aquella discusión prosiguió en un francés torrencial y ofendido.

—Ahórrese el dinero, amigo, es un completo desastre —le advirtió el hombre, dándole un empujón al pasar y perdiéndose en la fría mañana.

La otra discusión era más apagada. Cuando llegó al primer pasillo, oyó que una puerta se cerraba de golpe y aquellas voces también cesaron. Miró por la puerta más cercana, que estaba abierta. Daba a la salita de espera de una oficina cuya puerta interior estaba bien cerrada. Una mujer feúcha y de aspecto juvenil sacaba del cajón barras de maquillaje y paquetes de kleenex y los guardaba con brusquedad en el bolso.

—¿Es aquí la Agencia de investigaciones? —inquirió Richard en tono de incertidumbre.

La mujer asintió, mordiéndose el labio y sin levantar la cabeza.

—¿Y está míster Gently?

—Quizá sí —anunció, echándose hacia atrás el pelo, que era demasiado rizado para que le quedara bien en esa posición—, y quizá no. No estoy en condiciones de asegurarlo. No es de mi incumbencia saber dónde está. Su paradero siempre es cosa suya.

Recogió el último frasco de laca de uñas e intentó cerrar de golpe el cajón. Un

grueso libro en posición vertical impidió la operación. Volvió a intentarlo, sin éxito. Cogió el libro, arrancó unas cuantas hojas y volvió a colocarlo. Esta vez pudo cerrar fácilmente el cajón.

—¿Es usted su secretaria? —preguntó Richard.

—Soy su exsecretaria, y pretendo seguir siéndolo —contestó ella, cerrando firmemente el bolso—. Si quiere gastarse el dinero en ridículas y costosas placas de cobre en vez de pagarme a mí, que lo haga. Pero eso yo no lo aguanto, muchas gracias. No es bueno para la empresa. Contestar adecuadamente al teléfono sí lo es, y me gustaría ver cómo lo hace esa elegante placa. Si me disculpa, me gustaría salir pitando, por favor.

Richard se apartó y ella salió pitando.

—¡Ya era hora! —gritó una voz desde el despacho interior. Sonó un teléfono y alguien lo cogió inmediatamente.

—¿Sí? —contestó irritada la voz de dentro.

La muchacha volvió a por su pañuelo, pero con sigilo, para que su exjefe no la oyera. Luego se marchó definitivamente.

—Sí, Dirk Gently, Agencia de investigaciones holísticas. ¿En qué puedo servirle?

Había cesado el torrente de francés en el piso de arriba. Reinaba una especie de calma tensa.

—De acuerdo, señora Sunderland —dijo la voz de dentro—, los divorcios complicados son nuestra especialidad.

Hubo una pausa.

—Sí, gracias, señora Sunderland, no tan complicado.

Colgaron el teléfono, pero inmediatamente sonó otro.

Richard echó un vistazo a la siniestra oficinilla. El mobiliario era muy escaso. Un escritorio de aglomerado con un revestimiento de madera, un viejo archivador gris y una papelera metálica de color verde oscuro. En la pared, un póster de Duran Duran en el que, con rotulador rojo y en gruesos caracteres, habían escrito: «Quítelo, por favor».

Bajo el letrero, otra caligrafía había garabateado: «No».

Debajo del último, el autor del primero había puesto: «Insisto en que lo quite».

Debajo de ese, el responsable del segundo había respondido: «¡Ni hablar!».

Y debajo: «¡Está despedida!».

Y otra vez debajo: «¡Qué bien!».

En eso pareció quedar la cuestión.

Llamó a la puerta interior, pero no contestaron. En cambio, la voz proseguía:

—Me alegro mucho de que me lo pregunte, señora Rawlison. El término «holístico» se refiere a mi convicción de que debemos ocuparnos de la interrelación fundamental de todas las cosas. Yo no me dedico a cosas tan mezquinas como polvos para huellas digitales, pruebas reveladoras como pelusa en los bolsillos y huellas anodinas. Yo creo que la solución de todos los problemas puede encontrarse en el

tejido y la trama del conjunto. Las relaciones entre causa y efecto suelen ser más sutiles y complejas de lo que nosotros podríamos naturalmente suponer con nuestra grosera e inmediata comprensión del mundo físico, señora Rawlison.

—Permítame ponerle un ejemplo. Si le duelen las muelas y va a la acupuntura le pondrán una aguja en el muslo, ¿verdad? ¿Sabe usted por qué, señora Rawlison?

—Ni yo tampoco, señora Rawlison, pero nosotros intentamos averiguarlo. Ha sido un placer hablar con usted, señora Rawlison. Adiós.

Al colgar ese teléfono, sonó otro.

Richard entornó la puerta y atisbo al interior.

Era el mismo Svlad, o Dirk, Cjelli. Tenía el cuerpo un poco más orondo, los ojos y el cuello más colorados y la mirada algo más perdida, pero en lo fundamental era el mismo rostro que recordaba muy claramente de nueve años antes subiendo con tétrica sonrisa al furgón de un coche celular de la policía de Cambridgeshire. Llevaba un viejo traje de paño grueso marrón claro que parecía haber sido utilizado a menudo para realizar expediciones entre zarzales en un pasado remoto y más feliz, una camisa roja de cuadros que no lograba hacer juego del todo con el traje y una corbata verde a rayas de imposible vinculación con las otras dos prendas. También llevaba unas gruesas gafas de montura metálica que al menos en parte explicaban su idea sobre la vestimenta.

—¡Qué alegría tan grande me produce oírle, señora Bluthall! Sentí mucho el fallecimiento de *miss* Tiddles. Angustiosa noticia, sin duda. Y sin embargo, y sin embargo... ¿Dejaremos que la negra desesperación nos oculte la más suave luz donde ya mora para siempre su bienaventurada gatita? Creo que no. Escuche. Me parece estar oyendo a *miss* Tiddles, está maullando. La llama a usted, señora Bluthall. Dice que está contenta, en paz. Añade que gozarla aún de mayor paz si usted pagase una factura. ¿Significa eso algo para usted, señora Bluthall? Y ahora que me acuerdo, creo haberle enviado una hace menos de tres meses. Me pregunto si será eso lo que turba su eterno descanso.

Con un gesto brusco, Dirk indicó a Richard que entrase y luego le hizo señas para que le pasase el arrugado paquete de cigarrillos franceses que habla apenas fuera de su alcance.

—Entonces, el domingo por la noche, señora Bluthall. El domingo por la noche, a las ocho y media. Ya sabe la dirección. Sí, estoy seguro de que *miss* Tiddles aparecerá, igual que su cuaderno de cheques. Hasta entonces, señora Bluthall, hasta entonces.

Otro teléfono sonó en el momento en que se libraba de la señora Bluthall. Lo cogió, encendiendo al mismo tiempo el arrugado cigarrillo.

—¡Ah, señora Sauskind! —respondió a la nueva llamada—. Mi cliente más antigua y diría que más valiosa. Buenos días tenga usted, señora Sauskind, muy buenos días. Me temo que, lamentablemente, aún no hay señales del joven Roderik, pero la búsqueda se intensifica a medida que se acerca a sus etapas finales, de eso

estoy convencido, y confío en que un día de estos el tunantuelo volverá de forma permanente a sus brazos y maullará sin parar. ¡Ah, sí!, y espero que haya recibido la factura.

El arrugado cigarrillo de Dirk lo estaba tanto que no tiraba, así que sujetó el teléfono en el hombro y rebuscó otro en el paquete, pero estaba vacío.

Exploró la mesa en busca de un trozo de papel y un lápiz gastado y escribió una nota que pasó a Richard.

—Sí, señora Sauskind —aseguró al teléfono—, la escucho con la mayor atención.

La nota decía: «Dile a la secretaria que vaya a por pitillos».

—Sí —prosiguió Dirk al teléfono—, pero como me he esforzado en explicarle durante los siete años que nos conocemos, señora Sauskind, en este asunto me inclino por el punto de vista de la mecánica cuántica. Mi teoría es que su gato no se ha perdido, sino que su estructura ondular se ha disgregado de forma pasajera y debe reconstruirse. Schrödinger. Planck. Etcétera.

Richard escribió en la misma nota: «Ya no tienes secretaria», y se la volvió a pasar a Dirk.

Dirk lo pensó un momento y luego añadió en el papel: «¡Maldita sea su estampa!», y la pasó de nuevo.

—Estoy de acuerdo con usted, señora Sauskind —continuó Dirk en tono despreocupado—, en que diecinueve años es, podríamos decir, una edad venerable para un gato, pero ¿podemos permitirnos creer que un gato como Roderick no la haya alcanzado? ¿Y deberíamos abandonarle a su destino ahora, en el otoño de su vida? No cabe duda de que este es el momento en que más necesita el apoyo de nuestras incesantes investigaciones. Es el momento en que deberíamos redoblar nuestros esfuerzos y, con su permiso, señora Sauskind, eso es lo que pretendo hacer. Imagínese, señora Sauskind, con qué cara le miraría si no hiciese por él algo tan sencillo.

Richard manoseó la nota, se encogió de hombros, escribió: «Yo iré a por ellos», y la pasó a Dirk.

Dirk meneó la cabeza con aire de admonición y escribió: «No puedo imaginar mayor amabilidad». En cuanto Richard lo leyó, Dirk volvió a coger la nota y añadió: «Pide dinero a la secretaria». Richard examinó pensativo el mensaje, cogió el lápiz y subrayó la frase que antes había escrito: «Ya no tienes secretaria». Volvió a pasar el papel a Dirk, que se limitó a echarle una ojeada y a hacer una marca en «No puedo imaginar mayor amabilidad».

—Sí, bueno —prosiguió Dirk con la señora Sauskind—, usted podría repasar los apartados de la factura que no acaba de entender. Sólo los apartados más amplios. Richard salió.

Bajó corriendo las escaleras y se cruzó con un muchacho esperanzado con cazadora vaquera y pelo muy corto que miraba expectante hacia arriba.

—¿Merece la pena, amigo? —preguntó a Richard—. Es algo tremendo —

contestó Richard—, sencillamente asombroso.

Encontró un quiosco cerca y cogió un par de paquetes de Disque Bleu para Richard y un ejemplar de Personal Computer World con una fotografía de Gordon Way en la portada.

—Qué lástima, ¿verdad? —comentó el vendedor—. ¿Cómo? Ah..., pues sí —dijo Richard.

Él solía pensar lo mismo, pero le sorprendió ver que sus sentimientos tuviesen tanto eco. Cogió también el Guardian, pagó y se marchó. Cuando volvió, Dirk seguía al teléfono con los pies encima de la mesa. Evidentemente, llevaba las negociaciones con soltura.

—Sí, en las Bahamas los costes fueron, bueno, caros, señora Sauskind, eso es normal en los costes. Por eso se llaman así.

Cogió los paquetes de cigarrillos que le ofrecían, pareció decepcionado de que sólo hubiese dos, pero enarcó brevemente las cejas hacia Richard en señal de agradecimiento por el favor que le había hecho y luego le indicó que se sentara. Del piso de arriba se filtraba el rumor de una discusión mantenida en parte en francés.

—Claro que le explicaré de nuevo por qué el viaje a las Bahamas fue tan absolutamente necesario —dijo Dirk Gently en tono conciliador—. Nada podría causarme mayor placer. Como ya sabe, señora Sauskind, mi teoría se basa en la interrelación de todas las cosas. Además, tracé y uní mediante triángulos los vectores de la interrelación de todos los datos, lo que me condujo a una playa de las Bermudas y, por consiguiente, será necesario que la visite de cuando en cuando en el curso de mis investigaciones. Desearía que no fuese así porque, lamentablemente, soy tan alérgico al sol como a los ponches de ron, pero todos tenemos nuestra cruz, ¿verdad, señora Sauskind?

Del teléfono surgió un borbotón de palabras.

—Me entristece usted, señora Sauskind. Desearía decirle desde lo más profundo de mi ser que su escepticismo es una recompensa y un acicate para mí, pero a pesar de que tengo la mejor voluntad del mundo no puedo hacerlo. El caso me ha agotado, señora Sauskind, me ha dejado vacío. Creo que en la factura encontrará un dato referido a tal punto. Veamos.

Cogió un papel de calco que tenía cerca.

—«Detectar y efectuar la triangulación de los vectores de la interconexión de todos los datos, 150 libras». Ya comentaremos eso. «Seguir la pista de los mismos a una playa de las Bahamas, viaje y alojamiento». Sólo 1500 libras. El alojamiento fue angustiosamente modesto, desde luego. Ah, sí; aquí está. «Lucha contra el agotador escepticismo de los clientes y bebidas: 327,50 libras». Quisiera no tener que presentarle estos gastos, mi querida señora Sauskind, ojalá no me viera continuamente en esta situación. El que no crea en mis métodos, sólo me dificulta más el trabajo, señora Sauskind y, por lo tanto, a pesar mío lo encarece.

Arriba, el rumor de la discusión subía de tono por momentos. La voz francesa

parecía a punto de llegar a la histeria, pero Richard no distinguía las palabras.

—Sí, señora Sauskind —continuaba Dirk—, reconozco que el coste de la investigación se ha alejado un poco de las estimaciones iniciales, pero estoy seguro de que usted también reconocerá que un trabajo de siete años ha de ser más difícil que el que se solventa en una tarde y que, por lo tanto, también debe ser más caro. Tengo que revisar continuamente mis cálculos sobre la dificultad de la tarea, a la vista de los obstáculos que se presentan.

El parloteo que salía del teléfono se hacía más frenético. —Mi querida señora Sauskind, ¿o puedo llamarla Joyce? Entonces, de acuerdo. Mi querida señora Sauskind, permítame decirle lo siguiente. No se preocupe por esa factura, que no la desconcierte ni la alarme. Le ruego que no la convierta en una fuente de ansiedad para usted. Sólo apriete los dientes y páguela.

Quitó los pies de encima de la mesa y se inclinó sobre el escritorio, acercando inexorablemente el teléfono hacia la horquilla.

—Como siempre, ha sido un gran placer hablar con usted, señora Sauskind. De momento, adiós.

Finalmente colgó, cogió el aparato entero y lo arrojó a la papelera.

—Mi querido Richard MacDuff —dijo, sacando de debajo del escritorio una caja ancha y plana y depositándola al otro lado de la mesa—. Ahí tienes tu *pizza*. Richard la miró, pasmado.

—No, gracias. He desayunado. Cómetela tú, por favor. —Les dije que te pasarías el fin de semana a pagar la cuenta. A propósito, bienvenido a mis oficinas—. Hizo un gesto vago hacia el destartalado despacho y, señalando a la ventana, añadió: —La luz funciona y la gravedad también. Dejó caer un lápiz al suelo.

—Con todo lo demás tenemos que correr un riesgo. —¿Qué es esto?— inquirió Richard, aclarándose la garganta.

—¿Qué es qué?

—¡Esto! —exclamó Richard—. Todo esto. Según parece, tienes una agencia de investigaciones holísticas, y yo no sé qué es eso.

—Facilito un servicio único en el mundo —explicó Dirk—. El término «holísticas» se refiere a mi convicción de que debemos ocuparlos de la interrelación fundamental de todas...

—Sí, eso ya lo he oído antes —le interrumpió Richard—. Debo decir que me parece una excusa para aprovecharte de crédulas ancianas.

—¿Aprovecharme? Bueno, supongo que así sería si me pagaran alguna vez. Pero te aseguro, querido Richard, que no parece haber ni el más remoto peligro de ello. Vivo de lo que se acostumbra a denominar esperanzas. Espero casos fascinantes y lucrativos, mi secretaria espera que le pague, el dueño de su casa espera que ella le abone el alquiler, la compañía de la luz espera que el dueño le pague la factura, y así sucesivamente. Me parece una forma de vida en la que reina un maravilloso optimismo. Entretanto, ofrezco a una serie de señoras encantadoras y estúpidas la

oportunidad de sentirse alegremente malhumoradas y prácticamente les garantizo la libertad de sus gatos. ¿Es que hay, me preguntas (y formulo la pregunta por ti, porque sé que sabes cómo me fastidia que me interrumpas), es que existe un solo caso que requiera la más mínima parte de mi intelecto y que, ocioso es decirlo, sea prodigioso? No. Pero ¿me desespero? ¿Estoy deprimido? Sí. Hasta hoy.

—Vaya, me alegro —comentó Richard—. Pero ¿qué eran todas esas tonterías de gatos y mecánica cuántica?

Suspirando, Dirk abrió la tapa de la *pizza* con un rápido y experto movimiento de los dedos. Examinó con cierta tristeza la fría circunferencia y cortó un pedazo. Sobre el escritorio se esparcieron trocitos de pimientos y anchoas.

—Richard, estoy seguro de que conoces la teoría del gato de Schrödinger —dijo mientras se introducía en la boca la mayor parte del pedazo.

—Pues claro. Bueno, relativamente.

—¿De qué se trata?

—Es un ejemplo —contestó Richard, removiéndose incómodo en el asiento— del principio de que, a nivel cuántico, todos los acontecimientos están regidos por probabilidades...

—A nivel cuántico y, por consiguiente, a todos los niveles —le interrumpió Dirk—. Aunque a cualquier nivel superior al subatómico, los efectos acumulativos de tales probabilidades no se distinguen, en circunstancias normales, de los efectos de leyes físicas fuertes y rápidas. Continúa.

Se llenó la boca con más *pizza* fría.

Richard pensó que ya la tenía bastante llena. Así que, con eso y con todo lo que hablaba, por sus labios había un tráfico casi incesante. Por otro lado, en una conversación normal sus oídos permanecían en una inactividad casi absoluta. Se le ocurrió que si Lamarck hubiese tenido razón y se estableciese una relación entre su conducta actual y la de varias generaciones anteriores, había grandes posibilidades de que hubiese que efectuar un buen cambio de cañerías en el cerebro.

—No sólo los acontecimientos a nivel cuántico están regidos por probabilidades, sino que esas probabilidades ni siquiera se traducen en acontecimientos hasta que son medidas. O para utilizar una frase que te acabo de oír en otro extraño sentido, el acto de medir cancela la probabilidad de la estructura ondular. Hasta ese punto, todos los posibles medios de acción, incluido, por ejemplo, un electrón, coexisten con la probabilidad de la estructura ondular. Nada está decidido hasta que se mide.

—Más o menos —concedió Dirk, tomando otro bocado—. Pero ¿y lo del gato?

Richard decidió que sólo había un medio de evitar el espectáculo de Dirk comiéndose el resto de la *pizza*, y era comerse él lo que quedaba. Lo cogió, hizo un rollo y dio un mordisquito por el extremo. Estaba bastante bueno. Tomó otro bocado. Dirk observaba la operación con sorprendido disgusto.

—Así que la idea subyacente al Gato de Schrödinger era tratar de imaginar un modo de que los efectos del comportamiento probabilístico a nivel cuántico pudiesen

observarse a escala macroscópica. O en otras palabras, en el plano cotidiano.

—Eso es —dijo Dirk, mirando el resto de la *pizza* con expresión abatida. Richard dio otro mordisco y prosiguió animadamente:

—Así que suponte que metes un gato en una caja que se pueda cerrar herméticamente. En la misma caja también pones un trocito de material radiactivo y un frasco con gas venenoso. Haces lo necesario para que después de un período de tiempo determinado haya una probabilidad de exactamente el cincuenta por ciento de que un átomo del fragmento de material radiactivo se desintegre y emita un electrón. Si llega a desintegrarse, producirá la descarga del gas y matará al gato. Si no, el gato vivirá. Cincuenta por ciento de probabilidades. Dependiendo de una posibilidad del cincuenta por ciento de que un átomo llegue o no a desintegrarse.

—El problema, tal y como yo lo entiendo, es el siguiente: como la desintegración de un solo átomo es un hecho a nivel cuántico que no puede resolverse en un sentido u otro hasta que no se observa, y como la observación no se efectúa hasta que se abre la caja y se comprueba si el gato está vivo o muerto, de ello se deduce una consecuencia de lo más extraordinaria. Hasta que la caja se abre, el gato existe en un estado indeterminado. La posibilidad de que esté vivo y la posibilidad de que esté muerto son dos formas ondulares diferentes que se superponen mutuamente en la caja. Schrödinger expone esta idea para ilustrar lo que él consideraba absurdo en la teoría de los cuantos.

Dirk se levantó y se acercó a la ventana, probablemente no tanto para contemplar el mezquino panorama que ofrecía de un viejo almacén en el que un actor alternativo despilfarraba sus amplios honorarios en la transformación del solar en apartamentos de lujo, como para no presenciar la desaparición del último resto de *pizza*.

—¡Bravo! —exclamó—. Exacto.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con... esta agencia de investigaciones?

—Ah, ya. Bueno, pues unos investigadores realizaron una vez ese experimento, pero cuando abrieron la caja el gato no estaba ni vivo ni muerto, sino que habla desaparecido sin dejar ni rastro, y entonces me llamaron a mí. Por fin pude deducir que no había ocurrido nada extraordinario. Sólo que el gato se había cansado de que lo encerraran sin cesar en una caja y lo gasearan de vez en cuando y había aprovechado la primera oportunidad para largarse por la ventana. Sólo tardé unos segundos en poner en la ventana un plato de leche y decir «Bernice» con voz incitante. El gato se llamaba Bernice, ¿entiendes?

—Bueno, espera un momento —le dijo Richard.

—Y recuperaron el gato en seguida. Un caso bastante sencillo, pero parece que produjo gran impresión en ciertos círculos y, como suele suceder, una cosa llevó a otra y todo culminó en la próspera actividad que tienes ante ti.

—Espera un momento, aguarda un poco —insistió Richard, dando una palmada en la mesa.

—¿Sí? —inquirió Dirk con aire inocente.

—¿De qué estás hablando, Dirk?

—¿Te has perdido en algún punto de la explicación?

—Pues no sé por dónde empezar —protestó Richard—. Muy bien. Has dicho que unos investigadores llevaron a cabo el experimento. Eso es una estupidez. El Gato de Schrödinger no es un experimento real. Sólo un ejemplo que sirve como base para debatir una hipótesis. Es algo imposible de llevar a cabo.

Dirk le observaba con extraña atención.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Porque no se puede demostrar. La idea consiste en imaginar qué va a ocurrir antes de efectuar la observación. No puede saberse qué pasa dentro de la caja sin mirar, y en cuanto se mira, el conjunto ondular se disuelve y las probabilidades se resuelven. Es frustrante. Completamente inútil.

—Hasta el momento, todo lo que dices es absolutamente correcto —repuso Dirk, volviendo a su asiento. Sacó un cigarrillo, le dio unos golpecitos en la mesa, se inclinó hacia adelante, apuntó con el filtro hacia Richard y prosiguió—: Pero piensa en esto. Suponte que incorporas en el experimento a un médium, una persona con poderes psíquicos, clarividente, que pueda adivinar el estado de salud del gato sin abrir la caja. Alguien que tenga, quizá, cierta afinidad con los gatos. ¿Qué pasaría? ¿Nos aportaría eso un nuevo enfoque del problema de la física cuántica?

—¿Es eso lo que querían hacer?

—Eso es lo que hicieron.

—Dirk, eso es una completa tontería. Dirk enarcó las cejas con aire desafiante.

—De acuerdo, muy bien —dijo Richard, alzando las manos con las palmas hacia arriba—, sigamos el argumento hasta el final. Aun admitiendo, que no lo admito ni por un momento, que la clarividencia tenga algún fundamento, ello no alteraría la característica esencial del experimento, es decir, su imposibilidad. Como dije, todo gira en torno a lo que ocurra en el interior de la caja antes de la observación. No importa la forma de la observación, ni si se mira en la caja con los ojos o con..., bueno, con la mente, si insistes. Si se opera mediante la clarividencia, ello no dejaría de ser otra forma de mirar en el interior de la caja y, si no, resulta improcedente.

—Dependería, claro está, del punto de vista que adoptes respecto a la clarividencia...

—Ah, ¿sí? —repuso Richard—. ¿Y qué concepto tienes tú de la clarividencia? Dado tu historial, tendría interés en conocerlo.

Dirk volvió a dar golpecitos con el cigarrillo sobre la mesa y miró a Richard con el ceño fruncido. Hubo un silencio denso y prolongado, sólo interrumpido por el rumor de lejanos gritos en francés.

—De la clarividencia opino lo que siempre he pensado —anunció Dirk, al cabo.

—¿Y qué es?

—Que yo no soy clarividente.

—¿De verdad? —inquirió Richard—. ¿Y qué me dices de los exámenes?

La mirada de Dirk se ensombreció ante aquella alusión.

—Fue una casualidad —dijo bruscamente, en voz baja—. Una extraña e inquietante coincidencia, pero coincidencia a fin y al cabo. Que, debería añadir, fue la causa de que pasara una considerable temporada en la cárcel. Las coincidencias pueden ser algo horripilante y peligroso...

Dirk dedicó a Richard otra de sus fijas y apreciativas miradas.

—Te he estado observando atentamente —prosiguió—. Para un hombre en tu situación, pareces sumamente tranquilo. A Richard aquello le pareció un comentario extraño, y por un momento trató de encontrarle sentido. Entonces se hizo la luz, y le resultó molesta.

—¡Santo cielo! —exclamó—. No te lo habrá encargado a ti también, ¿verdad?

A su vez, Dirk pareció perplejo por aquella observación.

—¿Quién no me habrá encargado qué?

—Gordon. No, claro que no. Gordon Way. Tiene la costumbre de hacer que otras personas ejerzan presión sobre mí para que prosiga el trabajo que él considera importante. Por un momento creí que... Bueno, olvídalo. ¿A qué te referías, entonces?

—Así que Gordon Way tiene esa costumbre, ¿eh?

—Sí, y no me gusta. ¿Por qué?

Dirk miró duramente a Richard durante un momento, dando golpecitos en la mesa con un lápiz. Luego se retrepó en la silla y anunció lo siguiente:

—Hoy, antes de amanecer, se ha descubierto el cadáver de Gordon Way. Le han disparado, estrangulado y luego incendiaron su casa. La policía cree que no le dispararon en la casa, porque sólo hallaron perdigones en su cuerpo. Sin embargo, han encontrado algunos cerca del Mercedes 500 SEC de mister Way, que estaba abandonado a unos cinco kilómetros de su casa, lo que hace suponer que el cuerpo fue trasladado después del asesinato. Además, el médico que examinó el cadáver opina que mister Way fue estrangulado después de los disparos, lo que parece indicar cierta confusión mental por parte del asesino.

—Por una sorprendente coincidencia, parece que la policía tuvo anoche la oportunidad de entrevistar a un caballero con aire muy confuso, que padecía el extraño complejo de culpa de que acababa de atropellar a su jefe. Era un tal Richard MacDuff, y su jefe era el difunto Gordon Way. Por otra parte, se sugirió que mister Richard MacDuff es una de las dos personas que más probablemente se beneficiarían de la muerte de mister Way, pues no cabe duda de que Tecnologías WayForward pasará al menos en parte a sus manos. La otra persona es *miss* Susan Way, su único pariente, en cuyo piso, según se observó, entró por la fuerza anoche mister Richard MacDuff. Claro que la policía ignora esto último y, si podemos evitarlo, no lo sabrá. No obstante, las relaciones entre ambos individuos se someterán a un examen detallado. Las noticias de la radio afirman que se ha organizado una urgente búsqueda de mister MacDuff, de quien se cree que contribuirá a la buena marcha de las

pesquisas policiales, pero por el tono del locutor estaba claro que era de lo más culpable.

—Mi tarifa de honorarios es la siguiente: doscientas libras al día más gastos. Los gastos no son negociables, y a veces pueden sorprender a quienes no comprenden estas cosas como algo circunstancial. Todos ellos son necesarios y, como he dicho, no negociables. ¿Estoy contratado?

—Lo siento —dijo Richard, asintiendo levemente—, ¿podrías repetírmelo desde el principio?

El Monje Eléctrico ya no sabía en qué creer. Durante las últimas horas había pasado por una confusa serie de sistemas de creencia, la mayoría de los cuales no le habían aportado el duradero solaz espiritual que estaba eternamente obligado a buscar.

Francoamente, estaba harto. Y cansado. Desanimado. Además, y eso le pilló de sorpresa, echaba mucho de menos a su caballo. Una criatura obtusa y humilde, desde luego, que apenas merecía la preocupación de alguien cuya mente estaba destinada para siempre a inquietudes mayores que superaban la comprensión de un simple caballo; pero le echaba de menos de todos modos.

Quería montarlo, acariciarlo. Deseaba sentir su falta de entendimiento. Se preguntó dónde estaría.

Desconsolado, dejó colgar el pie de la rama del árbol donde había pasado la noche. Se había encaramado a él en pos de algún sueño extraño y fantástico; pero se atascó y hubo de permanecer allí hasta el amanecer. Incluso ahora, a la luz del día, no estaba seguro de cómo iba a bajar. Por un momento estuvo peligrosamente cerca de creer que podía volar, pero la idea fue atajada por un protocolario control de errores que le sugirió no ser tan imbécil.

Pero era un problema.

Fuese cual fuese el fervoroso impulso que, inspirado en las alas de la esperanza, le había empujado a trepar las ramas del árbol en las mágicas horas de la noche, no le había facilitado las instrucciones para volver a bajar cuando, al igual que en muchísimas apariciones ardientes de la fe, lo había abandonado por la mañana.

Y hablando, o más bien pensando, de cosas ardientes, poco antes de amanecer había habido un incendio a poca distancia de allí. Creyó que había estallado en la dirección de donde él venía cuando se sintió arrastrado por un hondo impulso espiritual hacia aquel árbol, incómodamente alto pero, por lo demás, enojosamente ordinario. Ansió ir a venerar el fuego, entregarse eternamente a su sagrada luz, pero mientras pugnaba inútilmente por hallar un camino entre las ramas, llegaron equipos de bomberos y apagaron el divino resplandor. Eso fue otro credo tirado por la ventana.

Hacía horas que había salido el sol y, aunque había ocupado el tiempo lo mejor que pudo, creyendo en nubes, ramitas, en una especie articulada de escarabajo volador, ahora creía que estaba harto y tenía, además, el pleno convencimiento de que le estaba entrando hambre.

Deseó haber tenido la precaución de llevarse algo de comida de la mansión que había visitado por la noche, adonde había transportado su sagrada carga para sepultarla en el santo armario de las escobas, pero había caído en las garras de una pasión ciega al creer que asuntos tan mundanos como el de alimentarse no tenían ninguna importancia y que el árbol proveería. Pues sí, había provisto. Ramas. Y los monjes no

comen ramas.

En realidad, ahora que lo pensaba, se sentía un tanto incómodo por algunas de las cosas que había creído por la noche, y ciertos resultados le parecieron confusos. Le habían ordenado claramente que «disparase», y se sintió extrañamente inclinado a obedecer, pero quizá se equivocara al cumplir tan precipitadamente una orden dada en una lengua que hacía dos minutos acababa de aprender. Desde luego, la reacción de la persona a la que había disparado le pareció un tanto exagerada. En su mundo, la gente a quien disparaba de aquella manera volvía por más al cabo de una semana, pero no creía que esa persona hiciera lo mismo.

Un golpe de viento sacudió el árbol, doblándolo vertiginosamente. Descendió un poco. Al principio fue muy fácil, porque las ramas estaban bastante juntas. La última parte parecía constituir un obstáculo: una caída en picado que podría causarle graves heridas o desgarramientos internos y que, además, podría inducirle a creer cosas extremadamente raras.

Levantó un momento la vista al oír voces en un lugar apartado del campo, donde acababa de detenerse una especie de camión. Observó con cuidado, pero no vio nada especial en que creer, de modo que volvió a su introspección.

Recordó la extraña llamada de función que había sentido anoche, desconocida hasta entonces, aunque tenía la impresión de que era algo que llamaban remordimiento. No se había sentido nada cómodo ante la manera en que la persona a quien había disparado yacía en tierra y, tras alejarse un poco, había vuelto a echar otra mirada. El rostro de aquella persona sugería claramente que algo pasaba, que aquello era algo fuera de lo corriente. Al Monje le inquietó que le hubiese estropeado la tarde.

Sin embargo, pensó, lo importante era hacer lo que uno creía que estaba bien. Seguidamente se le ocurrió que, como ya le había estropeado la tarde a aquella persona, no estaría de más acompañarla a su casa. Un rápido registro de sus bolsillos le indicó su dirección, y también encontró mapas y unas llaves. El trayecto resultó difícil, pero su fe le ayudó en el camino.

De pronto flotó por el valle la palabra «cuarto de baño».

Volvió a mirar el camión, a lo lejos. Había un hombre vestido con un uniforme azul explicándole algo a otro que llevaba un mono de trabajo y parecía disgustado por algo. El viento le trajo las palabras «hasta que sepamos quién es el dueño» y «completamente chiflado, desde luego». El del mono aceptaba claramente la situación, aunque de mala gana.

Momentos después, de la parte trasera del camión sacaron un caballo. El Monje parpadeó. Sus circuitos vibraron, estremecidos de asombro. Al fin había algo en lo que podía creer, un acontecimiento verdaderamente milagroso, una tardía recompensa por su inquebrantable, aunque promiscua, devoción.

El caballo se movía con paso tranquilo, complaciente. Hacía mucho que estaba acostumbrado a ir por donde lo llevaban, pero por una vez no parecía importarle. Encontraba agradable aquel campo. Había hierba. Un seto que podía contemplar. Y

espacio suficiente para trotar, si después tenía ganas de hacerlo. Los humanos lo habían traído allí, dejándolo campar a su antojo, y eso sí le gustaba. Dio unos pasos y luego, porque sí, dejó de caminar. Podía hacer lo que quisiera.

Qué placer. Qué gusto tan grande y desacostumbrado. Observó el campo despacio y luego decidió planificarse para pasar el día tranquilo. Más tarde, un trotecito, pensó; quizá hacia las tres. Y después una siestecita por la parte derecha del campo, donde había más hierba. Parecía un lugar adecuado para pensar en la cena.

Le pareció que el lado sur se prestaba más para la comida, ya que por allí corría un riachuelo. ¡Santo cielo, almorzar junto a un arroyo! Una bendición. También le gustaba mucho la idea de pasar media hora caminando un poco hacia la izquierda y otra media hora hacia la derecha; no sabía por qué. Tampoco sabía si entre las dos y las tres lo pasaría mejor sacudiendo el rabo o rumiando cosas. Claro que, si así lo deseaba, bien podía hacer ambas cosas e ir a trotar un poco más tarde. Y acababa de descubrir lo que parecía un espléndido seto para considerar las cosas, en donde podía pasar agradablemente una o dos horas antes de comer.

Bien. Un plan excelente. Y lo mejor es que ya podía ignorarlo por completo. En cambio, se dirigió al único árbol del campo y allí se detuvo con aire de complacencia. El Monje Eléctrico se tiró del árbol y cayó a lomos del caballo con un grito que se parecía sospechosamente a «¡Jerónimo!».

Dirk Gently repasó de nuevo los hechos más destacados mientras el mundo de Richard MacDuff se hundía despacio y silenciosamente en un mar oscuro y helado cuya expectante presencia, a unos centímetros de sus pies, ni siquiera había sospechado.

Cuando Dirk acabó su segundo análisis, la habitación permaneció en silencio durante medio minuto mientras Richard lo miraba fijamente.

—¿Dónde has oído eso? —se limitó a preguntar, al fin.

—Por la radio —contestó Dirk encogiéndose ligeramente de hombros—. Al menos lo más importante. Claro que ahora lo dicen en todos los noticiarios. Y los detalles, bueno, los detalles son el resultado de discretas investigaciones entre algunos de mis contactos. En la comisaría de Cambrigde, por motivos que te puedes imaginar, conozco a un par de personas.

—Ni siquiera me decido a creerte —dijo Richard con voz queda—. ¿Puedo llamar por teléfono?

Cortésmente, Dirk cogió el teléfono de la papelera y se lo entregó. Richard marcó el número de Susan.

Contestaron casi inmediatamente, y una voz asustada dijo:

—¿Diga?

—Hola, Susan, soy Ri...

—¡Richard! ¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido, por amor de Dios? ¿Estás bien?

—No le digas dónde estás —terció Dirk.

—Susan, ¿qué ha pasado?

—¿Es que no...?

—Me han dicho que algo le ha ocurrido a Gordon pero...

—¿Que le ha ocurrido algo? Está muerto, Richard, lo han asesinado.

—Cuelga —ordenó Dirk.

—Susan, escucha...

—Cuelga —repitió Dirk, arrebatándole el teléfono y cortando la comunicación.

—Puede que la policía tenga el teléfono intervenido y estén localizando la llamada —explicó, descolgando el teléfono y tirándolo de nuevo a la papelera.

—¡Pero tengo que ir a la policía! —exclamó Richard.

—¿Ir a la policía?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Tengo que presentarme a la policía y decirles que soy inocente.

—¿Decirles que eres inocente? —repitió Dirk, incrédulo—. Bueno, entonces espero que con eso se arregle todo. Lástima que el doctor Crippen no pensara en eso. Podía haberle evitado muchas molestias.

—¡Sí, pero él era culpable!

—Sí, eso parece. Y de momento tú también lo eres, según parece.

—¡Pero yo no lo hice, por amor de Dios!

—Recuerda que estás hablando con alguien que ha estado en la cárcel por algo que no hizo. Ya te he dicho que las coincidencias son algo extraño y peligroso. Créeme, es mucho mejor encontrar una prueba irrefutable de tu inocencia, que languidecer en un calabozo esperando que la policía, que ya está convencida de tu culpabilidad, la encuentre por ti.

—No puedo pensar con claridad —dijo Richard, llevándose la mano a la frente—. Cállate un momento y déjame examinar el asunto.

—Si me permites...

—¡Déjame pensar...!

Dirk se encogió de hombros y estudió de nuevo su cigarrillo, que parecía darle problemas.

—No sirve de nada —dijo Richard al cabo de unos instantes—. No puedo hacerme cargo de la situación. Es como estudiar trigonometría mientras te dan patadas en la cabeza. Vale, dime lo que crees que debo hacer.

—Hipnotismo.

—¿Qué?

—Dadas las circunstancias, no es raro que no puedas pensar con claridad. Pero es vital que alguien piense por ti. Sería mucho más sencillo para los dos que me permitieras hipnotizarte. Mucho me temo que en tu mente hay un montón de datos revueltos que no se desenredarán hasta que no te concentres, que no afloran a tu conciencia porque no comprendes su importancia. Con tu permiso, podemos arreglar todo eso en seguida.

—Pues está decidido —dijo Richard, poniéndose en pie—. Voy a la policía.

—Muy bien —accedió Dirk, echándose hacia atrás en el asiento y extendiendo las manos sobre la mesa—. Te deseo mucha suerte. Cuando salgas, ten la amabilidad de decir a mi secretaria que me traiga cerillas.

—No tienes secretaria —le recordó Richard saliendo del despacho.

Dirk permaneció inmóvil durante un rato, meditando. Hizo un valeroso pero inútil intento de doblar el triste y vacío envoltorio de la *pizza* para meterlo en la papelera y luego fue a un armario y sacó un metrónomo.

Al ver la luz del día, Richard parpadeó. Permaneció inmóvil en lo alto de la escalera que daba a la calle, oscilando levemente, y luego se lanzó hacia abajo con un extraño paso de baile que reflejaba la vertiginosa danza de sus pensamientos. Por un lado, sencillamente se negaba a creer que no hubiese una prueba contundente de que él no había cometido el asesinato y, por otro, tenía que reconocer que todo era raro en extremo.

Le pareció imposible pensar en el asunto con claridad o cierta lógica. La idea de que habían asesinado a Gordon seguía estallándole en la mente, desorganizando sus demás pensamientos y sumiéndole en la más absoluta confusión. Por un momento se le ocurrió que el asesino debía de ser un tirador rapidísimo para apretar el gatillo

antes de quedar absolutamente abrumado por un inmenso sentimiento de culpa, pero en seguida se arrepintió de haberlo pensado. En realidad, se sentía un tanto sorprendido por la naturaleza de las ideas que se le pasaban por la imaginación. Parecían inadecuadas, indignas, y la mayoría estaban relacionadas con las consecuencias que aquello tendría para sus proyectos en la empresa. Buscó en su interior algún sentimiento de dolor o pesadumbre, y supuso que habría alguno escondido en algún sitio, probablemente tras la enorme barrera de la conmoción.

Volvió a divisar Islington Green, apenas consciente de la distancia que había recorrido a pie. La súbita visión del coche patrulla aparcado delante de su casa le golpeó como un martillazo. Giró rápidamente sobre sus talones y, con enérgica concentración, se puso a mirar el menú que exhibían en el escaparate de un restaurante griego.

«Dolmades», pensó, desesperado. «Suvlaki». «Una salchicha griega, con muchas especias», se le ocurrió, agitado.

Sin volverse, trató de reconstruir la escena en su imaginación. Había un policía vigilando la calle y, según podía recordar por la breve ojeada que había echado, el portal de su casa estaba abierto. La policía estaba en su apartamento. Dentro de su casa. ¡Fassolia plaki! ¡Un tazón de judías verdes guisadas con salsa de tomate y verduras!

Intentó mirar de reojo, por encima del hombro. El policía le observaba. Volvió a clavar los ojos en el menú e intentó llenarse la cabeza de carne picada fina y mezclada con patatas, miga de pan, hierbas y cebolla, todo ello hecho albóndigas y frito. El policía debía de haberle reconocido y en aquel mismo momento estaría cruzando apresuradamente la calle para detenerlo y llevarle a rastras hasta un coche celular, como hicieron aquella vez con Dirk en Cambrigde. Puso los hombros tensos para disminuir la impresión, pero ninguna mano lo agarró. Volvió a atisbar hacia atrás. El policía, indiferente, miraba en otra dirección. Impávido.

Le resultaba evidente que su comportamiento no era el de alguien que fuese a entregarse a la policía. ¿Qué otra cosa podía hacer? Torpe y envarado, trató de moverse con naturalidad, despegándose del escaparate y alejándose unos metros y luego, al llegar otra vez a Camden Passage, echó a andar de prisa y respiró ahogadamente. ¿Adónde podía ir? ¿A casa de Susan? No, la policía estaría con ella o vigilando. ¿A la oficina central, en Primrose Hill? Tampoco, por la misma razón. ¿Por qué demonios actuaba como un fugitivo?, se preguntó indignado.

Al igual que había insistido con Dirk, se repitió que no debería escapar de la policía. Pensó que, tal como le habían enseñado de pequeño, la policía estaba para ayudar y proteger al inocente. Esa idea le hizo echar a correr y casi chocó con el nuevo y orgulloso propietario de una lámpara de pie eduardina bastante fea. Interrumpió bruscamente su carrera y siguió andando, mirando a su alrededor con aire acosado. Las familiares fachadas de las tiendas llenas de antiguos objetos de cobre pulido, de pronto le parecían amenazadoras y cargadas de agresividad.

¿Quién podría querer matar a Gordon? Esa idea empezó a martillearle al pasar por Charlton Place. Hasta el momento, lo único que se le había ocurrido es que él no deseaba su muerte. Pero ¿quién la habría querido? Era una idea nueva. A mucha gente no le cala simpático, pero había una gran diferencia entre tener antipatía a alguien, incluso mucha aversión, y llegar a matarlo, estrangularlo, arrastrarlo por el campo y prender fuego a su casa. Era esa diferencia lo que mantenía diariamente con vida a la mayoría de la población. ¿Se trataba únicamente de un robo?

Dirk no le había dicho que faltase nada, pero él tampoco se lo había preguntado.

Dirk. La imagen de aquel personaje absurdo, pero un tanto impresionante, sentado como un enorme sapo en su mugrienta oficina, persistía en la mente de Richard. Se dio cuenta de que estaba desandando el camino que antes había hecho y, deliberadamente, torció a la derecha en vez de a la izquierda. Si seguía así acabarla loco. Sólo necesitaba espacio y algo de tiempo para pensar y ordenar las ideas. Muy bien, y ahora ¿adónde iba? Se detuvo un momento, dio la vuelta y volvió a pararse. De pronto, la idea de los domades le pareció muy atractiva. Debería haber entrado tranquilamente y pedirlos. Siguió andando. Sus pasos le conducían inexorablemente de vuelta a las serpenteantes callejas de más allá del canal. Se detuvo brevemente en una esquina, junto a una tienda, y luego pasó de prisa ante los solares del ayuntamiento, dejando atrás la zona de los especuladores inmobiliarios y llegando al fin ante la puerta del 33 de Peckender Street. Una ráfaga de viento azotó la calle y un niño tropezó con él.

—¡A tomar por culo! —gorjeó el niño, que hizo una pausa, le miró y añadió—: Oiga, míster, ¿me da su chaqueta? —No— contestó Richard. —¿Por qué no?— dijo la criatura. —Pues porque me gusta.

—No entiendo por qué —masculló el niño—. ¡A tomar por culo! Siguió su camino con aire indolente, lanzando de un puntapié una piedra contra un gato.

Richard entró de nuevo en el edificio, subió inquieto las escaleras y atisbo al interior de la oficina.

La secretaria de Dirk, sentada a su escritorio, tenía la cabeza gacha y los brazos cruzados. —No estoy aquí— advirtió. —Ya veo— dijo Richard.

—Sólo he vuelto —explicó ella sin levantar la vista del punto de la mesa al que miraba con enfado— para asegurarme de que se ha dado cuenta de que me he despedido. Si no, se le olvidaría. —¿Está?— preguntó Richard.

—¿Quién sabe? ¿A quién le importa? Será mejor que pregunte a alguien que trabaje para él, porque yo no soy empleada suya. —¡Hágale pasar!— gritó la voz de Dirk.

La secretaria frunció el ceño, se levantó y abrió de par en par la puerta interior.

—Hágale entrar usted mismo —dijo. Cerró de un portazo y volvió a su asiento—. ¿Y por qué no me hago entrar yo solo? —sugirió Richard—. Ni siquiera le oigo —dijo la exsecretaria de Dirk con la mirada fija en su escritorio—. ¿Cómo piensa que puedo oírle si no estoy aquí?

Richard hizo un gesto conciliador, que ella ignoró, se dirigió a la puerta del despacho de Dirk y la abrió. Se sobresaltó al ver la habitación en penumbra. La persiana estaba echada y Dirk, reclinado sobre su asiento, tenía el rostro extrañamente iluminado por una serie de objetos colocados sobre la mesa. En el extremo del escritorio había un viejo faro de bicicleta vuelto del revés que alumbraba débilmente un metrónomo que oscilaba con suavidad de un lado a otro. Atada al vástago del instrumento había una cucharita de plata muy pulida.

Richard tiró sobre la mesa un par de cajas de cerillas.

—Siéntate, relájate y mira fijamente la cucharita —dijo Dirk—, empiezas a tener sueño...

Otro coche patrulla se detuvo con un chirrido de ruedas ante la casa de Richard. Bajó un hombre de expresión sombría y se acercó a uno de los agentes que estaban de guardia.

—Inspector Masón, Brigada de investigación criminal —dijo, enseñando una tarjeta de identidad—. ¿Es esta la casa de MacDuff?

El agente asintió con la cabeza y le indicó la puerta lateral, que daba a una larga y estrecha escalera por la que se subía al apartamento del último piso. Masón entró apresuradamente y volvió a salir a toda prisa.

—Hay un sofá en medio de la escalera —dijo—. Que lo quiten.

—Ya lo han intentado unos compañeros, señor —explicó el agente—. Parece que está atascado. De momento, hay que saltar por encima. Lo siento, señor.

Masón le lanzó otra mirada sombría perteneciente a un amplio repertorio que había creado y que iba desde un sombrío muy sombrío, en lo más bajo de la escala, hasta llegar a un sombrío leve, hartado y resignado, que reservaba para el cumpleaños de sus hijos.

—Que lo quiten —repitió sombríamente.

Volvió a entrar con sombría expresión por la puerta, tirándose del abrigo y del pantalón a fin de prepararse para la sombría ascensión que le esperaba.

—¿Sigue sin haber rastro de él? —preguntó el conductor del coche patrulla, presentándose como el sargento Gilks. Tenía una expresión hastiada.

—No, que yo sepa —dijo el agente—. Pero a mí nadie me cuenta nada.

—Sé cómo se siente —convino Gilks—. Cuando la Brigada de investigación criminal entra en acción, a uno lo relegan a simple conductor. Y yo soy el único que sabe qué aspecto tiene. Anoche le paré en la carretera. Acabábamos de salir de la casa. Un verdadero cuadro.

—Vaya nohecita, ¿eh?

Aquella misma mañana Michael Wenton-Weakes se levantó de un extraño humor. Había que conocerlo bastante bien para saber que estaba de un humor particularmente extraño porque, para empezar, la gente ya le consideraba un poco raro. Pocas personas le conocían así de bien. Su madre, quizá, pero entre ellos existía una especie de guerra fría y no se hablaban desde hacía semanas.

También tenía un hermano mayor, Peter, que ahora ostentaba un altísimo rango en la infantería de Marina. Sin contar el entierro de su padre, Michael no había visto a Peter desde que este volvió de las Malvinas cubierto de gloria, ascensos y un frío desprecio hacia su hermano menor. A Peter le encantó que su madre se hiciese cargo de Magna y, con ese motivo, envió a Michael una tarjeta de Navidad del regimiento. Su mayor satisfacción seguía consistiendo en tirarse a una trinchera embarrada y disparar una ametralladora al menos durante un minuto, y no creía que la industria periodística y editorial británica, aun en su actual situación de inestabilidad, fuese a procurarle ese placer, como mínimo hasta que en ella se introdujeran algunos australianos más.

Michael se levantó muy tarde tras una noche de fría brutalidad seguida de sueños inquietos que aún le inquietaban a la última luz de la mañana. Las pesadillas rebosaban de las familiares sensaciones de pérdida, aislamiento, culpabilidad, etcétera, pero inexplicablemente también incluían grandes cantidades de barro. Por la facultad que la noche poseía de condensar las cosas, la pesadilla de barro y soledad pareció prolongarse horriblemente durante un tiempo inimaginable, y sólo concluyó con la aparición de seres viscosos que arrastraban las patas en un mar de babas. Aquello fue la gota que colmó el vaso, y se despertó sobresaltado, bañado en un sudor frío. Aunque todo el asunto del barro le había parecido extraño, la sensación de pérdida, de soledad y, en particular, de la pesadumbre, la necesidad de enmendar un error, todo aquello había encontrado fácilmente un hueco en su espíritu.

Incluso los seres viscosos con patas le parecían extrañamente familiares, y su irritante presencia persistía en su imaginación mientras se preparaba un tardío desayuno. Tomó un pomelo y té chino y ojeó un poco las páginas de arte del Daily Telegraph; después, con bastante dificultad, se cambió la venda que llevaba sobre los cortes de la mano. Una vez realizados esos pequeños menesteres, se encontró sin saber qué hacer a continuación.

Podía repasar los acontecimientos de la noche pasada con una tranquilidad y un despego que no podía haberse imaginado. Había salido bien, se había hecho con limpieza y correctamente. Pero no había resuelto nada. Estaba todo por hacer.

¿Todo qué? Frunció el ceño.

Normalmente, a esa hora solía pasarse por el club. Y lo hacía con la placentera sensación de que había muchas otras cosas que debería hacer. Pero ahora no había otra cosa que hacer, por lo que el tiempo que desperdiciase, allí o en otra parte, le llenarla

de impaciencia. Al llegar haría lo de siempre: se complacería en un *gin-tonic* y una conversación sin importancia para luego hojear tranquilamente las páginas del *Times Literary Supplement*, *Opera*, *The New Yorker* o cualquier otra publicación que le cayera en las manos, pero no había duda de que últimamente se entregaba a aquellas ocupaciones con menos agrado y entusiasmo que antes.

Y después almorzaría. Hoy, de nuevo, no tenía planes para comer con nadie, y por lo tanto se quedaría probablemente en el club y tomaría un lenguado de Dover a la plancha, poco hecho, con patatas hervidas y, de postre, una buena porción de bizcocho borracho. Una copita o dos de Sancerre. Luego, café; y después, la tarde, con lo que quisiera ofrecerle.

Pero hoy se sentía extrañamente impulsado a no hacer eso. Flexionó los músculos de la mano herida, se sirvió otra taza de té, miró con curiosa indiferencia el enorme cuchillo de cocina que seguía junto a la finísima tetera de porcelana y esperó un momento a ver qué hacía a continuación. En realidad, lo que hizo después fue subir al primer piso.

Su casa era de una perfección que rayaba en lo gélido, y tenía el aspecto que gusta a la gente que compra copias de mueble de estilo. Con salvedad, claro está, de que aquí todo era auténtico, cristal de roca, caoba y alfombras de Bruselas, y sólo parecía falso por su total ausencia de vida.

Entró en su estudio, la única habitación de la casa donde no imperaba un orden inútil, aunque entre el desorden de libros y periódicos reinase, en cambio, una desidia estéril. Una fina capa de polvo se había instalado sobre todos los objetos. Hacía semanas que Michael no entraba allí, y la señora de la limpieza tenía claras instrucciones de dejarlo todo como estaba. No trabajaba allí desde la edición del último número de *Fanthom*. No el último número real, sino el último número correcto. El último número por lo que a él tocaba. Dejó la taza de porcelana sobre la fina capa de polvo y se dirigió a inspeccionar su antiguo tocadiscos. En él encontró una antigua grabación de unos conciertos de viento de Vivaldi. La puso y se sentó.

Esperó otra vez a ver qué haría a continuación y, para su sorpresa, descubrió que ya lo estaba haciendo: escuchar música. Una expresión de asombro empezó a insinuársele en el rostro al comprender que nunca lo había hecho antes. Había oído música muchas, muchas veces, apreciaba sumamente los sonidos y a menudo le parecía un agradable telón de fondo para hablar de cosas como la temporada de conciertos, pero jamás se le había ocurrido que estuviera realmente escuchando. Se quedó estupefacto por la interacción de melodía y contrapunto que de repente se le revelaba con una claridad que nada debía a la superficie impregnada de polvo del disco o a los catorce años de antigüedad de la aguja.

Pero junto con la revelación tuvo una casi inmediata sensación de desengaño que no hizo sino confundirle más. La música le pareció de pronto extrañamente frustrante. Era como si su capacidad de entender la música se hubiese incrementado súbitamente hasta superar las posibilidades de satisfacción que la propia música

encerraba. Todo ello en un dramático momento. Se esforzó en escuchar lo que se estaba perdiendo y sintió que la música era como un ave sin alas que ni siquiera sabía qué función había perdido. Caminaba muy bien, pero en realidad debería remontarse, se deslizaba por donde habría de abatirse en picado, se arrastraba cuando tendría que ascender y ladearse y caer en barrena, andaba y debería vibrar sintiendo el vuelo. Ni siquiera alzaba la vista alguna vez.

Levantó la cabeza y, al cabo del rato, se dio cuenta de que sólo miraba estúpidamente el techo. Sacudió la cabeza y descubrió que la sensación había desaparecido, dejándolo atontado y un poco mareado. No había desaparecido por entero, sino que se había hundido en su interior, a una profundidad a la que él no podía llegar. La música proseguía como telón de fondo; era como un agradable surtido de amenos sonidos, pero ya no le emocionaba.

Necesitaba indicios de qué era lo que acababa de experimentar, y por la cabeza le pasó rápidamente la idea de dónde podría encontrarlos. La desechó con irritación, pero volvió a pensar en ella una y otra vez hasta que al fin obró en consecuencia.

De debajo del escritorio sacó una amplia papelera metálica. Como de momento había prohibido la entrada a la señora de la limpieza, la papelera no se había vaciado y en ella encontró lo que parecían los mugrientos restos de un cenicero. Superó el desagrado con sombría determinación y, despacio, depositó el contenido del odioso objeto sobre la mesa pegando torpemente sus pedazos con cinta adhesiva que se enrollaba, pegaba mal y se le fijaba en los dedos regordetes y en el escritorio hasta que al fin, toscamente ensamblado, tuvo ante sí un ejemplar de Fathom. Editado por aquel ser execrable, A. J. Ross.

Pasmoso.

Pasó las pegajosas y apelmazadas hojas como si estuviera rebuscando entre menudillos de pollo. Ni una sola línea que tratase de Joan Sutherland o Marilyn Horne. Ni una semblanza de ninguno de los principales marchantes de Cork Street, ni una sola. Su serie sobre los Rossetti, interrumpida. «Chismes del salón verde», suprimido. Meneó incrédulo la cabeza ante la pura... Había encontrado el artículo que buscaba.

Música y paisajes fractales, de Richard MacDuff.

Se saltó los dos primeros párrafos introductorios y empezó a leer un poco más adelante:

El análisis matemático y el diseño informático nos revelan que las formas y procesos que hallamos en la naturaleza —la forma en que crecen las plantas, el modo en que los copos de nieve y las islas se forman, el dibujo que la luz traza sobre una superficie, la forma en que la leche se repliega y extiende al removerla en el café, el modo en que una carcajada contagia a una multitud—, todas esas cosas y su complejidad aparentemente mágica pueden describirse mediante la interacción de procesos matemáticos que resultan, en el mejor caso, aún más mágicos dentro de su simplicidad. Las formas que creemos fortuitas son, en realidad, consecuencias de

complejas redes cambiantes de números que obedecen a normas sencillas. La misma palabra «natural», que solemos entender como «sin estructurar», describe efectivamente formas y procesos que parecen tan insondables y complejos que no llegamos a percibir conscientemente las simples leyes naturales que los regulan. Todos ellos pueden describirse con números.

Extrañamente, esa idea le parecía ahora a Michael menos desagradable que en la primera y rápida lectura. Continuó con creciente atención.

Sin embargo, sabemos que la mente es capaz de entender toda la complejidad y simplicidad de esos temas. Un globo que se mueve en el aire responde a la fuerza y dirección con que se le impulsa, a la acción de la gravedad, la fricción del aire que debe superar empleando su energía, la turbulencia del viento en torno a su superficie y la velocidad y dirección del giro del globo. Y no obstante, alguien que tuviese dificultad en calcular cuántas son $3 \times 4 \times 5$ no tardaría en efectuar un cálculo diferencial y toda una serie de operaciones afines encaminadas a atrapar un globo que se desplaza en el aire. Las personas que denominan «instinto» a tal capacidad se limitan a dar un nombre a dicho fenómeno, pero no explican nada.

Creo que en la música es donde los seres humanos se acercan más a la expresión de nuestro conocimiento de las complejidades de la naturaleza. Es el arte más abstracto, no tiene más sentido ni propósito que existir en sí misma.

Todo aspecto particular de una composición musical puede representarse mediante series numéricas. Desde la organización de los movimientos de una sinfonía hasta las pautas de ritmo y tono que conforman las melodías y armonías, pasando por el timbre de las propias notas, su frecuencia, la forma en que cambian en el tiempo, en suma, todos los elementos de un sonido que distinguen la cadencia del flautín y el tañido de los timbales, todo ello puede explicarse mediante series y jerarquías numéricas.

Y según mi experiencia, cuantas más relaciones internas existan entre las series numéricas de los diferentes niveles de la jerarquía, por complejas y sutiles que tales relaciones puedan ser, más satisfactoria y, sí, más completa parecerá la música.

En realidad, cuanto más sutiles y complejas sean estas relaciones, y cuanto más lejos estén del alcance de la mente consciente —por lo que entiendo, esa parte de la mente que puede efectuar cálculos diferenciales tan asombrosamente rápidos que colocarán la mano en el sitio exacto para atrapar un globo en vuelo—, más se revelará en ello esa parte del cerebro. La música de cierta complejidad (e incluso «Tres ratones ciegos» puede poseer su propia complejidad en el momento en que alguien lo toque en un instrumento con su timbre y articulación personales) sobrepasa la mente consciente hasta penetrar en la capacidad matemática particular de cada individuo, que mora en el inconsciente y responde a todas las complejidades internas, relaciones y proporciones de las que creemos ignorarlo todo.

Algunos se oponen a tal concepción de la música, arguyendo que si esta se reduce a las matemáticas, ¿dónde queda la emoción? Yo contestaría que la emoción nunca ha

estado al margen.

Las cosas que pueden suscitar nuestras emociones —la forma de una flor o una urna griega, cómo crece un niño, el viento al acariciar el rostro, el desplazamiento de las nubes, sus formas, la danza de la luz sobre el agua, los narcisos que palpitan con la brisa o el movimiento de la cabeza de la persona amada con las correspondientes oscilaciones del cabello, la curva descrita por la caída del último acorde de una música que agoniza—, todo eso puede describirse mediante la compleja fluencia de los números. No es una reducción de la música, sino su belleza. No hay más que preguntar a Newton, o a Einstein. Al poeta (Keats) que dijo que lo que la imaginación percibe como belleza debe ser verdad. También pudo haber dicho que lo que la mano percibe como globo debe ser verdad, pero no lo dijo porque era poeta y prefería vagar bajo los árboles con un frasco de láudano y un cuaderno que jugar al criquet, pero lo mismo habría sido verdad.

Eso despertó un vago recuerdo en la memoria de Michael, pero de momento no pudo situarlo.

Porque ello está en el centro de la relación entre nuestra comprensión «instintiva» de contorno, forma, movimiento y luz, por un lado, y, por otro, con nuestras respuestas emocionales a tales manifestaciones.

Y por eso creo que debe existir una forma de música inherente a la naturaleza, que reside en los objetos naturales, en la configuración de los procesos naturales. Una música que darla una satisfacción tan intensa como toda la belleza que existe en la naturaleza; al fin y al cabo, nuestras emociones más intensas son una manifestación de la belleza que reside en la naturaleza...

Michael dejó de leer y apartó poco a poco los ojos de la página. Se preguntó qué sería una música así, si la conocía, y rebuscó en los apartados meandros de su memoria. Cada uno de los recuerdos, que afloraron a su mente parecía confirmar que la había oído alguna vez y que segundos después sólo quedó el último eco agonizante de algo que era incapaz de percibir y escuchar. Dejó la revista a un lado. Luego recordó que la mención de Keats fue lo que había despertado su memoria.

Los seres viscosos con patas de su pesadilla. Una fría calma le inundó al sentir que se acercaba mucho a algo.

Coleridge. Eso era.

*«Sí, seres viscosos con patas se arrastraban
sobre el viscoso mar».*

La balada del viejo marinero.

Aturdido, Michael se acercó a la librería y cogió la antología de Coleridge. Se la llevó al asiento y, con cierta aprensión, pasó las páginas hasta dar con los primeros versos.

*«Es un viejo marinero,
y vencía a uno de cada tres».*

Las palabras le resultaban muy familiares y, sin embargo, al seguir leyéndolas le despertaban extrañas sensaciones y recuerdos espantosos que estaba seguro de que no eran suyos. Le causaban una impresión de pérdida y desolación de una tremenda intensidad que, aun consciente de que no era suya, poseía una resonancia tan perfecta, ahora, en medio de sus aflicciones, que no pudo sino entregarse a ella por entero.

*«Y miles, miles de seres viscosos
continuaron su existencia, igual que yo».*

La persiana se enrolló con un ruido brusco y Richard pestañeó.

—Pareces haber pasado una tarde fascinante —dijo Dirk Gently—, aunque es posible que los detalles más interesantes hayan escapado por completo a tu curiosidad.

Volvió a sentarse, se retrepó en el asiento y juntó las manos presionando las yemas de los dedos.

—Por favor, no me decepciones preguntando «¿dónde estoy?». Una mirada bastará.

Richard, levemente atontado, miró alrededor y sintió como si volviera súbitamente de una larga estancia en otro planeta donde todo fuese paz, luz, felicidad y música inacabable. Se sentía tan distendido que apenas se molestaba en respirar. El remate de madera de la cuerda de la persiana golpeó varias veces contra la ventana, pero aparte de eso reinaba el silencio. El metrónomo estaba quieto. Miró el reloj. Era algo más de la una.

—Has estado hipnotizado casi una hora —explicó Dirk—, y en ese tiempo me he enterado de muchas cosas interesantes y no he entendido otras que ahora quisiera discutir contigo. Quizá te venga bien un poco de aire fresco para reanimarte, te propongo un paseo tonificante por el canal. Allí nadie te buscará. ¡Janice!

Silencio.

Richard seguía sin tener claras un montón de cosas y adoptó una expresión ceñuda. Cuando recuperó la memoria del pasado inmediato se incorporó de golpe en el asiento como si por la puerta hubiese irrumpido un elefante.

—¡Janice! —volvió a gritar Dirk—. ¡Miss Pearce...! Puñetera chica.

Se dirigió a la puerta tras la cual se sentaba Janice Pierce con la mirada fija en un lapicero.

—Venga —dijo Dirk—, vámonos. Larguémonos de este podrido agujero. Creamos lo increíble. Hagamos lo imposible. Preparémonos para luchar contra el inefable yo, a ver si al final no podemos destruirlo. Venga, Janice...

—Cierre el pico.

Dirk se encogió de hombros y luego cogió de la mesa el libro que Janice había estropeado al tratar de cerrar el cajón de golpe. Lo hojeó, frunció el ceño y, con un suspiro, volvió a ponerlo donde estaba. Janice se dedicó de nuevo a la operación a la que, evidentemente, estaba entregada momentos antes, que consistía en escribir una larga nota con el lapicero.

Richard lo observaba todo en silencio, con la sensación de no encontrarse allí. Meneó la cabeza.

—Ahora los acontecimientos pueden parecerse envueltos en una gran confusión. Pero tenemos algunos elementos interesantes para desenredar la maraña —dijo Dirk—. Porque de todos los hechos que me has contado, sólo dos son físicamente

imposibles.

—¿Imposibles? —repitió Richard con el ceño fruncido.

—Sí —repuso Dirk—, completa y absolutamente imposibles. —Sonrió y prosiguió—: Afortunadamente has venido al sitio adecuado para exponer tu interesante problema, porque en mi diccionario no figura la palabra «imposible». En realidad —añadió blandiendo el maltratado libro—, ha desaparecido todo entre «arenque» y «mermelada». Gracias, *miss* Pierce, una vez más ha vuelto usted a prestarme un inestimable servicio, por lo que le quedo agradecido y, en el caso de que esta empresa tenga un feliz resultado, hasta trataré de pagarle. Entretanto, tenemos muchas cosas en qué pensar y dejo la oficina en sus capaces manos.

Sonó el teléfono y Janice contestó.

—Buenas tardes —dijo—. Emporio Frutero Wainwright. Mister Wainwright no puede ponerse al aparato porque no está bien de la cabeza y cree que es un pepino. Gracias por llamar.

Colgó bruscamente. Alzó la vista y vio cerrarse la puerta tras su exjefe y su perplejo cliente.

—¿Imposible? —dijo Richard, sorprendido.

—Todo ello —insistió Dirk—. Completa y absolutamente, cómo decir, inexplicable. Es absurdo utilizar la palabra «imposible» para describir algo que evidentemente ocurrió. Pero nada de lo que conocemos puede explicarlo.

El aire fresco que corría por el Grand Union Canal volvió a aguzar los sentidos de Richard. Había recuperado sus facultades normales y, aunque el hecho de la muerte de Gordon continuaba sobresaltándole, al menos ya era capaz de pensar con mayor claridad. Pero por extraño que parezca, de momento eso era lo último en la mente de Dirk, que se preocupaba de los detalles más insignificantes de la secuencia de extraños incidentes de la noche anterior y sobre los cuales no dejaba de interrogarle.

Un corredor y un ciclista que iban en sentidos opuestos se cruzaron y, tras los gritos con que ambos pretendían apartar al otro del camino, estuvieron a punto de chocar escapando por poco a las oscuras y lentas aguas del canal. Contemplaba la escena con mucha atención una anciana de movimientos lentísimos que tiraba de un perro aún más lento. En la otra orilla había grandes fábricas vacías con los cristales de todas las ventanas rotos y brillantes. Una barcaza quemada se mecía débilmente en el canal. En su interior, en un charco de agua nauseabunda, flotaban un par de envases de detergente. Por el puente más cercano circulaban con estruendo camiones pesados que hacían vibrar los cimientos de las casas, emitiendo gases por el tubo de escape y asustando a una señora que intentaba cruzar la calle con su prole.

Dirk y Richard caminaban por la orilla del South Hackney, a kilómetro y medio de la oficina del detective, en dirección al centro de Islington, donde Dirk sabía que estaban los salvavidas más próximos.

—Pero si sólo fue un juego de manos, por amor de Dios —dijo Richard—. Los hace continuamente. No es más que un truco. Parece imposible, pero estoy seguro de

que si le preguntas a cualquier prestidigitador te dirá que, en cuanto se aprende el truco, es muy fácil. En Nueva York vi una vez a uno en la calle que...

—Mira, esas cosas son fáciles —explicó Dirk a Richard, que seguía perplejo—. Lo de aserrar por la mitad a una señora es fácil. Aserrar a una señora por la mitad y luego volverla a unir es menos fácil, pero puede hacerse con práctica. El truco que me has descrito con el jarrón de doscientos años de antigüedad y el salero de la facultad es —hizo una pausa para dar énfasis a sus palabras— completa y absolutamente imposible.

—Bueno, a lo mejor se me escaparon un par de detalles, pero...

—Claro, sin duda. Pero la ventaja de interrogar a alguien bajo hipnosis consiste en que el interrogador ve la escena con más detalles de los que el sujeto percibió en el momento de los hechos. Esa niña, Sarah, por ejemplo. ¿Recuerdas cómo iba vestida?

—Pues no —dijo Richard vagamente—. Supongo que con un vestido de alguna clase...

—¿Color? ¿Tejido?

—Pues no recuerdo, no había mucha luz. Se sentaba varias sillas más allá. Apenas la distinguía.

—Llevaba un vestido de algodón azul oscuro tirando a violeta ceñido a la cintura, con manga ranglán, cuello blanco tipo Peter Pan y seis pequeños botones nacarados en la parte delantera; del tercer botón colgaba un hilo. Era morena y llevaba el pelo recogido en la nuca con una peineta en forma de mariposa.

—Si me vas a decir que sabes todo eso sólo con mirar a un arañazo que tengo en los zapatos, como Sherlock Holmes, me temo que no te creeré.

—No, no —protestó Dirk—, es mucho más sencillo. Tú mismo me lo dijiste bajo hipnosis.

Richard meneó la cabeza.

—No es cierto. Ni siquiera sé qué es un cuello Peter Pan.

—Pero yo sí, y me lo describiste con todo detalle. Igual que el juego de manos. Y ese truco es imposible en la forma en que se desarrolló. Créeme. Sé de lo que estoy hablando. Hay otras cosas que me gustaría averiguar de ese profesor, como por ejemplo, quién escribió la nota que descubriste sobre la mesa y cuántas preguntas hizo realmente Jorge III, pero...

—¿Qué?

—Pero creo que sería mejor preguntárselo directamente a ese individuo. A menos que... —se interrumpió, frunciendo el ceño con aire de concentración, y prosiguió—: A menos que me tomara estos asuntos con frivolidad y prefiriese saber las respuestas antes que las preguntas. Y no es así. Desde luego que no.

Miró abstraído a la lejanía y efectuó un cálculo aproximado de la distancia que aún quedaba para llegar al próximo salvavidas.

—Y la otra cosa imposible —prosiguió, justo cuando a Richard se le ocurrió decir una palabra—, o al menos la segunda cosa absolutamente inexplicable es, claro está,

el asunto de tu sofá.

—¡Dirk! —exclamó Richard con irritación—. ¿Puedo recordarte que han asesinado a Gordon Way y que por lo visto yo soy el sospechoso? Nada de eso tiene la más mínima conexión con el asesinato, y yo...

—Pero me siento sumamente inclinado a creer que existe una relación.

—¡Es absurdo!

—Yo creo en la fundamental interre...

—Sí, sí —le interrumpió Richard—. La fundamental interrelación de todas las cosas. Oye, Dirk, yo no soy una crédula anciana y a mí no me vas a sacar un viaje a las Bermudas. Si me vas a ayudar, límitate a los hechos.

—Creo que todas las cosas están fundamentalmente interrelacionadas —repuso Dirk, irguiendo la cabeza con aire ofendido—, como todo aquel que siga los principios de la mecánica cuántica hasta sus últimas consecuencias lógicas no podrá negar, si es que es honesto. Pero también creo que unas cosas están más íntimamente relacionadas que otras. Y cuando dos hechos aparentemente imposibles y una secuencia de otros hechos de características muy peculiares ocurren a la misma persona, y si esa persona se convierte de pronto en el sospechoso de un asesinato sumamente curioso, entonces me parece que la solución hay que buscarla en el eslabón que relaciona todos esos acontecimientos. Tú eres el elemento de conexión y, además, te has comportado de forma extraña y anormal.

—No es así. Bueno, me han pasado algunas cosas raras, pero... —Anoche te vi trepar por la fachada de un edificio y penetrar en el piso de tu novia, Susan Way.

—Quizá fuese algo anormal —se justificó Richard—, y puede que ni siquiera fuese sensato. Pero sí fue enteramente lógico y racional. Quería rectificar un error que había cometido para que nadie saliera perjudicado.

Dirk reflexionó un instante y apretó un poco el paso. —Y lo que hiciste fue solucionar de una forma enteramente razonable y normal el problema del mensaje que habías dejado en la cinta... Sí, me lo contaste todo durante nuestra pequeña sesión. ¿Crees que cualquier otro lo hubiese solucionado así?

Richard frunció el ceño como para decir que no sabía a qué venía todo aquel alboroto.

—No sé si cualquiera lo habría solucionado así —dijo—. Puede que yo tenga una mentalidad más lógica y precisa que la mayoría de la gente, y a eso se debe que sepa hacer programas informáticos. Solucioné el problema con lógica y precisión. —¿Y no fue algo desproporcionado, quizá?—. Para mí era muy importante no decepcionar otra vez a Susan. —De modo que estás enteramente satisfecho de los motivos que tuviste para hacerlo, ¿no?

—Sí —insistió Richard, molesto.

—¿Sabes lo que solía decirme mi tía solterona, la que vivía en Winnipeg? —No.

Richard se quitó la ropa y se tiró al canal. Dirk se precipitó hacia el salvavidas, al que acababan de llegar, lo sacó del soporte y lo arrojó hacia Richard que, con aire de

estar completamente perdido y desorientado, a duras penas se mantenía a flote en medio del canal.

—Agárrate a esto —gritó Dirk— y yo te arrastraré hasta aquí. —No te preocupes — contestó Richard, —sé nadar.

—No, no sabes —aulló Dirk—. Cógete a eso.

Richard trató de nadar decididamente hacia la orilla, pero desistió en seguida y, abatido, se agarró al salvavidas. Dirk tiró de la cuerda hasta acercar a Richard a la orilla, y luego se agachó y le tendió la mano. Richard salió del agua resoplando y escupiendo, y se sentó en la orilla temblando y con las manos en el regazo.

—¡Qué agua tan pestilente! —exclamó, volviendo a escupir—. Es de lo más desagradable. ¡Vaya! ¡Uf! Normalmente nado bastante bien. Me ha debido dar un calambre. ¡Qué coincidencia tan afortunada que estuviéramos tan cerca de un salvavidas! Ah, gracias.

Lo último lo dijo en respuesta a la amplia toalla que le había dado Dirk. Con ella se frotó enérgicamente, casi despellejándose, para quitarse la suciedad del agua. Se puso en pie y miró alrededor.

—¿Sabes dónde están mis pantalones?

—¡Joven! —exclamó la anciana del perro, que acababa de llegar a su altura.

Se detuvo frente a ellos mirándolos con severidad, y estaba a punto de reprenderles cuando Dirk se le adelantó.

—Le pido mil excusas, señora mía, por cualquier ofensa que mi amigo pueda haberle causado sin querer. Le ruego que acepte esto, con mis respetos.

Le tendió un puñado de anémonas que recogió a los pies de Richard. La anciana se las quitó de la mano con un bastonazo y, llena de horror, siguió su camino tirando del perro.

—No has sido muy amable —le recriminó Richard, poniéndose la ropa por debajo de la toalla, que ahora tenía estratégicamente ceñida al cuerpo.

—No me parece una señora muy amable —repuso Dirk—. Siempre anda por aquí, tirando de su pobre perro y echando reprimendas a la gente. ¿Has disfrutado del baño?

—Pues no mucho —confesó Richard, frotándose brevemente el pelo—. No me había dado cuenta de lo pestilente y frío que es el canal. Toma, gracias. —Le devolvió la toalla—. ¿Siempre llevas una toalla en la cartera?

—¿Siempre te das un baño por la tarde?

—No, suelo bañarme por la mañana en la piscina de Highbury Fields, para despertarme y refrescar las ideas. Sólo que recordé que esta mañana no había ido.

—Y esa fue la única razón por la que te tiraste al agua, ¿verdad?

—Pues sí. Pensé que un poco de ejercicio me ayudaría a enfrentarme a la situación.

—¿Y no te parece un poco desproporcionado el hecho de desnudarte y tirarte al canal?

—No, quizá no haya sido muy prudente, dado el estado del agua, pero estoy completamente satisfecho de...

—Estás completamente satisfecho de los motivos que te han impulsado a hacerlo.

—Sí.

—Entonces, ¿no ha tenido nada que ver con lo de mi tía?

—¿De qué demonios estás hablando? —dijo Richard, receloso y con el ceño fruncido.

—Te lo explicaré —contestó Dirk.

Fue a sentarse a un banco y volvió a abrir la cartera. Dobló la toalla, la guardó y sacó una grabadora Sony. Hizo señas a Richard para que se acercase y puso en marcha el aparato. En el pequeño altavoz se oyó a Dirk que, con un sonsonete monótono, decía: «Dentro de un momento chasquearé los dedos, te despertarás y lo olvidarás todo salvo las instrucciones que ahora te daré. Dentro de poco iremos a dar un paseo por el canal y cuando me oigas decir mi “tía solterona, la que vivía en Winnipeg...”».

Dirk sujetó a Richard del brazo.

—«... te quitarás la ropa y te tirarás al canal» —prosiguió la cinta—. «Comprobarás que no puedes nadar, pero ni tendrás miedo ni te ahogarás, simplemente te limitarás a mantenerte a flote hasta que yo te lance el salvavidas...».

Dirk paró la cinta y observó el rostro de Richard, que por segunda vez en aquel día estaba pálido por la conmoción.

—Me interesaría saber exactamente qué te pasó para que anoche treparas por la fachada del edificio de *miss* Way y penetrases en su casa —dijo Dirk—. Y por qué lo hiciste.

Richard no contestó. Continuó mirando la cinta con aire perplejo.

—En la cinta de Susan había un mensaje de Gordon —dijo al cabo con voz trémula—. Llamó desde el coche. La cinta está en mi casa. Dirk, de pronto tengo mucho miedo de todo esto.

Dirk vigilaba al oficial de guardia ante la puerta de la casa de Richard desde detrás de una camioneta aparcada a unos metros de distancia. El agente retenía e interrogaba a todos los que pretendían pasar al callejón por donde se entraba en la casa, incluidos, para gran satisfacción del detective, los policías que no reconocía inmediatamente. Llegó otro coche patrulla y Dirk se puso en movimiento.

Del automóvil oficial salió un policía con un serrucho y se dirigió a la puerta. Con autoritarias zancadas, Dirk dejó atrás al agente colocándose a unos pasos delante de él.

—Está bien, viene conmigo —dijo Dirk, pasando rápidamente en el momento exacto en que el guardia paraba al policía recién llegado.

Ya estaba dentro y subiendo las escaleras cuando el policía del serrucho, que seguía detrás de él, le dijo:

—Oiga, disculpe, señor.

Dirk acababa de llegar al sitio donde el sofá obstruía el paso. Se detuvo y dio media vuelta.

—Quédese ahí y vigile el sofá —ordenó—. Que nadie lo toque. ¿Entendido? Nadie.

El agente pareció confundido durante un momento.

—Tengo órdenes de serrarlo.

—¡Contraorden! —vociferó Dirk—. Vigílelo como un halcón. Quiero un informe completo.

Se dio la vuelta y pasó por encima del sofá. Unos momentos después se encontraba en una amplia zona despejada. Era el nivel más bajo de los dos pisos de que se componía el apartamento de Richard.

—¿Ha registrado eso? —preguntó bruscamente a otro agente que estaba sentado a la mesa del comedor de Richard estudiando unas notas.

Sorprendido, el agente alzó la vista y empezó a ponerse en pie.

Dirk señalaba la papelera. —Pues... sí—. Regístrelo otra vez. Siga registrando. ¿Quién está aquí?

—Bueno, pues...

—No dispongo de todo el día.

—El detective inspector Masón acaba de marcharse, con...

—Bien, lo voy a sustituir. Estaré arriba si me necesitan, pero no quiero que me interrumpen a menos que sea muy importante. ¿Entendido?

—Y ¿quién es...?

—No veo que registre la papelera.

—Sí, muy bien, señor. Yo...

—Quiero un registro minucioso. ¿Entiende?

—Pues...

—Manos a la obra.

Dirk se precipitó escaleras arriba y entró en el despacho de Richard.

Vio la cinta exactamente donde Richard le había dicho, sobre la enorme mesa donde estaban los seis Macintosh. Iba a guardársela en el bolsillo cuando le llamó la atención la imagen del sofá de Richard que giraba lentamente en la pantalla del Macintosh mayor. Se sentó al teclado y exploró durante un rato el programa que Richard había confeccionado, pero en seguida comprendió que en su forma actual poco explicaba por sí solo y no se enteró de mucho. Al fin logró desatascar el sofá y moverlo escaleras abajo, pero luego se dio cuenta de que para hacerlo bien tenía también que desplazar un trozo de pared. Con un gruñido de irritación, lo dejó.

Miró el otro ordenador, que exhibía una curva sinusoidal. En torno a los bordes de la pantalla se veían pequeñas imágenes de otras formas ondulantes que podían seleccionarse y añadirse a la curva principal o utilizarse para modificarla de otra manera. Pronto descubrió que se podían construir curvas muy complejas a partir de las simples, y se distrajo un rato haciéndolo. Añadió una curva sinusoidal simple, cuya consecuencia fue la duplicación de la altitud de las crestas y senos de la espiral. Luego colocó una de las curvas ligeramente por debajo de otra y sus cotas y senos se borraron dejando una línea completamente plana. Luego introdujo pequeñas modificaciones en la frecuencia de una de las curvas con el resultado de que algunos puntos de la curva sinusoidal compleja se reforzaron mutuamente y otros se eliminaron. Añadiendo una tercera curva simple de otra frecuencia, resultó una espiral compleja en la que era difícil distinguir configuración alguna. La línea osciló hacia arriba y hacia abajo con caprichosa apariencia, permaneciendo inmóvil durante cierto período para luego describir amplias crestas y senos mientras las tres curvas entraban brevemente en una fase continua.

Dirk supuso que entre todo aquel equipo habría algún medio de traducir efectivamente a música la secuencia de curvas que oscilaban en la pantalla del Macintosh, y empezó a examinar los menús que ofrecía el programa. Encontró un apartado que le invitó a transferir la muestra de curva a un SIMU. Desconcertado, miró por la habitación en busca de un gran pájaro sin alas, pero no encontró nada parecido. De todas formas, activó el proceso y luego siguió el cable que partía de la parte posterior del Macintosh, seguía al otro lado de la mesa, por el suelo, detrás de un archivador y debajo de una alfombra hasta ir a parar a una toma situada en la parte trasera de un amplio teclado gris que llevaba el nombre de Simulator II.

Dedujo que allí era donde acababa de llegar su curva experimental.

Indeciso, pulsó una tecla.

El desagradable pedo que al instante retumbó de los altavoces fue tan fuerte que de momento no oyó el grito de «¡Svld Cjelli!», que partió al mismo tiempo de la puerta. Sentado en el despacho de Dirk, Richard arrojaba arrugadas bolitas de papel a la papelera, que ya estaba llena de teléfonos. Rompía lápices ejecutando sobre las rodillas fragmentos de un antiguo solo de Ginger Baker.

En una palabra, estaba inquieto.

En una hoja de Dirk había tratado de escribir todo lo que podía recordar de la noche anterior, los detalles y la hora en que ocurrieron los hechos. Se quedó pasmado de lo difícil que era y lo endeble que parecía su memoria consciente en comparación con su memoria inconsciente, tal como le había demostrado Dirk.

«Puñetero Dirk», pensó.

Necesitaba hablar con Susan. Pero Dirk le había insistido en que no debía hacerlo de ninguna manera porque tendrían el teléfono intervenido y podían localizar la llamada.

—Puñetero Dirk —dijo en voz alta y poniéndose bruscamente de pie—. ¿Tiene una moneda de diez peniques? —preguntó a una Janice resueltamente melancólica.

Dirk se volvió.

En la puerta había un hombre alto envuelto en la sombra.

Aquel individuo no parecía contento con lo que vela, sino bastante molesto. En realidad, estaba algo más que disgustado. Parecía capaz de retorcer el pescuezo a una docena de pollos y seguir enfadado después.

Dio un paso hacia la luz y resultó ser el sargento Gilks, de la comisaría de Cambridgeshire.

—¿Sabes una cosa? —dijo el sargento Gilks de la comisaría de Cambridgeshire, parpadeando en un intento de refrenar la cólera—. Cuando vuelvo aquí y me encuentro a un agente de policía vigilando un sofá con un serrucho y a otro desarmando una inocente papelera, no tengo más remedio que hacerme ciertas preguntas. Y tengo que hacérselas a ellos con la alarmante sensación de que no van a gustarme las respuestas. Luego me encuentro subiendo las escaleras con una horrible premonición, Svlad Cjelli, un presentimiento absolutamente desagradable. Presentimiento, debería añadir, que ahora encuentro horrorosamente justificado. Supongo que tampoco podrás arrojar luz alguna sobre el asunto de un caballo que encontramos en un cuarto de baño, ¿verdad? Parecía guardar cierta relación contigo.

—No —contestó Dirk—. Todavía no. Aunque me interesa singularmente.

—Ya lo creo que sí, joder. Y también te habría interesado singularmente si hubieras tenido que bajar el puñetero caballo por una maldita escalera de caracol a la una de la madrugada. ¿Qué coño estás haciendo aquí? —preguntó con fastidio el sargento Gilks.—He venido a buscar justicia.

—Bueno, yo no me meto en eso, y tampoco me meteré en el terreno de la Metropolitana. ¿Qué sabes de MacDuff y Way?

—¿De Way? Nada, aparte de lo que sabe todo el mundo. A MacDuff lo conocí en Cambridge.

—Así que le conoces, ¿eh? Descríbemelo.

—Alto. Alto y ridículamente delgado. Buena persona. Un poco como una mantis religiosa que no fuese creyente; una mantis religiosa atea, si lo prefieres. Una especie de mantis religiosa simpática y agradable que ha renunciado a la religión y se dedica

a jugar al tenis.

—Hummm —gruñó malhumorado Gilks, mirando la habitación de espaldas a Dirk, que aprovechó para guardarse la cinta en el bolsillo—. Parece el mismo.

—Y, desde luego —prosiguió Dirk—, absolutamente incapaz de asesinar a nadie.

—Eso nos toca a nosotros decidirlo.

—Y a un jurado, por supuesto.

—¡Bah! ¡Jurados!

—Aunque las cosas no llegarán tan lejos, evidentemente, porque los hechos hablarán por sí solos mucho antes de que a mi cliente lo cite un tribunal.

—Tu puñetero cliente, ¿eh? Muy bien, Cjelli, ¿dónde está?

—No tengo ni la menor idea.

—Apuesto a que tienes una dirección para pasar la factura.

Dirk se encogió de hombros.

—Mira, Cjelli, esta es una investigación de asesinato completamente normal, sin importancia, y no quiero que la estropees. De modo que considérate advertido desde este momento. En cuanto vea una sola prueba levitando, te sacudiré tan fuerte que no sabrás el día en que vives. Ahora lárgate y dame la cinta de paso.

Alargó la mano y Dirk pestañeó con auténtica sorpresa.

—¿Qué cinta? —preguntó.

—Eres listo, Cjelli, lo reconozco —observó Gilks, suspirando—, pero cometes el mismo error de muchas personas inteligentes que consideran estúpidos a todos los demás. Si te volví la espalda fue por una razón, para ver qué habías cogido. No necesitaba ver si lo cogías, sólo comprobar lo que faltaba después. Estamos entrenados, ¿sabes? Los martes por la tarde nos daban media hora de «Ejercicios de observación». No era más que una pausa después de cuatro horas de «Bárbara brutalidad».

Dirk ocultó la ira que le dominaba tras una débil sonrisa. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo de cuero y le entregó la cinta.

—Ponía —ordenó Gilks—. Veamos qué es lo que no querías que oyera.

—No es que no quisiera que lo oyese —dijo Dirk, encogiéndose de hombros—, sino que yo quería oírlo primero.

Se dirigió al armario donde estaba instalado el equipo de música de Richard e introdujo la cinta en el cassette.

—¿Querías ponerme un poco en antecedentes?

—Es una cinta del contestador automático de Susan Way. Al parecer, Way solía dejar largos...

—Sí, lo sé. Y su secretaria tenía que escuchar toda su verborrea por la mañana, pobrecilla.

—Bueno, pues creo que en la cinta hay un mensaje enviado anoche desde el coche de Gordon Way.

—Ya. Vale, ponlo.

Con una gentil inclinación, Dirk pulsó la tecla de Play.

«Hola, Susan, soy Gordon —repitió la cinta—. Voy de camino a la casa de campo...».

—¡La casa de campo! —exclamó Gilks, con sarcasmo.

«Es el jueves por la noche y son, vamos a ver..., las ocho cuarenta y siete. Hay un poco de niebla en la carretera. Oye, esa gente de Estados Unidos viene este fin de semana...».

Gilks enarcó las cejas, miró el reloj y anotó algo en su cuaderno.

Tanto Dirk como el sargento sentían escalofríos al oír la voz del muerto en la habitación.

«... es un milagro si no acabo muerto en la cuneta. Sería algo extraordinario, ¿verdad?, dejar tus últimas palabras en un contestador automático. No hay razón...».

Escucharon todo el mensaje en un silencio lleno de tensión. «Ese es el problema de los tipos con talento, se les ocurre una gran idea que da resultado y luego esperan que les financies durante años mientras se quedan sentados estudiando la topografía de su ombligo. Lo siento, tengo que parar y arreglar el maletero, me parece que no lo he cerrado bien. Vuelvo en seguida».

A continuación se oyó el acolchado ruido del teléfono al caer sobre el asiento del copiloto y unos segundos después la puerta que se abría. La radio del coche proporcionaba música de fondo.

Unos instantes después, apagado pero inconfundible, llegó el estampido de una escopeta de caza de dos cañones.

—Para la cinta —dijo Gilks bruscamente, mirando el reloj—. Han pasado tres minutos y veinticinco segundos desde que mencionó que eran las ocho cuarenta y siete. —Volvió a mirar a Dirk—. Quédate aquí y no te muevas. No toques nada. He anotado la posición de cada partícula de aire de esta habitación, de modo que hasta sabré cómo has respirado.

Se dio la vuelta y salió con movimientos enérgicos. Bajó las escaleras y Dirk le oyó decir:

—Tuckett, ve a la oficina de WayForward, investiga los detalles del teléfono del coche de Way, número, compañía...

La voz se disipó escaleras abajo.

Sin perder tiempo, Dirk bajó el volumen del equipo de alta fidelidad y puso de nuevo la cinta en funcionamiento. La música siguió durante un rato.

Dirk tamborileó con los dedos, frustrado. Dio un momento a la tecla de rebobinado hacia adelante. Seguía la música. Pensó que buscaba algo, pero no sabía qué. Esa idea le dejó seco.

Era evidente que buscaba algo.

Estaba claro que no sabía qué.

La conciencia de que no sabía exactamente por qué hacía lo que hacía le dejó helado y electrizado. Se dio la vuelta despacio, como la puerta de un frigorífico al

abrirse.

En la habitación no había nadie; al menos, nadie que pudiera ver. Pero reconocía el escalofrío que le recorría la piel y lo detestaba por encima de todas las cosas.

—Si alguien puede oírme —dijo en un feroz murmullo—, que escuche bien esto. Mi mente es el centro de mi ser y todo lo que en ella ocurra es cosa mía. Otras personas quizá crean lo que quieren creer, pero yo no hago nada sin saber claramente por qué. Si quiere algo, dígamelo, pero no se le ocurra dirigir mi voluntad.

Temblaba con una rabia honda y primaria. Poco a poco, con cierto patetismo, el escalofrío fue abandonándole y pareció desplazarse por la habitación. Trató de seguirlo con los sentidos, pero en seguida le distrajo una voz que sonó de pronto casi fuera del alcance de su oído, entre un lejano aullido del viento.

Era una voz profunda, perpleja, aterrorizada, apenas un murmullo etéreo, pero presente, audible, que salía de la cinta del contestador automático.

«¡Susan! —decía—. ¡Socorro, Susan! ¡Ayúdame, por amor de Dios! Estoy muerto, Susan...».

Dirk giró en redondo y paró la cinta.

—Lo siento —dijo entre dientes—, pero tengo que ocuparme de los intereses de mi cliente.

Rebobinó muy poco la cinta, justo hasta donde empezaba la voz, giró el botón del volumen hasta la posición cero y pulsó la tecla *Record*. Dejó que la cinta corriera, borrando la voz y lo que viniese a continuación. Si la grabación tenía que servir para establecer la hora de la muerte de Gordon Way, Dirk no quería que el asesinado diera luego muestras de una embarazosa presencia en la cinta, aun cuando fuera para confirmar que estaba muerto.

De pronto pareció brotar una gran emoción en el ambiente. Una oleada de energía barrió la estancia haciendo vibrar los muebles a su paso. Dirk observó que se dirigía hacia un armario cercano a la puerta sobre el cual, según descubrió de pronto, estaba el contestador automático de Richard. La máquina empezó a dar sacudidas sin desplazarse de su sitio, pero se inmovilizó en cuanto Dirk se aproximó a ella. Despacio, con suavidad, Dirk alargó la mano y pulsó la tecla que ponía el aparato en posición Contestar.

La turbulencia en el ambiente volvió entonces a atravesar la habitación hasta la mesa de Richard, donde los anticuados teléfonos de disco casi se ocultaban entre montones de papeles y disquetes flexibles. Dirk adivinó lo que iba a pasar, pero prefirió observar que actuar.

Uno de los teléfonos se descolgó. Dirk oyó la señal de línea. Luego, despacio y con evidente dificultad, el disco empezó a girar. Se movía poco a poco, a sacudidas, cada vez más despacio y luego, de pronto, volvía al principio.

Hubo una pausa momentánea. Luego el teléfono volvió a colgarse y descolgarse y se oyó una nueva señal de línea. El disco empezó a girar otra vez con más chirridos y sacudidas que antes. Y de nuevo volvió atrás. Esta vez hubo una pausa más larga y

todo el proceso se repitió de nuevo. Cuando el disco volvió atrás por tercera vez se produjo una súbita explosión de furia: el teléfono entero saltó por el aire y se precipitó por la habitación. El cordón se enrolló en torno a una lámpara de pie que se interponía en su camino y la estrelló contra el suelo en una maraña de cables, tazas de café y disquetes. Una pila de libros cayó precipitadamente de la mesa.

La silueta del sargento Gilks se recortó impasible en el umbral.

—Voy a entrar otra vez —anunció—, y cuando lo haga no quiero que siga pasando nada de eso. ¿Queda entendido?

Dio media vuelta y desapareció.

Dirk se precipitó de un salto al cassette y pulsó el rebobinado. Luego se volvió y masculló:

—No sé quién eres, pero lo supongo. Si quieres que te ayude no vuelvas a meterme en esos líos.

Gilks volvió a aparecer poco después.

—¡Ah, ya estás otra vez! —dijo, observando los destrozos con mirada impasible—. Haré como si no viese nada, para no hacer preguntas cuyas respuestas, estoy seguro, no harían sino irritarme. Dirk lo miró encolerizado.

En el momentáneo silencio que siguió, un leve zumbido llamó la atención del sargento Gilks, que miró bruscamente al magnetófono.

—¿Qué hace esa cinta? —Rebobinándose—. Dámela.

La cinta llegó al principio y se paró justo cuando Dirk alargaba la mano hacia ella. La sacó y se la entregó a Gilks.

—Por molesto que sea, esto parece limpiar a tu cliente de toda sospecha —anunció el sargento—. La compañía del teléfono del coche ha confirmado que la última llamada que se ha hecho desde el mismo fue a las 8.46 de la noche de ayer, momento en el cual tu cliente dormitaba ligeramente ante varios cientos de testigos. Digo testigos, aunque en realidad eran estudiantes, pero quizá nos veamos obligados a suponer que no todos mienten.

—Bueno —repuso Dirk—, pues me alegro de que todo se haya aclarado.

—Nosotros nunca pensamos que fuese verdaderamente culpable, por supuesto. Sólo que había hechos que no encajaban. Y ya nos conoces, nos gusta obtener resultados. Pero dile que todavía queremos hacerle algunas preguntas.

—Si por casualidad me encuentro con él, se lo diré.

—No te olvides de hacerlo, ¿eh?

—Bueno, sargento, ya no le entretengo más —dijo Dirk, señalando la puerta con desenvoltura.

—No, Cjelli, pero yo te entretendré a ti si no te largas dentro de treinta segundos. No sé qué coño andas buscando, pero preferiría no enterarme para dormir más tranquilo en el despacho.

Largo.

—Entonces le deseo que tenga un buen día, sargento. No diré que ha sido un

placer, porque no lo ha sido.

Dirk salió a paso ligero de la habitación y luego del apartamento, observando con pena que donde antes había un magnífico sofá suntuosamente atascado en medio de las escaleras, ahora sólo había un pequeño y triste montón de serrín.

Michael Wenton-Weakes levantó bruscamente la vista del libro.

De pronto se sentía lleno de resolución. Ideas, imágenes, recuerdos, intenciones, todo se le agolpaba y, cuantas más contradicciones surgían, más parecía encajar la situación, más casaban los detalles. Al fin, después de limar asperezas y ajustarlos poco a poco, la conjunción era perfecta. Aunque la espera le había parecido una eternidad donde imperaba el fracaso, la debilidad, la soledad y la oscura impotencia; ahora todo se había convertido en realidad. Todo había pasado. Se rectificaría el desastroso error.

¿Quién lo había ideado? No importaba, el ajuste se había realizado y era perfecto.

Miró por la ventana a la bien cuidada calle Chelsea y no le importaba si lo que veía eran seres viscosos con patas o si todos eran míster A. J. Ross. Lo que importaba era lo que habían robado y lo que se verían obligados a devolver. Ross ya era el pasado. Y lo que ahora le interesaba estaba más allá del pasado.

Sus grandes y tiernos ojos de vaca volvieron a los últimos versos de Kubla Khan. El ajuste estaba hecho, todo casaba.

Cerró el libro y se lo guardó en el bolsillo.

Ya estaba despejado su camino de vuelta. Sabía lo que tenía que hacer. Sólo tenía que comprar algo antes de hacerlo.

—¿Tú? ¿Buscado por asesinato? ¿De qué estás hablando, Richard?

El teléfono temblaba en la mano de Richard. Lo tenía a unos centímetros de la oreja porque parecía que alguien lo había pringado recientemente de *chow mein*, pero eso no era un inconveniente; se trataba de un teléfono público y, evidentemente, funcionaba por descuido. Richard empezaba a tener la sensación de que el mundo entero se había apartado unos centímetros de él, como en el anuncio de un desodorante.

—Gordon... —dijo Richard, vacilante—, Gordon ha sido asesinado, ¿verdad?

Susan hizo una pausa antes de contestar.

—Sí, Richard —confirmó con voz abatida—. Pero nadie cree que lo hicieras tú. Te quieren hacer algunas preguntas, claro, pero...

—Así que ¿la policía no está ahora contigo?

—No, Richard —insistió la muchacha—. Mira, ¿por qué no vienes a mi casa?

—¿Y no me están buscando?

—¡No! ¿De dónde demonios has sacado la idea de que te buscaban por..., de que pensaban que tú eras el culpable?

—Pues..., bueno, me lo dijo un amigo mío.

—¿Quién?

—Se llama Dirk Gently.

—Nunca me has hablado de él. ¿Quién es? ¿Te ha dicho algo más?

—Me hipnotizó y... hummm..., me hizo tirarme al canal y, bueno, eso fue todo.

Hubo una tremenda pausa al otro lado del hilo.

—Ven, Richard —dijo Susan con la especie de calma que se apodera de uno cuando comprende que, por muy mal que se pongan las cosas, no hay absolutamente ninguna razón para que no empeoren todavía más—. Iba a decirte que necesito verte, pero creo que eres tú quien necesita verme.

—Quizá debería ir a la policía.

—A la policía ve después. Richard, por favor. Unas horas de más no importan. Yo... apenas puedo pensar. ¡Es tan horroroso, Richard! Tu presencia me confortaría. ¿Dónde estás?

—De acuerdo. Estaré contigo dentro de veinte minutos.

—¿Dejo la ventana abierta o quieres probar por la puerta? —dijo Susan, sorbiendo una lágrima.

—No, por favor —rogó Dirk sujetando la mano de *miss* Pierce para evitar que abriese una carta de Hacienda—, hay cielos más desolados que este.

Acababa de pasar un período de tensa meditación en su oscuro despacho y desprendía un halo de excitada concentración. Había hecho falta su auténtica firma al pie de un cheque de verdad para convencer a *miss* Pierce de que le perdonara por su última e injustificable extravagancia, por lo que al volver y verla allí sentada, abriendo cartas del fisco, pensó que Janice había interpretado su magnánimo gesto de forma equivocada.

La secretaria dejó el sobre a un lado.

—¡Venga! —dijo Dirk—. Quiero que vea una cosa. Observaré sus reacciones con el mayor interés.

Volvió apresuradamente a su despacho y se sentó al escritorio.

Ella lo siguió pacientemente y se colocó frente a él, ignorando a propósito la nueva e injustificable extravagancia que había sobre la mesa. La brillante placa metálica de la puerta la había sacado de sus casillas, pero el absurdo teléfono de grandes teclas rojas que tenía ante la vista no merecía siquiera el desprecio. Y desde luego no iba a hacer nada precipitado, como esbozar una sonrisa, hasta estar segura de que el cheque no se esfumaría. La última vez que le firmó un cheque, lo canceló antes de acabar el día para evitar, según le explicó, que «cayese en malas manos». Era de suponer que las malas manos serían las del empleado del banco.

Le pasó un papel por encima de la mesa.

Ella lo cogió y lo miró. Luego lo volvió del revés y lo examinó de nuevo. Miró la otra cara y lo dejó sobre el escritorio.

—Bueno —masculló Dirk—. ¿Qué le parece? ¡Dígamelo!

Miss Pierce suspiró.

—Es un montón de garabatos sin sentido trazados con rotulador azul en una hoja de papel de máquina —afirmó ella—. Parece obra suya.

—¡No! —gritó Dirk, aunque admitió—: Bueno, sí, pero sólo porque creí que era la solución del problema. —¿De qué problema?

—¡El problema del juego de manos! —insistió Dirk—. ¡Ya se lo he dicho!

—Sí, *míster* Gently, repetidas veces. Creí que sólo se trataba de un truco de prestidigitación. De esos que se ven en la tele.

—¡Con la diferencia de que este era completamente imposible!

—No puede ser imposible; si no, no lo habrían podido hacer. Es lo lógico.

—¡Exactamente! —reconoció Richard, excitado—. ¡Eso es! Es usted una mujer muy intuitiva y de rara percepción.

—Gracias, señor, ¿me puedo marchar ya?

—¡Espere! ¡Todavía no he terminado! ¡Ni muchísimo menos! ¡Usted me ha demostrado su gran capacidad intuitiva y sus dotes de penetración, permítame que

ahora le demuestre las mías!

Miss Pierce se acomodó pacientemente en el asiento.

—Se va a quedar atónita —prosiguió *Dirk*—. Atienda bien. Un problema difícil. Para buscar la solución no hice sino darle vueltas y más vueltas a la cabeza, siempre con el mismo resultado exasperante. Era evidente que no sería capaz de pensar en nada más, pero también estaba claro que si quería encontrar la solución tenía que pensar en otra cosa. ¿Cómo romper ese círculo vicioso? Pregúnteme cómo.

—¿Cómo? —preguntó obedientemente *miss Pierce*, aunque sin ningún entusiasmo.

—¡Anotando la respuesta! —exclamó *Dirk*—. ¡Y ahí la tiene! Exultante, dio unas palmaditas sobre el papel y volvió a retrepase en el asiento con una sonrisa satisfecha.

Miss Pierce lo miró con estupor.

—Con el resultado —prosiguió *Dirk*— de que ahora puedo dedicarme a pensar en nuevos e intrigantes problemas, como por ejemplo...

Cogió el papel lleno de garabatos y garambainas y se lo puso delante de la vista.

—¿En qué lenguaje está escrito esto? —inquirió en voz baja y amenazadora.

Miss Pierce siguió mirándole con estupor.

Dirk dejó caer el papel, puso los pies encima de la mesa, echó la cabeza atrás y se llevó las manos a la nuca.

—¿Ha visto lo que he hecho? —preguntó mirando al techo, que pareció estremecerse un poco al ver que súbitamente le metían en la conversación—. He transformado un problema de compleja dificultad y probablemente insoluble en un simple rompecabezas lingüístico. Aunque, desde luego, entraña una compleja dificultad y probablemente es insoluble.

Pronunció las últimas palabras tras una pausa de honda meditación, después de lo cual volvió a mirar fijamente a *Janice Pierce*.

—¡Vamos —la instó—, diga que es de locos! Pero podría dar resultado.

Janice Pierce se aclaró la garganta.

—Es de locos —dijo—, créame.

Dirk se volvió de lado, aflojó los músculos y casi se cayó del asiento, como debía pasarle al modelo de «El pensador» cuando *Rodin* salía al excusado. De pronto parecía tremendamente cansado y deprimido.

—Sé que hay un gran error en algún sitio —dijo en voz baja, abatido—. Y sé que tengo que ir a Cambridge a comprobarlo. Pero sentiría menos temor si supiese de qué se trata.

—Entonces, ¿me puedo ir ya, por favor?

Dirk la miró con aire sombrío.

—Sí, pero dígame —le pidió, acariciando el papel con la yema de los dedos—, ¿qué piensa de esto?

—Pues me parece pueril —dijo *Janice Pierce*, con franqueza.

—¡Pero..., pero...! —exclamó Dirk, frustrado y dando un golpe en la mesa—. Pero ¿no comprende que para entender las cosas debemos ser como niños? Sólo un niño ve las cosas con absoluta claridad, porque todavía no se le han formado todos esos filtros que a nosotros nos impiden comprender lo inesperado.

—Entonces, ¿por qué no se lo pregunta a un niño?

—Gracias, *miss* Pierce —dijo Dirk, yendo a por el sombrero—. Una vez más me ha prestado un servicio inestimable por el que le estoy sumamente agradecido.

Salió pitando.

El cielo empezó a nublarse mientras Richard iba de camino a casa de Susan. El día, que había empezado con una mañana tan animosa y jovial, empezaba a perder el impulso y a volver a la situación normal en Inglaterra, la de un paño de cocina húmedo y rancio.

Richard cogió un taxi, que lo llevó a su destino en pocos minutos.

—Deberían deportarlos a todos —dijo el taxista cuando paró.

—¿A quién se refiere? —preguntó Richard, dándose cuenta de que no había escuchado una palabra del discurso del taxista.

—Pues —repuso el taxista, que comprendió que él tampoco se había enterado de nada—, bueno, a todos ellos. Librarse de todo el mogollón, eso es lo que digo. Y de sus puñeteros mocosos —añadió para completar la cosa.

—Supongo que tiene razón —concluyó Richard, apresurándose hacia la casa.

Al llegar al portal oyó el violonchelo de Susan, que tocaba una lenta y majestuosa melodía. Se alegró. Cuando podía tocar su instrumento, controlaba sus emociones y era muy dueña de sí.

Había observado algo raro y extraordinario en la relación de Susan con la música que interpretaba. Cuando estaba emocionada o inquieta, se sentaba a tocar con una concentración absoluta y después tenía una apariencia fresca y tranquila. Si a continuación volvía a tocar lo mismo, todo se le escapaba y ella misma se hacía pedazos.

Entró con el mayor sigilo que pudo, para no distraerla.

Pasó de puntillas frente al cuarto donde ensayaba, pero la puerta estaba abierta y se detuvo a mirarla haciéndole una breve seña para que no lo dejase. Parecía pálida y ojerosa, pero le obsequió con el destello de una sonrisa y prosiguió los movimientos del arco con súbita intensidad.

Con un impecable sentido de la oportunidad del que muy raramente hace gala, el sol escogió aquel momento para restallar brevemente entre las densas nubes y una luz de tormenta bañó a Susan y a la oscura madera del antiguo instrumento. Richard quedó paralizado. La agitación del día se paralizó durante un momento y mantuvo una respetuosa distancia.

Richard no conocía el fragmento, pero le parecía Mozart y recordó que Susan le había dicho que tenía que aprender algo de ese compositor. Entró en silencio y se sentó a escuchar.

Susan terminó al fin la pieza y hubo un minuto de silencio hasta que se recuperó. Parpadeó, sonrió, le dio un prolongado y trémulo abrazo y luego se retiró y colgó el teléfono. Solía descolgarlo cuando ensayaba.

—Lo siento, no quería parar —dijo, enjugándose una lágrima como quien se alivia de una ligera irritación—. ¿Cómo estás, Richard?

Él se encogió de hombros y la miró con expresión perpleja. Esa parecía ser una

buena respuesta.

—Y me temo que tendré que seguir —dijo ella, suspirando y meneando la cabeza —... Lo siento. Es que he estado... ¿Quién haría una cosa así?

—No sé. Algún loco. Me parece que no importa mucho quién lo hiciese.

—No —convino Susan—. Oye, hummm, ¿has comido? —No. Sigue tocando, Susan, yo miraré qué hay en la nevera. Ya hablaremos de eso mientras comemos—. De acuerdo —asintió ella—, pero... —¿Sí?

—Pues de momento preferiría no hablar de Gordon. Sólo hasta que me haga a la idea. Estoy como perpleja. Habría sido más fácil si hubiésemos estado más unidos, pero no era así y me siento un poco molesta de no haber reaccionado con espontaneidad. Hablar de ello estaría bien si no hubiese que emplear el pretérito, y eso es lo que...

Se abrazó a Richard, tranquilizándose con un suspiro.

—Me parece que no tengo mucha cosa en la nevera. Algún yogur, creo, y un frasco de arenques enrollados que puedes abrir. Estoy segura de que los estropearás si lo intentas, pero están bastante frescos. Lo fundamental es no tirarlos al suelo o dejar que les caiga mermelada encima.

Le abrazó, le besó, le dirigió una melancólica sonrisa y volvió a su sala de música.

Sonó el teléfono y Richard lo cogió.

—¿Diga?

No oyó nada, sólo como un susurro.

—¿Había alguien al teléfono? —preguntó Susan.

—No, nadie.

—Ya ha pasado un par de veces. Creo que es una especie de minimalista que respira fuerte.

Susan siguió tocando y Richard se dirigió a la cocina y abrió la nevera. Se preocupaba menos que Susan de la comida sana y por eso no se sintió nada entusiasmado de lo que vio, pero logró colocar sin dificultad unos arenques enrollados, yogur, arroz y naranjas en una bandeja y se esforzó por no pensar en un par de gruesas hamburguesas con patatas fritas que constituirían un colofón perfecto. Descubrió una botella de vino blanco y lo llevó todo a la pequeña mesa del comedor. Susan se reunió allí con él al cabo de un par de minutos. Estaba de lo más tranquila y sosegada y, una vez iniciada la comida, le preguntó por lo del canal.

Richard meneó la cabeza con aire confuso y trató de explicárselo hablándole de Dirk.

—¿Cómo has dicho que se llama? —dijo Susan con el ceño fruncido cuando él llegó a una pobre conclusión.

—Pues, bueno, en cierto modo Dirk Gently.

—¿En cierto modo?

—Pues sí —repuso Richard, suspirando con dificultad.

Pensó que cualquier cosa que se dijera respecto a Dirk debería estar sujeta a esa especie de evasivas cautelas. Incluso en el membrete de sus cartas había una serie de vagas y un tanto ambiguas calificaciones detrás de su nombre. Sacó el papel en el que horas antes había intentado organizar vanamente sus ideas.

—Yo... —empezó a decir, pero llamaron a la puerta.

Se miraron.

—Es la policía —dijo Richard—. Será mejor que los vea. Terminemos de una vez.

Susan retiró su silla, se dirigió a la puerta y cogió el interfono.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Quién? —repitió al cabo de un momento.

Escuchó con las cejas fruncidas, luego se dio media vuelta y miró a Richard con expresión ceñuda.

—Será mejor que vengas —le dijo en un tono de voz menos que amable antes de pulsar el botón que abría el portal.

Volvió al comedor y se sentó.

—Es tu amigo —dijo con voz queda—. Mister Gently.

El Monje Eléctrico tenía un día sumamente bueno y se lanzó a un animado galope. Es decir que, animado, picó espuelas y, sin ninguna animación, su caballo se lanzó al galope.

Qué bueno era este mundo, pensó el Monje. Le encantaba. No sabía qué era ni de dónde había surgido, pero, desde luego, se trataba de un lugar lleno de satisfacciones para alguien que tuviese sus extraordinarias y únicas dotes.

Lo apreciaban. Aquel día había hablado con todas las personas con las que se había encontrado, conversado con ellas y escuchado sus problemas para después pronunciar aquellas dos palabras mágicas: «Te creo». De modo invariable, el efecto había sido electrizante. No es que los habitantes de aquel mundo no las pronunciaran de cuando en cuando, pero parecía que rara vez lograban el tono de honda sinceridad con que el Monje las reproducía después de haberlo programado tan soberbiamente.

En su propio mundo, no le prestaban la debida atención. Esperaban que creyese cosas por ellos y que no los molestara. Si alguien venía con alguna gran idea o propuesta nueva, o incluso con una religión, se le respondía: «Bueno, ve a decírselo al Monje». Y el Monje se sentaba pacientemente a escuchar y a creérselo todo, pero nadie le mostraba mayor interés.

En aquel mundo excelente, sólo parecía suscitarse un problema. Con frecuencia, después de pronunciar las palabras mágicas, el tema cambiaba rápidamente al del dinero, y el Monje, claro está, no tenía. Un fallo que había ensombrecido una serie de encuentros que, en caso contrario, habrían sido muy prometedores.

Quizá debería conseguir un poco. Pero ¿dónde?

Embridó el caballo, que se detuvo agradecido y empezó a darle a la hierba de la cuneta. El animal no tenía ni idea de para qué servía todo aquel galopar de aquí para

allá, pero no le importaba. Todo lo que le preocupaba era que lo habían hecho galopar de un lado para otro entre lo que parecía un perpetuo restaurante de carretera. Aprovechó lo mejor que pudo aquel momento, por lo que pudiese durar.

El Monje atisbo con atención en ambas direcciones de la carretera. Le resultaba vagamente familiar. Trotó un poco para echar un vistazo más adelante. El caballo prosiguió su comida a unos metros de la primera parada.

Sí, el Monje había estado anoche allí. Lo recordaba claramente, bueno, con cierta claridad. Creía recordarlo claramente y, al fin y al cabo, eso era lo principal. Habla llegado aquí en un estado mental más confuso que de costumbre, y justo a la vuelta del primer cruce, si no se equivocaba otra vez de medio a medio, estaba la pequeña gasolinera frente a la cual había subido al coche de aquel señor tan amable, del hombre que había reaccionado de tan mala manera cuando le disparó.

A lo mejor tenían dinero en aquel sitio y le darían un poco, aunque lo dudaba. Bueno, probaría. Volvió a apartar al caballo de su festín y galopó hacia la gasolinera.

Al acercarse observó un coche arrogantemente aparcado en ángulo. La posición en que se encontraba indicaba muy a las claras que no estaba allí para algo tan trivial como para llenar el depósito y que era importante como para aparcar justamente en medio del paso. Los coches que llegaban tenían que maniobrar en torno a él lo mejor que podían para poner gasolina. Era blanco, con franjas y placas, y llevaba unos faros que le parecieron impresionantes.

Al llegar frente al área de servicio, el Monje desmontó y ató el caballo a un surtidor. Se dirigió a la pequeña tienda y en su interior vio a un hombre de espaldas que llevaba un uniforme azul oscuro y una gorra de plato. El hombre brincaba de un lado para otro metiéndose los dedos en las orejas, lo que claramente causaba una profunda impresión al cajero.

El Monje lo miraba con temor reverente. Con una instantánea falta de esfuerzo que habría impresionado a un adepto a la ciencia, creyó que aquel hombre debía de ser un dios para despertar fervor semejante. Conteniendo la respiración, esperó el momento de adorarlo. Al cabo de unos instantes el hombre dio media vuelta, salió de la tienda, vio al Monje y se detuvo en seco.

El Monje comprendió que el hombre esperaba que le hiciese algún gesto de veneración, de modo que se puso a bailar con aire reverente metiéndose los dedos en las orejas.

Su dios le clavó por un instante la mirada, lo agarró, le dio la vuelta, le dio un empujón contra el coche, lo mantuvo con las piernas abiertas y le registró en busca de armas.

Dirk irrumpió en el piso como un pequeño tornado regordete.

—Miss Way —dijo, estrechando la mano un tanto reticente de Susan y quitándose el absurdo sombrero—, conocerla representa un inefable placer, pero es también muy de lamentar que la ocasión de nuestro encuentro esté revestida de un gran dolor, por el que le expreso mi más honda simpatía y compasión. Le ruego me crea si le digo

que por nada del mundo me entrometería en su particular aflicción de no ser por un asunto de la más grave importancia y magnitud. Richard, he resuelto el problema del truco de prestidigitación y es extraordinario.

Cruzó en tromba la habitación y se sentó en una silla de la mesa del comedor, donde depositó el sombrero.

—Tendrás que disculparnos, Dirk —dijo Richard en tono seco.

—No, me temo que sois vosotros quienes tendréis que disculparme a mí —replicó Dirk—. El rompecabezas está resuelto y la solución es tan asombrosa que me la dio por la calle un niño de siete años. Pero indudablemente es la correcta, no me cabe duda alguna. «¿Pues cuál es la solución?», me preguntas, o me preguntarías si fueses capaz de articular palabra, que no lo eres, de modo que te evitaré la molestia y haré la pregunta por ti, y además la contestaré diciendo que no te la diré porque no me vas a creer. En cambio, te la mostraré esta misma tarde. No obstante, ten el convencimiento de que lo explica todo. El truco de prestidigitación. La nota que encontraste tenía que haberme resultado absolutamente clara, pero fui un estúpido. Y explica cuál era la tercera pregunta que faltaba, o mejor dicho..., y este es el detalle más importante, ¡explica cuál era la primera pregunta que faltaba!

—¿Qué pregunta faltaba? —exclamó Richard, confundido por la súbita pausa y saltando con la primera frase que se le ocurrió. Dirk pestañeó como ante la presencia de un idiota—. La pregunta que faltaba y que hizo Jorge III, por supuesto. —¿Que hizo quién?

—Pues, el profesor —dijo Dirk, impaciente—. ¿Es que no escuchas nada de lo que dices? ¡Todo era evidente! —exclamó, dando una palmada sobre la mesa—. Tan evidente que lo único que me impidió ver la solución fue el hecho insignificante de que era absolutamente imposible. Sherlock Holmes observó que una vez eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe ser la respuesta. Pero a mí no me gusta eliminar lo imposible. Venga, Vámonos.

—No.

—¿Cómo?

Dirk miró a Susan, de quien procedía la inesperada oposición; o al menos él no se la esperaba.

—Mister Gently —dijo la muchacha en un tono con el que podía romperse un bastón—. ¿Por qué hizo creer deliberadamente a Richard que le buscaba la policía?

Dirk frunció el ceño.

—Pero es que la policía le buscaba. Y sigue buscándole.

—¡Sí, pero sólo para hacerle unas preguntas! No como sospechoso de asesinato.

—Miss Way —repuso Dirk, mirando al suelo—, la policía tiene interés en saber quién asesinó a su hermano. Con el mayor respeto, yo no. Admito que quizá resulta que tiene relación con el caso, pero también es probable que, a la postre, sea un loco cualquiera. Lo que yo quería saber, lo que aún necesito desesperadamente saber, es por qué se introdujo Richard anoche en este piso. —Ya te lo he contado— protestó

Richard.

—¡Lo que ya me has dicho no tiene la menor importancia! Sólo revela el hecho crucial de que ni siquiera tú sabes el motivo. ¡Por amor de Dios, creí habértelo demostrado claramente en el canal! Richard tiritó.

—Te estuve observando y me di perfecta cuenta —prosiguió Dirk— de que no eras muy consciente de lo que estabas haciendo ni del peligro físico que corrías. Cuando te vi, al principio pensé que se trataba de un estúpido ladrón en su primer y posiblemente último robo con escaló. Pero el intruso se dio la vuelta y te reconocí, y yo sé que eres una persona inteligente, sensata y racional. ¿Richard MacDuff? ¿Jugándose despreocupadamente el cuello y trepando de noche por los canalones? Me pareció que no te hubieras comportado de aquella manera tan precipitada y temeraria de no estar desesperadamente preocupado por algo de tremenda importancia. ¿No es cierto, *miss Way*?

Lanzó una severa mirada a Susan, que se sentó despacio, observándolo con una expresión de alarma que confirmaba que Dirk había dado en el blanco.

—Y sin embargo, cuando viniste a verme esta mañana estabas tranquilo y sereno. Discutiste conmigo con argumentos totalmente lógicos cuando yo te dije un montón de tonterías sobre el Gato de Schrödinger. Ese no era el modo de comportarse de alguien que la noche anterior había cometido actos temerarios impulsado por algún motivo desesperado. Confieso que en aquel momento me sentí inclinado a, bueno, a exagerar tu situación con el fin de tenerte controlado.

—No lo conseguiste. Me marché.

—Con ciertas ideas en la cabeza. Sabía que volverías. Te pido humildemente excusas por haberte despistado, hummm, un poco, pero sabía que lo que yo tenía que averiguar superaba con mucho el ámbito de las preocupaciones de la policía. Y si se trataba de eso..., de que no eras enteramente tú mismo cuando anoche escalaste la fachada..., entonces, ¿quién eras, y por qué lo hacías? Richard se estremeció. Hubo una larga pausa. —Pero ¿qué tiene que ver todo eso con los trucos de prestidigitación?— preguntó al fin.

—Hay que averiguarlo, y por eso tenemos que ir a Cambridge. —Pero ¿por qué estás tan seguro...?

—Me molesta... —empezó a decir Dirk adoptando una expresión sombría. Para ser tan locuaz, de pronto parecía extrañamente reacio a hablar, pero prosiguió—: Me molesta sobremanera descubrir que sé cosas y no sé por qué las sé. Quizá sea el mismo proceso de información instintivo que te permite atrapar un globo casi antes de verlo. Tal vez se deba al más hondo y menos explicable instinto que te advierte de que alguien te está observando. Es una enorme... ofensa para mi intelecto el hecho de que me ocurran las mismas cosas que a las personas que desprecio por crédulas. Ya recordarás la... desgracia que envolvió a ciertas preguntas de los exámenes...

De pronto pareció afligido y desolado. Tuvo que escarbar muy hondo en su interior para seguir hablando.

—Una cosa es la capacidad de multiplicar dos por dos y llegar automáticamente al resultado de cuatro. Y otra muy distinta la de sumar la raíz cuadrada de quinientos treinta y nueve coma siete con el coseno de veintiséis coma cuatro tres dos y llegar al resultado de..., bueno, lo que sea. Y yo..., yo...

—Mira —prosiguió, inclinándose resueltamente hacia adelante—, anoche te vi escalar la fachada de la casa y penetrar en este piso. Sabía que algo andaba mal. Hoy he hecho que me cuentes hasta el último detalle de lo que pasó anoche y, como resultado, únicamente con la ayuda de mi intelecto, he descubierto lo que posiblemente constituya el mayor secreto que encierra este planeta. Te juro que es cierto y puedo demostrarlo. Y debes creerme si te digo que sé positivamente que pasa algo muy grave, terrible e inimaginable que tenemos que averiguar. ¿Vendrás conmigo ahora a Cambridge? Richard asintió en silencio.

—Bien. ¿Qué es eso? —dijo Dirk.

—Arenques en escabeche. ¿Quieres uno?

—No, gracias —repuso Dirk, levantándose y abrochándose el cinturón del abrigo. Se dirigió a la puerta, arrastrando a Richard con él, y añadió—: En mi diccionario no viene la palabra «arenque». Buenas tardes, *miss Way*, que Dios nos dé rapidez.

Se oyó un trueno y comenzó esa interminable llovizna del nordeste que parece acompañar a tantos acontecimientos importantes del mundo.

Dirk se alzó el cuello del abrigo de cuero para protegerse de la lluvia, pero nada podía mitigar su diabólica exuberancia cuando Richard y él se acercaban a los grandes portones del siglo XII.

—Saint Cedd’s College, Cambridge —exclamó, contemplándolo por primera vez en ocho años—. Fundado en el año tal o cual por alguien que no recuerdo, en honor de alguien cuyo nombre se me escapa.

—¿San Cedd’s? —sugirió Richard.

—¿Sabes que me parece muy probable? Uno de los santos más insípidos de Northumbria. Su hermano Chad era todavía más soso. Hay una catedral en su honor en Birmingham, para que te hagas una idea.

Se dirigió al portero, que en aquel momento también entraba en la facultad.

—Hola, Bill, me alegro de verte.

El portero se dio la vuelta.

—¡Míster Cjelli! Me alegro de que haya vuelto, señor. Lamento que tuviese algún problema y espero que se haya solucionado.

—Efectivamente, Bill, así es. Aquí me tiene, floreciente. ¿Y la señora Roberts, qué tal está? ¿Le sigue molestando el pie?

—No desde que se lo amputaron, gracias por interesarse, señor. Entre usted y yo, señor, habría preferido que le dejaran el pie y la hubiesen amputado a ella. Tenía un sitio reservado en la repisa de la chimenea, pero bueno, tenemos que tomar las cosas como vienen. Hola, míster MacDuff —añadió dirigiendo a Richard una breve inclinación de cabeza—. ¡Ah, señor! Respecto al caballo que usted mencionó cuando estuvo aquí la otra noche, me temo que tuvimos que retirarlo. Molestaba al profesor Chronotis.

—Sólo fue por curiosidad, Bill —repuso Richard—. Espero que no le molestara a usted.

—Nada me molesta nunca, señor, siempre que no vaya con traje. No soporto a los jovencitos emperifollados, señor.

—Si el caballo vuelve a molestarle, Bill —le interrumpió Dirk, dándole una palmadita en el hombro—, mándemelo a mí, que hablaré con él. Y a propósito del profesor Chronotis, ¿está en este momento? Venimos a consultarle algo.

—Supongo que sí, señor. Pero no lo puedo comprobar porque tiene el teléfono estropeado. Le sugiero que pase y lo vea usted mismo. La última esquina a la izquierda, en el segundo patio.

—Conozco bien el camino, gracias, Bill. Y dé recuerdos a lo que queda de la señora Roberts.

Cruzaron deprisa el primer patio o, mejor dicho, Dirk cruzó deprisa el primer patio mientras Richard lo seguía con su paso de garza y la cara arrugada contra la miserable llovizna. Evidentemente, Dirk se creía un guía turístico. —¡Saint Cedd's— exclamó, —la universidad de Coleridge, donde estudió *Sir Isaac Newton*, famoso inventor de la moneda acordonada y de la gatera!—. ¿La qué?

—¡La gatera! Un invento de la mayor lucidez, astucia e imaginación. Es una puerta hecha en una puerta, ¿entiendes?, un... —Sí, también había algo sobre la gravedad—. La gravedad —repitió Dirk, desechando el tema con un leve encogimiento de hombros—. Sí, supongo que también había algo de eso. Aunque, por supuesto, eso sólo fue un hallazgo. Estaba ahí para que la descubrieran.

Sacó un penique del bolsillo y lo lanzó con displicencia a los guijarros que enmarcaban el camino empedrado.

—¿Has visto? Funciona hasta los fines de semana. Alguien tenía que notarlo antes o después. Pero la gatera... ¡Ah! Esa es otra cuestión. Un invento, pura invención creadora.

—A mí me parece muy sencillo. Podría habersele ocurrido a cualquiera.

—¡Ah! —repuso Dirk—. Se necesita una inteligencia muy especial para convertir en un hecho deslumbrante lo que hasta entonces no existía. La expresión «también se me podría haber ocurrido a mí» es muy popular y muy engañosa, porque la cuestión es que a nadie se le ocurre, y un hecho significativo y revelador también lo es. Si no me equivoco, esta es la escalera que buscamos. ¿Subimos?

Sin esperar respuesta acometió los escalones. Richard, que lo seguía vacilante, lo encontró de pronto llamando a la puerta interior. La exterior estaba abierta.

—¡Pase! —gritó una voz desde dentro.

Dirk empujó la puerta y entraron a tiempo para ver la blanca cabeza de Reg que desaparecía en la cocina.

—Estoy haciendo té —dijo desde allí—, ¿quiere una taza? Pero siéntese, acomódese, quienquiera que sea.

—Es muy amable —repuso Dirk—. Somos dos.

Se sentó y Richard siguió su ejemplo.

—¿Indio o chino? —preguntó Reg.

—Indio, por favor.

Hubo un movimiento de tazas y platillos.

Richard observó la habitación. De pronto le pareció vulgar. En la chimenea el fuego ardía lentamente, pero la luz era gris como la tarde. Aunque todo estaba igual, el viejo sofá, la mesa atestada de libros, nada parecía relacionarla con los turbulentos y extraños acontecimientos de la noche pasada. La habitación parecía mirarle con las cejas enarcadas y aire inocente y decirle: «¿Sí?».

—¿Leche? —preguntó Reg, todavía en la cocina.

—Por favor —contestó Dirk.

Dirigió una sonrisa a Richard, que parecía a punto de volverse loco de tanto

contener los nervios.

—¿Un terrón o dos?

—Uno, por favor —dijo Dirk—. . . , y dos cucharadas de azúcar, si no le importa.

En la cocina hubo una interrupción de actividad. Al cabo de unos momentos, Reg asomó la cabeza por la puerta.

—¡Svld Cjelli! —exclamó—. ¡Santo cielo! El joven MacDuff ha trabajado deprisa, bien hecho. ¡Mi querido amigo, cómo me alegro de verte, qué estupendo que hayas venido!

Se limpió las manos en una toallita de té y se apresuró a saludar. —Mi querido Svld.

—Dirk, por favor, si no le importa —sugirió, dándole un firme apretón de manos—. Lo prefiero. Me parece que ese nombre suena más escocés. Dirk Gently es el nombre que ahora utilizo profesionalmente. Me temo que en el pasado hay ciertos acontecimientos de los que desearía desligarme.

—Por supuesto, sé qué quieres decir. La mayor parte del siglo XIV, por ejemplo, fue bastante triste —convino Reg con aire grave.

Dirk estuvo a punto de corregir el malentendido, pero pensó que sería un tanto fatigoso y lo dejó.

—¿Y qué tal le ha ido, mi querido profesor? —preguntó en cambio, colocando decorosamente el sombrero y la bufanda sobre el brazo del sofá.

—Pues últimamente han pasado cosas interesantes o, mejor dicho, aburridas. Pero aburridas por causas interesantes. Bueno, sentaos junto al fuego y calentaos mientras yo voy a por el té. Luego os explicaré.

Volvió a salir de la habitación, canturreando atareadamente, dejando que se acomodaran frente a la chimenea.

—No tenía ni idea de que lo conocieses tan bien —observó Richard, señalando a la cocina con un movimiento de la cabeza.

—No tanto —repuso Dirk—. Me lo encontré por casualidad en una cena, pero en seguida se estableció entre nosotros una relación de afinidad y simpatía. ^

—Y entonces, ¿cómo es que no has vuelto a verlo? —Me evitaba deliberadamente, claro. Unas relaciones estrechas son peligrosas si se tiene un secreto que ocultar. Y hablando de secretos, me parece que este es de campeonato. Si en el mundo hay un secreto más importante— dijo Dirk en voz baja, —me gustaría mucho saberlo.

Lanzó a Richard una mirada significativa y extendió las manos hacia el fuego.

Como Richard ya había intentado sonsacarle el significado exacto del secreto, se negó a tragar de nuevo el anzuelo. Se retrepó en la butaca y miró alrededor.

—¿Os he preguntado si queráis té? —dijo Reg, volviendo al cabo de un momento.

—Pues sí —contestó Richard—, hablamos de ello en detalle. Creo que al final aceptamos, ¿no?

—Bien —repuso Reg—. Por una afortunada casualidad parece que hay té preparado en la cocina. Tendréis que disculparme, tengo una memoria como un..., como un... ¿cómo se llaman esas cosas por donde se escurre el arroz? Pero ¿de qué estoy hablando?

Con expresión perpleja, dio media vuelta y se dirigió diligente a la cocina, donde desapareció de nuevo.

—Muy interesante —comentó Dirk en voz baja—. Me preguntaba si su memoria estaba enflaqueciendo.

De pronto se puso en pie y echó a andar por la habitación. Su mirada recayó en el ábaco, que resaltaba en el único espacio libre que había sobre la amplia mesa de caoba.

—¿Esta es la mesa donde encontraste la nota sobre el salero? —preguntó Dirk en voz baja.

—Sí —dijo Richard, levantándose y acercándose a la mesa—, metida en este libro.

Cogió la guía de las islas griegas y la hojeó.

—Sí, sí, claro. Eso ya lo sabemos. Ahora sólo me interesa el hecho de que la mesa fuese esta —dijo Dirk en tono impaciente mientras, con aire intrigado, pasaba los dedos por el borde.

—Si crees que entre Reg y la niña había una especie de colaboración previa, debo decirte que me parece del todo imposible.

—Pues claro que no. Creía que esto había quedado perfectamente claro —dijo Dirk irritado.

Richard se encogió de hombros en un esfuerzo por no enfadarse y volvió a poner el libro en su sitio.

—Pues es una extraña coincidencia que el libro estuviese... —¡Extraña coincidencia!— bufó Dirk. —¡Ja! Ya veremos hasta qué punto. Y sabremos exactamente lo rara que fue. Richard, me gustaría que le preguntaras a nuestro amigo cómo hizo el juego de manos.

—Creía que lo sabías.

—Lo sé —insistió Dirk con afectación—. Me gustaría que me lo confirmara él mismo.

—¡Ah! Ya entiendo, sí, es muy fácil, ¿verdad? —dijo Richard—. Que lo explique él y luego tú dices: «¡Sí, eso es exactamente lo que yo pensaba!». Muy agudo, Dirk. ¿Acaso hemos venido hasta aquí para que nos explique cómo hizo el juego de manos? Creo que debo de haberme vuelto loco.

Dirk se contuvo.

—Haz lo que te he pedido, por favor —dijo bruscamente—. Tú le viste hacer el truco, y eres tú quien tiene que preguntarle cómo lo hizo. Créeme, esto encierra un asombroso secreto. Yo lo sé, pero quiero que él te lo cuente.

Dio media vuelta al entrar Reg con una bandeja que llevó hasta el sofá y depositó

en la mesita que había delante de la chimenea.

—Profesor Chronotis —dijo Dirk.

—Reg, por favor.

—Muy bien, Reg...

—¡Escurridera! —exclamó Reg.

—¿Cómo?

—Eso por donde se escurre el arroz. Una escurridera. Trataba de acordarme de la palabra, aunque ahora no sé para qué. No importa. Dirk, querido amigo, parece que vayas a explotar por algo. ¿Por qué no te sientas y te pones cómodo?

—No, gracias, preferiría caminar de un lado para otro para calmar la inquietud, a poder ser. —Se volvió hacia Reg, lo miró de frente y, alzando un dedo, añadió—: Reg, debo decirle que conozco su secreto.

—¿Ah, sí, de veras? —masculló el profesor, bajando la vista y manipulando torpemente la tetera y las tazas, que resonaron con violencia—. Sí, me lo temía.

—Y nos gustaría hacerle unas preguntas. Debo advertirle que espero las respuestas con el mayor temor.

—Efectivamente, claro —murmuró Reg—. Bueno, quizá sea esta la última vez..., no sé qué pensar de los últimos acontecimientos y yo también... tengo miedo. Muy bien. Pregunta lo que quieras.

Alzó la vista bruscamente, con los ojos brillantes.

Dirk hizo un leve gesto a Richard con la cabeza, dio media vuelta y se puso a pasear con la vista fija en el suelo.

—Pues... —empezó Richard—, bueno, me... interesaría saber cómo hizo anoche el truco de prestidigitación con el salero.

Reg pareció sorprendido y un tanto confuso por la pregunta.

—¿El truco de prestidigitación?

—Pues sí, el truco de pretidigitación —repitió Richard.

—¡Ah! —repuso Reg, desconcertado—. Pues lo de la desaparición, no estoy seguro de que deba..., las normas del Club de los Magos, ¿sabes?, son muy estrictos sobre lo de revelar estos secretos. Muy estrictos. Pero es un truco impresionante, ¿no crees?

—Pues sí —convino Richard—. En aquel momento todo pareció muy natural, pero ahora que... lo pienso, tengo que admitir que fue un tanto sorprendente.

—Ah, sí. Es la destreza. La práctica, ¿comprendes? Hace que todo parezca natural.

—Pareció muy natural —insistió Richard, tanteando el terreno—. Casi me dejo engañar.

—¿Te gustó?

—Fue impresionante.

Dirk empezaba a impacientarse. Para demostrarlo lanzó una mirada a Richard.

—Y no acabo de entender por qué no puede decírmelo —dijo Richard en tono

firme—. Sólo tenía curiosidad, eso es todo. Lamento haberlo preguntado.

—Pues supongo que... —repuso Reg en un súbito tono de duda—, bueno, con tal de que me prometas no contárselo absolutamente a nadie. Creo que podrás deducir por ti mismo que utilicé dos saleros del juego que había en la mesa. Nadie notaría la diferencia entre uno y otro. Como sabes, la mano es más rápida que la vista y, en particular, más que las vistas que habla en torno a aquella mesa. Mientras manipulaba mi gorro de lana dando una astuta, o eso creía, representación de torpeza y confusión, me guardé el salero en la manga. ¿Comprendes?

Su nerviosismo inicial había desaparecido por completo ante el placer que sentía al demostrar su talento.

—En realidad es el truco más viejo del mundo —prosiguió—, pero a pesar de todo requiere mucha destreza y habilidad. Luego volví a dejar el salero en la mesa con el pretexto de pasárselo a alguien. Claro que para que parezca natural hacen falta años de práctica, pero lo prefiero a dejar caer el objeto al suelo. Eso es cosa de aficionados. No lo puedes recoger, y el servicio de limpieza tarda por lo menos quince días en verlo. Una vez tuve un tordo muerto debajo del asiento durante un mes. Claro que ahí no había truco que valiese. Lo había matado el gato. Tuve un gato una temporada. Luego desapareció también. No sé cómo. Estuve una semana rebuscándome entre las mangas.

Reg rebosaba de alegría.

Richard comprendió que había hecho su trabajo, pero no tenía idea de adonde les había llevado aquello. Miró a Dirk, que no le brindó ayuda alguna, de manera que prosiguió a ciegas.

—Sí, sí, comprendo que eso pueda hacerse teniendo habilidad manual. Lo que no entiendo es cómo el salero acabó metido en el jarrón.

Reg volvió a parecer confundido, como si estuviesen hablando de cosas diferentes. Miró a Dirk, que dejó de pasear y clavó en él una mirada luminosa y expectante.

—Pero... si eso fue muy sencillo. No se necesitaba habilidad para hacer truco alguno. Lo saqué del gorro, ¿recuerdas?

—Sí —convino Richard en tono de duda.

—Bueno, pues cuando salí del comedor fui a ver al artesano que había hecho el jarrón. Me llevó algún tiempo, claro. Unas tres semanas de investigación para saber dónde vivía y un par de días más para quitarle la borrachera, y luego, con cierta dificultad, le convencí de que pusiera el salero dentro del jarrón antes de meterlo en el horno... Después me paré en un sitio para buscar, hummm, unos polvos que disimularan el bronceado y, por supuesto, tuve que calcular con cuidado el momento de la vuelta para que todo pareciera natural. Tropecé conmigo mismo en el recibidor, lo que siempre me resulta molesto porque no sé adonde mirar, pero..., bueno, pues eso es todo.

Esbozó una sonrisa débil y nerviosa.

Richard trató de asentir con la cabeza, pero acabó renunciando.

—¿De qué demonios está hablando? —dijo.

Reg lo miró sorprendido.

—Creí que conocíais mi secreto.

—Yo sí —anunció Dirk con una sonrisa de triunfo—. Richard no lo conoce todavía, aunque aportó toda la información que me hacía falta para descubrirlo. Permítame colmar un par de pequeñas lagunas. Con el fin de encubrir el hecho de que en realidad se había ausentado durante semanas, mientras que por lo que se refería a los demás comensales sólo habían transcurrido unos segundos, tuvo que anotar para su propia referencia las últimas palabras que había dicho para retomar el hilo de la conversación de la manera más natural posible. Un detalle importante si su memoria ya no es lo que era. ¿No?

—Lo que era —repitió Reg, moviendo despacio la canosa cabeza—. Apenas recuerdo lo que era. Pero sí, has sido muy agudo al darte cuenta de ese detalle.

—Y luego está lo de las preguntas de Jorge III. Las que le hizo a usted.

Eso pareció pillar a Reg completamente por sorpresa.

—Le preguntó —prosiguió Dirk, consultando un cuadernito de notas que había sacado del bolsillo— si había alguna razón especial para que una cosa ocurriera después de otra, y si había algún medio de interrumpir la secuencia. ¿No le preguntó también, en primer lugar, si era posible viajar hacia atrás en el tiempo, o algo parecido?

Reg dirigió a Dirk una larga y apreciativa mirada. —Tenía razón respecto a ti. Posees una inteligencia muy notable, muchacho.

Se dirigió despacio a la ventana que daba al segundo patio. Observó las pocas siluetas que lo cruzaban precipitadamente, encogidas bajo la lluvia o señalando cosas.

—Sí, eso es precisamente lo que me preguntó —confesó Reg al fin con voz queda.

—Bien —dijo Dirk, cerrando de golpe el cuaderno de notas con una sonrisita la cual revelaba que vivía para aquel tipo de alabanzas—. Entonces eso explica por qué las respuestas fueron «sí, no y quizá», en este orden. Venga. ¿Dónde está?

—¿Dónde está qué?

—La máquina del tiempo.

—Estás dentro —dijo Reg.

Un grupo de gente bulliciosa subió al tren en Bishop's Stortford. Algunos iban vestidos de boda, con claveles un tanto agotados por el día de festejo. Las mujeres llevaban elegantes vestidos y sombreros, y charlaban animadamente de lo guapa que había estado Julia con su tafetán de seda, de que Ralph seguía pareciendo un palurdo acicalado aun vestido de gala y, en general, no les daban más de dos semanas.

Uno de los hombres sacó la cabeza por la ventanilla e interpeló a un empleado del ferrocarril para comprobar si aquel era el tren que paraba en Cambridge. El empleado confirmó que aquel era el puñetero tren. El joven sugirió que a nadie le gustaría averiguar que iban en dirección contraria, ¿verdad?, y emitió un sonido como el de un pez que ladrara para indicar que era una observación de lo más divertida. Luego volvió a meter la cabeza, dándose un golpe de paso.

El contenido alcohólico de la atmósfera del vagón subió bruscamente.

Parecía flotar en el ambiente la impresión general de que la mejor manera de mantener el ánimo para seguir festejando la boda por la noche era hacer una escapada al bar, para que los miembros del grupo que no estaban totalmente ebrios pudiesen rematar la faena. Ruidosas aclamaciones saludaron la idea, el tren arrancó con una sacudida y muchos de los que no se habían sentado cayeron al suelo.

Tres jóvenes cayeron en los tres asientos vacíos que había en torno a una mesa cuya cuarta silla estaba ocupada por un hombre corpulento y de aspecto blando que llevaba un traje pasado de moda. Tenía un rostro lúgubre y sus grandes y húmedos ojos de vaca miraban a la lejanía.

Poco a poco, su mirada empezó a volver del infinito y a fijarse en su entorno más inmediato, en sus nuevos y entrometidos compañeros de viaje. Sintió una necesidad, como la había sentido antes.

Los tres hombres discutían en voz alta si debían ir todos al bar, si sólo debían ir algunos para llevar copas a los demás, si los que fuesen a la cafetería se animarían tanto a la vista de la bebida que se quedarían allí olvidando a sus compañeros, los cuales estarían ansiosos esperando su vuelta, o si tras recordar que debían volver inmediatamente con las copas serían capaces de llevarlas y no se les caerían por el camino, vertiéndolas por todo el vagón e incomodando a los pasajeros.

Se llegó a una especie de consenso, pero al cabo de un segundo casi nadie recordaba sus términos. Dos de ellos se levantaron y volvieron a sentarse cuando el tercero se puso en pie. Luego este se sentó. Los dos primeros volvieron a incorporarse, manifestando la idea de que sería preferible que compraran todo el bar.

Estaba el tercero a punto de levantarse a su vez y seguir a sus compañeros, cuando de pronto, con imparable determinación, el hombre de los ojos de vaca se inclinó hacia adelante y le cogió firmemente del antebrazo.

El joven en traje de fiesta alzó la vista tan bruscamente como se lo permitió su

burbujeante cerebro y, sobresaltado, preguntó:

—¿Qué quiere usted?

Michael Wenton-Weakes lo miró a los ojos con tremenda intensidad y, con voz queda, le informó:

—Yo estaba en una nave...

—¿Cómo?

—En una nave...

—¿En qué nave, pero de qué habla? ¡Quite! ¡Suélteme!

—Recorrimos una distancia monstruosa —prosiguió Michael en voz baja, casi inaudible, pero en un tono apremiante—. Fuimos a construir un paraíso. Un paraíso. Aquí.

Sus ojos recorrieron brevemente el vagón, se fijaron un momento en las salpicadas ventanillas y en la densa penumbra de una tarde lluviosa en East Anglia. Con clara expresión de hastío, apretó la mano sobre el brazo del otro.

—Oiga, voy a por una copa —dijo el invitado de la boda, aunque débilmente, porque estaba claro que no iba a por nada.

—Dejamos atrás a todos los que se destruyeron mutuamente con la guerra —murmuró Michael—. El nuestro era un mundo de paz, de música, de arte, de luces. Todo lo mezquino, lo vulgar, lo despreciable no tenía cabida en nuestro mundo...

El inmovilizado juguista miró a Michael con curiosidad. No tenía aspecto de un hippy viejo. Claro que nunca se sabe. Su propio hermano mayor había pasado dos años en una comuna druídica, comiendo rosquillas llenas de LSD y creyéndose un árbol, pero después se hizo director de un banco mercantil. La diferencia, desde luego, residía en que su hermano apenas seguía creyéndose un árbol, salvo en raras ocasiones, y hacía ya tiempo que había aprendido a evitar aquel rosado que a veces le provocaba una recaída en las alucinaciones.

—Había quienes aseguraban nuestro fracaso —prosiguió en un tono bajo que se distinguía con claridad entre el tumulto que llenaba el vagón—, quienes profetizaban que dentro de nosotros llevábamos la semilla de la guerra, pero estábamos resueltamente decididos a que sólo florecieran el arte y la hermosura, la forma más elevada del arte, la mayor belleza: la música. Únicamente llevamos con nosotros a los que creían, a los que deseaban convertir el sueño en realidad.

—Pero ¿de qué habla? —preguntó el invitado a la boda, pero sin poner en duda el discurso de Michael porque había caído bajo su mesmérica fascinación—. ¿Cuándo fue? ¿Dónde ocurrió eso?

Michael respiró fuerte.

—Antes de que usted naciese. Quédese quieto y se lo contaré.

Hubo un largo y alarmante silencio durante el cual la penumbra de la tarde pareció crecer e inundar la habitación. Un efecto luminoso sumía a Reg entre las sombras.

Con toda la prolífica y exuberante locuacidad que le caracterizaba, Dirk, por una vez, estaba mudo. Sus ojos relucían de sorpresa infantil mientras recorrían nuevamente los desvencijados y feos muebles de la habitación, las paredes tapizadas, las alfombras deshilacladas. Le temblaban las manos.

Richard frunció un momento el ceño, como si fuese a calcular de memoria una raíz cuadrada y miró de frente a Reg.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—No tengo la menor idea —contestó Reg en tono jovial—. He perdido mucho la memoria. Soy muy viejo. Asombrosamente viejo. Sí, creo que si pudiera decirte lo viejo que soy, sería justo advertirte que te asustarías. Puede que yo también, porque no me acuerdo. He visto mucho, ¿sabes? Y lo he olvidado casi todo, gracias a Dios. El problema de cuando se llega a mi edad que, como creo que mencioné antes, es un poco alarmante..., ¿dije eso?

—Sí, lo mencionó.

—Bien. Había olvidado si lo dije o no. El caso es que la memoria no se incrementa y, en cambio, se pierde. Así que, mira, la principal diferencia entre uno de mi edad y alguien que tenga la vuestra no reside en cuántos conocimientos posea yo, sino en cuánto he olvidado. Y al cabo del tiempo, hasta se olvida lo que se ha olvidado, y después incluso se olvida que había algo que recordar. Luego se tiende a olvidar lo... lo que uno estaba diciendo.

Miró la tetera con expresión perdida.

—Las cosas que recuerda... —le incitó Richard en tono suave.

—Olores y pendientes.

—¿Cómo ha dicho?

—Por alguna razón, esas cosas se quedan —explicó Reg, moviendo la cabeza con aire perplejo. De pronto se incorporó en el asiento y prosiguió—: Los pendientes que llevaba la reina Victoria en el aniversario de sus veinticinco años en el trono. Unos objetos muy curiosos. Claro que en los cuadros de la época aparecen con matices más suaves. El olor de las calles antes de que hubiese coches. Es difícil decir cuál es peor. Por eso es por lo que Cleopatra permanece tan vivida en la memoria. Una combinación absolutamente demoledora de olores y pendientes. Me parece que probablemente eso será lo único que se mantenga cuando todo lo demás haya desaparecido. Me sentaré a solas en una habitación a oscuras, sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada salvo una vieja cabecita gris en cuyo interior haya una extraña visión de unos horrorosos objetos colgantes de color azul y oro que destellan a la luz, y el olor a sudor, comida de gato y muerte. Me pregunto qué me parecerá...

Dirk, que apenas respiraba, empezó a recorrer despacio la habitación, pasando con suavidad la punta de los dedos por las paredes, el sofá, la mesa.

—¿Cuánto tiempo —preguntó— lleva esto...?

—¿Aquí? —dijo Reg—. Unos doscientos años. Desde que me jubilé.

—¿Desde que se jubiló de qué?

—No lo sé. Pero debió de ser algo muy bueno, ¿tú qué crees?

—¿Quiere decir que lleva en esta misma casa desde hace... doscientos años? —murmuró Richard—. ¿No se le ocurrió que alguien podría notarlo o considerarlo un poco raro?

—¡Ah! Esa es una de las delicias de las más antiguas facultades de Cambridge. Todo el mundo es muy discreto. Si empezáramos a hablar de las rarezas de unos y otros, no acabaríamos ni en Navidad. Svlad, humm, Dirk, querido amigo, no toques eso ahora, por favor.

Dirk alargaba la mano hacia el ábaco que destacaba en el único espacio libre que había sobre la amplia mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Dirk con brusquedad.

—Pues lo que parece, un antiguo ábaco de madera. Te lo enseñaré dentro de un momento, pero antes debo felicitarte por tus poderes de percepción. ¿Puedo preguntarte cómo llegaste a la solución?

—Tengo que reconocer que no fui yo —observó Dirk con rara humildad—. Al final se lo pregunté a un niño. Le conté la historia del truco, le pregunté cómo creía que se había hecho y me dijo textualmente: «Está muy claro, ¿no?, debía de tener una de esas puñeteras máquinas del tiempo». Le di las gracias al mocoso y un chelín por la molestia. Me respondió con una buena patada en la espinilla y se fue a sus cosas. Pero fue él quien lo resolvió. Mi única contribución a este asunto ha sido la de comprobar que el niño estaba en lo cierto. Incluso me evitó la molestia de darme la patada yo mismo.

—Pero tuviste la agudeza de preguntárselo a un niño —insistió Reg—. Bueno, pues te felicito por eso.

Dirk seguía observando el ábaco con aire receloso.

—¿Cómo... funciona? —preguntó, como si tal cosa.

—Bueno, pues en realidad es tremendamente sencillo. Funciona del modo que quieras. Mira, el computador que lo gestiona, es de lo más avanzado. De hecho, es más potente que la suma total de los ordenadores de este planeta, él incluido; y esa es la única complicación. Para ser franco, nunca he entendido esto último. Pero alrededor del noventa y cinco por ciento de su potencia la emplea en saber qué es lo que quieres hacer. Yo me limito a dejar el ábaco ahí y él entiende el modo en que lo uso. Supongo que me educaron para utilizar un ábaco cuando era..., bueno, cuando era niño. Por ejemplo, Richard quizá quiera utilizar su propio ordenador personal. Si lo pones ahí, donde está el ábaco, el ordenador de la máquina se hace cargo de él y te ofrece montones de espléndidas aplicaciones de viajes en el tiempo acompañadas, si

así lo deseas, de menús a desarrollar y otros accesorios. Salvo que si tecleas 1066, en la pantalla te sale la batalla de Hasting librándose a la puerta de tu casa, si eso es lo que te interesa, claro está. —Su tono indicaba que a él le interesaban otras cosas—. Bueno, pues resulta muy divertido, en cierto modo. Desde luego mucho más que la televisión y bastante más fácil de manejar que un vídeo. Si me pierdo un programa, no tengo más que regresar en el tiempo y verlo. Soy un inútil para manejar todos esos botones.

Dirk reaccionó horrorizado.

—¿Tiene usted una máquina del tiempo y la utiliza para ver televisión?

—Bueno, no la utilizaría si me enterase de cómo funciona el vídeo. Viajar en el tiempo es un asunto muy delicado, ¿sabes? Está lleno de trampas y peligros espantosos: si una vez en el pasado cambias algo de forma incorrecta, alteras todo el curso de la historia. Y además desbarajusta el teléfono. Lamento que anoche —dijo a Richard en tono avergonzado— no pudieses llamar a tu novia. Parece haber algo fundamentalmente inexplicable en la red telefónica británica, y a mi máquina del tiempo no le gusta. Nunca hay problema alguno con las cañerías ni la electricidad, ni siquiera con el gas. Las interfaces de conexión se ocupan de ello a un nivel cuántico que no alcanzo a entender, y nunca dan problemas.

—En cambio, el teléfono sí los da. Siempre que utilizo la máquina del tiempo, es decir, casi nunca, debido en parte a ese mismo problema, el teléfono se vuelve loco y tengo que llamar a la compañía para que venga a arreglarlo algún patán que se pone a hacer preguntas cuyas respuestas no tiene ni la más remota esperanza de entender. De todos modos, el caso es que tengo que cumplir una norma muy estricta, y es que no debo introducir absolutamente ninguna modificación en el pasado... —suspiró—, por fuerte que sea la tentación.

—¿Qué tentación? —dijo Dirk en tono brusco.

—Bueno, no es más que, humm, una cosa sin importancia en la que estoy interesado —dijo Reg en tono vago—. Es completamente inocua, porque me atengo muy estrictamente a la norma. Pero me entristece.

—¡Pero usted ha quebrantado su propia norma! —insistió Dirk—. ¡Anoche! Modificó algo del pasado.

—Pues sí —repuso Reg con cierta incomodidad—, pero eso fue diferente. Muy diferente. Si hubieras visto la cara de la pobrecilla. Tan desgraciada. Creía que el mundo iba a ser un sitio maravilloso, y todos esos horribles y viejos catedráticos echándole encima su marchito desprecio porque para ellos había dejado de ser maravilloso. Me refiero a Cawley —añadió, dirigiéndose a Richard—, ¿te acuerdas? Un cabronazo sin sensibilidad ninguna. Tendrían que inocularle un poco de humanidad, aunque fuese a ladrillazos. No, eso estuvo completamente justificado. De otro modo, suelo observar una norma muy estricta...

Richard lo miró con expresión de haber reconocido algo.

—Reg —dijo amablemente—, ¿podría darle un pequeño consejo?

—Por supuesto, querido amigo, me encantaría.

—Si nuestro mutuo amigo aquí presente le invita a dar un paseo por la orilla del río Cam, no vaya.

—¿A qué demonios te refieres?

—Se refiere —se apresuró a explicar Dirk— a que piensa que puede haber cierta desproporción entre lo que se hace realmente y los motivos que impulsan a hacerlo.

—Ya. Qué forma tan rara de decirlo...

—Es que es un chico muy raro. Pero a veces puede haber otros motivos de los que no se es plenamente consciente, ¿comprende? Como en el caso de la sugestión hipnótica o de la posesión.

Reg se puso muy pálido.

—Posesión —repitió.

—Profesor..., Reg..., creo que quería verme por alguna razón. ¿Cuál era exactamente?

«¡Cambridge! ¡Esto es... Cambridge!», graznaba monótonamente el sistema de megafonía de la estación.

Multitudes de bulliciosos juerguistas inundaron el andén vociferando y dando gritos.

—¿Dónde está Rodney? —dijo uno que salía a gatas del vagón del bar. Tambaleándose, él y su compañero miraron por todo el andén. La corpulenta figura de Michael Wenton-Weakes pasó silenciosa a su lado y desapareció por la salida.

A empujones, volvieron a acercarse al tren y miraron por las sucias ventanillas del vagón. De pronto vieron a su perdido compañero, que seguía sentado, como en trance, en el ya medio vacío compartimento. Golpearon la ventanilla y le llamaron a gritos. Al principio no respondió y unos instantes después, cuando lo hizo, pareció despertar súbitamente con la perpleja expresión de quien no sabe dónde se encuentra.

—¡Está como una cuba! —gritaron sus compañeros, llenos de alegría.

Subieron de nuevo al tren y, sin ceremonias, sacaron a Rodney, que aterrizó en el andén con expresión confusa y sacudiendo la cabeza. Al levantarla, vio el voluminoso contorno de Michael Wenton-Weakes que, al otro lado de la barrera, se introducía en un taxi junto con una bolsa grande y pesada.

Rodney quedó paralizado.

—Qué individuo tan extraordinario —dijo—. Me ha contado una larga historia sobre una especie de naufragio.

—Vaya, vaya —dijo uno de sus compañeros—. ¿Te ha sacado dinero?

—¿Qué? —repuso Rodney, confundido—. No, no. No creo. Sólo que no era un naufragio, sino más bien un accidente..., ¿una explosión? El piensa que la causa fue una explosión. O quizá hubo un accidente y él provocó la explosión para minimizar los daños, y mató a todo el mundo. Luego dijo que durante años y años no hubo más que un montón de fango podrido y luego seres viscosos con patas. Todo era un poco raro.

—¡Nadie como Rodney! ¡Nadie como Rodney para conocer locos!

—Me parece que estaba loco. De pronto se salió por la tangente y empezó a hablar de un pájaro. Dijo que lo del pájaro era una tontería, y que ojalá pudiera librarse de lo del pájaro. Pero luego añadió que lo iba a arreglar. Que todo se arreglaría. Pero cuando dijo eso no me gustó, no sé por qué.

—Tenía que haberse venido al bar con nosotros. Qué divertido, nosotros...

—Tampoco me gustó cuando me dijo adiós. Eso no me gustó nada en absoluto.

—¿Recordáis que cuando llegasteis esta tarde os dije que últimamente las cosas habían sido aburridas por... razones interesantes?

—Lo recuerdo muy bien —afirmó Dirk—, fue hace sólo diez minutos. Usted estaba exactamente donde está ahora. Llevaba la misma ropa que suele ponerse y...

—Cierra el pico, Dirk —le espetó Richard—. Deja que el pobre hombre se explique, ¿quieres?

A modo de disculpa, Dirk hizo una leve inclinación.

—Así es —dijo Reg—. Lo cierto es que durante muchas semanas, incluso meses, no he utilizado la máquina del tiempo porque tenía la extraña impresión de que algo o alguien me incitaba a hacerlo. Empezó como un estímulo muy tenue que luego dio paso a impulsos cada vez más fuertes. Era muy molesto. Tuve que luchar con todas mis fuerzas, porque aquello, lo que fuese, trataba de obligarme a hacer algo en contra de mi voluntad. Creo que no me habría dado cuenta de que aquella presión la provocaba algo externo a mí y que no eran sólo mis propios deseos que intentaban afirmarse, de no haber sido porque yo me mostraba muy reacio a hacer una cosa así. En cuanto empecé a comprender que era algo que intentaba apoderarse de mí, las cosas se pusieron muy mal y los muebles empezaron a volar por la habitación. Mi pequeño escritorio georgiano sufrió bastantes daños. Mirad las marcas en...

—¿De eso es de lo que tenía miedo anoche, arriba? —preguntó Richard.

—¡Ah, sí! —confesó Reg en tono apagado—. Un miedo de lo más terrible. Pero sólo era aquel simpático caballo, así que no pasó nada. Supongo que se coló cuando fui a buscar los polvos para disimular mi bronceado.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde fue a buscarlos? —inquirió Dirk—. No sé de muchos farmacéuticos a los que pueda visitar un caballo.

—Pues hay un planeta que está en lo que aquí se conoce como las Pléyades, donde el polvo es exactamente igual...

—¿Fue a otro planeta a buscar polvos para la cara? —dijo Dirk en un murmullo.

—Bueno, no está lejos —afirmó alegremente Reg—. Mira, en todo el continuo espacio temporal la distancia real entre dos puntos es casi infinitamente inferior a la distancia aparente entre las órbitas adyacentes de un electrón. En realidad, está mucho más cerca que la farmacia, y no hay que esperar a pagar en la caja. Nunca llevo el dinero justo, ¿y tú? Yo siempre prefiero el salto cuántico. Salvo que, claro, entonces es cuando se dan todos esos problemas con el teléfono. Las cosas nunca son tan fáciles, ¿verdad?

Pareció molesto un momento.

—Me parece que tienes razón en lo que creo que estás pensando —añadió con voz queda.

—¿Y qué estoy pensando?

—Que me tomé un trabajo bastante complicado para lograr un resultado muy

pobre. Animar a una niña encantadora, deliciosa y triste, aunque no parezca ser una explicación suficiente para..., bueno, es una operación sumamente importante en ingeniería temporal, ahora que me fijo en ello. Sin duda habría sido más fácil hacerle algún cumplido por su vestido. Quizá el fantasma..., estamos hablando de un fantasma, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo Dirk, espaciando las palabras.

—¿Un fantasma? —repitió Richard—. Pero bueno...

—¡Espera! —le ordenó bruscamente Dirk que, dirigiéndose a Reg, añadió—: Continúe, por favor.

—Es posible que el... fantasma me pillara desprevenido. Estaba luchando tan penosamente para no hacer una cosa, que le resultó fácil hacerme caer en otra...

—¿Y ahora?

—Ya se ha ido. El fantasma se marchó anoche.

—¿Y adónde?, nos preguntamos nosotros —dijo Dirk, volviendo la mirada hacia Richard.

—No, por favor, eso no —protestó Richard—. Ni siquiera estoy seguro de haber aceptado la conversación sobre máquinas del tiempo..., y de pronto resulta que hablamos de fantasmas.

—Entonces, ¿qué es lo que te impulsó a escalar la fachada? —preguntó Dirk entre dientes.

—Pues según me has sugerido, yo estaba bajo los efectos hipnóticos a los que alguien me había sometido.

—¡Yo no he dicho eso! Yo te demostré el poder de la sugestión hipnótica. Pero estoy convencido de que la hipnosis y la posesión funcionan de modo muy, muy semejante. Puedes verte obligado a hacer toda clase de cosas absurdas y luego inventar alegremente las más lúcidas explicaciones para justificar tus actos. ¡Pero no pueden obligarte a hacer algo que esté totalmente reñido con las bases de tu carácter! Lucharás. ¡Resistirás!

Richard recordó entonces la sensación de alivio que experimentó la noche pasada al sustituir impulsivamente la cinta en el contestador automático de Susan. Fue el desenlace de una lucha en la cual resultó súbitamente vencedor. Con la impresión de estar librando otro combate que ya estaba perdiendo, suspiró y contó sus reflexiones a los otros.

—¡Exactamente! —exclamó Dirk—. ¡No lo harías! ¡Ahora estamos llegando a alguna parte! Mira, la hipnosis funciona mejor cuando el sujeto siente alguna afinidad fundamental con lo que le piden que haga. Si encuentras al sujeto adecuado para tu tarea, el hipnotismo surtirá mucho, pero que mucho efecto. Y creo que de la posesión se puede decir lo mismo... Muy bien. ¿Qué es lo que tenemos?

—Tenemos un fantasma que quiere que se haga algo y está buscando a la persona adecuada de la cual tomar posesión para obligarle a que lo haga. Profesor...

—Reg...

—Reg, ¿puedo hacerle una pregunta que quizá sea demasiado personal? Si se niega a contestar lo entenderé perfectamente, pero seguiré importunándole hasta que lo haga. Son mis métodos, ¿comprende? Ha dicho que descubrió algo que constituía una tremenda tentación para usted. Que deseaba caer en ella pero que no cedía y que el fantasma trataba de forzar su voluntad, ¿verdad? Quizá le resulte difícil, pero creo que sería muy útil si nos dijera de qué se trata.

—No os lo diré.

—Ha de comprender lo importante que...

—En cambio, os lo mostraré —dijo Reg.

Contra los portones de Saint Cedd's se recortaba una voluminosa silueta que llevaba una amplia y pesada bolsa de nailon negro. La silueta era de Michael Wenton-Weakes, la voz que preguntó al portero si el profesor Chronotis estaba en sus habitaciones era la de Michael Wenton-Weakes, los oídos que escucharon decir al portero que le dieran por culo si lo sabía porque el teléfono estaba otra vez estropeado eran los de Michael Wenton-Weakes, pero el espíritu que veía a través de sus ojos ya no era el de Michael Wenton-Weakes. Se había rendido por completo. Había cesado toda lucha, incongruencia y confusión. Una nueva inteligencia lo poseía plenamente.

El espíritu que no era Michael Wenton-Weakes inspeccionó el edificio de la facultad que tenía delante, a la que se había habituado durante las últimas semanas de rabia y frustración.

¡Semanas! Meros parpadeos, microsegundos.

Aunque el espíritu —el fantasma— que ahora habitaba el cuerpo de Michael Wenton-Weakes había conocido largos períodos de olvido, a veces durante siglos seguidos, el tiempo que había vagado por la tierra era tal, que le parecían haber transcurrido sólo unos minutos tras la aparición de los hombres que levantaron aquellos muros. Había pasado la mayor parte su personal eternidad —que no era verdaderamente una eternidad, pero unos cuantos billones de años podían parecerlo fácilmente— errando a través de cienos interminables, vadeando mares incesantes, contemplando con pasmado horror cómo los seres viscosos con patas habían empezado a surgir de aquellos mares de fango, y ahí estaban de pronto, comportándose como si el mundo les perteneciese y quejándose de los teléfonos.

En lo más profundo de su ser, en una parte oscura y silenciosa, sabía que no estaba en sus cabales, que se había vuelto loco inmediatamente después del accidente al comprender lo que había hecho y la existencia que le esperaba, al pensar en los compañeros muertos cuyo recuerdo no había dejado de vagar por su mente al igual que él había deambulado sin cesar por la tierra. Sabía que lo que ahora se veía impulsado a hacer habría repugnado a su ser anterior, del que sólo recordaba una parte infinitesimal, pero era el único medio de terminar con la inacabable pesadilla en la que cada segundo de billones de años era peor que el anterior.

Cargó la bolsa y echó a andar.

En el corazón del bosque de lluvia pasaba lo que suele pasar en los bosques de lluvia: llovía. De ahí su nombre. Era una lluvia suave y persistente, distinta del fuerte aguacero que caería, más adelante, en el verano. Las gotas formaban una niebla fina atravesada de cuando en cuando por algún rayo de sol que, tamizado, llegaba hasta la húmeda corteza de un árbol donde se asentaba reluciente. A veces repetía esa operación con una mariposa o un lagarto inmóvil, diminuto y destellante, y entonces el efecto resultaba casi insoportable.

Arriba, en la alta copa de los árboles, una idea absolutamente extraordinaria se le ocurría súbitamente a un pájaro, que aleteaba frenéticamente entre las ramas para instalarse al fin en otro árbol mejor y diferente a fin de considerar las cosas con más calma hasta que le volvía la misma idea o se hacía la hora de comer.

El aire estaba lleno de perfumes, la leve fragancia de las flores y el fuerte olor del estiércol pastoso que alfombraba el suelo del bosque. Entre el estiércol asomaba una maraña de raíces sobre la cual crecía musgo y se arrastraban insectos.

En un claro del bosque, en un espacio vacío de húmedo terreno entre un círculo de estirados árboles, apareció tranquilamente y sin complicaciones una puerta pintada de blanco. Al cabo de unos momentos se abrió rechinando un poco. Un hombre alto y delgado miró hacia fuera, parpadeó de sorpresa y volvió a cerrar la puerta.

Segundos después volvió a abrirse y Reg miró al exterior.

—Es real —dijo—. Os lo prometí. Venid a comprobarlo.

Salió al bosque e hizo señas a los otros dos para que lo siguieran.

Dirk cruzó valientemente la puerta, pareció desconcertado durante el tiempo que se tarda en pestañear dos veces y anunció que sabía exactamente cómo había funcionado aquello, que evidentemente tenía algo que ver con los números imaginarios entre las distancias mínimas cuánticas y los contornos fractales definidos de la cúpula del universo, y que únicamente le extrañaba no haberlo imaginado por sí solo.

—Como la gatera —observó Richard a su espalda, desde el umbral.

—Pues sí, exactamente —convino Dirk, quitándose las gafas y apoyándose en un árbol para limpiarlas—. Por supuesto, te diste cuenta de que mentía. Un reflejo completamente natural dadas las circunstancias, tendrás que reconocerlo. Enteramente lógico.

Entornó un poco los ojos y volvió a ponerse las gafas. Empezaron a empañarse casi inmediatamente.

—Asombroso —admitió.

Con aire menos resuelto, Richard dio un paso adelante y osciló un momento con un pie en la habitación de Reg y otro en el húmedo suelo del bosque. Luego se comprometió del todo y salió. Sus pulmones se llenaron al instante de los embriagadores hálitos y su mente se colmó de la maravilla del bosque. Dio media

vuelta y miró a la puerta por la que había salido. Vio un marco enteramente corriente y una puerta blanca normal por entero que estaba abierta en medio del bosque y, tras ella, la habitación en la que había estado hasta hacía un momento.

Recorrió perplejo los aledaños de la puerta poniendo el pie con cuidado en el fangoso terreno, no tanto por temor a resbalar como por miedo a no encontrarse realmente allí. Seguía siendo una puerta de lo más normal, de las que por lo habitual no se encuentran en un bosque de lluvia. Volvió a entrar y de nuevo vio, como si acabara de salir de ellas, las habitaciones del profesor Urban Chronotis de Saint Cedd's College, Cambridge, que debía estar a miles de kilómetros. ¿Miles? ¿Dónde estaban?

Atisbo entre los árboles y creyó distinguir un leve destello a lo lejos.

—¿Es eso el mar? —preguntó.

—Lo verás mejor desde aquí —dijo Reg, que había ascendido una cuesta resbaladiza y se encontraba ahora descansando, sin aliento, apoyado en un árbol. Señaló con el dedo.

Los otros dos le siguieron, abriéndose camino ruidosamente entre las ramas y provocando los gritos y quejas de invisibles pájaros en lo alto.

—¿El Pacífico? —sugirió Dirk.

—El Océano Indico —dijo Reg.

Dirk se limpió de nuevo las gafas y echó otra mirada.

—Ah, sí, claro.

—¿No es Madagascar? —preguntó Richard—. Yo he estado allí...

—¿Sí? Uno de los lugares más asombrosos del mundo, que está lleno de horribles tentaciones... al menos para mí. No —explicó con voz temblorosa Reg, que se aclaró la garganta—. No, Madagascar está..., déjame ver, ¿en qué dirección nos encontramos, dónde está el sol? Sí. Por ahí. Al oeste. Madagascar está a unos ochocientos kilómetros al oeste. La isla de la Reunión está más o menos en medio.

—¿Cómo se llama ese sitio? —preguntó Richard, golpeando en el árbol con los nudillos y asustando a un lagarto—. El sitio de donde viene ese sello, hummm, Mauricio.

—¿Sello? —dijo Reg.

—Sí, ya sabes —explicó Dirk—, un estampado muy famoso. No recuerdo nada de eso, pero procede de aquí, de Mauricio. Es famoso por su sello tan extraordinario, todo tizado y marrón, y con él se puede comprar Blenheim Palace. ¿O estoy pensando en la Guayana inglesa?

—Sólo tú sabes lo que estás pensando —apuntó Richard.

—¿Esto es Mauricio?

—Sí, es Mauricio —dijo Reg.

—Pero tú no coleccionas sellos, ¿verdad?

—No.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó de pronto Richard.

Pero Dirk seguía su conversación con Reg.

—Es una lástima, porque podías conseguir espléndidos sobres del primer día de emisión, ¿no?

—No me interesa mucho —dijo Reg, encogiéndose de hombros.

Tras ellos, Richard volvió a bajar resbalando por la cuesta.

—Entonces, ¿cuál es la gran atracción de aquí? —inquirió Dirk—. Debo decir que no es lo que me esperaba. Es muy bonito a su modo, sí, toda esta naturaleza, pero me temo que soy un chico urbano.

Se limpió las gafas otra vez y volvió a ponérselas sobre la nariz.

Miró hacia atrás al oír la risita ahogada de Reg. Frente a la puerta de la habitación del profesor se desarrollaba una confrontación de lo más extraordinario.

Un irascible pajarraco contemplaba a Richard que, inmóvil, le devolvía la mirada. Richard lo observaba como si fuese lo más extraordinario que hubiese visto en la vida, y el pájaro observaba a Richard como desafiándole a pensar que su pico era divertido incluso remotamente.

Cuando el pájaro quedó convencido de que Richard no iba a soltar una carcajada, lo miró con una especie de colérica tolerancia y se preguntó si iba a quedarse allí parado o a hacer algo útil y darle de comer. Dio un par de pasos atrás y otros dos a un lado para luego adelantarse otra vez con sus grandes patas amarillas. Entonces volvió a mirarle, con irritación, y soltó un graznido de impaciencia. Se inclinó hacia delante y empezó a escarbar el suelo con el absurdo pico rojo, como para dar a Richard la idea de que aquella era una buena zona para buscar algo que darle de comer.

—¡Se alimenta de nueces del árbol calvaría! —gritó Reg a Richard.

Molesto, el enorme pájaro lanzó una mirada severa a Reg, como para decirle que cualquier idiota sabía lo que él comía. Luego volvió a mirar a Richard y movió la cabeza a un lado como si de pronto se le hubiese ocurrido que tal vez tenía que vérselas con un idiota y que, por lo tanto, tenía que reconsiderar su estrategia de acuerdo con las nuevas circunstancias.

—¡Encontrarás un par de ellas en el suelo, detrás de ti! —insistió Reg, gritando menos.

Petrificado, como en trance, Richard se volvió torpemente y vio unas enormes nueces en el suelo. Se agachó, cogió una y miró a Reg, que asintió con la cabeza. Inseguro, ofreció la nuez al pájaro, que se inclinó hacia adelante y, de un brusco picotazo, se la arrebató de la mano. Luego, como Richard seguía tendiéndosela, la apartó con un gesto de irritación.

Una vez que Richard se hubo situado a una distancia respetuosa, alargó el cuello, cerró los grandes ojos amarillos y efectuó unas groseras gárgaras al pasar la nuez por el cuello hasta el buche. Adoptó entonces un aire parcialmente satisfecho.

Si antes habla sido un dodo irascible, ahora era al menos un dodo irascible que habla comido, lo que probablemente constituía la mayor finalidad de su vida.

Giró sobre sí mismo con un movimiento como de pato y se adentró en el bosque

por donde había venido, como desafiando a Richard a que encontrara incluso remotamente divertido el penacho de ensortijadas plumas que sobresalían de su lomo.

—Sólo he venido a mirar —dijo Reg en un murmullo.

Dirk lo observó y se desconcertó al ver que, con un rápido gesto, el anciano se enjugaba los ojos rebosantes de lágrimas.

—Verdaderamente no puedo interferir...

Richard llegó junto a ellos, resbalando y sin aliento.

—¿Era un dodo? —exclamó.

—Sí —dijo Reg—, uno de los tres que quedaban en esta época. Estamos en el año 1676. Dentro de cuatro años todos habrán muerto y después nadie los verá. Venga, vámonos.

Tras la voluminosa puerta exterior que se cerraba sobre la escalera de la esquina en el segundo patio de Saint Cedd's College, donde sólo un milisegundo antes hubo un leve resplandor cuando desapareció la puerta, se produjo otro leve destello ahora, en el instante de su vuelta.

La corpulenta silueta de Michael Wenton-Weakes, que se acercaba a la esquina, alzó la vista hacia las ventanas. Si se hubiese producido algún leve destello habría pasado inadvertido entre el resplandor que las macilentas llamas de la chimenea lanzaban por los cristales.

La silueta alzó la cabeza al oscuro cielo, buscando lo que allí se escondía aun sabiendo que no había la más remota posibilidad de verlo, ni siquiera en una noche clara, que no era el caso. Las órbitas terrestres estaban ya tan atestadas de trastos y basura que una pieza más, aun cuando fuera tan voluminosa como aquella, pasaría eternamente inadvertida. Y así había sido, aunque de cuando en cuando ejerciese su influencia. Alguna vez. Cuando las ondas eran fuertes. Hacía casi doscientos años que las ondas no eran tan intensas como ahora.

Y, al fin, todo estaba ya en su sitio. Había encontrado el transportador perfecto.

El transportador perfecto avanzaba por el patio.

Hasta el profesor había parecido al principio la elección adecuada, pero el intento acabó en frustración, rabia y luego... ¡en una inspiración! ¡Traer un Monje a la Tierra! Estaban concebidos para creer cualquier cosa, eran por completo maleables. Se les podía sobornar para que acometiesen la tarea con la mayor facilidad.

Lamentablemente, sin embargo, aquel había resultado ser un caso completamente perdido. Hacerle creer algo era muy fácil. Hacer que siguiera creyendo lo mismo durante más de cinco minutos era una labor más imposible que obligar al profesor a realizar su más íntimo deseo en contra de su voluntad.

Luego se produjo otro fracaso y al fin, milagrosamente, habla aparecido el transportador perfecto, que ya había demostrado su falta de escrúpulos para hacer lo que había que hacer.

Húmeda, envuelta en niebla, la luna pugnaba por salir en un rincón del cielo. En la ventana se agitó una sombra.

Desde la ventana que daba al segundo patio, Dirk contemplaba la luna.

—No tendremos que esperar mucho —dijo.

—¿Esperar qué? —preguntó Richard.

Dirk se volvió.

—Que el fantasma vuelva a nosotros —dijo Dirk que, dirigiéndose al profesor, sentado con aire inquieto frente al fuego, añadió—: ¿Tiene aquí coñac, cigarrillos franceses o algún rosario oriental?

—No.

—Entonces descargaré la impaciencia sin ayuda —dijo Dirk, volviendo a mirar por la ventana.

—Todavía tienes que convencerme de que no hay otra explicación que la del... fantasma —dijo Richard.

—Igual que necesitaste ver una máquina del tiempo en acción antes de que pudieras aceptarlo —replicó Dirk—. Alabo tu escepticismo, Richard, pero incluso una mente escéptica debe estar dispuesta a aceptar lo inaceptable cuando no hay alternativa. Si tiene aspecto de pato y grazna como un pato, al menos tenemos que considerar la posibilidad de que estamos ante una pequeña ave acuática de la familia de los anatidae.

—Entonces, ¿qué es un fantasma?

—Creo que un fantasma... es alguien que murió de forma violenta o inesperada con un asunto pendiente entre manos. Que no puede descansar hasta que lo haya acabado o solucionado.

Se volvió a mirarlos de nuevo.

—Es por eso —prosiguió— por lo que una máquina del tiempo debe de resultar tan fascinante para un fantasma que la haya localizado. Esa máquina aporta los medios para solucionar lo que, a juicio del fantasma, salió mal en el pasado. Para liberarle. Y por eso va a volver. Primero intentó tomar posesión de Reg, que se resistió. Luego se produjo el incidente de la desaparición, los polvos para la cara y el caballo en el cuarto de baño que... —hizo una pausa—, que ni siquiera yo entiendo, pero que tengo la intención de comprender aunque sea lo último que haga. Y luego apareces tú en escena, Richard. El fantasma deja a Reg y se concentra en ti. Casi inmediatamente sobreviene un hecho insignificante pero lleno de importancia. Haces algo de lo que luego te arrepientes. Me refiero, evidentemente, a la llamada que hiciste a Susan y que dejaste grabada en su contestador.

—El fantasma aprovecha la oportunidad y trata de inducirte a rectificar lo que ya has hecho. A volver al pasado, por así decirlo, y borrar el mensaje; a arreglar la equivocación que cometiste. Sólo para comprobar si lo hacías. Para ver si no iba contra tu carácter. Si hubiese sido así, habrías caído completamente bajo su control. Pero justo en el último segundo tu naturaleza se rebeló y no lo hiciste. De modo que

el fantasma comprueba que no le sirves y te abandona también. Debe encontrar a otro. ¿Cuánto lleva buscando? No lo sé. ¿Tiene esto ahora algún sentido para ti? ¿Reconoces que lo que digo es la verdad?

Un escalofrío recorrió a Richard.

—Sí —admitió—. Creo que tienes toda la razón.

—Entonces, ¿en qué momento te abandonó el fantasma?

Richard tragó saliva.

—Cuando Michael Wenton-Weakes salió de la habitación.

—Me pregunto qué posibilidades vio el fantasma en él. ¿Habrá encontrado esta vez lo que buscaba? Creo que no tendremos que esperar mucho.

Llamaron a la puerta.

Cuando la abrieron, allí estaba Michael Wenton-Weakes.

—Necesito su ayuda, por favor —dijo en tono lacónico.

Reg y Richard miraron a Dirk y, luego, a Michael. —¿Les importa que deje esto en alguna parte?— preguntó Michael. —Pesa bastante. Contiene un equipo de buceo.

—Sí, ya entiendo —dijo Susan—. Gracias, Nicola, ensayaré esa digitación. Estoy segura de que puso ahí ese mi bemol sólo para fastidiar a la gente. Sí, no lo he dejado en toda la tarde. Algunas de las semicorcheas del segundo movimiento son absolutamente puñeteras. Pues sí, me ha ayudado a pensar en otra cosa. No, ninguna noticia. Todo es muy confuso y tremendamente horroroso. Ni siquiera tengo ganas de... Mira, quizá te vuelva a llamar más tarde para ver cómo te encuentras. Lo sé, sí, nunca se sabe qué es peor, si la enfermedad, los antibióticos o el trato excesivamente atento del médico. Cuídate o, por lo menos, trata de que Simón lo haga. Dile que te exprima litros de zumo de limón caliente. De acuerdo. Bueno, después hablamos. No cojas frío. Hasta luego. Colgó y volvió al violonchelo. Apenas había empezado a estudiar de nuevo el problema del irritante mi bemol cuando el teléfono volvió a sonar. Lo había dejado toda la tarde descolgado, pero después de llamar olvidó hacerlo de nuevo.

Suspiró, apoyó el instrumento, dejó el arco y se dirigió al teléfono.

—¿Diga?

Una vez más no hubo respuesta, sólo un lejano susurro. Colgó el teléfono con rabia. Esperó unos segundos a que se despejara la línea y se disponía a descolgar de nuevo cuando pensó que Richard podía necesitarla. Admitió que no había puesto el contestador porque sólo lo conectaba para Gordon, y eso era algo que no deseaba recordar. Pero conectó la máquina, puso el volumen al mínimo y volvió al mi bemol que Mozart sólo había incluido para molestar a los violonchelistas.

En la penumbra de la oficina de la Agencia de investigaciones holísticas de Dirk Gently, Gordon Way manipulaba torpemente el teléfono para volverlo a colgar; luego se dejó caer en una silla sumido en el mayor de los abatimientos. Ni siquiera dejó de resbalar a través del asiento hasta descansar suavemente en el suelo.

Miss Pierce se había largado a galope de la oficina la primera vez que el teléfono

empezó a funcionar solo, agotada ya su paciencia de soportar esa clase de cosas, momento desde el cual Gordon habla dispuesto la oficina exclusivamente para él. Pero sus intentos para comunicarse con alguien habían sido fallidos por completo. O mejor dicho, sus intentos de ponerse en contacto con Susan, que era lo único que le importaba. Con Susan era con quien estaba hablando cuando murió, y sabía que tenía que volver a hablar con ella como fuese. Pero había tenido el teléfono descolgado durante casi toda la tarde y, cuando contestó, ni siquiera pudo oírle.

Renunció. Se levantó del suelo y, deslizándose, salió a la calle cuando empezaba a oscurecer. Erró sin objeto durante un rato, fue a dar un paseo sobre las aguas del canal, un truco al que pronto dejó de verle la gracia, y volvió a las calles. Las casas de donde brotaban luz y vida le molestaban de manera especial, porque la invitación que parecían ofrecer no le estaba destinada. Se preguntó si a alguien le importaría que se metiera en su casa a pasar la tarde viendo la tele. No causaría ninguna molestia. O al cine. Eso estaba mejor, al cine sí podía ir.

Se adentró con paso más resuelto, aunque todavía inmaterial, por Noel Road, cuyo nombre le sonaba vagamente. Tenía la impresión de que recientemente había tratado un asunto con alguien en Noel Road.

¿Con quién?

Un horrible grito de terror que resonó por toda la calle interrumpió sus pensamientos. Se quedó quieto como un poste. Unos instantes después se abrió de golpe una puerta a pocos pasos de él y una mujer salió corriendo, aullando y con la mirada enloquecida.

A Richard nunca le había sido simpático Michael Wenton-Weakes, y con un fantasma en su interior le caía aún peor. No sabría decir el porqué, no tenía nada en contra de los fantasmas, no creía que pudiera juzgarse adversamente a una persona sólo por el hecho de que estuviera muerta, pero... no le gustaba.

Sin embargo, resultaba difícil no sentir cierta compasión por él.

Michael se sentó con aire afligido en un taburete con el codo apoyado en la mesa y la cabeza descansando en la mano. Estaba demacrado y tenía un aspecto enfermizo. Parecía enormemente cansado. Ofrecía una imagen patética. Su narración había sido desgarradora, y concluyó con sus esfuerzos de poseer primero a Reg y luego a Richard.

—Tenías razón. Completamente —dijo a Dirk.

El detective hizo una mueca, como si tratara de no esbozar demasiadas sonrisas de triunfo en un solo día.

La voz era la de Michael, pero no del todo. A lo largo de más o menos un billón de años de aislamiento y pavor, la voz había cobrado un timbre especial, que era lo que ahora llenaba a sus oyentes del espanto y aturdimiento que se apodera de la mente y el estómago de quien se asoma de noche a un abismo.

Observó a Reg y luego a Richard, y el efecto de sus ojos también suscitaba piedad y horror. Richard tuvo que desviar la mirada.

—Debo una disculpa a ustedes dos —dijo el espíritu que habitaba el cuerpo de Michael—, que les presento desde lo más profundo de mi corazón, y confío en que cuando lleguen a comprender lo desesperado de mi situación y la esperanza que me brinda esa máquina, también entenderán por qué he obrado de esa manera y encontrarán motivos para perdonarme. Y ayudarme. Se lo ruego.

—Dele un *whisky* a este hombre —dijo Dirk, con aspereza.

—No tengo *whisky* —repuso Reg—. ¿Oporto? Humm. Hay una botella de Margaux que puedo abrir. Espléndida. Hay que ponerla a la temperatura ambiente durante una hora, pero se puede hacer, es muy fácil, yo...

—¿Me ayudarán? —interrumpió el fantasma.

Reg se apresuró a buscar el oporto y unas copas.

—¿Por qué ha tomado posesión del cuerpo de este hombre? —inquirió Dirk.

—Debo tener una voz con que hablar y un cuerpo para actuar. A él no le ocurrirá ningún daño, ningún daño...

—Permítame repetirle la pregunta. ¿Por qué se ha apoderado del cuerpo de este hombre? —insistió Richard.

El fantasma hizo que el cuerpo de Michael se encogiera de hombros.

—Porque estaba dispuesto. Estos dos caballeros, muy comprensiblemente, se resistieron a..., bueno, a que los hipnotizaran. Su analogía es acertada. ¿Este? Pues creo que su sentido de la propia identidad está muy debilitado, y ha consentido. Le

estoy muy agradecido y no le causaré daño alguno.

—Su sentido de la propia identidad está muy debilitado —repitió Dirk con aire pensativo.

—Supongo que es cierto —dijo Richard a Dirk, en voz baja—. Anoche parecía muy deprimido. Le quitaron lo único que le importaba porque, en realidad, no lo hacía muy bien. Aunque es orgulloso, quizá se mostrase muy receptivo ante la idea de que se le necesitara para algo.

—Humm —dijo Dirk, y lo repitió.

Volvió a decirlo por tercera vez, con sentimiento. Luego giró sobre sus talones y gritó al que estaba sentado en el taburete.

—¡Michael Wenton-Weakes!

Michael volvió la cabeza bruscamente y pestañeó.

—¿Sí? —dijo con su lúgubre voz habitual. Sus ojos seguían los movimientos de Dirk.

—¿Me oyes, puedes responderme por ti mismo? —le preguntó Dirk.

—Pues sí —contestó Michael—. Claro que sí.

—Ese ser..., ese espíritu. ¿Sabes que está en tu interior? ¿Aceptas su presencia? ¿Estás dispuesto a participar en lo que pretende hacer?

—Exactamente. Me conmovió mucho su historia, y estoy de acuerdo en ayudarlo. En realidad, creo que está bien que lo haga.

—De acuerdo —dijo Dirk, chasqueando los dedos—. Puedes marcharte.

La cabeza de Michael se inclinó de pronto hacia adelante y al cabo de un momento volvió a erguirse despacio, como si hubiesen inflado un neumático. El fantasma había vuelto a tomar posesión de él.

Dirk cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó en ella a horcajadas mirando fijamente a los ojos del fantasma que poseía a Michael.

—Otra vez —le dijo—, cuéntemelo otra vez. Un relato rápido, resumido.

El cuerpo de Michael se puso ligeramente en tensión. Alargó una mano y tocó el brazo de Dirk.

—¡No me toque! —saltó Dirk—. Sólo cuénteme los hechos. En cuanto trate de hacerme sentir compasión por usted, le daré un puñetazo en un ojo. O mejor dicho, en el ojo que ha pedido prestado. Así que olvídense de esa historia que parece sacada de..., hummm...

—De Coleridge —dijo Richard—. Parece sacada exactamente de Coleridge. Se parecía a la Balada del viejo marinero. Bueno, había trozos de ese poema.

—¿Coleridge? —repitió Dirk, frunciendo el ceño.

—Intenté contarle mi historia —admitió el fantasma—. Yo...

—Lo siento, tendrá que excusarme —dijo Dirk—, hasta ahora nunca había interrogado a un fantasma de cuatro billones de años. ¿Estamos hablando de Samuel Taylor? ¿Quiere decir que contó su historia a Samuel Taylor Coleridge?

—Podía penetrar en su mente en... determinados momentos. Cuando se

encontraba en un estado impresionable.

—¿Se refiere a cuando había tomado láudano? —le preguntó Richard.

—Exacto. Entonces estaba más distendido.

—Ya lo creo —rio Reg—. Le vi algunas veces en una situación asombrosamente distendida. Bueno, voy a hacer café.

Desapareció en la cocina, donde empezó a reírse solo.

—Estoy en otro mundo —murmuró Richard para sí, sentándose y meneando la cabeza.

—Pero lamentablemente, cuando estaba en plena posesión de sí mismo, por así decirlo, me resultaba imposible —prosiguió el fantasma—. Así que con él falló la cosa. Y lo que escribió es muy confuso...

—Habría que discutirlo —dijo Richard para sí, enarcando las cejas.

—Profesor —dijo Dirk en voz alta—, esto quizá le parezca ridículo, pero ¿intentó alguna vez Coleridge... utilizar su máquina del tiempo? Puede usted debatir la cuestión a su gusto, del modo que le parezca.

—Pues vino una vez y se puso a husmear, ¿sabes? —dijo Reg, asomando la cabeza por la puerta de la cocina—, pero creo que se encontraba en un estado demasiado distendido para hacer nada.

—Entiendo —repuso Dirk quien, volviéndose de nuevo hacia la extraña figura de Michael desplomado en el taburete, preguntó—: Pero ¿por qué ha tardado tanto en encontrar a alguien?

—Durante períodos muy prolongados soy muy débil, casi absolutamente inexistente, e incapaz de ejercer influencia alguna sobre nadie. Y además, en aquella época todavía no había máquina del tiempo, claro, y... ninguna esperanza para mí.

—Quizá los fantasmas existan como configuraciones de ondas —sugirió Richard—, como formas de interferencia entre lo real y lo posible. Habría crestas y senos irregulares, como en una onda musical.

El fantasma fijó los ojos de Michael en Richard.

—Usted... —dijo—, usted escribió aquel artículo...

—Pues..., sí.

—Me emocionó mucho —confesó el fantasma en su tono de contrita añoranza que, por su carácter repentino, pareció sorprender tanto a él como a sus oyentes.

—Ah, bueno. Pues gracias. La última vez que lo mencionó no le había gustado tanto. Bueno, ya sé que en realidad no era usted...

Richard se recostó en el asiento, frunciendo el ceño.

—Así que, volviendo al principio —dijo Dirk.

El fantasma hizo que Michael contuviese el aliento y empezase de nuevo:

—Estábamos en una nave.

—En una nave espacial.

—Sí. Habíamos salido de Salaxala, un mundo en..., bueno, muy lejos de aquí. Un lugar agitado y violento. Un grupo de unas nueve docenas de nosotros salimos, como

suele hacerse en estos casos, a buscar un nuevo planeta donde vivir. Ninguno de los mundos de este sistema era adecuado para nuestros propósitos, pero nos paramos aquí para abastecernos de algunos minerales necesarios. Lamentablemente, nuestra nave de desembarco se averió al atravesar la atmósfera. Sufrió bastantes daños, pero podían repararse.

—Yo era el ingeniero de a bordo y a mí me correspondía la tarea de supervisar la reparación de la nave y prepararla para volver a nuestra nave nodriza. Y ahora, para entender lo que pasó a continuación, deben conocer algunas características de una sociedad altamente automatizada. Todo trabajo puede efectuarse mejor con la ayuda de una informatización avanzada. Y había algunos problemas muy concretos vinculados a un viaje con un objetivo como el nuestro...

—¿Y cuál era? —preguntó bruscamente Dirk.

El fantasma de Michael pestañeó como si la respuesta fuese evidente.

—Pues encontrar un mundo nuevo y mejor en el cual todos pudiéramos vivir en paz, libertad y armonía para siempre. Por supuesto.

Dirk enarcó las cejas.

—Ah, ya —dijo—. Y supongo que lo planearían con todo cuidado.

—Hicimos que se planeara. Llevábamos unos instrumentos muy especializados para ayudarnos a seguir creyendo en el objetivo del viaje, incluso cuando las cosas se pusieran difíciles. Por lo general funcionaban bastante bien, pero creo que llegamos a confiar demasiado en ellos.

—¿Y en qué demonios consistían? —preguntó Dirk.

—Quizá les resulte difícil entender la tranquilidad que nos proporcionaban. Y por eso cometí aquel error fatal. Cuando quise saber si era o no seguro despegar, yo no quería saber si podría no ser seguro, sólo quería estar absolutamente seguro. Así que en vez de comprobarlo personalmente, se lo encargué a uno de los Monjes Eléctricos.

La placa de bronce de la puerta roja de Peckender Street destelló al reflejar la luz de una farola. Brilló un momento al recibir el violento haz luminoso de un coche patrulla que pasó a toda velocidad. Se oscureció un poco cuando un espectro muy pálido la atravesó silenciosamente. En el momento de oscurecerse relució, porque el espectro temblaba con horrenda agitación.

El fantasma de Gordon Way hizo una pausa en el oscuro vestíbulo. Necesitaba algo donde apoyarse y, por supuesto, no había nada. Trató de sobreponerse, pero no encontró nada para lograrlo. El horror de lo que había visto le produjo náuseas pero, por supuesto, no tenía nada en el estómago. Medio a trompicones, medio flotando, logró subir las escaleras como un náufrago que tratara de aferrarse al agua.

Tambaleante, atravesó la pared, el escritorio, la puerta, tratando de serenarse e instalándose frente a la mesa del despacho de Dirk.

Si por casualidad alguien hubiera entrado en la oficina, como una señora de la limpieza si Dirk Gently tuviese contratada alguna, que no era el caso, dado que habría que pagarla y Dirk no estaba dispuesto a hacerlo, o tal vez un ladrón si en la oficina hubiera habido algo que mereciese la pena robar, que no lo había, habrían contemplado el siguiente espectáculo con la correspondiente estupefacción.

El auricular del enorme teléfono rojo que había sobre la mesa se descolgó de pronto. Se oyó el zumbido de la señal de línea. Luego, uno por uno, se pulsaron siete botones numéricos y, al cabo de una larga pausa que la compañía de teléfonos británica le concede a uno para poner en claro las ideas y olvidar a quién se está llamando, se oyó sonar un teléfono al otro lado del hilo. Tras dos llamadas, hubo un sonido metálico, un zumbido y un ruido como de una máquina tomando aliento. Entonces una voz empezó a decir: «Hola, soy Susan. En este momento no puedo ponerme porque estoy ensayando un mi bemol, pero si quiere dejar su nombre...».

—Entonces, bajo la orden de un..., apenas me atrevo a pronunciar estas palabras..., de un Monje Eléctrico, usted intenta despegar y, ante su absoluto estupor, la nave explota —dijo Dirk en cierto tono de burla—. ¿Desde cuándo...?

—¿Desde cuándo estoy solo en este planeta? —terminó la frase el fantasma—. Solo, con la conciencia de lo que hice a mis compañeros de la nave. Solo, completamente solo...

—Sí, sáltese esa parte —le cortó Dirk, irritado—. ¿Qué me dice de la nave nodriza? Es de suponer que continuó viaje en busca de...

—No.

—¿Qué le ocurrió, entonces?

—Nada. Sigue aquí.

—¿Qué sigue aquí?

Dirk se puso en pie de un salto y empezó a dar vueltas por la habitación con el ceño fruncido.

La cabeza de Michael se inclinó un poco hacia delante, pero alzó la mirada hacia Reg y Richard con aire lastimero.

—Sí. Todos estábamos a bordo de la nave de desembarco. Al principio me sentí poseído por los fantasmas de los demás, pero sólo eran imaginaciones mías. Durante millones y luego billones de años caminé por el fango solo por completo. Es imposible que conciban ustedes ni la más mínima parte del tormento de una eternidad así. Después, hace poco, surgió la vida en este planeta. Vida. Vegetación, seres marinos y, luego, al fin, ustedes. Vida inteligente. Recorro a ustedes para que me liberen de los tormentos que he sufrido.

Michael abatió desconsoladamente la cabeza sobre el pecho y así quedó unos momentos. Luego, poco a poco, volvió a alzarse y los miró de nuevo con brillos aún más sombríos en los ojos.

—Llévenme allí, se lo ruego, devuélvanme a la nave de desembarco. Permítanme enmendar mi error. Puede arreglarse con sólo una palabra mía, las reparaciones se efectuarán adecuadamente, la nave de desembarco podrá entonces volver a la nave nodriza, podremos seguir nuestro viaje, mi tormento cesará y yo dejaré de ser una carga para ustedes. Se lo suplico.

Hubo un breve silencio mientras su ruego pendía en el aire.

—Pero eso no puede resultar bien, ¿verdad? —dijo Richard—. Si lo hacemos, aquello no habrá sucedido. ¿No produciremos toda clase de paradojas?

—No serán peores que muchas de las que ya existen —dijo Reg, interrumpiendo el hilo de sus propios pensamientos—. Si el universo llegara a su fin cada vez que hay alguna incertidumbre sobre los sucesos que en él se desarrollan, jamás habría sobrevivido a su primer microsegundo. Y por supuesto, muchos universos no han pasado de ahí. Es como el cuerpo humano, ¿entienden? Unos cuantos arañazos y cortes aquí y allá no lo dañan. Ni siquiera una operación quirúrgica importante, si se hace como es debido. Las paradojas no son más que heridas abiertas. El tiempo y el espacio cicatrizan sobre ellos y la gente sólo recuerda una versión de los acontecimientos que tiene sentido.

—Lo que no quiere decir que si uno se encuentra ante una paradoja las cosas no le choquen y le parezcan muy raras; no obstante, si uno vive sin que le ocurra eso, no sé en qué universo habitará, pero desde luego no será en este.

—Pero si eso es así —arguyó Richard—, ¿por qué se mostró tan inflexible con respecto a no hacer nada para salvar al dodo?

—No entiendes nada en absoluto —suspiró Reg—. El dodo no se habría extinguido si no me hubiese empeñado tanto en salvar al celacanto.

—¿El celacanto? ¿El pez prehistórico? Pero ¿qué relación tienen uno y otro?

—¡Ah! Esa sí es una buena pregunta. Las complejidades de causa y efecto desafían el análisis. El continuo no sólo es como el cuerpo humano, también se parece a una pared mal empapelada. Si se aprieta una burbuja en un sitio, una nueva pompa aparecerá en otro. No hay más dodos a causa de mi interferencia. Acabé

imponiéndome la norma a mí mismo, porque sencillamente ya no podía soportarlo. Lo único que realmente sale malparado cuando se intenta modificar el tiempo es uno mismo.

Esbozó una yerma sonrisa y miró a otro lado. Luego, tras un largo momento de reflexión, añadió:

—No, se puede hacer. Sólo me muestro cínico porque muchas veces el resultado ha sido desastroso. La historia de este pobrecillo es muy patética, y terminar con su desgracia no puede hacer mal a nadie. Los hechos acaecieron hace muchísimo tiempo en un planeta muerto. Si le ayudamos, cada uno de nosotros albergará en su memoria el suceso que haya vivido personalmente. Si el resto del mundo no está completamente de acuerdo con ello, mala suerte. No sería la primera vez.

La cabeza de Michael se inclinó.

—Estás muy silencioso, Dirk —dijo Richard.

Dirk le lanzó una mirada colérica.

—Quiero ver esa nave —exigió.

En la oscuridad, el teléfono rojo se deslizó sobre la mesa y, a sacudidas, llegó al otro lado. Si alguien hubiera estado allí, habría logrado atisbar la forma que lo movía. Sólo emitía un débil resplandor, más leve que el de las manecillas de un reloj con esfera luminosa. Era como si la penumbra que la envolvía fuese más oscura y la forma espectral estuviera en su interior como una ancha cicatriz bajo la superficie de la noche.

Gordon trató de coger por última vez el recalcitrante teléfono. Al fin logró asirlo y colocarlo encima de la horquilla. El instrumento se fue deslizando hacia su lugar de reposo y se colgó. En el mismo momento, y una vez realizada su última llamada, el espectro de Gordon Way se deslizó hacia su propio lugar de reposo y desapareció.

Entre el montón de escombros que ya flotaban para siempre girando despacio en las altas órbitas a la sombra de la Tierra, había un bulto oscuro de mayor volumen y de formas más regulares que los demás. Y muchísimo más viejo.

Durante cuatro billones de años había seguido absorbiendo datos del mundo de abajo, registrando, analizando, procesando. De cuando en cuando emitía algunos mensajes si lo creía útil, si pensaba que podrían ser recibidos. Pero si no, observaba, escuchaba, grababa. Ni el pliegue de una ola ni el latido de un corazón escapaba a su atención.

Aparte de eso, nada se había movido en su interior en cuatro billones de años, salvo el aire que seguía circulando y las motas de polvo que bailaban en un remolino sin fin.

Lo que ahora ocurrió sólo fue una levísima alteración. Calladamente, sin alboroto, como una gota de rocío se precipita del aire a una hoja, en una pared que había sido gris durante cuatro billones de años apareció una puerta. Una puerta blanca, corriente, con un pequeño y abollado llamador de bronce.

Este acontecimiento silencioso también fue registrado e incorporado al continuo flujo de proceso de datos que la nave efectuaba de manera incesante. No sólo la llegada de la puerta, sino también la de los que estaban tras ella, su aspecto, sus movimientos, las impresiones de lo que veían. Todo procesado, registrado, transformado.

La puerta se abrió al cabo de unos momentos.

En su interior se veía una habitación completamente distinta a cualquiera de las de la nave, con suelos de madera y muebles de raída tapicería, donde brincaba un fuego. El movimiento de las llamas bailaba en los ordenadores de la nave y las motas de polvo formaban un coro en el aire.

En la puerta apareció una silueta voluminosa y lúgubre, en cuyos ojos bailaba ahora un destello. Cruzó el umbral, se adentró en la nave y su rostro quedó súbitamente inundado de una calma que había añorado creyendo que nunca la volvería a experimentar.

Tras él salió un hombre de más edad, menor estatura y pelo blanco y rebelde. Al pasar del reino de sus habitaciones al ámbito de la nave, se detuvo y parpadeó maravillado. Lo siguió un tercer hombre, tenso e impaciente, con un largo abrigo de cuero de amplios faldones. Se detuvo a su vez, momentáneamente estupefacto por algo que no entendía. Con una expresión de la más absoluta perplejidad, echó a andar observando las polvorientas y grises paredes de la vieja nave.

Por fin llegó el cuarto, un hombre alto y delgado. Se inclinó al salir por la puerta y, casi al instante, se detuvo como si hubiese tropezado con un muro.

Y en cierto modo, así había sido.

Quedó paralizado. Si alguien le hubiese visto la cara en aquel momento, le habría

resultado más que evidente que estaba viviendo el acontecimiento más asombroso de toda su existencia.

Cuando de nuevo se movió, despacio, empezó a caminar de una manera curiosa, como si nadase a cámara lenta. El menor movimiento de su cabeza parecía enviar a su rostro nuevas oleadas de temor reverente. Los ojos le rebosaban de lágrimas y, maravillado, se quedó sin aliento.

Dirk se volvió y le miró, para que no se rezagase.

—¿Qué te pasa? —le gritó por encima del ruido.

—La música... —murmuró Richard.

El ambiente estaba inundado de música. Tanto, que no había sitio para nada más. Y cada partícula de aire parecía tener su propia música, de modo que cuando Richard movía la cabeza oía una melodía nueva y diferente, aunque cada ritmo particular encajaba a la perfección con las demás armonías que giraban a su alrededor. Las modulaciones estaban perfectamente logradas: increíbles saltos dados sin esfuerzo hacia remotas tonalidades, con un simple movimiento de cabeza. Nuevos temas, nuevos flecos de melodía, en perfecta y asombrosa proporción, se desgranaban continuamente en el incesante conjunto. Grandes y lentas oleadas de movimiento, vibrantes de frenéticos bailes, retozos ligeramente chispeantes que brincaban en las danzas, largas y enmarañadas tonadas cuyo final era tan semejante al principio que se mordían la cola, se volvían del revés, se ponían patas arriba y luego se precipitaban de nuevo en pos de alguna otra danzante melodía que sonaba en una parte lejana de la nave.

Richard se tambaleó y se apoyó contra la pared.

Dirk se apresuró a sujetarle.

—Venga —le dijo bruscamente—, ¿qué te pasa? ¿Es que no soportas la música? Está un poco alta, ¿no? ¡Por amor de Dios, domínate! Aquí hay algo que no entiendo. Que no encaja. Vamos.

Echó a andar tirando de Richard, pero en seguida hubo de cargar con él porque se derrumbaba cada vez más bajo el peso abrumador de la música. Las visiones que en su mente entretejía el vibrante millón de melodías formaban un caos cada vez más tumultuoso, y cuanto más se ramificaba más se engarzaba con el anterior y el siguiente hasta que todo se convirtió en una inmensa explosión de armonía que se difundió por su mente con mayor rapidez de la que cualquier imaginación podría soportar.

Y entonces todo fue más sencillo. En su imaginación retozó una sola melodía que captó toda su atención. Era una música que empapó todo el flujo mágico, dándole forma y contorno, vida, altura y hasta la propia esencia. Con fuerza, vibrante, briosa al principio, se hacía más lenta para después efectuar nuevos y más difíciles giros, parecía zozobrar en remolinos de duda y confusión que de pronto se fundían en los primeros rizos de una nueva y gigantesca ola de energía que irrumpía gozosamente desde el fondo.

Muy despacio, Richard empezó a desmayarse.

Estaba tumbado muy quieto.

Se sintió como una esponja empapada en parafina y puesta a secar al sol.

Se sintió como un caballo viejo quemándose entre la neblina del sol. Soñó con aceite, suave y fragante, con mares oscuros de altas olas. Estaba en una playa blanca, borracho de peces, ahito de arena, descolorido, adormilado, maltrecho de luz, debilitado, calculando la densidad de las vaporosas nubes de lejanas nebulosas, flotando en un placer absoluto. Era una fuente de la que manaba agua fresca en primavera y que se vertía en un oloroso montecillo de hierba recién cortada. Sonidos casi inaudibles se quemaban en la lejanía como un sueño remoto. Corría y tropezaba. Las luces de un puerto giraban en la noche. Como un espíritu oscuro, el mar golpeaba infinitesimalmente la arena, destellante, inconsciente. Donde el mar era más frío y profundo, él se mecía fácilmente entre las densas olas que se expandían como aceite en torno a sus oídos, y sólo le molestaba el distante zumbido del timbre del teléfono.

Poco a poco comprendió que el distante zumbido del timbre del teléfono era que sonaba un teléfono.

Se incorporó bruscamente.

Estaba en una cama individual, con las sábanas en desorden, en una habitación pequeña y desordenada que reconocía pero no podía ubicar. Estaba atestada de libros y zapatos. Parpadeó desconcertado.

Junto a la cama sonaba el teléfono. Lo cogió.

—¿Diga?

—¡Richard!

Era la voz de Susan, completamente angustiada. Sacudió la cabeza y no recordó nada útil.

—¿Diga? —repitió.

—¿Eres tú Richard? ¿Dónde estás?

—Espera un momento, voy a ver.

Dejó el teléfono sobre las sábanas arrugadas, donde quedó emitiendo confusas quejas, se levantó tambaleante de la cama, se acercó a trompicones a la puerta y la abrió.

Era un cuarto de baño. Lo observó con aire de duda. Lo reconoció pero tuvo la impresión de que faltaba algo. Ah, sí. Debería haber un caballo. O al menos había un caballo la última vez que lo había visto. Atravesó el baño y salió por la otra puerta. Tambaleante, bajó las escaleras y entró en la sala de estar de Reg. Lo que vio le sorprendió.

Habían cedido las tormentas de la víspera y del día anterior, así como las inundaciones de la semana precedente. El cielo aún seguía henchido de lluvia, pero lo único que ahora caía era una especie de chubasco monótono.

El viento barría la llanura en penumbra, vagaba por las bajas colinas y soplaba por un estrecho valle en el que una estructura, una especie de torre solitaria e inclinada, se erguía en una pesadilla de fango.

Era el muñón renegrido de una torre. Parecía una efusión de magma surgida de uno de los más pestilentes pozos del infierno y se inclinaba formando un ángulo extraño, como presionada por algo mucho más tremendo que su enorme peso. Era como algo muerto, fenecido siglos atrás.

El único movimiento era el de un río de lodo que discurría perezosamente por el fondo del valle junto a la torre. Un kilómetro más allá, el río caía por un barranco y desaparecía bajo tierra.

Pero a medida que las sombras del atardecer se espesaban, resultó que la torre no carecía por entero de vida. Una mortecina luz roja brillaba en sus recintos más recónditos.

Esta era la escena que sorprendió a Richard desde la pequeña puerta blanca que se abría a un costado de la loma del valle, a unos centenares de metros de la torre.

—¡No salgas! —le dijo Dirk, cortándole el paso con el brazo—. El aire está envenenado. No sé qué es lo que tiene, pero seguro que deja muy limpias las alfombras.

Dirk estaba en el umbral, contemplando el valle con expresión de honda desconfianza.

—¿Dónde estamos? —preguntó Richard.

—En las Bermudas —contestó Dirk—. Es un poco complicado.

—Gracias.

Richard dio media vuelta y, tambaleante, cruzó de nuevo la habitación, donde Reg se ocupaba en comprobar que el traje de inmersión de Michael Wenton-Weakes encajaba a la perfección y que la escafandra y el regulador de aire funcionaban adecuadamente.

—Discúlpenme —dijo Richard a Reg—. Lo siento, querría pasar. Gracias.

Volvió a subir las escaleras, entró en la habitación de Reg, se sentó tembloroso al borde de la cama y cogió el teléfono.

—En las Bermudas —dijo—, es un poco complicado.

Abajo, Reg acabó de dar vaselina a todas las juntas del traje y a las pocas partes de piel que quedaban expuestas en torno a la escafandra, y luego anunció que todo estaba dispuesto. Dirk se retiró de la puerta y se puso a un lado con el peor de los humores.

—Pues entonces, lárguese —dijo—. ¡Que le vaya bien! Yo me lavo las manos en

todo este asunto. Supongo que tendremos que esperar aquí hasta que nos envíe el envase, por si vale algo.

Empezó a dar vueltas alrededor del sofá con movimientos coléricos. No le gustaba aquello. No le gustaba nada. En especial no le gustaba que Reg supiese del espacio tiempo más que él. Le enfurecía no saber por qué no le gustaba.

—Mi querido amigo —le dijo Reg en tono conciliador—, piensa qué pequeño esfuerzo nos cuesta ayudar a este pobrecillo. Lamento que esto constituya un desengaño para ti después de tus extraordinarias hazañas de deducción. Sé que una simple misión de misericordia no te parecerá suficiente, pero deberlas ser más caritativo.

—Caritativo, ¡ja! Pago mis impuestos, ¿qué más quiere?

Se sentó de golpe en el sofá con expresión de resentimiento.

El poseído cuerpo de Michael estrechó la mano de Reg y musitó unas palabras de agradecimiento. Luego se dirigió a la puerta con movimientos envarados y se despidió con una inclinación. Dirk movió la cabeza con una sacudida y le lanzó una mirada de odio con los ojos destellantes tras las gafas y los cabellos fieramente despeinados.

El fantasma le devolvió la mirada y por un momento tembló de aprensión. Un instinto supersticioso le hizo saludar con la mano. Movié tres veces la mano de Michael, en círculo, y luego dijo una sola palabra:

—Adiós.

Tras lo cual se dio la vuelta, se agarró al marco de la puerta con ambas manos y saltó resueltamente al barro y al aire pestilente y envenenado. Se detuvo un momento para asegurarse de que el terreno era lo bastante sólido como para sostener su peso y, sin volverse a mirar, se alejó de ellos, fuera del alcance de los seres viscosos con patas, en dirección a su nave.

—¿Y qué demonios significa esto? —preguntó Dirk, describiendo con gesto irritado la extraña triple curva.

Richard bajó en tromba las escaleras, abrió de golpe la puerta y se precipitó en la habitación con ojos desorbitados.

—¡Han asesinado a Ross! —gritó.

—¿Quién coño es Ross? —preguntó Dirk, también a gritos.

—¡Pues un tal Ross, por amor de Dios! —exclamó Richard—. El nuevo director de Fathom.

—¿Qué es Fathom?

—¡La puñetera revista de Michael, Dirk! ¿Recuerdas? Gordon despidió a Michael y en su lugar nombró director a ese Ross. Michael le odiaba. ¡Y anoche fue y lo asesinó!

Hizo una pausa, jadeante.

—Bueno, por lo menos lo han asesinado. Y Michael era el único que tenía motivos para matarle.

Echó a correr hacia la puerta, miró la silueta que desaparecía en la distancia y se volvió de nuevo hacia la habitación.

—¿Va a volver? —preguntó.

Dirk se puso en pie de un salto y parpadeó un momento.

—Eso es... —dijo—. Por eso Michael era el sujeto perfecto. Eso es lo que debería haber investigado. Lo que el fantasma le obligó a hacer para establecer su dominio, el deseo fundamental del sujeto, comparable al objetivo del fantasma. ¡Santo Dios! Cree que nosotros los hemos suplantado, y por eso quiere volver atrás. Está convencido de que este es su mundo, y no el nuestro. Era aquí donde iban a instalarse a construir su puñetero paraíso. Todo encaja. ¿Comprende lo que hemos hecho? —añadió, dirigiéndose a Reg—. ¡No me sorprendería descubrir que el accidente que su pobre alma atormentada intenta borrar del tiempo sea el mismo que hizo surgir la vida en este planeta!

De pronto dejó de mirar a Reg, que estaba pálido y tembloroso, y se encaró a Richard.

—¿Cuándo te has enterado de esto?

—Pues ahora mismo —contestó Richard—. Por... teléfono. Arriba.

—¿Cómo?

—Era Susan, no sé cómo... Dijo que lo tenía en un mensaje que le habían dejado en el contestador. Dijo que el mensaje era... de Gordon, pero me parece que estaba histérica. Dirk, ¿qué demonios está pasando? ¿Dónde estamos?

—Estamos a cuatro billones de años en el pasado —le informó Reg con voz trémula—. Por favor, no me preguntes cómo funciona el teléfono si estamos en un punto del universo donde no hay conexión, ese es un asunto que tendrás que resolver con la compañía de teléfonos británica, pero...

—¡Maldita sea la puñetera compañía telefónica! —gritó Dirk con la facilidad que proporciona la fuerza de la costumbre.

Corrió hacia la puerta y atisbo a la tenue silueta que avanzaba penosamente entre el fango hacia la nave salaxalaniana. Estaba completamente fuera de su alcance.

—¿Cuánto tiempo calcula que tardará ese cabrón, ese gordo que se engaña a sí mismo, en llegar a la nave? —preguntó Dirk con mucha calma—. Porque ese es exactamente el tiempo de que disponemos. Venga. Sentémonos y pensemos. Tenemos dos minutos para decidir qué vamos a hacer. Después de eso, mucho me temo que nosotros tres y todo lo que hemos conocido, incluidos el celacanto y el dodo, querido profesor, dejará de existir para siempre jamás.

Se sentó pesadamente en el sofá, volvió a ponerse en pie y retiró del asiento la chaqueta que Michael se había quitado. Al colocarla en otro sitio, un libro cayó del bolsillo.

—**M**e parece una horrible profanación —dijo Richard a Reg, ocultándose detrás de un seto.

La noche estaba llena de olores de verano procedentes del jardín de la mansión y de algún soplo de viento marino procedente de la suave brisa que retozaba en la costa del Bristol Channel.

La luna se reflejaba en alta mar, y a su luz se divisaban trechos del sur de Exmoor.

—Sí, quizá lo sea —dijo Reg con un suspiro—. Pero creo que tiene razón, ¿sabes? Tenemos que hacerlo. Es el único medio seguro. Todas las instrucciones estaban claramente contenidas en la misma obra, si se sabía qué buscar. Hay que hacerla desaparecer. El fantasma siempre estará rondando. En realidad, ya son dos. Es decir, suponiendo que esto dé resultado. Pobrecillo. Pero supongo que todo es culpa suya.

Bruscamente, Richard arrancó unas briznas de hierba y las retorció entre los dedos.

Las levantó hacia la luna, cambiándolas de posición para ver el efecto que la luz causaba sobre ellas.

—¡Qué música! —exclamó—. No soy creyente, pero si lo fuese diría que fue como una visión fugaz de la mente de Dios. A lo mejor así fue y tendría que volverme creyente. Tengo que estar continuamente recordándome que no crearon la música, sino sólo el instrumento que puede leer la partitura. Y la partitura era la vida misma. Y está toda ahí arriba.

Miró el cielo. Sin darse cuenta, empezó a recitar:

*«Si pudiera revivir en mí
su armonía y su canción
hasta inundarme de un gozo tal
que con música fuerte y alta
construyera esa mansión en el aire,
¡esa mansión soleada!, ¡esas cavernas de hielo!».*

—Humm, me pregunto si han llegado con la suficiente antelación —murmuró Reg para sí.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Oh, nada! Pensaba en voz alta.

—¡Santo Dios! Qué charlatán, ¿eh? —exclamó de pronto Richard—. Ya lleva más de una hora ahí dentro. Me pregunto qué pasará.

Se incorporó y miró por encima del seto a la pequeña mansión campestre bañada

por la luna llena. Una hora antes, Dirk se habla dirigido resueltamente a la casa y llamado a la puerta. Cuando le abrieron con cierta reticencia y apareció un rostro un tanto aturdido, Dirk se quitó el ridículo sombrero y dijo en alta voz: «¿Mister Samuel Coleridge? Pasaba por aquí de camino a Porlock, sabe usted, y me pregunté si podría molestarle para que me concediese una entrevista. Es para una pequeña hoja parroquial que yo dirijo. Le prometo que no le quitaré mucho tiempo, me doy cuenta de que un poeta tan famoso como usted debe de estar muy ocupado, pero admiro tanto su obra y...».

No oyeron el resto porque para entonces Dirk ya había logrado entrar, cerrando la puerta tras él.

—¿Me disculpas un momento? —dijo Reg.

—¿Cómo? Ah, claro. Me disponía a acercarme a ver qué pasa —repuso Richard.

Mientras Reg desaparecía detrás de un árbol, Richard abrió el portillo y estaba a punto de adentrarse en el camino cuando oyó un rumor de voces que se acercaban a la puerta principal desde el interior de la casa. Se apresuró a volver a su sitio mientras la puerta empezaba a abrirse.

—Pues muchísimas gracias, míster Coleridge —dijo Dirk, manoseando el sombrero y haciendo una reverencia—. Ha sido muy amable y generoso con su tiempo y se lo agradezco mucho, lo mismo que mis lectores, estoy convencido. Creo que nuestra charla se convertirá en un estupendo artículo del que, puede estar seguro, le enviaré una copia para que la estudie a su gusto. Desde luego, acogeré con agrado cualquier observación suya, en caso de que quiera hacer alguna, ya sabe, cuestiones de estilo, sugerencias, consejos, cosas así. Bueno, muchísimas gracias otra vez por su tiempo, espero no haberle apartado de nada importante.

La puerta se cerró violentamente tras él.

Dirk se volvió con una sonrisa de triunfo que iniciaba una larga sucesión y se apresuró por el camino hacia Richard.

—Bueno, creo que ya está arreglado —anunció, frotándose las manos—. Me parece que había empezado a escribirlo, pero no recordará ni una palabra más, eso de fijo. ¿Dónde está el egregio profesor? Ah, ahí lo tenemos. ¡Santo cielo!, no tenía ni idea de que hubiese tardado tanto. Nuestro míster Coleridge es un individuo de lo más fascinante y divertido o, mejor dicho, creo que lo habría sido si le hubiese dado la oportunidad, pero estaba muy ocupado tratando de ser fascinante yo mismo.

—Ah, hice lo que me pediste, Richard, al final le pregunté por el albatros y me dijo: «¿Qué albatros?». Así que le contesté: «Bueno, no tiene importancia, el albatros no importa». Y él repuso: «¿Qué albatros no tiene importancia?». Y yo le contesté que se olvidara del albatros, que no tenía importancia y él dijo que sí importaba, que si alguien venía en plena noche a su casa para desvariar y hablarle de un albatros, quería saber por qué. Yo le dije que a tomar por culo el puñetero albatros y él contestó que no le parecía mal y que no estaba seguro de que aquello no fuese a darle alguna idea para un poema en el que estaba trabajando. Era mucho mejor, añadió, que

a uno le cayese un asteroide encima, lo que consideraba forzar un poco la credulidad. Y después, me despedí.

—Y ahora, después de haber salvado a la raza humana de su extinción, me vendría bien una *pizza*. ¿Qué os parece la idea?

Richard no manifestó su opinión. En cambio, miraba a Reg con cierta perplejidad.

—¿Te preocupa algo? —preguntó Reg, desconcertado.

—Qué truco tan bueno —dijo Richard—. Hubiera jurado que no llevaba barba cuando se metió detrás del árbol.

—Ah, sí —dijo Reg, pasándose los dedos por la frondosa barba de cinco centímetros—. Despiste..., un simple despiste.

—¿Qué ha estado haciendo?

—Pues unas cuantas adaptaciones. Un poco de cirugía, ¿entiendes? Nada espectacular.

Pocos minutos después, cuando les hizo atravesar la nueva puerta que un establo de vacas acababa misteriosamente de adquirir, volvió a mirar al cielo justo a tiempo para ver cómo destellaba y desaparecía un pequeño punto luminoso.

—Lo siento, Richard —murmuró, siguiéndoles al interior.

—No, gracias —dijo Richard en tono firme—, a pesar de que me encantaría tener la oportunidad de invitarte a una *pizza* y ver cómo te la comes, Dirk, quiero irme derecho a casa. Tengo que ver a Susan. ¿Es eso posible, Reg? ¿Derecho a mi casa? La semana que viene tengo que acercarme a Cambridge a recoger el coche.

—Ya hemos llegado —anunció Reg—. No tienes más que salir por la puerta y estarás en casa. Será la primera hora de la tarde del viernes.

—Gracias. Bueno, Dirk, ya nos veremos, ¿vale? ¿Te debo algo? No sé.

Dirk desechó el asunto con un leve gesto.

—Ya tendrás noticias de *miss Pearce* a su debido tiempo —le indicó.

—Bueno, muy bien, ya te veré cuando haya descansado un poco. Todo ha sido, bueno, inesperado.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Luego se volvió, como si acabara de ocurrírsele algo.

—Reg, ¿podríamos desviarnos un poco? Creo que sería una buena iniciativa si invitara a cenar a Susan esta noche, sólo que en el sitio que estoy pensando se necesita hacer reserva. ¿Podrías conseguirme tres semanas?

—Nada más fácil. Ya sabes dónde está el teléfono.

Richard se precipitó escaleras arriba, entró en la habitación de Reg y telefoneó a L'Esprit d'Escalier. El *maître* dijo que se sentía honrado y encantado de tomar nota de su reserva y que esperaba verle dentro de tres semanas. Richard bajó las escaleras maravillado, meneando la cabeza.

—Necesito un fin de semana de realidad palpable —dijo—. ¿Qué era eso que ha salido por la puerta?

—Eso era tu sofá, que lo van a entregar a domicilio. El mozo de cuerda preguntó si nos importaba que abriera la puerta para dar la vuelta al mueble, y le dijimos que estaríamos encantados de que lo hiciese.

Sólo unos minutos después, Richard estaba subiendo las escaleras de la casa de Susan. Al llegar a la puerta le agradó, como siempre, oír los graves tonos del violonchelo. Entró sin hacer ruido, y al llegar a la sala de música se quedó paralizado de asombro. La melodía que tocaba Susan la había oído antes. Unas armonías que se aceleraban, que se hacían más lentas, que empezaban a girar con mayor dificultad...

Tenía una expresión de tanta perplejidad que Susan dejó de tocar nada más verle.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmada.

—¿De dónde has sacado esa música? —murmuró Richard.

—Pues de la tienda de música —contestó ella, encogiéndose de hombros.

No quería ser sarcástica, simplemente no entendía la pregunta.

—¿Qué es?

—Es de una cantata que voy a tocar dentro de un par de semanas —contestó ella—. Bach, número seis.

—¿Quién la compuso?

—Pues Bach, supongo. Si se piensa un poco.

—¿Quién?

—Fíjate en mis labios. Bach. B-A-CH. Johannes Sebastian. ¿Recuerdas?

—No. Nunca he oído hablar de él. ¿Quién es? ¿Compuso algo más?

Susan dejó el arco, colocó el violonchelo, se levantó y se acercó a él.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Pues es difícil saberlo. ¿Qué es...?

Vio la pila de libros de música que había en un rincón del cuarto. En la partitura de arriba había el mismo nombre escrito. BACH. Se precipitó hacia el montón y rebuscó en él. Uno tras otro, todos eran del mismo: J. S. BACH. Sonatas para violonchelo. Conciertos de Brandenburgo. Misa en si menor.

Alzó la vista hacia ella con absoluta perplejidad.

—Nunca he visto nada de esto —explicó.

—Pero Richard, cariño —protestó ella, acariciándole la mejilla—. ¿Qué demonios te pasa? No son más que partituras de Bach.

—¿Pero es que no lo comprendes? —insistió él, agitando un puñado de partituras—. ¡Nunca jamás he visto nada de esto!

—Bueno —repuso ella con burlona seriedad—, si no te pasaras el tiempo en el ordenador jugando a hacer música...

La miró sorprendido, luego se sentó con la espalda contra la pared y empezó a reírse histéricamente.

El lunes por la tarde, Richard telefoneó a Reg.

—¡Felicidades, Reg! Su teléfono funciona.

—¡Ah, sí, querido amigo! —repuso Reg—. Cuánto me alegro de oírte. Sí, hace poco vino un joven muy mañoso y me lo arregló. No creo que vuelva a estropearse. Son buenas noticias, ¿no te parece?

—Muy buenas. Entonces, ¿llegó usted sin novedad?

—Pues sí, gracias. Bueno, pasamos un rato divertido aquí arriba después de dejarte. ¿Te acuerdas del caballo? Pues volvió a presentarse con el dueño. Habían tenido un desgraciado encuentro con la policía y deseaban volver a su casa. Tanto mejor. Me pareció un tipo peligroso para dejarle suelto por ahí. Muy bien. Y tú, ¿qué tal estás?

—Reg... La música.

—Ah, sí. Pensé que te gustaría. Me costó bastante trabajo, te lo aseguro. Sólo salvé una mínima parte, claro, pero aun así hice trampa. Era bastante más de lo que una sola persona podía hacer en la vida, pero supongo que nadie investigará seriamente esa cuestión.

—Reg, ¿podemos conseguir un poco más de esa música?

—Pues no. La nave se ha marchado, y además...

—Podríamos viajar en el tiempo.

—No, ya te lo he dicho. Han arreglado el teléfono de manera que ya no vuelva a estropearse.

—¿Y qué?

—Que la máquina ya no funciona. Se ha quemado. Está tan agotada como un dodo. Me temo que no hay nada que hacer. Pero quizá sea mejor así, ¿no te parece?

El lunes, la señora Sauskind llamó a la Agencia de investigaciones holísticas de Dirk Gently para quejarse de la factura.

—No entiendo a qué viene todo esto, es completamente absurdo. ¿Qué significa?

—Mi querida señora Sauskind —repuso Dirk—, apenas puedo explicarle lo mucho que he esperado volver a hablar de este tema con usted. ¿Por dónde empezamos hoy? ¿Qué punto le gustaría discutir en concreto?

—Ninguno, se lo agradezco mucho, míster Gently. No sé quién es usted ni por qué piensa que mi gato ha desaparecido. Hace dos años que mi querido Roderick falleció y no tengo ningún deseo de reemplazarlo.

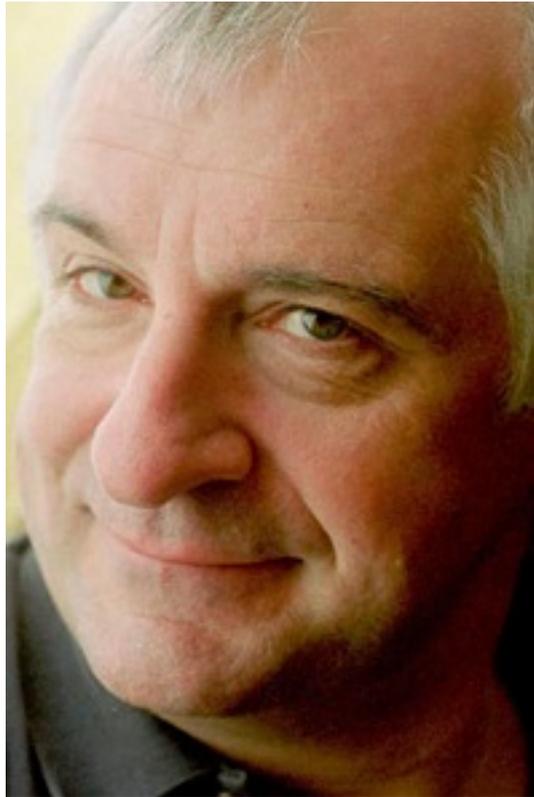
—Ah, entonces, señora Sauskind, lo que probablemente no entienda es que una consecuencia directa de mis esfuerzos... Si pudiera explicarle la interrelación de todas...

Se interrumpió. Era inútil. Colgó despacio el teléfono.

—¡Miss Pierce! —gritó—. Por favor, envíe una factura revisada a la señora Sauskind. La nueva factura debe llevar la siguiente mención: «Por salvar a la raza humana de su extinción, no se le cobran honorarios».

Se puso el sombrero y dio por terminada la jornada.

... Continuará



DOUGLAS NOËL ADAMS. (Cambridge, Inglaterra, 11 de marzo de 1952 - Santa Bárbara, Estados Unidos, 11 de mayo de 2001) fue un escritor y guionista radiofónico inglés, famoso principalmente por su serie La guía del autoestopista galáctico. En el momento de su muerte la serie había vendido más de quince millones de ejemplares. También era conocido por sus iniciales DNA, o —debido a su firma ilegible— como Bop Ad o Bob.

A la edad de siete años, Adams se mudó a Brentwood (Essex) con su madre tras el divorcio de sus padres. Allí creció junto a su hermana Sue. En 1964, su madre volvió a casarse. De ese matrimonio nacieron los medio hermanos de Adams, Heather, Jane y James.

En 1969 ingresó en la Brentwood-School en Essex, donde comenzó a interesarse por las ciencias naturales. Más tarde estudió filología inglesa en la Universidad de Cambridge.

En 1977 consiguió firmar un contrato decisivo para su futuro para la emisión de un programa de radio sobre ciencia ficción. La emisión se llamó The Hitchhiker's Guide to the Galaxy y fue emitida por primera vez en 1978 por la cadena británica BBC Radio 4.

En 1991 se casó con Jane Belson, en 1994 nació su hija Polly Jane. Al principio vivía con su familia en Londres, pero en 1999 se mudó a California, para el rodaje de la versión cinematográfica de la La guía del autoestopista galáctico.

Adams murió repentinamente el 11 de mayo de 2001 de un infarto que le sobrevino mientras estaba en un gimnasio.

Notas

[1] La palabra burótica (ofimática), se refiere a la automatización de diferentes trabajos en una oficina por medios electrónicos. *(N. del E. digital)*.<<

[2] CBE se refiere a «Commander British Empire». Comendador del Imperio Británico es una orden que puede otorgar el Rey y pueden ser hasta 8960 Comendadores. (*N. del E. digital*).<<

[3] «Let it be. It won't be long». Se refiere a la canción de Los Beatles, *Let it be*. (N. del T.).<<

[4] «British Overseas Airline Company», compañía pública de aviación que operó de 1939 a 1974. (*N. del E. digital*).<<